



AVISO LEGAL

REVISTA

Título: *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre de 1951 núm: 5 vol: LIX

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

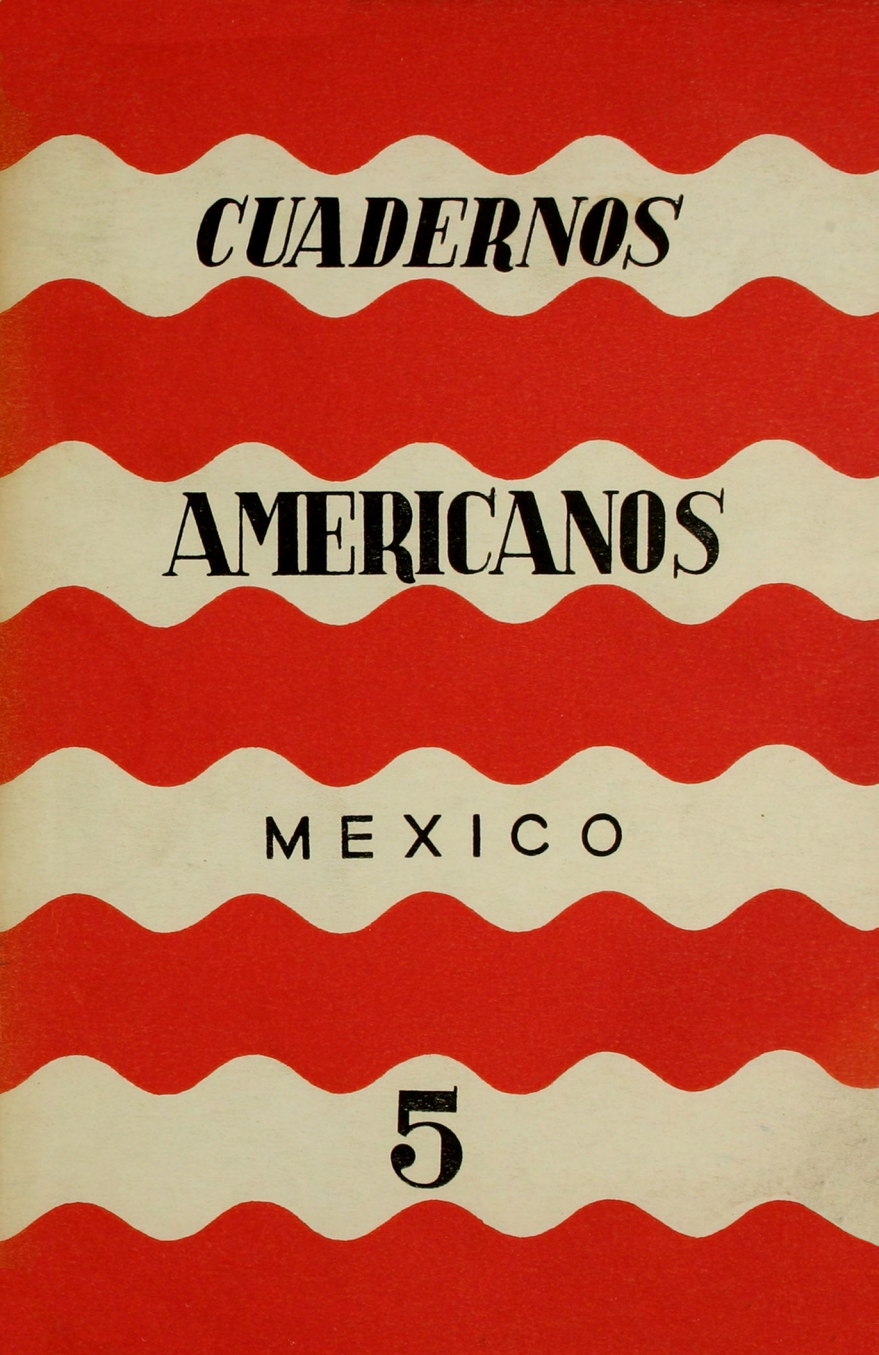
Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.



CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

5

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

ADMINISTRADOR
DANIEL RANGEL

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO X

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1951

INDICE
Pág. IX

CIA. MEXICANA DE AVIACIÓN, S.A.

A SU ALCANCE **23**

CIUDADES PRINCIPALES DE MEXICO,
LOS ANGELES, CAL. Y LA HABANA, CUBA

Mexicana de Aviación, la primera línea aérea de México le ofrece vuelos diarios entre 23 de las más importantes ciudades de la República; une México con La Habana, Cuba y pone a su disposición el servicio directo más rápido a Los Angeles, Cal.

Para recreo o negocios aproveche los rápidos servicios de Mexicana.

Para boletos y reservaciones comuníquese a la Oficina más cercana de Mexicana de Aviación o consulte a su Agente de Viajes.

Oficinas en México:

BALDERAS Y AVENIDA JUAREZ

Tels. 18-12-60 y 35-81-05



**MEXICANA
DE AVIACION**



Agentes de: **PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS**

M-10A

425 Vueltas Alrededor del Mundo...



Los Ferrocarriles Nacionales de México constituyen el sistema de transporte más completo, eficaz y seguro para viajar por toda la República. Son también el medio más económico para trasladarse personalmente, y para remitir toda clase de carga.

En el Transporte de pasajeros, durante el año de 1950, los Ferrocarriles Nacionales han realizado un recorrido global de 17,139,945 Kilómetros, cifra que, en un orden comparativo, equivale a más de 425 veces la vuelta al mundo.

Esta cifra, juntamente con las de otros capítulos de su organización, representa un índice de la incansable actividad que, para servir a México, desarrollan los Ferrocarriles Nacionales uniendo y articulando en el orden económico y social los más apartados rincones de la

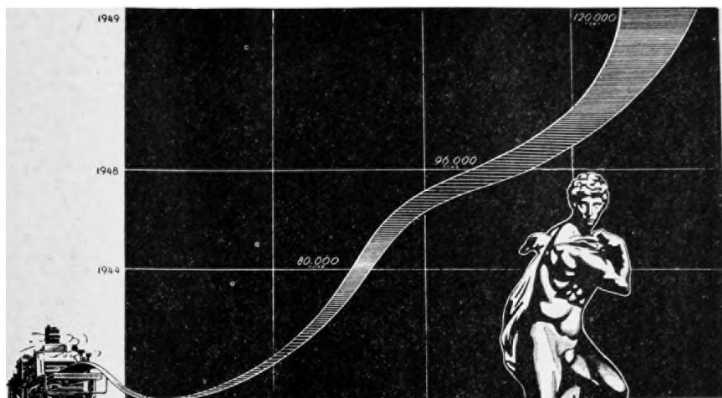
provincia con las grandes metrópolis y zonas productoras de nuestra Patria.

Las cuantiosas inversiones y el esfuerzo constantemente desplegado por la actual administración para mejorar las vías, modernizar el equipo y acrecentar la propiedad física, se hacen más patentes cada día y repercuten favorablemente en la remoción de cualquier deficiencia propia de una organización tan compleja como la de los Ferrocarriles Nacionales.

Para lograr un completo perfeccionamiento del sistema se hace necesaria también la cooperación de todos los mexicanos, aceptando con simpatía este esfuerzo constante para servir cada vez mejor a México y patrocinando cada vez más los servicios de los Ferrocarriles Nacionales de México.

FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO





U

NA pintura o una escultura representan una idea definitivamente "lograda", que adquiere valor con el transcurso del tiempo y sin sufrir modificación alguna en su composición básica.

La perfección en una industria consiste en la continua transformación, desenvolvimiento y mejoramiento, esto es, en la constante superación en todos los aspectos: métodos, sistemas de trabajo, equipos, producción, etc.

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A., en ocho años de servicio a la industria, exhibe una trayectoria de constante perfeccionamiento, siguiendo las diarias evoluciones de la técnica de producción y procurando al mismo tiempo la solución a los problemas y a la demanda de toda la industria Mexicana.

Esta superación constante refleja, sobre todo, en las cifras

de producción. **AHMSA** se creó para producir 60,000 toneladas de acero al año, que en 1942 se consideraba como la demanda real y efectiva de aquellas industrias que emplearían el acero como materia prima para la fabricación de un sinnúmero de productos. Sin embargo, hubo necesidad de modificar los proyectos originales y aumentar la capacidad de producción de la planta a 80,000 toneladas al año. En los años 1947 y 1948 **AHMSA** había superado su producción hasta alcanzar la cifra de 95,000 toneladas y, no conforme con este esfuerzo, en 1949 alcanzó los nuevos aumentos de capacidad, de manera tal que su producción anual es actualmente de 120,000 toneladas de acero.

Se han tomado las medidas necesarias para aumentar considerablemente la producción y no se escatimará esfuerzo alguno en apresurar las nuevas instalaciones para garantizar a la industria un mayor abastecimiento del acero que requiere para su operación.



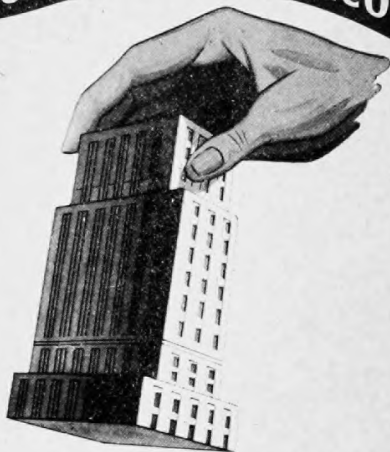
ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

PASEO DE LA REFORMA No. 20 TERCEER PISO. TELS. 12-91-42 Y 35-30-78 - MEXICO, D. F.

PRODUCIENDO ACERO PARA MEXICO



*La confianza de quien
construye se basa en
los materiales de
calidad que usa,*



LA CALIDAD .. ACERO MANDA!

Calidad



de nuestros productos que satisfacen las normas de la
Secretaría de la Economía Nacional y además las especificaciones
de la A. S. T. M. (Sociedad Americana para Pruebas de Materiales)

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S.A.

**OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 · APARTADO 1336
FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO 206**



PETROLEOS MEXICANOS.
Productores, Refinadores,
y Distribuidores de
Petroleos y sus derivados.



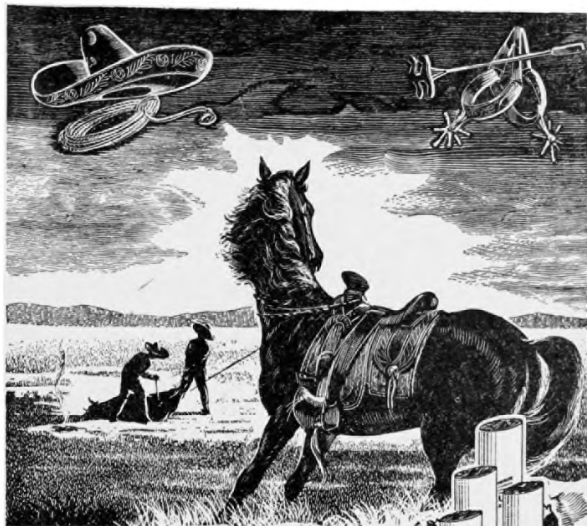


ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA



Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

ALAS EXTRA



***se destacan
entre los
de su categoría***



35¢ cajetilla

PROXIMAS EDICIONES DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63 — MEXICO 5, D. F.

LENGUA Y LITERATURA

La Iliada de Homero. Primera parte: "Aquiles agraviado" (Rapsodias I a IX). Traslado en verso castellano y notas explicativas por Alfonso Reyes. Ilustraciones y Viñetas de Elvira Gascón.

Sor Juana Inés de la Cruz, *Lirica personal*. Primer tomo de las Obras Completas de la décima musa. Edición, estudio preliminar y notas de Alfonso Méndez Plancarte.

SOCIOLOGIA

José E. Iturriaga, *Estructura social y cultural de México*. Primer volumen dado a luz de la obra *Estructura económica y social de México* que, bajo el patrocinio de la Nacional Financiera, S. A., está siendo redactada por un grupo de investigadores jóvenes del más alto prestigio.

ECONOMIA

P. K. Chang, *Agricultura e industrialización*.

S. E. Harris, *Planeación económica*.

A. P. Lerner, *Teoría económica del control*.

T. R. Malthus, *Ensayo sobre el principio de población*.

COLECCION TIERRA FIRME

Manuel Bandeira, *Panorama de la poesía brasileña*. Con una breve antología original.

NUEVOS BREVIARIOS

41. J. Pfeiffer, *La poesía*.

42. G. Radbruch, *Introducción a la filosofía del derecho*.

43. G. M. Trevelyan, *La Revolución inglesa. (1688-1689)*.

44. E. C. Titchmarsh, *Esquema de la matemática actual*.

45. G. Baty y R. Chavance, *El arte teatral*.

46. J. M. Murrís, *El estilo literario*.

47. C. Thompson, *El psicoanálisis*.

48. J. de la Encina, *La pintura española*.

49. D. G. Hogarth, *El antiguo Oriente*.

50. W. Dilthey, *Historia de la filosofía*.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5 Septiembre-Octubre de 1951 Vol. LIX

INDICE

	<i>Págs.</i>
NUESTRO TIEMPO	
JESÚS REYES HEROLÉS. Bajo el Signo de la Inflación	7
SILVIO ZAVALA. El Americanismo de Altamira	35
FRANCISCO ARELLANO BELLOC. Del Paraíso Terrenal a la Cárcel de El Obispo	50
<i>Discursos</i> por JUAN MARINELLO y ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ	65
<i>Bases norteamericanas en España. Los hechos según los cuentan</i> , por MAX AUB	72
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
MAXIME LEROY. Un Gran Aniversario en la Historia del Espíritu Humano. El Bicentenario de la Enciclopedia de Diderot y D'Alembert	81
ROBERTO AGRAMONTE. José Agustín Caballero, Filósofo del Criollismo	98
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Técnica y Drama en el Arte Contemporáneo	117
<i>Ciencia y sociedad</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	126
<i>Un panorama de las Ciencias Sociales</i> , por RAFAEL HELIODORO VALLE	133
PRESENCIA DEL PASADO	
PABLO MARTÍNEZ DEL RÍO. La Real y Pontificia Universidad de México. Bosquejo Histórico	141

	<i>Págs.</i>
JUAN HERNÁNDEZ LUNA. La Universidad Nacional de México	170
<i>El Cid Campeador</i> , por ISMAEL DIEGO PÉREZ	200

DIMENSION IMAGINARIA

EMILIO ORIBE. El Cántico de Eurídice	209
CARLOS SOLÓRZANO. Doña Beatriz. La sin Ventura	215
LUIS SANTULLANO. Leopoldo Alas "Clarín". 50 Años Después	267



Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.

Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.

Un acontecimiento editorial que es un **ORGULLO** para México



DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO **UTEHA**

Tenemos la plena seguridad de que usted va a ser de nuestra opinión. Como lo son ya para estas fechas cuantos han tenido oportunidad de conocerlo. El DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA es un auténtico orgullo para México y para toda la América de habla castellana. Y lo es, tanto por la extraordinaria magnitud y calidad de su contenido, como por la atractiva y severa elegancia de su presentación. Cuando usted lo examine, dirá con nosotros que es el esfuerzo editorial de mayor envergadura llevado a cabo en nuestro continente; esfuerzo que incorpora el nombre de México al de las naciones más avanzadas de todo el mundo en la producción de grandes enciclopedias.

MÁS DE MEDIO MILLÓN DE VOCES
13000 PÁGINAS - 20000 GRAMOS
400 MAPAS - 400 LÁMINAS
10 TOMOS

En su contenido, de una extensión muy superior a la de otros diccionarios del mismo o parecido número de volúmenes, se ofrece la más precisa y extensa documentación, puesta rigurosamente al día y seleccionada de las fuentes originales de mayor solvencia, en la que se incluye un repertorio excepcional sobre Hispanoamérica. La belleza y el valor documental de sus millares de ilustraciones constituyen el más sugestivo complemento de este diccionario, que usted pueda adquirir con grandes facilidades de pago.

SOLO **\$35** AL MES

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO

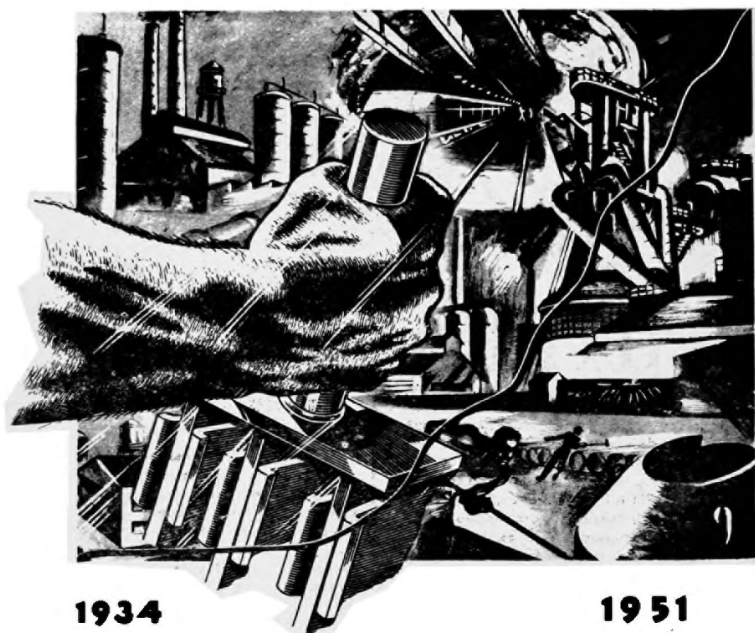
Av. Independencia, 10 - Apdo. 140-Bis - México, D. F.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO
Apartado 140-Bis - México, D. F.

Sírvanse remitirme el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre
Domicilio
Localidad
Estado

17 años de impulsar la economía del País...



En 1951 la Nacional Financiera cumple 17 años de labores que representan uno de los esfuerzos más fecundos para diversificar la economía de México.

Con el desarrollo de la industria mexicana se pretende armonizar el desenvolvimiento del país y resfirmar su independencia económica. Contribuir a acelerar el proceso de formación de capitales explotando más intensa y racionalmente los recursos naturales, aprovechando en mejor forma las materias primas, utilizando

una técnica moderna que permita una mayor productividad y, en fin, haciendo de la industria y de las demás actividades que dan vida a la economía mexicana, instrumentos tendientes a elevar el ingreso y el nivel de vida de la población.

Participe usted en la tarea de impulsar la economía del país, invirtiendo sus ahorros en Certificados de Participación de la Nacional Financiera, S. A., títulos que ofrecen a sus tenedores máxima seguridad y garantías.

Nacional Financiera, S. A.

Venustiano Carranza 25

Aportado 353

México, D. F.

autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 801117399

La Industria azucarera de México está constituida por 96 ingenios situados en 14 Estados de la República. La propiedad de dichos ingenios que representa un valor de muchos millones de pesos corresponde a un gran número de personas que están constituidas en sociedades y que a su vez son miembros de la Unión Nacional de Productores de Azúcar, organismo que exclusivamente se encarga de gestionar oportunamente el financiamiento necesario para los trabajos de siembra y operación de dichos ingenios y después recibir, almacenar, distribuir y vender por cuenta de los mismos su producto o sea el azúcar que elabora en 5 meses del año, y se realiza uniformemente en todo el año.

Esta organización ha permitido con el crédito oportuno que se encarga de gestionar y obtener, que permanezcan abiertas innumerables fuentes de trabajo que de lo contrario hubieran desaparecido con grave perjuicio de un importante sector obrero y otro mucho mayor campesino, ya que en esta Industria Nacional laboran alrededor de 30,000 obreros y más de 100,000 campesinos, en su gran mayoría ejidatarios.

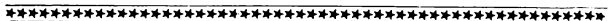
Es esta industria, una industria de mexicanos que beneficia al País, ya que no depende del extranjero para el abastecimiento de azúcar en México y de la cual viven cientos de miles de mexicanos.

Comprendamos el esfuerzo que esta industria ha desarrollado en su labor patriótica de abastecer al pueblo mexicano de un producto tan indispensable y cooperemos porque llegue a consolidarse para beneficio general del País.

UNION NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZUCAR, S. A. de C. V.

Edificio Industria y Comercio.

Balderas No. 36 - 1er. piso. México, D. F.



La cerveza renueva las energías gastadas, porque nutre, al mismo tiempo que refresca.

La cerveza contiene 90% de agua, de la más pura que es dable obtener y 10% de alimento líquido, cereales también, como el pan. Al beberla usted, toma cierta cantidad de cebada, malta y lúpulo, donde existe latente la vitalidad de los campos oxigenados, que fertiliza el sol...

ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA



Indiscutible Calidad

Barra del Restaurant 1-23



Reg. D.M. A. S. S. A. Prop. (R/C) 11

En los lugares
más distinguidos
se encuentra siempre
BATEY,
el ron que
por su indiscutible calidad
es preferido
por las personas
de buen gusto.

Si señor **RON BATEY** es mejor.

ALGODONERA FIGUEROA, S. A.

EDIFICIO "AMERICA", DESP. 104
TORREON, COAH.



REPRESENTANTES EN MEXICO, D. F.:
AGENCIA FIGUEROA, S. A.

AV. 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 6, 7º PISO
MEXICO, D. F.
TELS.: 10-48-65 Y 36-12-32, 36-12-33.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA Y
PREPARATORIA

Externos

VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA
Medio Internado - Externos.

REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

A las personas que se interesen por completar su colección, les ofrecemos ejemplares atrayendo de la revista, según el detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precio del ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Número 3	20.00	2.20
1944	Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6	18.00	2.10
1945	Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6	18.00	2.10
1946	Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6	16.00	1.90
1947	Nos. 1, 2, 3, 5 y 6	16.00	1.90
1948	Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6	14.00	1.70
1949	Nos. 2, 3 y 4	14.00	1.70
1950	Nos. 2, 4 y 5	12.00	1.50

Los pedidos pueden hacerse a

República de Guatemala 42-4, Apartado postal 065
o al Teléfono 12-31-46.

COMPRAMOS EJEMPLARES DEL NUMERO 1 DE 1942.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA COMISIÓN DE HISTORIA DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Director: Silvio Zavala.

Secretario: Javier Malagón Barceló.

Redactores: Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé,
Ernesto de la Torre, Susana Uribe.

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina).—Guillermo Egui-
no (Bolivia).—Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José Ma-
ría Chacón y Calvo y Fermín Peraza Sarauza (Cuba).—Ricardo Do-
noso (Chile).—J. Roberto Páez (Ecuador).—Lewis Hanke y Bert
James Loewenher (Estados Unidos de América).—Rafael Heliodoro
Valle (Honduras).—Jorge Basadre y J. M. Vélez Picasso (Perú).—
Emilio Rodríguez Demorizi (República Dominicana).—Juan E. Pível
Devoto (Uruguay).

Suscripción anual, 4 dólares o su equivalente en moneda mexicana.
Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse
a: Comisión de Historia (R. H. A.), Instituto Panamericano de
Geografía e Historia. Avenida del Observatorio 192.

Tacubaya, D. F.

República Mexicana.

LIBRERIA M. GARCIA PURON Y HNOS.,

A. EN P.

CIENCIAS, FILOSOFIA, ARTE
Y LITERATURA



Encontrará usted además la Revista CUADERNOS AMERICANOS
y los libros que edita.



Visítenos en Palma 22 (entre Madero y 5 de Mayo)
Ericsson 13-37-53. - Apartado postal 1619 - MEXICO, D. F.

EL COLEGIO DE MEXICO Y HARVARD UNIVERSITY

publican trimestralmente la

NUEVA REVISTA DE FILOLOGIA HISPANICA

Director: AMADO ALONSO

Harvard University

Redactores: Dámaso Alonso, Marcel Bataillon, William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida de Malkiel, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor bibliográfico: *Agustín Millares Carlo*

Secretario: *Raimundo Lida*

Precio de suscripción y venta:

En México: 35 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 6 dólares norteamericanos. Número suelto: 10 pesos moneda nacional y 1.75 dólares respectivamente.

Redacción:

EL COLEGIO DE MÉXICO
Nápoles 5, México, D. F.

Administración:

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco 63, México, D. F.

Seis obras fundamentales para la Historia de América

HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Escrita por *Antonio de Herrera*, cronista de su Majestad. Diez volúmenes, con mapas . . . \$350.00

HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Por el Capitán *Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés*. Catorce volúmenes . . . \$300.00

COLECCION DE LOS VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES DESDE FINES DEL SIGLO XV. Coordinada e ilustrada por *Don Martín Fernández de Navarrete*. Cinco volúmenes . . . \$200.00

PRIMERA PARTE DE LOS VEINTE I VN LIBROS RITUALES Y MONARCHIA INDIANA, CON EL ORIGEN Y GUERRAS DE LOS INDIOS OCCIDENTALES, DE SUS POBLACIONES, DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA, CONUERSION Y OTRAS COSAS MARAVILLOSAS DE LA MESMA TIERRA DISTRIBUYDOS EN TRES TOMOS. Por *Fray Juan de Torquemada*. Tres volúmenes . . . \$125.00

HISTORIA ECLESIASTICA INDIANA. Por *Fray Gerónimo de Mendieta*. Cuatro volúmenes . . . \$ 50.00

EPISTOLARIO DE NUEVA ESPAÑA, 1505-1818. Recopilado por *Francisco del Paso y Troncoso*. 16 volúmenes. \$300.00



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 88-55
TELEFONOS NOS. 12-12-85 Y 30-40-85
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS
AÑO X VOL. LIX

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1951

MÉXICO, 1º DE SEPTIEMBRE DE 1951

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA

Antonio CARRILLO FLORES

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Manuel MARQUEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Administrador
DANIEL RANGEL

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Jesús Reyes Heróles* Bajo el Signo de la Inflación.
Silvio Zavala El Americanismo de Altamira.
Francisco Arellano Del Paraíso Terrenal a la Cárcel
 Belloc de El Obispo.

Discursos por Juan Marinello, Enrique González Martínez

Nota, por Max Aub

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Maxime Leroy* Un Gran Aniversario.
Roberto Agramonte José Agustín Caballero, Filósofo
 del Criollismo.
Felipe Cossío del Técnica y Drama en el Arte Con-
 Pomar temporáneo.

Notas, por Jesús Silva Herzog y Rafael Heliodoro Valle

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Pablo Martínez del* La Real y Pontificia Universidad
 Río de México.
Juan Hernández Luna La Universidad Nacional de Mé-
 xico.

Nota, por Ismael Diego Pérez

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Emilio Oribe* El Cántico de Eurídice.
Carlos Solórzano Doña Beatriz. La sin Ventura.
Luis Santullano Leopoldo Alas "Clarín".

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a pág.
Altamira	40
Rafael Altamira en 1909 .	41
La máscara y los doctores .	120
Mujeres de la vida . .	—
Perro mirando a la luna.	—
El pintor que con un punto puede hacer un cuadro .	—
Retrato de Pablo Picasso	—
Dibujo abstracto de Pablo Picasso	121
(Tricromía) Capelos y Borlas Doctorales .	142
Fr. Alonso de la Veracruz	144
Don Antonio López Portillo y Galindo .	—
Dr. D. Diego Rodríguez Campos . . .	—
Ilmo. Sr. Dr. D. Isidro Sariñana y Cuenca	—
Fachada del Colegio Chico	—
Fachada del Colegio Grande	—
Corredores de la planta baja	—
Patio del Colegio Grande	145
Salón El Generalito	176
Biblioteca Nacional.	—
Interior del Anfiteatro Bolívar.	—
El aula Justo Sierra	—
José Clemente Orozco	—
Maternidad, detalle.	—
Panorámica de la Ciudad Universitaria. .	—
Vista parcial de la Ciudad Universitaria .	197

Fotografado de
 FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.
 Bucareli No. 24 — México, D. F.

Nuestro Tiempo

BAJO EL SIGNO DE LA INFLACION

Por *Jesús REYES HEROLES*

VIVIMOS bajo el signo de la inflación. Podríamos decir que la enfermedad del final de la primera mitad del siglo xx fué la inflación, y todo parece indicar que la enfermedad económica de la segunda mitad del siglo xx será la inflación. La inflación es universal; ningún país, sea cual fuere su organización política y económica, ha pasado indemne ante ella. Hay variantes en el grado de agudización que la inflación asume y en los correctivos y medidas de control que según la naturaleza de los regímenes político-económicos se han empleado, pero no hay país que haya escapado a la inflación.

Las causas del fenómeno son múltiples y varían en su magnitud determinante, de acuerdo con las condiciones económicas de los distintos países y los medios que se emplean para combatirla. Hay sin embargo en medio de esta multiplicidad de causas algunas motivaciones generales de la inflación. En primer lugar tenemos el costo de las dos últimas guerras mundiales que el mundo tiene que cubrir. Las desviaciones de la máquina productiva por su orientación hacia fines bélicos y el gasto de recursos económicos, institucionales y humanos que una guerra supone, tienen un costo. Es frase antigua la que dice que las guerras se alimentan de inflación. Además de las guerras habría que señalar las interguerras que necesariamente suponen, aun cuando sea parcialmente, desviaciones de recursos en una forma similar a las guerras. Las interguerras también se alimentan de inflación.

Pero aparte de esta causa se han presentado fenómenos derivados de políticas más o menos generales, que han tenido una gran influencia en las inflaciones en que hemos vivido. Prescindiendo de la política económica de Alemania orientada a fines de guerra, encontramos dos políticas generales que juegan su papel en la inflación universal: la adoptada en los países de economía socialista y la que en los últimos tiempos ha ins-

pirado a los principales países capitalistas del mundo. Nos ocuparemos brevemente de la primera y con mayor extensión de la segunda.

La abstinencia obligada

Los países de economía socialista —inicialmente la Rusia Soviética— adoptaron líneas económicas que sobre la base de la abstinencia en un momento dado, suponían la acumulación para el futuro. El Primer Plan Quinquenal —de 1928 a 1932— se inspiraba en la idea de que ese país en una decena de años alcanzara el grado técnico industrial que tenían las naciones de más alto desarrollo capitalista. Al logro de este objetivo el Primer Plan Quinquenal supuso un planeamiento para crear una estructura industrial, que se fundaba en la producción preferente de maquinaria y equipo. De los 60,000 millones de rublos invertidos —de acuerdo con el Primer Plan Quinquenal—, 40,000 fueron directamente dedicados al desarrollo industrial. Esto originó una escasa producción de bienes de consumo en relación con la demanda existente.

El Segundo Plan Quinquenal —de 1933 a 1937— significó igualmente el predominio de la producción máquina-herramienta y equipo. Las cifras al respecto son elocuentes: en la agricultura el 90% de todos los tractores y segadoras-trilladoras empleados en 1938 se habían producido en el Segundo Quinquenio y el propio año la existencia de maquinaria-herramienta estaba constituida en un 50% por la fabricada en el propio Segundo Plan Quinquenal. Hay que señalar, además, que en el Segundo Plan Quinquenal los objetivos de defensa militar desviaron parte de la producción.

El Tercer Plan Quinquenal, después del ahorro forzado supuesto por sus antecedentes, ya establecía un armonioso equilibrio entre la producción de medios de producción y artículos de consumo. Su realización, sin embargo, fué interrumpida por la guerra.

Esta abstinencia obligada de un país en un mundo en su mayoría capitalista, tenía que traducirse en inflación o en algo parecido a ella. El control estatal, la rigurosa planeación económica, podían hacer que el fenómeno asumiera características distintas. Que la inflación no operase en perjuicio de unos y

en beneficio de otros. Pero el fenómeno de falta de bienes para satisfacer una demanda existente, se presentó diáfananamente. Al iniciarse la guerra con los países del Eje, en la URSS faltaban artículos de consumo asequibles al consumidor. Por esta razón se practicaba un control de precios, aun cuando con ciertas tolerancias.

Después de la guerra la inflación, como es natural, se agudizó, en parte por la guerra misma y en parte por la máquina impresora de billetes que funcionó en las zonas ocupadas por los alemanes.

Al finalizar la guerra la URSS se encuentra con este hecho: para contrarrestar su inflación no podía iniciar de inmediato una política de producción de artículos de consumo en gran escala, pues ello significaba detener la reconstrucción; mas no podía adoptar una simple contracción monetaria que necesariamente se traduciría en una disminución en el ritmo de reconstrucción. En esta situación, el racionamiento duró hasta el 14 de diciembre de 1947, fecha en que aparece un decreto que suprime el régimen de racionamiento y establece a partir del 16 de diciembre de ese año el nuevo tipo de rublo. Se realiza en un solo acto una revaluación y una devaluación. Se establecen tipos distintos para cambiar la moneda que se retiraba de la circulación por la nueva moneda. La escala para el canje de viejos rublos por nuevos rublos, atendía a la naturaleza de los ahorros, a la capacidad de quienes los tenían y, en fin, a diversos criterios, que establecían tipos diferenciales. En esta forma, principalmente, se combatió la inflación.

La revolución keynesiana

EN los más importantes países capitalistas se presentó una modificación substancial en sus políticas económicas que puede ser llamada la "revolución keynesiana", —para designar el fenómeno en los términos del título del libro de Lawrence R. Klein,¹ y usando la expresión en el sentido del propio Klein—, esto es, que se trata de una revolución conservadora, dado que intenta substancialmente mantener el régimen económico capitalista.

¹ The Macmillan Company. 1947.

Antes de Keynes la economía clásica del equilibrio automático sólo admitía la existencia del paro temporal imputable a la voluntad de los propios trabajadores, a variaciones en la demanda, a circunstancias estacionales o a innovaciones en los métodos de producción. En esta forma el paro forzoso y permanente o era subestimado —creyéndose que el "equilibrio espontáneo" del mecanismo económico no podía suponer un paro de masas de tipo permanente—, o bien, con frialdad intelectual muy manchesteriana, se decía que los decaimientos económicos podían considerarse fenómenos inherentes a la economía, tal como la naturaleza dispone de fluctuaciones.² Ante esta actitud de los economistas —compartida con diversos matices por objetivistas y subjetivistas— el marxismo sostenía que el paro obligatorio es inherente al capitalismo, pues la estructura misma del capitalismo y sus contradicciones, hacen inevitable el paro forzoso.

Frente a estas dos posturas, —en 1936 con la "Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero"—, viene Keynes a afirmar que es posible desterrar las crisis sin prescindir íntegramente del capitalismo mediante aportaciones a la Economía Estática —la doctrina presentada originariamente por R. F. Kahn del multiplicador— y la construcción de un instrumental de aplicación en la Economía Dinámica. Es decir, que para eliminar el paro obligatorio no es necesario eliminar el capitalismo.

La construcción de Keynes es de un gran rigor lógico-formal y de una arquitectura simple en sus líneas esenciales. Esto, unido a la naturaleza del tema y a que Lord Keynes era un escritor nato, dió origen a la "revolución keynesiana".

Por lo demás, en las ciencias culturales se nota que los sistemas de gran aceptación son aquellos que se asientan en un esquema simple en su rigor lógico. Las adhesiones —aparte de cualquier otra consideración— a la escuela clásica o al marxismo, en economía, constituyen un buen ejemplo de ello. Claro está que sobre la aportación de Keynes no ha transcurrido el centenar de años que determina, en definitiva, la trascendencia de las doctrinas económicas.

² LOUIS BAUDIN, *El Mecanismo de los precios*, Pág. 44 F.C.E. México.

La brillante construcción de Keynes es, en su estructura general, en su esquema fundamental, fácilmente asequible.³ La desocupación forzosa proviene de que en nuestra sociedad económica, al aumentar el ingreso de una colectividad dada, aumenta el ahorro, llegándose a un momento en que estando el ahorro en constante aumento, la tasa del interés no baja y con ello se desestiman inversiones. En semejante situación la demanda se reduce, lo cual impide la generación de empleo e incluso el mantenimiento del nivel de ocupación alcanzado con anterioridad al surgimiento de la nueva situación. Es obvio que para superar la contracción y para restaurar un equilibrio perdido por falta de inversiones que sostengan un punto adecuado de demanda, se debe: a) Reducir la tasa del interés, de modo que ésta sea menor que las utilidades que se pueden normalmente obtener con inversiones —eficacia marginal del capital—, mediante una política bancaria dirigida con tal propósito; b) Estimular inversiones privadas y realizar inversiones estatales.

A largo plazo, siguiendo esta política y adicionándola con equilibradas acciones redistributivas, —que manteniendo un adecuado nivel de consumo y garantizando una ocupación satisfactoria no signifiquen descuido para la realización de las inversiones necesarias para lograr una socialmente ventajosa acumulación de capital—, se podría obtener una razonable distribución del ingreso nacional, correctora de las deficiencias que desde el punto de vista de equidad existen en el mundo actual.

La simplicidad del esquema keynesiano y el hecho de que la política económica en él contenida no resultara un simple expediente temporal para vencer las crisis, sino que supusiera una posibilidad a largo plazo de justicia social, dió un gran atractivo a esta política económica, contribuyendo a la "revolución keynesiana". Agreguemos a esto lo sugerente que resulta para el gobernante o político fundar un plan de gobierno o un programa electoral en una política económica que permite ofre-

³ Puede verse la exposición en esquema de la teoría keynesiana hecha por el propio Keynes en el bosquejo que realiza en unas cuantas páginas: J. M. KEYNES, *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, págs. de la 38 a la 43. F. C. E., 2.ª edic., México, 1945. Igualmente RAÚL PREBISCH, *Introducción a Keynes*, F. C. E., México, 1947. Una aplicación concreta y accesible en: K. E. BOULDING, "La Economía de la Paz". *Revista de Occidente*. Madrid.

cer y hacer mucho, prescindiendo de la cautela y salvaguardas preconizadas por la escuela clásica.

Del esquema keynesiano surgió la política del "empleo pleno", que como después veremos, es en la actualidad norma formal y material de la economía de los países capitalistas.⁴ Antes de referirnos a los lineamientos de esta política, a los documentos en que se halla consignada y a los principales sistemas que funcionan inspirados en sus orientaciones, vamos a tratar de una política económica, que iniciada antes de la era del empleo pleno, juega un papel fundamental en la inflación universal: la política de Roosevelt.

El caso Roosevelt

MUCHO se ha escrito sobre las relaciones Roosevelt-Keynes. Se ha dicho con cierta ligereza que en la política de Roosevelt se encuentra la primera aplicación de los principios keynesianos. Sin embargo, a este respecto deben hacerse distingos y precisiones.

Al iniciarse el primer período de gobierno de Roosevelt todavía no había aparecido la "Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero". Es decir, la teoría keynesiana aún no había sido expuesta en una forma orgánica e integral. Ciertamente que en 1933 aparece "Los Medios para la Prosperidad" en que ya Keynes sostiene que para evitar la fase depresiva en los negocios debe incrementarse la demanda mediante el aumento del gasto total, aumento que para ser logrado en el panorama económico que Keynes observa, implica fundamentalmente el crecimiento de los gastos públicos, primordialmente a través de las obras públicas. Este pensamiento coincide con algunas de las realizaciones de Roosevelt, pero hay que considerar que para 1933 Roosevelt ya había delineado su programa económico, uno de cuyos puntos esenciales era "solucionar el problema del consumo insuficiente".⁵

⁴ Por supuesto que se presentan excepciones. Hay países capitalistas al margen de la "revolución keynesiana". Probablemente el mejor ejemplo sea Italia, donde con el propósito de mantener el poder adquisitivo de la lira se ha seguido una política semideflacionista, elevándose el índice de desocupación.

⁵ Discurso pronunciado el 23 de septiembre de 1932 en el Commonwealth Club, de San Francisco. Por lo demás, el concepto se encuentra en varios discursos de Roosevelt.

Ahora bien, algunas de las decisiones adoptadas por Roosevelt en su primera administración, tienen un sabor keynesiano, aun cuando cronológicamente pueden ser una anticipación o una coincidencia.⁶ Independientemente de ello, la política de Roosevelt fué, enjuiciada con la medida clásica, una política inflacionista. La desvalorización del dólar oro, las acciones para reducir la tasa de interés —bajando los tipos de descuento de los Bancos de la Reserva Federal—, fuertes gastos públicos por encima de los ingresos, aceptaciones bancarias por los Bancos de la Reserva Federal, la política platista y los intentos por restaurar el nivel de precios, son algunas de estas medidas.

Sin embargo, la política adoptada por Roosevelt en 1933 para sacar a los Estados Unidos de la crisis, tiene a no dudarlo una orientación más modesta: la teoría del infraconsumo de Irving Fischer. La política económica de Roosevelt, sus afanes estabilizadores sobre la base de restaurar precios, tiene su antecedente en la teoría de Fischer, quien encuentra la causa de las crisis en la existencia de un nivel de precios inestable y, partiendo de la teoría cuantitativa de la moneda, sugiere como método anticíclico aumentar el circulante en la medida en que aumente la producción. Fischer, ante la crisis norteamericana, frontalmente sostenía la necesidad de elevar el nivel de precios y después estabilizarlo. Es evidente que los intentos inflacionistas del Presidente Roosevelt encuentran su orientación en la teoría de Fischer.⁷

La política de Roosevelt de elevación de precios en 1933 y 34, en un momento de disminución de costos, recurrió a un factor equilibrador no recomendado por Keynes como específico anticíclico de aplicación inmediata: la dotación de poder adquisitivo a la sociedad mediante una política redistributiva.

Si se ve el libro en que Roosevelt —en mayo de 1933—, engarzando discursos, conferencias y artículos, pretende exponer en una forma unitaria su pensamiento,⁸ se encuentra que señala como fundamento de su acción: 1º La concentración de las fuentes de producción en pocas manos; 2º Los ajustes y

⁶ Debe señalarse que en Suecia el "Informe de la Comisión del Paro" y sus cuatro apéndices, publicados de fines de 1933 a principios de 1934, tienen grandes coincidencias con la teoría keynesiana.

⁷ JOHN STRACHEY, *Naturaleza de las Crisis*, pág. 61. F. C. E., México, 1939.

⁸ FRANKLIN D. ROOSEVELT, *Mirando al Porvenir*. Empresa Letras. Santiago de Chile, 1934.

adaptaciones exigidos por la máquina de producción; 3° La necesidad de reconquistar para la industria norteamericana los mercados extranjeros; 4° La búsqueda de una "prosperidad uniforme", haciendo que el poder de compra esté "bien distribuido entre todos los grupos de la nación"; 5° La conveniencia de incrementar los gastos públicos; 6° La necesidad de desviar la tributación sobre la base de capacidad de pago; 7° Y, finalmente, la exigencia de restaurar los precios de los productos al nivel aproximado de 1926.

Roosevelt mismo, en pocas palabras, expresa su pensamiento económico en los siguientes términos: "Nuestro inconveniente básico no ha sido la insuficiencia de capital: fué la insuficiente distribución del poder de compra, juntamente con una excesiva especulación en la producción".⁹

Roosevelt sigue substancialmente las líneas de la política llamada del poder adquisitivo. Al amparo de las depresiones siempre han surgido teorías que buscan una explicación del ciclo y sobre todo que postulan un método para vencer las crisis. Algunas de estas teorías tienen más o menos base científica, otras son fantasías o teorías fragmentarias elaboradas de acuerdo con conocimientos parciales del mecanismo económico. Después de la depresión de la primera postguerra (1920-22), surgieron estas teorías y cuando la gran depresión iniciada en 1929, ellas fueron numerosas y de todos los colores y estilos.

Ciertas ideas del programa de Roosevelt flotaban ya en el aire. Teorías que encuentran la causa de la crisis en el infraconsumo, las teorías del "dinero barato", del "crédito social", Gesell, Douglas, etc.; es por ello que con la experiencia rooseveltiana se encuentran paralelismos, coincidencias e imitaciones. Son ejemplos de estas situaciones tanto la política económica implantada en la provincia de Alberta, del Canadá, por el Ministro Aberhart, en la que sigue la teoría del subconsumo en virtud de desviaciones del circulante monetario hacia el ahorro y hacia el comercio entre los propios productores expuesta por el Mayor Douglas,¹⁰ como la política inflacionista¹¹ de León

⁹ *Op. cit.*, págs. 22, 23, 32, 34, 63, 71 y 152.

¹⁰ LUIS BAUDIN, "Le Crédit Social". *Revue de la Banque*. Bruselas, enero de 1939.

¹¹ ROBERT WOLFF, *L'Economie et Finances de la France*, pág. 194. Brentano's. New York, 1943.

Blum a partir de mayo de 1936, en la que prescinde de la tradicional idea socialista de "ante todo moneda sana".

Hay que considerar además, que cuando la depresión de 1873, en los Estados Unidos surgió el clamor de una inflación temeraria y que "Un proyecto de inflación fué aprobado por el Congreso, pero el Presidente Grant le puso el veto". A poco, sin embargo, "El dinero comenzó a ser abundante y los precios comenzaron pronto a subir, aunque de un modo lento". De modo, pues, que Roosevelt en su política económica en contra de la depresión contaba incluso con claros antecedentes norteamericanos.¹²

A pesar de que las ideas económicas de Keynes en el segundo período gubernamental de Roosevelt se hicieron notar a través de varios de sus consejeros —fundamentalmente a través de Henry A. Wallace¹³—, creemos que la política económica de Roosevelt tiene un sello peculiar y debe ser analizada como una política que quizás inició una de las inflaciones de nuestra época, pero cuya conexión con la "revolución keynesiana" es difícil establecer.

La política del empleo pleno

LA revolución keynesiana se tradujo en la política del empleo pleno. Beveridge lo expresa con toda claridad: "Con la publicación, en 1936, de *La Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, de J. M. Keynes, ahora lord Keynes, se inauguró una nueva era en la teoría económica sobre el estudio de la ocupación y de la desocupación".¹⁴ Esta nueva era se ha traducido formalmente en la aceptación universal de la política del empleo pleno y materialmente en la adopción de numerosos planes nacionales orientados en esta política.

¹² JOSEPH A. SCHUMPETER, "Depresiones", en el libro "El Programa Económico de Roosevelt", págs. 13 y 14. *Revista de Derecho Privado*.

¹³ Wallace sí puede ser considerado un keynesiano. La estructura de su proyecto de ocupación para los Estados Unidos es substancialmente keynesiana. Aun cuando hay que aclarar que el postulado de Wallace de política de altos salarios no es estrictamente keynesiano.

¹⁴ WILLIAM H. BEVERIDGE, *La Ocupación Plena*, págs. 118-119. F. C. E., México-Buenos Aires, 1947.

La cláusula quinta de "La Carta del Atlántico" expresaba el propósito angloamericano de asegurar, mediante la colaboración económica de todas las naciones, mejores niveles de vida, progreso económico y seguridad social. El 22 de noviembre de 1942 William Beveridge presentaba al Parlamento de la Gran Bretaña un informe sobre seguridad social elaborado por un comité interdepartamental dirigido por el propio Beveridge. En este informe se declara que no deberán exagerarse los posibles efectos del plan de seguridad social sobre la estabilización de la demanda del trabajo, pues al respecto su naturaleza es subsidiaria dado que no resuelve el problema fundamental de mantener la ocupación, para lo cual se requieren otras medidas, que de no adoptarse harían nugatorio mucho de lo que se podría ganar a través del plan de seguro social.¹⁵

La Carta del Atlántico se señalaba como meta la seguridad social, pero en el más importante informe preparado de acuerdo con el mandato contenido en la cláusula quinta de la Carta del Atlántico, se reconocía que el plan de seguridad social era insuficiente sin medidas que garantizaran el mantenimiento del nivel de ocupación.

Se tiende un puente de la seguridad social al empleo pleno. El 26 de mayo de 1944 aparece el "Libro Blanco" sobre política de ocupación del Gobierno Británico de Coalición,¹⁶ fruto de un gobierno de coalición, cauteloso y discreto. El "Libro Blanco" parte en forma clara del principio de que el Estado puede, mediante una política de préstamos e inversiones, conseguir un alto y estable nivel de ocupación, rompiendo con esta admisión la tradicional política inglesa en el sentido de que las inversiones y empréstitos estatales no podían ser factor de importancia para una política de ocupación.

El "Libro Blanco" quiere compensar las variaciones de la inversión privada expandiendo o reduciendo las inversiones públicas. Este documento considera por igual que una política monetaria no es suficiente exclusivamente para dominar la inestabilidad de gastos de capital; y aun cuando el "Libro Blanco" consigna un papel primordial en la estabilización del nivel de empleo a las inversiones privadas con estímulos ne-

¹⁵ WILLIAM H. BEVERIDGE, *Seguridad Social y Servicios Afines*, pág. 105, párrafo 443. Academia de Ciencias Económicas. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1943.

¹⁶ Cmd. 6527. Londres, 1944.

cesarios, reconoce —a pesar de la opinión en contra de Beveridge en su *post scriptum* sobre el "Libro Blanco"¹⁷—, que en la experiencia pasada se subestimó el poder de los gastos públicos debidamente aplicado a impedir la iniciación de depresiones (párrafo 66).

Es decisiva la importancia del "Libro Blanco" inglés desde el punto de vista de la implantación en los países capitalistas de la política del empleo pleno; este documento, no obstante su natural cautela, tiene un aliento keynesiano.

Poco tiempo después de la aparición del "Libro Blanco", Beveridge publicaría su libro sobre la ocupación plena que es "in extenso" la aplicación de la teoría keynesiana al problema del empleo.

Es en ambos documentos con los que la política del empleo pleno fundada substancialmente en la teoría económica de Keynes, habría de recibir una gran divulgación y habría de convertirse en norma rectora de la política económica de numerosos países.

Formalmente la política del empleo pleno habría de convertirse en objetivo mundial en cuanto en 1945, al firmarse en San Francisco la "Carta de las Naciones Unidas", este documento señalaba que la Organización de las Naciones Unidas promovería "trabajo permanente para todos".¹⁸ Mediante esta declaración la política del empleo pleno se convirtió en principio universal.

Esta consignación vino a suponer que habría una acción internacional y acciones nacionales¹⁹ encaminadas a lograr el mantenimiento de un nivel de empleo, considerando para este efecto la superocupación alcanzada durante la guerra por los países capitalistas. Pero debe aclararse que para 1945 ya eran varios los países que, pensando en la postguerra, orientaban o declaraban orientar su política económica en el objetivo de empleo pleno. De 1945 en adelante el fenómeno se generalizó con las exageraciones naturales cuando se da el paso de la teoría a la práctica.

¹⁷ WILLIAM H. BEVERIDGE, *La Ocupación Plena*, págs. 331 y sigs.

¹⁸ "Carta de las Naciones Unidas", artículo 55, pág. 25. Lake Success. Nueva York, 1948.

¹⁹ Art. 56 de la Carta de las Naciones Unidas.

Para 1945 la amenaza de desempleo por demanda insuficiente no era grave, ya por el contrario entonces había una demanda diferida que satisfacer en virtud de la desviación de la producción a fines bélicos a que obligó la contienda. Las necesidades de reconstrucción de los países europeos planteaban un amplio campo de acción económica, y había dos problemas inmediatos, a saber: se requerían en el mundo numerosos productos norteamericanos que la industria de este país no podía satisfacer por no haberse reconvertido, y escasez de dólares, experimentada por casi todos los países europeos. Para 1947 la reconversión de la industria norteamericana había avanzado de manera notable y ya en 1948 prácticamente se hallaba concluida; por otra parte, la colocación del excedente de la producción de los Estados Unidos en el mercado exterior era difícil en virtud de la escasez mundial de dólares. Es en esta situación que el 5 de junio de 1947, en la Universidad de Harvard, el Secretario de Estado de los Estados Unidos esboza un plan para ayudar a los países europeos en su recuperación; es decir, surgió el *Plan Marshall* que al mismo tiempo que intentaba la recuperación europea venía a ser, como lo llamó el en aquel entonces Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, "un vasto programa de autoayuda"; o sea un programa de subsidios a las exportaciones norteamericanas.

Aparte de estas medidas, se procuró sentar bases para la resolución de algunos aspectos económicos internacionales sobre el principio de reconocer el papel que la norma del empleo pleno desempeñaba. Para obtener la libre convertibilidad de monedas, el Convenio Constitutivo del Fondo Monetario Internacional reconoce expresamente el papel que desempeña la política del empleo pleno. El proyecto de Carta de Comercio y Empleo de La Habana reconoce igualmente el principio del empleo pleno, en cuanto su artículo 21 permite usar restricciones cuantitativas a la importación con fines de salvaguarda de la balanza de pagos; y, en el párrafo 4º b, se admite que la planteación nacional para la ocupación plena o para el desarrollo económico, puede dar lugar a dificultades en la balanza de pagos.

Ahora bien, estos documentos internacionales sólo vinieron a reconocer una situación de hecho: la mayoría de los países capitalistas han estado orientados en su política económica por

el principio del empleo pleno. Para los países de Europa, el principio del empleo pleno se acopló con sus necesidades de reconstrucción. Para los Estados Unidos, el empleo pleno fué ligado inicialmente con sus necesidades de reconversión industrial y posteriormente con la política armamentista. Y para los países infradesarrollados desde el punto de vista económico, los principios del empleo pleno les significaban una política de expansión que les permite luchar contra el subempleo o paro enmascarado, permanente en ellos.

En estas circunstancias el peligro de desempleo no se presentó, y la preocupación fundamental radicaba en la lucha contra la inflación derivada en parte de un alto nivel de inversiones públicas y privadas.

Para fines de 1948 y principios de 1949 la inflación mundial pareció sufrir un alto y el problema del desempleo amenazó surgir.²⁰ A principios de abril de 1949 en los Estados Unidos se presentó una situación económica difícil. "Ha empezado —decía una revista especializada— un cambio en el ciclo económico. El cambio que está ocurriendo lleva a la rueda de los negocios de lo alto de un auge a una depresión".²¹ El 30 de marzo de 1949 Ejan Clague, Comisionado de Estadísticas del Trabajo del Gobierno de los Estados Unidos, informó que en febrero de 1949 el número de desocupados en los Estados Unidos llegó a 3.750.000. Aun cuando en los Estados Unidos surgió la tesis de la "desinflación" —un punto de equilibrio equidistante de un máximo inflacionista y del punto deflacionista—, la preocupación a la vista del desempleo era bastante evidente y se nota, por ejemplo, en un artículo publicado por León Keyserling, Vice-Presidente del Consejo Económico del Presidente Truman, en la revista del New York Times del 9 de enero de 1949. Asimismo, el desempleo aumentó en esta época en algunos de los países europeos.

En estas condiciones, en septiembre de 1949 se celebran las reuniones de ministros de finanzas de Inglaterra, Canadá y Estados Unidos en relación con la crisis de dólares de Gran Bretaña, reuniones en que con la protesta de los sectores norteamericanos defensores de la política económica de abstencio-

²⁰ "Medidas de Carácter Nacional e Internacional para lograr y mantener el empleo total", pág. 9. Informe de un grupo de expertos. Naciones Unidas. Lake Success. Nueva York, 1949.

²¹ U. S. News and World Report, pág. 21. Abril de 1949.

nismo estatal, se justificó en forma total el objetivo de empleo pleno adoptado por el Gobierno Laborista.

A principios de octubre de 1949 entró en vigor en los Estados Unidos la ley de suministro de material bélico a otros países, ley que al Presupuesto de Guerra aprobado en ese año para los Estados Unidos, vino a agregar la suma de 1,300 millones de dólares. Los gastos de guerra durante el año fiscal de 1° de julio de 1949 al 30 de junio de 1950 ascendieron al 35% del total del Presupuesto Gubernamental Norteamericano. A fines de julio de 1950, iniciado el conflicto de Corea, el Presidente Truman se dirigió al Congreso pidiendo la aprobación de 10,486.9 millones de dólares para aumentar las fuerzas armadas de su país. En septiembre de 1950 se pidió al Congreso de los Estados Unidos un nuevo gasto de 17,850 millones de dólares. Para el año fiscal iniciado el 1° de julio de 1951 que concluye el 30 de junio de 1952, se hizo una estimación de los gastos totales de 71,600 millones de dólares, calculándose que las tres cuartas partes de los gastos de este Presupuesto se referían directamente a la seguridad nacional de los Estados Unidos.

En Inglaterra, ya para 1949, el Presupuesto de Guerra vino a ser casi el doble de las asignaciones destinadas a la seguridad social.

Esto indica que a partir de 1949 hubo en los Estados Unidos y en los más importantes países capitalistas un cambio en su política de empleo pleno, cambio que supuso ensanchamiento de éste sobre la base de gastos directa o indirectamente conectados con fines militares y, por lo consiguiente, el abandono del principio de altas inversiones con fines pacíficos.

Al hacerse ello una expectativa se abandonó: con la teoría de Keynes—sabiendo las necesidades del mundo, fundamentalmente las planteadas por los países infradesarrollados—el campo económico pareció ampliarse y el mundo ensancharse, perdiéndose ese pesimismo que resultaba de creer que se habían agotado las posibilidades de inversión, situación tan gráficamente descrita en los Estados Unidos cuando se dice que *ya no hay más marchas hacia el oeste*. Justamente por esta razón, la teoría del desarrollo de las áreas atrasadas debería jugar un papel fundamental en lo que podría llamarse teoría económica de esta última postguerra.

Semejante modificación en la naturaleza de las inversiones necesariamente supuso implicaciones para los países infradesarrollados. Desde luego, al verificarse el cambio resultaba obvio que ellos contarían con menos recursos externos para su desarrollo, sobre todo con recursos orientados en forma intergubernamental. Además, al desviarse nuevamente la máquina productiva hacia los fines militares, se plantearían escaseces de ciertas materias primas y dificultades en la adquisición de bienes de producción.

Ciertamente que tal cambio suponía un alivio en la escasez mundial de dólares, puesto que los Estados Unidos sólo en emergencia o pre-emergencia compran más de lo que venden; mas se volvía a la situación de la pasada guerra en que disponiéndose de dólares poco se podía adquirir con ellos; es más: para los países infradesarrollados se originaba la dolorosa posibilidad de que gastaran los recursos que obtuvieran en virtud de la emergencia en bienes de consumo, ya que en el mercado norteamericano hay escasez de materias primas y bienes de producción, al lado de exceso de productos de consumo general.²² Por consiguiente, para los países infradesarrollados surge una amenaza de parálisis, o al menos de disminución de la velocidad, en la realización de sus planes de fomento económico.

Independientemente de estas situaciones, que deben ser cuidadosamente medidas, puede afirmarse que la presente postguerra o interguerra ha sido la época de las inflaciones, a diferencia de la pasada postguerra que fué la época del paro obligatorio. Habría que pensar, pues, que el costo del empleo pleno derivado de un alto nivel de inversiones es la inflación. Sobre esta base, el común de las gentes debería despojar a la palabra inflación de su sentido peyorativo y saber que lo grave no es la inflación sino la hiperinflación o "inflación galopante" que llama Pigou.²³ La inflación puede incluso ser necesaria para el empleo pleno, considerada como una consecuencia o medio de una política de expansión.

²² En el Informe del National City Bank del mes de mayo de 1951 claramente se dice que en las industrias de los productos de consumo general hay indicios claros de que los mercados están saturados y de que los comerciantes tienen más existencias de las mercancías que necesitan.

²³ A. C. PIGOU, *Teoría y Realidad Económica*, pág. 87. F. C. E. México, 1944.

Y ya sobre estos términos cabe plantearse el problema —del cual deriva en gran parte el sentido peyorativo con que el común de las gentes dota a la palabra inflación—, de saber sobre quién deben hacerse recaer los naturales males de la inflación; mejor aún, qué sector debe pagar preferentemente el costo de una política de altas inversiones.

Quién paga el empleo pleno

EL empleo pleno se sostiene sobre una economía en expansión lograda por altas inversiones, y un fuerte porcentaje de estas inversiones son públicas. Esto supone que de alguna parte tiene que salir el aumento de inversiones; o sea, que el crecimiento de las inversiones tiene que ser cubierto. Aun cuando a largo plazo Keynes considera que él ofrece una solución para obtener la corrección de la desigualdad de rentas existente en la sociedad contemporánea, a corto plazo, y siguiendo exclusivamente la política keynesiana, el costo de una política de empleo pleno incide fundamentalmente sobre los asalariados.

Keynes en este punto no se aparta de los clásicos, de modo que un aumento de la ocupación es simultáneo a un descenso en los salarios reales.²⁴ Keynes, además, se pronuncia a favor de una política de mantenimiento de un nivel general estable de salarios nominales.²⁵

En la práctica la política keynesiana se traduce en: a). Economía en expansión por alto nivel de inversiones públicas y privadas; b). Salarios nominales congelados o estabilizados; c). Disminución de los salarios reales por la correlación inversa que éstos guardan con el volumen de ocupación. De acuerdo con estos lineamientos, el incremento del volumen de ocupación es en gran parte sustentado por la disminución de los salarios reales.

²⁴ JOHN MAYNARD KEYNES, *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, pág. 30. F. C. E.

²⁵ JOHN MAYNARD KEYNES, *op. cit.*, pág. 259. Según JOAN ROBINSON —*Essays in the Theory of Employment*, Pág. 665, Londres, 1937, por la composición de los sindicatos, por ser los obreros con trabajo mayoría en relación con los obreros sin empleo, y por pugnar los primeros por aumento de salario, las exigencias de mayores salarios deberán surgir antes de llegar al empleo pleno.

Sin embargo, como uno de los caminos hacia el empleo pleno está constituido por la redistribución de la renta,²⁶ tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos se adoptaron medidas dirigidas a trasladar el costo del empleo pleno de los asalariados a los sectores que operan con ganancias. En los Estados Unidos este fué un método inherente a la política de poder adquisitivo practicada por Roosevelt; y fué así como las estadísticas sobre la estructura del ingreso nacional relativas al año de 1946, publicadas por Simón Kusnetz, indicaban —desde el punto de vista de nivelación de rentas— una mejoría evidente en relación con 1929. Las estadísticas de Kusnetz señalaban que en 1929 el 1% de la población norteamericana obtuvo más del 19% del ingreso nacional, recibiendo un promedio per capita de 15,000 dólares anuales y que en 1946 ese mismo 1% recibió un 7.7% del ingreso nacional con un promedio per cápita menor de 8,000 dólares, y en cambio, el promedio per cápita recibido por la población norteamericana que en 1929 fué de 690 dólares anuales en 1946 se elevó a 1,666 dólares. A partir de 1945, la preocupación redistributiva tendió a desaparecer, y es así como —cuando el decaimiento económico de fines de 1948 y principios de 1949—, el doctor Keyserling señalaba que se notaban cambios peligrosos en la estructura del ingreso nacional en cuanto la compensación a los empleos que en 1939 era el 65.9% del ingreso nacional en el último trimestre de 1948 había bajado al 61.6% mientras que las utilidades de las empresas y ajustes del valor de las existencias habían subido del 8% al 14.7%.²⁷

Como antes hemos señalado, a partir de 1949 la política norteamericana de empleo pleno se ha venido sosteniendo en el armamentismo; por consiguiente, el aspecto redistributivo ha sido abandonado, en tanto que el ciclo inflacionista ha asumido características extremadamente agudas. A este último respecto se calculaba que, teniendo el dólar en el mercado interno norteamericano en 1939 una capacidad de compra de 100, había bajado en junio de 1950 a 58 y se preveía que para mediados de 1951 bajaría a 56.²⁸ Estas previsiones parecen haberse que-

²⁶ Instituto de la Universidad de Oxford, *La Economía sin Puro Forzoso*. M. KALECKI, *Tres Caminos Hacia la Plena Ocupación*, pág. 83. Edición M. Aguilar. México, 1948.

²⁷ *New York Times*, 9 de enero de 1948.

²⁸ *U. S. News & World Report*, Oct. 13, 1950.

dado cortas—de enero de 1950 a mayo de 1951 los precios de menudeo se elevaron en un 11%—a la luz de los hechos presentes y a pesar de las severas medidas antiinflacionistas adoptadas por el Gobierno norteamericano.

En Inglaterra, el Gobierno Laborista pareció anticiparse a la teoría keynesiana, en su propósito de justicia social mediante acciones redistributivas, precipitando lo que en frase de Prebisch se puede llamar la "eutanasia del rentista",²⁰ ello con las consecuencias políticas que es de suponer en un país que tradicionalmente había sido de rentistas. Los impuestos sobre utilidades distribuidas alcanzaron en 1949 el 30%, y el Gobierno Laborista aparte de exceptuar de los impuestos de compra-venta los artículos de consumo necesario y otorgar subsidios, ha realizado un vasto programa de seguridad social que, a través de la socialización de la medicina, rebasa la pura seguridad social. Si bien como norma general el Gobierno Laborista condicionó el nivel de los salarios al nivel de ocupación, hasta 1949 se hicieron numerosas excepciones, habiéndose inclusive implantado en ciertos segmentos industriales salarios nominales flexibles en relación con el costo de la vida. En 1949 el Gobierno Laborista abrió una pausa en su política redistributiva.

Puede decirse que de 1949 a la fecha el empleo pleno en los dos más importantes países capitalistas se ha sustentado sobre inversiones armamentistas, habiendo desaparecido por consiguiente las acciones de tipo redistributivo. Como se desprende de la experiencia de Alemania de 1933 a 1938, el armamentismo puede, sí, sustentar el empleo pleno o la superocupación, mas ello prescindiendo casi de preocupaciones relativas al bienestar social. Y no por las tensiones y desequilibrios que el desempleo implica debe olvidarse que la política de ocupación plena sólo puede ser válida en cuanto instrumento de bienestar social: el empleo pleno convertido en fin puede engendrar políticas económicas carentes intrínsecamente de justificación.

Apostilla sobre el desarrollo mexicano

Los países de incipiente desarrollo económico encontraron en la teoría keynesiana un instrumento que, con ciertas reser-

²⁰ *Op. cit.*, pág. 11.

vas, les permitía adoptar una política de altas inversiones —en relación con sus recursos— guiada por dos objetivos fundamentales: a). Lograr empleo pleno en su población económicamente activa; b). Combatir el subempleo y en general incorporar a su economía activa núcleos de población que se encuentran al margen de ella. El método para lograr estos objetivos radica en impulsar su desarrollo económico.

Planteada la necesidad de impulsar su desarrollo económico surge la más grande dificultad en cuanto al problema de su financiación. Al respecto se recurre a créditos externos, a ingresos derivados de impuestos y al ahorro involuntario o forzado. Ocupándonos de este último concepto diremos que a través de la banca o de la emisión, el estado hincha o expande el proceso económico. Las inversiones adicionales necesariamente originan una elevación de precios, elevación que obliga a ciertos núcleos a reducir su consumo. Es decir, se fuerza a los consumidores a restringir su consumo, como medio de sustentar las inversiones adicionales en un momento y situación dadas; los precios se elevan en mayor escala que los ingresos monetarios y de esto resulta un ahorro forzado. La sociedad en su conjunto dispone de mayor poder adquisitivo, dado que el estado realiza gastos que generan —considerando el multiplicador— fuentes de empleo en proporción mayor a lo gastado.

El concepto de ahorro forzado parece haber sido usado por numerosos economistas del siglo XIX, pero en la economía contemporánea fué reintroducido, intentando relacionarlo con el aumento de inversiones. Keynes duda de la posibilidad de relacionar la disminución de ingresos reales, con una mayor capacidad de inversión, y, por consiguiente, de empleo.³⁰

Donde hay escasa población, bajo índice vegetativo y cantidades apreciables de recursos naturales, el paso a la industrialización puede darse sin muchos sacrificios e incluso sin requerirse una rigurosa ordenación económica. Pero de no pre-

³⁰ Keynes al respecto considera que: "Es cierto, por supuesto (debido al hecho de que el rendimiento decrece cuando se aplica más ocupación a un determinado equipo productivo), que cualquier aumento de ocupación supone algún sacrificio del ingreso real de aquellos que ya estaban ocupados, pero no es probable que tenga éxito el intento de relacionar esta pérdida con el crecimiento de la inversión que puede acompañar al aumento de ocupación". (*Op. cit.*, pág. 87).

sentarse estas circunstancias, es indispensable recurrir al ahorro forzado —siendo el problema fundamental el de dosificación— y a cierta dirección económica. La abstinencia para capitalizar es imprescindible en este caso.

México adoptó la línea del ahorro forzado, esto es, la obtención de recursos para inversiones por medios inflacionarios. A partir de 1938 el Estado mexicano expandió conscientemente el proceso económico como medio de acelerar la capitalización nacional. En los últimos diez años las obras públicas vinieron a ser cerca de la tercera parte de la inversión nacional. Un porcentaje de tales obras fueron financiadas inflacionariamente. De 1941 a 1946 las inversiones realizadas por el Gobierno Federal en bienes de capital ascendieron a \$2,537,566,534.00 y las inversiones privadas de 1940 a 1945 fueron de 3,200 millones de pesos.³¹ Ostensiblemente a partir de 1941 el Estado procuró alentar al máximo la inversión privada productiva, para lo cual el 13 de mayo de 1941 se dictó la Ley de Industrias de Transformación, ordenamiento con el que el Estado buscó activar la inversión industrial concediendo exenciones de impuestos, ampliando y mejorando el Decreto de 22 de noviembre de 1939, pero con una información y técnica originaria y substancialmente contenida en el Decreto porfirista aparecido en el Diario Oficial del 13 de junio de 1893.³² Se practica además una elástica política de subsidios y, buscando acelerar la capitalización, se excita la concurrencia privada sin muchos escrúpulos sobre los tipos y formas que esta concurrencia asume.

El Estado, aún ante el "alza general y continuada de los precios" ³³ no frena sus inversiones: la capitalización a base de ahorro forzado se mantiene como línea central de la política económica nacional. Desde 1941 y de acuerdo con la Ley Orgánica de 1940, la Nacional Financiera, S. A., concurre decididamente al impulso de la industrialización. El Estado,

³¹ *Seis Años de Actividad Nacional*. Secretaría de Gobernación. 1946. Lic. EDUARDO SUÁREZ, *Política Financiera*, Cap. XI, págs. 367 y 368.

³² Este Decreto daba franquicias a las inversiones en industrias nuevas, consistentes en exenciones del pago de todo impuesto federal directo por diez años y en permitir la libre importación, por una sola vez, de máquina y equipo.

³³ EDUARDO SUÁREZ, *Op. cit.*, pág. 327.

en el mismo régimen de seguridad social adoptado, busca fundamentalmente un instrumento de capitalización nacional.

Esta política se tradujo desde 1939 en un manifiesto aceleramiento de la industrialización. De principios de 1941 a aproximadamente a fines de 1945, hubo factores externos derivados de la guerra que contribuyeron a la industrialización. En primer lugar, el aumento de nuestras exportaciones características ensanchó el poder adquisitivo interior; en segundo lugar, al cortarse por la misma contienda ciertos proveedores externos de manufacturas requeridas por el consumo nacional, se dió origen a industrias de transformación encaminadas a suplir en la satisfacción de consumos internos, importaciones imposibles de ser realizadas. Por otra parte, se presentó una novedosa exportación de manufacturas a países de escaso desarrollo económico, que necesitaban proveedores substitutos de los cortados por la guerra y que en cierta medida los encontraron en México y hubo también exportaciones de productos elaborados—que normalmente no exportábamos—, a los Estados Unidos, en virtud de que por razones circunstanciales—dificultades de mano de obra, etc.—, el mercado norteamericano las requería. Finalmente hubo un escaso porcentaje de los capitales refugiados en México que se canalizó a la industria. Tres de estas circunstancias que significaron ingresos de dólares a México, obraron agudamente como causas inflacionarias, en virtud de que por la propia guerra nuestro país no pudo compensar estos ingresos con compras en el exterior.

En estas condiciones el país logró en diez años un apreciable desarrollo industrial, atendiendo tanto a los volúmenes de producción como a la cuantía de las inversiones. Un simple dato lo demuestra: la producción de la industria de transformación aumentó de 100 en 1939 a 222 en 1950.

Paralelamente a este desarrollo económico el costo de la vida se mantuvo en constante aumento. El índice del costo de la alimentación—1939=100—era en mayo de 1951 de 379.6. El costo de la vida—1939=100—era en diciembre de 1946 de 266.7 y para mayo de 1951 había subido a 388.0. El poder adquisitivo del peso para artículos de consumo necesario de 100—promedio anual en 1939—descendió a 27.70 en 1949.

Ante las cifras señaladas y observando los datos sobre el aumento de los medios de pago, se han presentado en nuestro

país proposiciones antiinflacionarias, que partiendo de un análisis superficial, sostienen la necesidad de combatir la inflación disminuyendo las inversiones. Estas actitudes arrancan de un diagnóstico equivocado sobre la naturaleza de la inflación mexicana y difieren para México la solución de sus problemas. Parten de un diagnóstico equivocado cuando ven la inflación desde una perspectiva puramente monetaria, olvidándose de que el circulante monetario debe relacionarse con el proceso económico general del país.

Desde el punto de vista de la actividad económica nacional, observando las necesidades de financiación y el volumen y nivel de los intercambios, contamos con un circulante monetario inadecuado.³¹ Por otra parte el consejo obvio frente a la inflación mexicana —reducir inversiones— que se brinda frecuentemente dentro y fuera del país, resulta objetivamente invitarnos a asumir la actitud del barón de Münchhausen, cuando quería sacarse del pozo tirándose de las orejas. Es decir, sólo se agregaría a nuestro secular retraso económico una irritación, además de diferir indefinidamente nuestro desarrollo.

En las condiciones de México sólo se pueden adoptar válidamente medidas antiinflacionarias que lejos de disminuir el ritmo de inversiones, permitan incrementarlo positivamente.

Si observamos el panorama económico de México sin muchas ideas preconcebidas de técnicas económicas formuladas para países en distinto grado de evolución económica, sin cohibirnos por las recomendaciones derivadas de otras experiencias no similares a la nuestra, sino que por el contrario, nutriéndonos fundamentalmente en la peculiaridad de nuestros problemas, partiendo de dicha peculiaridad y usando el instrumental económico por ella requerido, seguramente que encontramos anomalías, situaciones de hecho, que operan como factores inflacionarios.

Esto es, tenemos que dar por supuesta la existencia de una cierta inflación reflejo de la inflación universal y de cierta inflación imputable o identificable con el plan de desarrollo a base de ahorro forzado; mas hay presiones inflacionarias que pueden ser evitadas o al menos amortiguadas, recurriendo a

³¹ Al respecto pueden verse los cálculos hechos por "Trimestre de Barómetros Económicos", núms. 15 y 16, marzo de 1950, cálculos que esencialmente son válidos al presente panorama económico de México.

correctivos aconsejados por las propias realidades y por la experiencia nada desdeñable—, de los diez años de expansión económica en que hemos vivido, e incluso, aun cuando en menor proporción, por otros intentos de desarrollo económico que —la palabra se emplea en su riguroso significado— México ha sufrido en su historia.³⁵ Sin ánimo exhaustivo nos referiremos a estas situaciones.

Ciertamente el circulante monetario ha aumentado de manera considerable. ¿Pero hacia dónde ha ido el incremento del circulante monetario? ¿Se ha canalizado adecuadamente hacia inversiones productivas? En forma general podemos afirmar que el aumento del circulante monetario observado por nuestro país en los últimos diez años no se ha traducido en un ritmo proporcional de inversión productiva. Varias anomalías existen al respecto.

Se han presentado desviaciones al operar un proceso negativo que retira, inmoviliza o desinvierte medios creados para fomentar la producción. En esta forma se han originado presiones inflacionarias de tipo directo e indirecto en cuanto parte de la moneda creada lejos de incrementar la producción se ha orientado hacia gastos que no constituyen inversiones, sino que van contra estas mismas.

Los depósitos en los bancos comerciales han llegado a ser en 1950 más del 53% del circulante monetario.

Hay en México medios de pago que operan en ocasiones especulativamente, desempeñando en este caso un papel directamente inflacionario; o bien, al guiarse en sus maniobras —que suponen liquidez permanente— por "presentimientos", dan lugar a perturbaciones o trastornos financieros. Como ejemplo de esta última situación podemos señalar la fuga de capitales mexicanos poco antes de la devaluación por "presentimiento" del propio ajuste devaluatorio, o bien, a raíz de los acontecimientos de Corea la afluencia de dólares por "presentimiento" de una revaluación.

³⁵ No por frustrados los intentos de Alamán a través de la Junta de Fomento de la Industria fundada en 1840 y a su paso por la Dirección General de la Industria Nacional y el intento porfirista cristalizado formalmente en el decreto de 13 de junio de 1893, que antes citamos, dejan de contener alguna enseñanza de aplicación en el presente, sobre todo en el aspecto negativo, es decir, en el no hacer ciertas cosas.

La defectuosa distribución del ingreso nacional que en los últimos diez años no sólo no se ha intentado corregir con eficacia sino que se ha agravado por haber aumentado considerablemente los ingresos reales de las capas de altos ingresos, ha conducido a una serie de inversiones superfluas o estrictamente no necesarias. Un fuerte porcentaje del incremento del circulante monetario se ha traducido en consumos que frenan el ritmo de inversión y contrarrestan lo que el país podría obtener a base de un penoso ahorro forzado.

Hay síntomas evidentes de esta anomalía. Si se compara el aumento registrado por el índice de inversión en construcciones de 1939 a 1946—130%—con el aumento experimentado por la producción de artículos de consumo en el mismo período—45%—, casi se tiene un diagnóstico económico de México. Se han creado zonas residenciales en todas las ciudades que en virtud del desarrollo económico han visto incrementar sus actividades, sin abordarse el problema de la habitación obrera, que se ha agudizado en virtud de la concentración de población, natural en un país en período de industrialización.

Una de las causas de la devaluación—aparte del desequilibrio originado por las alzas de precios sufridos por los bienes que importamos—consistió en las importaciones de artículos de lujo y consumo duradero, realizadas tan pronto la industria norteamericana estuvo en situación de satisfacer la demanda diferida al respecto existente. A su vez, la devaluación—al encarecer en moneda nacional bienes de producción y materias primas o intermedias requeridas por la industria mexicana de transformación—originó aumento de precios por arrastres y contagios. Al respecto debemos aclarar que por la propia estructura económica de México, el plazo de absorción de una devaluación es largo, pues los ajustes en los costos de producción se realizan lentamente y gran parte de la población agrícola sólo se entera de que ha habido modificaciones en sus costos en el momento de reposición de material.

Agreguemos a estas circunstancias el mecanismo bancario nacional, la preferencia que la banca privada tiene por los préstamos con fines especulativos y la dificultad práctica por vicios y pecados casi originales de la organización bancaria mexicana, de lograr un control selectivo del crédito, con el fin de canalizarlo preferentemente hacia las actividades productivas. En la inflación mexicana la industria no alcanza dinero barato. La

alta tasa del interés que en México existe desestimula inversiones productivas e invita al rentismo o al préstamo. Los datos proporcionados por la Comisión Nacional Bancaria sobre las utilidades de la banca privada son gráficos. Los bancos de depósito han obtenido el 16.70% al año de utilidades con relación a su capital y reservas de capital y las instituciones financieras más del 20%.

En estas condiciones necesariamente hay que pensar en un control efectivo de inversiones. Hasta hoy hemos visto en México que los aranceles, las prohibiciones o controles de importación, pocos resultados efectivos dan —como efectos reflejo— con respecto a la canalización de las inversiones. El estímulo a la inversión productiva del ahorro tampoco es todo lo eficaz que debiera, y pruebas de ello las encontramos tanto en que a pesar de las exenciones de impuestos previstas para las industrias nuevas y necesarias la inversión privada industrial no sea lo cuantiosa que podría esperarse; ni siquiera su volumen es esencialmente atribuible a los incentivos supuestos por las exenciones, como en el hecho de que del ahorro voluntario controlado del país —1,070 millones de pesos en 1950— sólo se hayan orientado hacia la compra de bonos del ahorro nacional 50 millones de pesos.

Habría que probar otros métodos, estudiando, por ejemplo, el camino indirecto experimentado por Prebisch en la Argentina de usar la intervención en los cambios como medida de orientación, de estímulo y planeamiento industrial,³⁶ o bien plantearnos la necesidad de una reforma en el sistema bancario que permita un control directo de inversiones.

La defectuosa distribución del ingreso nacional que, como antes señalábamos se ha agudizado en los últimos diez años, debe ser corregida para evitar escollos de difícil superación. Parejamente con los incentivos al ahorro y con la canalización de inversiones es conveniente la práctica de una política fiscal redistributiva progresiva. En la actualidad se ha demostrado la invalidez del pensamiento económico que sostenía que la imposición redistributiva era contraria a la capitalización;³⁷ por

³⁶ RAÚL PREBISCH, *El Patrón Oro y la Vulnerabilidad Económica de Nuestros Países*. Jornada Número Once. Colegio de México.

³⁷ Al respecto puede verse el interesante estudio de E. F. SCHUMACHER, *La Hacienda Pública y su Relación con la Ocupación Total*, en la investigación del Instituto de la Universidad de Oxford sobre

el contrario la imposición redistributiva empleada con oportunidad y debidamente dosificada y adecuada a las realidades del país en que se practique, contribuye a acelerar la formación de capitales. Esta afirmación, cierta en tesis general, adquiere vital importancia cuando se trata de un país que como México tiene que pensar su desarrollo industrial fundamentalmente en función de su mercado interno, pues su problema radica en la estrechez de éste y en la necesidad de coordinar su desarrollo industrial con el mercado rural. En el presente se observa la paradoja de que viviendo un período inflacionario ciertas industrias se quejan de falta de demanda y es que el agravamiento de la desigualdad de rentas ha hecho disminuir el poder adquisitivo para los bienes de ciertas líneas de producción o al menos ha impedido un incremento de dicho poder adquisitivo en relación con el desarrollo económico nacional. En parte esto explica que el ritmo de reinversión industrial sea bajo.

A continuación señalaremos algunas condiciones que privan en nuestro desarrollo industrial y que engendran presiones inflacionarias.

Desde luego, el desarrollo industrial de México ha sido inorgánico y desarticulado por falta de planeamiento. Semejante anomalía arranca de que no se han formado circuitos de autoabastecimiento industrial, de lo cual se deriva un gran consumo de materias primas e intermedias importadas. Ya sabemos que de las 760 industrias acogidas a los beneficios de la legislación de fomento industrial sólo 103 elaboran productos que constituyen materias primas para otras industrias, pero de este número la gran mayoría sólo producen materias primas intermedias en procesos industriales cuyas últimas materias primas son importadas.

Se observa además en nuestro desarrollo industrial, que algunas de las industrias básicas, que abastecen a otras industrias de materias primas, operan con costos muy altos y con un aparato de distribución defectuoso y caro. A pesar de lo incipiente de nuestra estructura industrial encontramos en ésta fugas y falta de conexiones industriales, contrarias a una polí-

La Economía sin Paro Forzoso, págs. 133 y sigs. Edit. M. Aguilar. México, 1948. Igualmente se recomienda el expediente de las medidas redistributivas en K. MANDELBAUM, *La Industrialización de los Países Atrasados*, pág. 17. M. Aguilar. México, 1950.

tica conveniente de costos de producción. No se ha determinado el tipo y tamaño óptimo de las industrias para México.

Tropezamos con ramas industriales que sufren la saturación de inversiones y en cambio otras carecen de las inversiones requeridas por la demanda. Agreguemos a esto, que sobre nuestra industria presiona una estructura comercial del país que desempeña su tarea de distribución en forma muy costosa y que en ciertas situaciones —sobre todo en el aspecto agrícola— desempeña funciones crediticias cobrando el servicio con intereses que perjudican por igual a productores y consumidores.

El hecho de que nuestra industria dependa en un gran porcentaje de materias primas e intermedias de importación, hace que nuestro país sufra de inmediato las repercusiones de cualquier trastorno internacional que signifique escasez en ciertos productos básicos. A este factor debe añadirse que en el mercado nacional de materias primas se ha formado un mecanismo de importación y distribución que especula al máximo aprovechando cuanta anormalidad se presenta, favoreciéndose de la inflación que a su vez fomenta.

Por último han derivado presiones inflacionarias de las inversiones públicas. En este aspecto debe señalarse que algunas de estas presiones son inevitables. Los planes de obras públicas —aun siendo éstas cuidadosamente planeadas en función de su rendimiento—, suponen la creación de un ingreso que inmediatamente no obtiene una contrapartida en la producción de bienes de consumo. Esto, que necesariamente fomenta la inflación, es en cierto grado inevitable, y lo más que al respecto se puede hacer es adoptar una política de obras públicas flexible y jerarquizada. Desgraciadamente en nuestro país no se ha hecho una estricta escala de las obras públicas atendiendo a su rendimiento, y esto ha dado lugar no nada más a la realización de obras de rendimiento indirecto y a largo plazo —justificadas frecuentemente en virtud de nuestro secular atraso—, sino también a la realización de obras carentes estrictamente de rendimiento; incluso han existido algunas inversiones estatales o semiestatales de tipo redundante que han concurrido a ramas de la economía en que ya existían producciones acordes con la demanda nacional. Por otra parte, la falta de flexibilidad de la política de obras públicas ha impedido la realización de acomodos indicados en ciertos momentos por la inflación. Sumemos a esto que no ha existido una ri-

gurosa coordinación de las obras públicas en relación con el desarrollo económico nacional.

Además no se ha seguido una política rigurosa en lo que se refiere a los costos de las obras públicas y hay casos en que la ejecución de estas obras ha agravado la desigualdad de ingresos. Asimismo en algunas inversiones estatales se han presentado retardos en la realización de los proyectos, que no dejan de tener sus implicaciones inflacionarias.

Ciertamente, en los últimos tiempos se ha declarado con reiteración que la política de los gastos públicos se inspira en la ejecución de obras de rendimiento; mas en la práctica estas declaraciones no se han cumplido con la severidad y rigor que la situación de México amerita. Claro está —y esto hay que decirlo con énfasis— que si comparamos con honestidad los descuidos y las distracciones que suelen advertirse en las inversiones públicas frente al descuido y distracciones que vemos en las inversiones privadas, la peor parte de la comparación le toca a las inversiones privadas —con su porcentaje de desinversión—, pero esto no significa que no hayan existido deficiencias de resultado inflacionario en las inversiones públicas.

El ciclo inflacionario se ha agudizado extraordinariamente y la capacidad de compra de ciertas capas de la población mexicana se ha reducido cerca de su límite máximo. En semejantes condiciones nuestro desarrollo económico se enfrenta a circunstancias difíciles que pueden frustrarlo o desvirtuarlo. Frustrarlo, en cuanto el país se vea obligado a realizar un brusco alto en sus inversiones productivas; desvirtuarlo, en cuanto casi se ha perdido de vista el objetivo del bienestar social que con nuestro desarrollo económico perseguimos.

Creo sinceramente que este segundo peligro es más evidente. Estamos en situación en que capital extranjero, asociado a capital financiero nacional, puede apoderarse por simples avances bancarios, de las fuentes del desarrollo económico mexicano. De realizarse esta hipótesis nos encontraremos, en el momento en que se quiera aprovechar el desarrollo económico de México con fines de bienestar social, en la situación de aquel soldado que le informaba a su oficial haber capturado un prisionero y que cuando su oficial le pide que le lleve a su cautivo, le responde: el prisionero no me lo permitiría.

EL AMERICANISMO DE ALTAMIRA

Por *Silvio ZAVALA*

LA muerte de Rafael Altamira acaecida en la ciudad de México el primero de junio de 1951, me impulsa a recoger en estas líneas las últimas impresiones que recibí de su persona y a recordar una vez más su mensaje americanista.

Dos veces visitó Altamira las tierras de Hispanoamérica. El primer viaje fué más extenso, juvenil y fértil. Un profesor español de 43 años, bien preparado en filosofía, derecho, historia y literatura, siente la atracción del amplio mundo por el que se había extendido la civilización de su patria, y lo recorre a fin de poder penetrarse más íntimamente del carácter y de las obras del pueblo español. Esta acción sencilla deja en su formación un sello indeleble. El predica a sus compatriotas que el conocimiento de la historia hispánica debe ganarse en España y también en América. Dedicará largos años de magisterio a comunicar esta lección a discípulos peninsulares, americanos y oceánicos. Y recogerá en su literatura histórica los frutos de esa vasta experiencia.

Logra así iniciar un hispanoamericanismo de cultura, entendimiento y optimismo sobre un fondo histórico ensombrecido por las luchas del pasado y por los fracasos de los países hispánicos a uno y otro lado del Atlántico.

En Hispanoamérica queda el recuerdo de su palabra asociado a las posibilidades de armonía que las inteligencias y voluntades americanas no han dejado de cultivar por impulso propio.

Y hasta en los Estados Unidos, que se asoman curiosos y quizás inquietos a esta prédica, merece el maestro comprensión y respeto, cuando aclara con firmeza e ingenuidad que en el cultivo de los valores comunes que él propone, no se encierra ningún espíritu de enemistad ni de exclusivismo que pudiera oponerse a la convivencia con otras zonas del mundo democrático y libre.

Esa acción se desarrolla a una década escasa de la guerra del 98 que arrebató a España sus últimas posesiones americanas. Era, por lo tanto, una misión desligada de los antiguos intereses imperiales. Y el mundo no había sufrido aún la herida tremenda de la primera guerra mundial que movió a Altamira a colocarse abiertamente en favor de la causa aliada.

La campaña americanista de Altamira comprendía dos fases inseparables: la imagen de España que ofrece al americano, y la de América que propone al español.

Los españoles han manifestado sentimientos opuestos con respecto a su historia. Para unos representa la grandeza mayor a que ha podido elevarse este pueblo venido a menos. Para otros, influidos por la leyenda negra, significa la obscuridad de la que es preciso apartarse a fin de renovar la patria y hacerla ocupar un puesto digno en el concierto de las naciones civilizadas.

Como español y americanista, Altamira hubo de comenzar por crear una perspectiva histórica distinta de las corrientes. Afirmó que el pasado de España contenía, como el de otros pueblos, aciertos y errores. Incluyó la historia de la colonización de América como parte de este cuadro de conjunto. Y, sin abandonar su actitud republicana y liberal, se atrevió a descubrir en el pasado de España, visto por cierto como obra de todo el pueblo y no sólo de sus monarcas, muchos aspectos encomiables.

Sostuvo, para usar sus propias palabras, "la convicción de que algo grande y noble hubo en el pasado español y de que la raíz de esa grandeza está en cualidades hondas de nuestro espíritu que afloran y se expanden en momentos determinados de nuestra vida o encarnan en ciertos hombres o grupos de hombres de todos los tiempos". Pensaba que de ese convencimiento surgiría el entusiasmo y que el alma colectiva se sentiría dispuesta a realizar cosas de la vida moderna que antes le parecían inasequibles.

Sin embargo, para que esta función de la historia como fuente de optimismo se cumpliera de manera efectiva, Altamira aconsejó desde un principio que no se forjara una imagen placentera y nacionalista de la historia de España, de espaldas a la realidad del pasado. Por el contrario, luchó por que esa

historia fuera conocida en sus contornos ciertos, y de este conocimiento veraz dedujo el optimismo que deseaba comunicar al alma colectiva de España para que abandonara la visión histórica negativa y falsa que aun la llenaba de amargura.

A fines del siglo XIX y principios del XX era frecuente oponer la España vieja a la España nueva que se anhelaba construir. Altamira vislumbró el peligro que encerraba este corte artificial de la vida del país, y acudió con su fuerza analítica y su penetración histórica a ofrecer esta solución: "No todo lo antiguo es *viejo*, y hay mucho *viejo* en lo moderno. Lo insensato es empeñarse en que siga viviendo lo *viejo*, en perpetuar errores que ya son vistos como tales por los hombres de hoy, en mantener formas viciosas o deficientes del vivir. Pero tan insensato como eso es rechazar todo lo pasado, confundiendo especies y creyendo que nada hay de útil en lo que una nación hizo antes de ahora. La España *vieja* no es la del siglo XVI, verbigracia, sino la que quisieran algunos españoles que hoy fuese, *en todo*, como en el siglo XVI. La España *nueva* es la que queriendo, cada día más, vivir las formas nuevas y el espíritu moderno, sabe que puede utilizar con provecho muchas de las creaciones de su actividad colectiva en tiempos pasados, y que *en eso*, la mayor fuerza consiste en no romper la tradición, que hace de un pueblo algo estable y con personalidad definida".

Estas sentencias parecían extrañas a una generación acostumbrada a tomar posiciones de acuerdo con la división tajante entre los partidos conservador y liberal.

Pero no había duda en cuanto a la intención y la obra de Altamira, porque con la palabra y el ejemplo se hallaba colocado de manera destacada entre los constructores de la España nueva.

Cuando al regreso de su viaje a América explicó a un público español los resultados de la jira, tuvo el cuidado de precisar que a sus oyentes americanos les había hablado "de la moderna España, de la nueva y trabajadora España, que desea cultura, que anhela trabajar y ponerse al nivel de los pueblos progresivos y europeos; y esa España era para muchas de aquellas gentes una España desconocida, una España velada por la leyenda, de la cual no tenían noticia ninguna, porque estaban acostumbradas a ver nuestro país a través de una re-

presentación permanente fanática, bajo una forma imaginativa y deprimente".

De suerte que al presentarse este español ante los pueblos americanos, podía mostrarles un pasado y un presente de España que nada tenían de común con la imagen que les era habitual.

Más aún, la manera sencilla y profunda de plantear ante ellos los problemas de la vida hispana, surtía otro efecto inesperado, porque insensiblemente descubrían hasta qué punto les concernía la exposición.

Si se trataba de aspectos modernos podían oír, por ejemplo, que los habitantes de la Península eran dados a emitir juicios totales y condenatorios como éstos: "que todos los españoles somos incorregibles; que toda nuestra Administración es una calamidad; que todos nuestros profesores, y sólo nuestros profesores, son unos ignorantes y defraudan al Estado en cuanto cobran un sueldo que no ganan; que todos los políticos, y sólo nuestros políticos, son unos tunantes, etc., etc." Expresiones que Altamira recogía tan sólo con el propósito de someterlas a su poderosa crítica, pero que de paso podían servir al hispanoamericano para advertir que, por lo menos, ya había dos partes del mundo tildadas como desastrosas: aquélla y la suya.

En lo tocante a la historia, el paralelo se imponía sin esfuerzo. En buena parte se trataba de un pasado común, aun cuando pudiera enfocarse desde la metrópoli o desde la antigua colonia. Reintegrar esa experiencia a España y acostumbrar al español a pensar que contenía valores constructivos y aun liberales, era invitar al hispanoamericano a participar en actitudes semejantes.

La España inquieta y profunda que Altamira enseñó con tanta naturalidad a los públicos de América y los temas que en sus charlas y escritos propuso como exponentes del espíritu moderno y secular a la vez de su pueblo, contribuían a desplazar la atención de lo aparente y secundario a lo que importaba y era preciso conocer.

A esos matices intensos de lo español, a ese drama tantas veces repetido e inconcluso como el nuestro, la atención del americano pudo asomarse sin temores coloniales ni desplantes pueriles.

La primera hazaña de Altamira como americanista consistió, por eso, en familiarizar a las gentes de América con la actitud casera de un español habituado a juzgarse a sí mismo.

Cuando la España del americano llegue a ser esa verdadera y honda realidad humana que sus mejores espíritus saben mostrarle, no podrá confundirla más con la amañada "colonia" de los textos escolares, ni con la fisonomía activa pero no siempre refinada del grupo de mercaderes que, según dijo uno de nuestros insurgentes, no conocían más letras que las de cambio.

LA segunda tarea, la de ofrecer al español una imagen de América, no fué en modo alguno más fácil.

Un mexicano que conoció a fondo la vida de España, Carlos Pereyra, escribía que el distanciamiento con América se debía principalmente a incultura de ambas partes, y que sólo por instinto tendíamos a unirnos. Explicaba que "América no será mera productora de exotismos para España cuando España cuente como vida propia, de realidad palpitante, los tres siglos de su acción creadora en el Nuevo Mundo". Le parecía que un falso método, ayudado por la pereza y sostenido sobre la base de una concepción lugareña, consideraba cuanto hizo España en América como una derivación episódica. Creía que era necesaria, en cambio, una visión de España no encerrada por mares, montañas y fronteras. En otros términos, pedía que se arrojara a la corriente de las ideas, para que circulara, "todo lo que fué movimiento expansivo de un pueblo que no cupo y no cabe dentro de su casa".

Nadie ignora la distancia política que separa a la concepción de Pereyra de la de Altamira, pero es interesante que, a pesar de esto y de la diversidad en cuanto al país de origen, el maestro español haya propuesto también, como base del programa americanista de España, el reconocimiento de que la experiencia de América en su etapa colonial forma parte inseparable e importante del conjunto de la historia y la civilización españolas.

Altamira funda y dirige en 1895 una publicación periódica, la llama *Revista crítica de historia y literatura españolas, portuguesas e hispanoamericanas*. Es, pues, la totalidad del mundo ibérico la que le interesa.

Al proyectarse el viaje a América, se incluyó en el programa patrocinado por la Universidad de Oviedo, el dar conferencias de "Historia de América y de sus grandes hombres", de "Historia de España", de los "Problemas morales y políticos de España y sus antiguos Virreinos y Capitanías Generales en ese nuevo Continente", etc. Es claro que sólo un estudioso preparado a fondo en la historia peninsular y en la americana podía cumplir satisfactoriamente esa amplia misión. Es sabido que entre junio de 1909 y marzo de 1910, Altamira visitó Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba y los Estados Unidos; no pudo tocar otros países americanos, contra su deseo, debido a diversas circunstancias. Dió unas 300 conferencias, con tal éxito, que según documento de la época, "se hizo necesario, en Buenos Aires, el empleo de la fuerza de policía para evitar las violencias de los que se empeñaban en entrar en el aula cuando ya no había más gente".

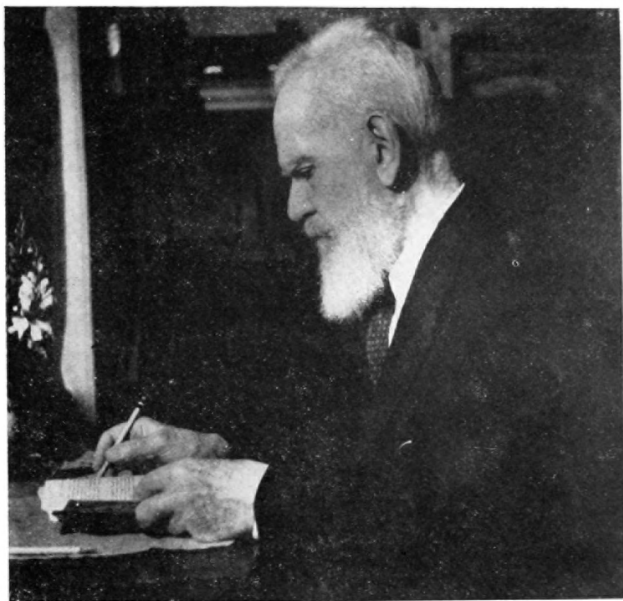
Al regresar a España, Altamira fundó el Seminario de Historia de América y Contemporánea de España, en el Centro de Estudios Históricos, habiendo funcionado entre 1911 y 1913.

Desde 1914 ocupó en la Universidad de Madrid su famosa cátedra de "Historia de las Instituciones políticas y civiles de América", común a los doctorados de Derecho y Filosofía y Letras. A ella asistió hasta su jubilación en el año 36.

En esta época de intensa labor universitaria, Altamira animó el americanismo por medio de la palabra y la acción. En ningún momento se ciñó a la historia y la cátedra, porque aspiraba a que el pueblo de España se diera cuenta de lo que, para su presente y su porvenir, significaba el problema americano.

No es posible reseñar aquí las publicaciones americanistas de Altamira. Quien se interese por ellas puede ocurrir al volumen de homenaje publicado en Madrid en 1936 o bien al apéndice que acompaña a la publicación del presente estudio.

Pero sí es conveniente observar que el programa propuesto por Altamira en 1917 comprendía una reorganización administrativa y del personal diplomático y consular, atención a los problemas de los emigrantes, cuestiones económicas y de comunicaciones, defensa del idioma e intercambio intelectual. A este último respecto, aconsejaba el envío de pensionados a todos los países de América, lamentando que la "Junta para Ampliación de Estudios" fuese reacia a conceder estas pensiones, acerca de



Altamira.



Rafael Altamira en 1909 antes de iniciar su viaje a América. En la foto aparecen también Aniceto Sela y Fermín Canella.

las cuales decía: "no creo que, hoy por hoy, haya otras de más provecho para nuestra juventud". También señalaba entonces la importancia del Archivo de Indias como centro de atracción americanista.

En suma, desde el punto de vista histórico y presente, Altamira llegaba a la conclusión de que existía algo común entre españoles y americanos, y que "ese algo común constituye el primer deber de tutela, de vigilancia, de conservación, en todos los elementos que, procedentes del mismo tronco y con aquel sentido de unidad en los ideales primeros, desean el nacimiento de órganos de acción común y de colaboración en diversas direcciones de la vida, en forma que cada uno de los pueblos aporte, en la medida de sus fuerzas, los medios necesarios para acentuar, fortalecer y difundir el sentido característico de la civilización hispana".

No sería fiel este cuadro si omitiéramos un aspecto de la actuación de Altamira que confirma su idealismo y buena voluntad. Me refiero a su posición con respecto a los Estados Unidos.

Ha sido ésta la parte de América que le ha contado mayor número de veces como huésped. Durante el viaje de 1909 a 1910, visitó las regiones del Este y tomó parte en el 25º aniversario de la Asociación Histórica Americana. En 1912 asistió a la inauguración del Instituto Rice, en Houston, Texas, dando a conocer interesantes puntos de vista sobre la filosofía de la historia y de la civilización. En 1915 participó en el Congreso de Historia del Pacífico, celebrado en California. En 1929 volvió a Nueva York con motivo de la reunión del Instituto de Derecho Internacional. Y, por último, en septiembre de 1944, llegó a Filadelfia rescatado de las calamidades de Europa e invitado por la Institución Carnegie.

Un viajero sin prejuicios como Altamira se hallaba en posición de reconocer las virtudes del pueblo norteamericano. Supo por propia experiencia cómo aprecia los valores europeos. Estudió la organización universitaria, celebrando el amor con que los ex alumnos apoyan la vida de su Alma Mater. El excelente servicio de las bibliotecas y archivos no podía pasar desapercibido a un investigador responsable.

Desde 1896 le habían atraído los libros de viajes norteamericanos referentes a España. Además, la historia de las regiones de origen hispánico que pasaron a formar parte del territorio de los Estados Unidos, constituían un motivo de interés para Altamira, como lo comprueban sus estudios sobre la participación de España en la historia del Océano Pacífico. En 1919 escribió acerca de España y los Estados Unidos. Por último, en el Archivo de Indias y en la cátedra madrileña contó siempre con amigos y discípulos norteamericanos.

Sin embargo, estas simpatías y vínculos no podían borrar por completo en el americanista hispano algunas impresiones derivadas no tanto de acontecimientos del pasado, incluyendo en éstos ya la guerra del 98, como de otros ocurridos en la época en que venía desarrollando su campaña de acercamiento entre España e Hispanoamérica. Es decir, los sucesos de Panamá y Nicaragua, las dificultades con México, la ocupación de Santo Domingo y Haití, sin alargar demasiado la lista. Frutos de la política latinoamericana del gobierno de los Estados Unidos durante las presidencias de Teodoro Roosevelt a Wilson, siendo de notar que Altamira mantuvo relaciones con ambos estadistas.

Esta trayectoria diplomática —creo que es el nombre técnico— planteó al americanismo de Altamira algunos problemas delicados.

Era preciso contribuir en lo posible a que el garrote dejara de usarse con tanta soltura. Además, convenía que el encargado de blandirlo no mirara con suspicacia la tarea emprendida desde España.

En las oportunidades que se le presentaron, Altamira hizo ver, a los círculos y personas de buena intención en los Estados Unidos, cuánto dolía a la inteligencia y al sentimiento del pueblo español aquel orden de cosas. Por lo tanto, no es exagerado afirmar que en la esfera de la opinión pública responsable contribuyó a que se corrigieran los errores de aquellos años.

De esa época data un recuerdo personal del maestro que ya puede publicarse como perteneciente a la historia. El Presidente Woodrow Wilson de los Estados Unidos, deseoso de borrar el sentimiento de enemistad que subsistía en España después de la guerra del 98, consultó a don Rafael cuál era, a su juicio, la línea de conducta que convenía adoptar a los

Estados Unidos para que el antagonismo cediera. Y la respuesta no giró exclusivamente en torno de la Península, sino que abarcó a los países hispanoamericanos que eran objeto de esos desembarcos de marinos, ocupaciones y otros atropellos. Según Altamira, para que los Estados Unidos fueran vistos con mejores ojos en España, debían rectificar tal conducta y acordar a los pueblos de Hispanoamérica un trato justo y amistoso.

En cuanto a la defensa de su propio programa, él proclamó oportunamente desde el viaje de 1909: "nuestra obra americanista ha sido. . . de paz, de concordia y de amplio humanitarismo intelectual. Lo ha sido, naturalmente, respecto de las relaciones concretas con los pueblos hispanoamericanos; lo ha sido, y quiere serlo, también, en lo que nuestro propósito tiene de tangente con los de otros países de tronco distinto". Dirigía esta advertencia a los espíritus agresivos "que no conciben ninguna obra humana sino contra alguien", cuando existe "no sólo la posibilidad, sino la necesidad de muchas obras humanas que no van contra nadie, sino que quieren ser útiles a todos".

Así demostró Altamira que su americanismo amigable y de limpio propósito podía penetrar en cotos que parecían vedados. Guió la atención de los españoles e hispanoamericanos hacia las aportaciones valiosas y los hechos admirables en la historia y la cultura de los Estados Unidos. Al propio tiempo, ayudó a los norteamericanos a darse cuenta de que no debían impedir con la violencia que aquella buena voluntad prosperara, pues no podían esperar que la víctima de un garrotazo reciente olvidara el garrote para ensalzar la virtud de quien lo empleaba.

Muy diferentes circunstancias de la historia contemporánea rodearon al segundo viaje hispanoamericano de Altamira. El había sufrido los estragos de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial. Venía a reunirse con sus familiares en un pedazo de tierra de América que, por fortuna, no causaba reparo a su fina sensibilidad de liberal en exilio. Conservaba su profundo amor a España y lo unía sin dificultad alguna al amor a México. Estaba preparado espiritualmente para ello como pocos. El descubrimiento de América que la emigración forzosa impuso a tantos españoles, él ya lo había realizado en circunstancias más afortunadas.

Mientras permanecía en la desquiciada Europa, muchas gentes, de un extremo a otro de América, sintieron ansiedad por su suerte personal y por la de su obra.

Un autor norteamericano escribía en 1941: "Su España ideal apareció en escena en 1931, pero pereció en angustia a poco de su presentación. El movimiento pan-hispánico del que ha sido espíritu conductor cambió de tono y ensanchó agresivamente sus fines. Habiendo trabajado en favor de convenios internacionales de paz y proclamado la conciliación de los pueblos, vió su esfuerzo burlado cuando el mundo se precipitó de nuevo en la guerra".

Otro inquiría en 1941, "si el genial autor de estas palabras —todo esfuerzo honrado por conocer y comprender, es un paso seguro para la concordia y la paz— ahora, según los periódicos, refugiado y sin fondos en Bayona, puede pensar tan optimista-mente en estos días de la ruina de muchos proyectos para el mejoramiento de la humanidad".

Es claro que ante tantas desgracias ningún espíritu sensible podía permanecer impasible. Recordando la emoción calurosa que fué compañera de su pensamiento en el ejercicio de su profesión docente, desde que se inició en ella en 1888, escribía Altamira en uno de sus últimos libros: "Vuelvo a ver, con los ojos del espíritu, el espectáculo amable de mi cátedra, con su ambiente de entusiasmo profesional, que nunca le faltó; y también me aparecen las imágenes de muchos de mis alumnos, los unos bastante felices para seguir trabajando serenamente en sus respectivas patrias; los otros —y no serán éstos quienes menos duren en mi visión— sacrificados por ilusiones menos seguras, de cierto, que el saber científico, o perdidos, hoy por hoy, quién sabe dónde, para mi afecto y para su vocación, tal vez para siempre".

Al llegar a México en noviembre de 1944, Altamira no albergaba odio ni decaimiento. Su incompatibilidad con ciertas ideas y hechos era firme e invariable; pero mantenía, como rasgo espiritual profundo del siglo pasado, la creencia acerca de que el mal es ignorancia. Ganar la luz y difundirla era lo que el mundo necesitaba para curarse de sus graves dolencias. De ahí esa fortaleza y ese optimismo que le acompañaron hasta el último momento.

Creía, además, en el trabajo. Las buenas causas no triunfan por sí solas. Su espíritu era activo, y ochenta y cinco años

de vida le resultaron cortos para las obras que se había propuesto realizar. Fué esa la angustia de sus últimos días: ¡trabajar, trabajar, qué felicidad!, decía levantando las manos trémulas. Y la emoción de sus dos patrias, como habitualmente llamaba a España y México, se asociaba a esa pasión por el trabajo, que estaba destinado a servir las.

Ya se ve que esta lúcida y vigorosa personalidad enraizada en el siglo XIX logró trascender los quebrantos de la dolorosa primera mitad de la centuria presente. El alma contemporánea expuesta al desaliento se veía como sobrepasada más bien que acompañada por este hombre que no desconocía el infortunio, pero lo salvaba mediante su energía y su esperanza.

Duramente luchó la muerte para vencerlo. De ese combate se elevan el recuerdo de su vida sencilla y digna y su obra colmada de paz, amistad y nobleza. El contraste con el ambiente coetáneo no ha hecho sino subrayar esos rasgos cuyo asiento acaso supo descubrir el propio Altamira una tarde en que decía con sonrisa infantil: ¡los españoles somos fuertes! Y esta vez era una fortaleza para el bien y la concordia, avocada a fructificar y a cumplir su obra.

Es cierto que han cambiado las condiciones generales del problema americanista en relación con las que prevalecían durante los años de la campaña de Altamira. Pero no todas las ideas y los esfuerzos se han perdido.

La España anhelada por los mejores españoles de aquella época es aguardada aún —como suya— por espíritus abiertos de América. Y hasta quienes piensan de otro modo no creen que el destino de España sea algo alejado de nosotros e indiferente.

Nadie soñó en recibir tantos ni tan excelentes universitarios españoles en vez de aquellos pensionados que las autoridades dejaron de enviar. La España peregrina ha cumplido su misión de aprender y enseñar entre nosotros más allá de lo que pudo desearse hace años.

La destrucción innegable de una parte de lo que se había construido, no ha sido impedimento, por lo tanto, para el progreso de las ideas, los sentimientos y contactos que eran el objeto preferente de la prédica.

UN antiguo cronista de Sudamérica cuenta que ciertos colonizadores españoles del siglo XVI decidieron fundar una ciudad.

Surgieron obstáculos de todo orden y el asiento hubo de ser movido tantas veces, que llegó a decirse que aquella población andaba sobre los hombros de sus fundadores.

Así podemos pensar del americanismo trazado por Altamira. Ahora carece de ministerios peninsulares, de barcos, escuelas y otras realidades. Pero marcha sobre los hombros de sus ciudadanos, y se guía aún por el espíritu de un hombre que, a fuerza de creer en la fase noble de nuestra historia, se convirtió en prueba convincente de su doctrina.

APENDICE DE BIBLIOGRAFIA AMERICANISTA DE ALTAMIRA

Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas. Fundada y dirigida por Altamira, exclusivamente, a partir de diciembre de 1895 hasta 1898. Continuada, con la doble dirección de Altamira y don Antonio Elías de Molíns, de 1899 a 1910.

Libros de viajes norteamericanos referentes a España. Madrid, 1896. (*La Ilustración Española y Americana*).

Cuestiones hispanoamericanas. Un volumen. Madrid, 1900.

Literatura histórica americana. Madrid, 1904. (*Nuestro Tiempo*, año 1904, tomo I).

España en América. Un volumen. Valencia, s. a. (1908).

Organización práctica de las relaciones intelectuales entre España y América. Un folleto. Oviedo, 1910.

Extracto del discurso en que dió cuenta a la Academia de su viaje a América. Madrid, 1910. (En el tomo X de las *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*).

Historia de la independencia de la América española. Madrid, 1910. (*Almanaque Bailly-Bailliere*).

Mi viaje a América. Un volumen. Madrid, 1911.

Algunos aspectos de la historia colonial española. Londres, 1913. (Congreso Internacional de Ciencias Históricas).

Cuestiones de historia política y social americana. Un folleto. Madrid, 1914.

The Share of Spain in the History of the Pacific Ocean. Un folleto. Nueva York, 1915.

Cultura hispanoamericana. (Dos conferencias). Un volumen. Madrid, 1915. (En el tomo de *Conferencias* del Centro de Cultura Hispanoamericana).

La intervención de Don Juan de Solórzano en la Recopilación de Indias. Washington, 1915. (Congreso Internacional de Americanistas).

Cuestiones internacionales. España, América y los Estados Unidos. Un folleto. Madrid, 1916.

Programa de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América. Un folleto. Madrid, 1917. Nueva Edición en 1925.

Novedades y rectificaciones en el estudio de la colonización española en América. Madrid, 1917. (*Discursos inaugurales del Congreso de la "Asociación Española para el Progreso de las Ciencias"*. Sevilla, 1917).

España y el programa americanista. Un volumen. Madrid, s. a. (1917).

Programa de historia política contemporánea de América. Un folleto. Madrid, 1918.

España y los Estados Unidos. Barcelona, 1919. (Revista *Los Estados Unidos*).

Medios de difusión del libro español en América. Un folleto. Madrid, 1920. (Conferencia en la Federación Española de Productores, Comerciantes y Amigos del Libro).

La política de España en América. Un volumen. Valencia, 1921.

El punto de vista americano en la Sociedad de Naciones. Un folleto. Madrid, 1921. (Tirada aparte de la Unión Iberoamericana).

La buella de España en América. Un volumen. Madrid, 1924.

Resultados generales en el estado de la historia colonial americana. Criterio histórico resultante. La Haya, 1924. (Tirada aparte del XXI Congreso Internacional de Americanistas).

Programa de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América. (2a. edición). Un folleto. Madrid, 1925.

Las relaciones culturales y económicas entre Italia y España en lo referente a los países de América. Roma, 1926. (Rev. *Colombo*).

Colección de Textos para el estudio de la historia y de las instituciones de América. Tomos I a III. Madrid, "Editorial Arte y Ciencia", 1926. Volúmenes LVI a LVIII de *Obras Completas* de Altamira. (Hay una reimpression por la "Compañía Iberoamericana de Publicaciones", en 1929).

Trece años de labor docente americanista. Un volumen. Madrid, s. a. 1927. (Publicaciones de la *Revista de las Españas*, núm. 5).

Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo. Un folleto. Madrid, 1927. (Número XI de las "Conferencias dadas en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-español").

Interpretación histórica de dos hechos esenciales en la colonización española de América. Un folleto. Cádiz, 1927.

Ultimos escritos americanistas. Un volumen. Madrid, 1929. (Volumen X de las *Obras completas*).

Colección de textos para el estudio de la historia y de las instituciones de América. Tomo IV, Primer Suplemento a la Colección de Constituciones. Méjico - Guatemala - Cuba - Haití - Perú. Madrid, 1929. (Volumen XII de las *Obras Completas. Serie americana*). *Programa de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América.* Con un apéndice de bibliografía para su estudio. 3a. edición. Un folleto. Madrid, 1932. (Volumen XIII de las *Obras Completas*).

Bibliographie d'Histoire Coloniale (1900-1930). Espagne. París, 1932.

La enseñanza de las instituciones de América en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid. Un volumen. Madrid, 1933. (Publicaciones de la Facultad).

Idea de una política actual hispanoamericana. Un folleto. Madrid, 1934. (Discurso de apertura del XIV Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Santiago de Compostela, 1934. Reproducido en el volumen de *Discursos inaugurales* del referido Congreso. Madrid, 1935).

Las ediciones españolas y su difusión en América. Buenos Aires, 1935. (*La Nación*).

Asociación española de Amigos de la Arqueología Americana. Breve historia de su constitución. Madrid, 1935. (Contiene dos discursos de Altamira sobre esta materia).

L'Enseignement des Institutions Politiques et Civiles d'Amérique dans la Faculté de Droit de l'Université de Madrid. Mémoire présentée au XXVI. Congrès Internationale d'Americanistes. Bordeaux, 1936.

Textos primitivos de legislación colonial española. Madrid, 1936. (No llegó a concluirse la edición ni a distribuirse).

La civilización española en los siglos XVI, XVII y XVIII. Tirada aparte de los tomos segundo y tercero de la "Historia de la Nación Argentina". Buenos Aires, 1937.

La décentralisation législative dans le régime colonial espagnol. (XVI-XVIII siècles). Extrait du Bulletin du Comité international des Sciences historiques. Núm. 43. Abril, 1939.

Técnica de investigación en la historia del derecho indiano. México. José Porrúa e Hijos, 1939.

El primer proyecto de Recopilación de Indias hecho por D. Juan de Solórzano Pereyra. Bulletin Hispanique, Tomo XLII, No. 2, Abril-Junio, 1940, Burdeos.

Análisis de la Recopilación de las Leyes de Indias de 1680. Buenos Aires, 1941. (Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Instituto de Historia del Derecho Argentino. Colección de Estudios para la Historia del Derecho Argentino, II).

Sociological Foundations of Spanish Colonial Law in America. Law Review, The University of Kansas City. Febrero, 1941.

Los cedularios como fuente histórica de la legislación indiana. México, 1945. (Tirada aparte de la Revista de Historia de América).

Autonomía y descentralización legislativa en el régimen colonial español. Legislación metropolitana y legislación propiamente indiana. (Siglos XVI a XVIII). Coimbra Editorial, Limitada, 1945.

Penetración del Derecho Castellano en la Legislación Indiana. Revista de Historia de América, Nos. 23, 24 y 25. México, 1947 y 1948.

Manual de investigación de la Historia del Derecho Indiano. México, D. F., 1948.

La costumbre jurídica en la colonización española. Revista de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Nos. 31 a 40. Julio de 1946 a diciembre de 1948. México.

Los elementos de la civilización y del carácter españoles. Buenos Aires, 1950 (el cap. III se titula "Determinación especial de las características correspondientes a la obra colonizadora española").

Contribuciones a la Historia Municipal de América. México, 1951.

Diccionario de términos jurídicos indianos. (En prensa. Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México).

Salvo los títulos posteriores a 1936, los demás se han tomado de la bibliografía general de Altamira que aparece en *Colección de Estudios Históricos, Jurídicos, Pedagógicos y Literarios*. (Monografías ofrecidas a don Rafael Altamira y Crevea con motivo de su jubilación de catedrático y del cumplimiento de sus 70 años de edad). Madrid, 1936.

DEL PARAISO TERRENAL A LA CARCEL DE EL OBISPO

Por *Francisco ARELLANO BELLOC*

El descubrimiento

EN agosto de 1498, quiso el destino que aquel fecundo animador de sueños, Caballero de espuelas doradas, Almirante Mayor del Océano, Viso-Rey y Gobernador de las islas descubiertas y de la Tierra Firme, por primera vez, llegara al continente frente a las costas de Venezuela.

Era la tercera expedición colombina y los ojos del Almirante ya no podían sorprenderse desproporcionadamente con el descubrimiento de nuevos territorios. Se había acostumbrado al hallazgo sucesivo de maravillosos paisajes; de hombres y mujeres distintos a los del viejo continente; animales, flores, frutos, fenómenos meteorológicos, maneras de vivir y de entender la existencia sin paralelo con los conocidos en los pueblos occidentales.

Y sin embargo... al encontrar abrigo de levante y buen fondo, halló unas tierras, "las más hermosas del mundo, y muy pobladas", con una "temperancia suavisima", con árboles y plantas tan bellos y verdes como los de las huertas de Valencia en abril; "y la gente de allí de muy linda estatura, y blancos más que otros que haya visto en las Indias, y los cabellos muy largos y llanos, y gente más astuta y de mayor ingenio, y no cobardes".¹

Había entrado por las Bocas de Dragón al Golfo de Paria y navegado frente a la delta del Orinoco, saliendo por la Boca de Serpiente.

¹ EDMUNDO O'GORMAN, "Carta de Cristóbal Colón a los Reyes Católicos, enviada desde la Isla Española, el 18 de octubre de 1498. *Navegaciones Colombianas*. Bib. Encicl. Pop. Sría. de Educ. Púb., México, D. F.

Y aunque la Sacra Escritura testifica que Nuestro Señor hizo al Paraíso Terrenal y en él puso el Arbol de la Vida, no había hallado jamás textos latinos ni griegos que certificaran su ubicación ni tampoco la había visto en ningún "mapamundo"; en tanto que, con citas de San Isidro, de Beda y Strabo, del Maestro de la Historia Escolástica, de San Ambrosio y Scoto, "tengo asentado el ánimo" que en estas tierras que agora he descubierto está el Paraíso Terrenal, "porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos y sanos teólogos" y las señales muy conformes, "que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro e vecina con la salada".²

Unos días antes, el propio Almirante había comprobado también, que a pesar de Ptolomeo y de algunos otros sabios, el mundo no era redondo sino en forma de pera, casi redonda, "salvo allí donde tiene el pezón", como si fuera una pelota con "una teta de mujer allí puesta".³

Y con tales reflexiones era natural que concluyera: el Paraíso Terrenal está "allí donde dije la figura del pezón de la pera".⁴

Incredulidad

A PESAR de tan sesudas reflexiones, los contemporáneos del Almirante se dieron a la ingrata tarea de pensar, si estaría el Descubridor en sus cabales o si solamente se trataba de un reflejo metafórico y tardío ocasionado por la exaltación que le produjeron aquellas nativas, de tan linda estatura, blancas más que otras y de cabellos tan largos y tan llanos. . .

Cuatro siglos después, los discípulos de Freud habrían intentado una explicación menos poética.

Oro y perlas mejor que el Paraíso

EL Caballero de espuelas doradas descansa ya bajo la tierra y otras gentes se aventuran a la conquista de las que descubriera. Carecen de imaginación poética pero en cambio, tienen tan insaciable codicia que viven exclusivamente imaginando

^{2, 3 y 4} EDMUNDO O'GORMAN. Misma carta citada. *Navegaciones Colombianas*.

maravillosos lugares donde la gente se baña en polvo de oro y se atavía con piedras preciosas y con ajorcas y collares de incalculable valor.

Se inventa El Dorado y la prodigiosa ciudad de Manoa, que como el Paraíso Terrenal puede también encontrarse en la cuenca inexplorada del Orinoco.

En el litoral, se establece la primera fundación española, Cubagua. Voracidad, concupiscencia y rapiña de los buscadores de perlas. Despueblan en lugar de poblar.

Discriminación étnográfica

HAY que distinguir entre indios bravos y mansos. *Caribes* los primeros, *guatíaos* los segundos. Acusados de antropofagia, la Real Cédula de 1503 autoriza el sometimiento a la esclavitud de los Caribes.⁵

Sistemas de colonización

LOS conquistadores se ingenian para considerar a todos los indios caníbales e irreductibles a la amistad del invasor y se inician las persecuciones a sangre y fuego.

Españoles, alemanes e ingleses vienen a la Tierra Firme.

Los alemanes, de una familia de banqueros con la que Carlos V estaba en deuda, obtienen en arrendamiento y con el Título de Adelantados todo el territorio comprendido entre el Orinoco y el Golfo de Maracaibo. No se quedan atrás. Roban, asesinan, destruyen con una sádica delectación; hasta que Juan de Carvajal considerando que el Rey está muy lejos, los manda colgar de una ceiba en el valle de El Tocuyo.

Bien pronto, Carvajal es colgado también de otra de las ramas. Un día Justicia, otro ajusticiado.

De Lima, de Quito y de Santa Fe salen numerosas expediciones; y siempre son iguales los métodos de colonización.

No sólo exterminan al indio, también se matan entre ellos.

Don Pedro de Ursúa organiza en el país de los Incas una expedición para buscar a El Dorado. Lleva como segundo a su fiel compañero Lope de Aguirre. Una noche enlunada el fiel

⁵ JUAN OROPESA. *Breve Historia de Venezuela*. Bib. Encicl. Pop. Sría de Ed. Púb., México, D. F.

compañero Aguirre decide que su jefe está muy viejo para disfrutar de los tesoros de El Dorado y acaba con él a puñaladas.⁶

Caimanes, serpientes, felinos, y todos los horrores de la selva, eran menos peligrosos que los arrebatos de "El Tirano Aguirre". A puñaladas se las entendía con cualquiera de los suyos que provocara su desconfianza. Saqueó, destruyó y asesinó, en Margarita, en Valencia, en Barquisimeto, en todas partes por donde iba. Antes de que a él mismo le hicieran cuartos, mató a su propia hija para que no fueran a llamarla "la hija de un traidor".

En las vertientes del Duida, en el monte Cuchivanos, cerca de Cumaná, en las riberas de la laguna de Maracaibo, en las tierras pantanosas del Catatumbo, en Lara, en Zamora, en Zulia son muy frecuentes los fuegos fatuos; inflamación de ciertas materias que se elevan de las substancias animales o vegetales en putrefacción y forman pequeñas llamas que se ven andar por el aire a poca distancia de la tierra.

En las llanuras de Zamora una llama que corretea rozando las hierbas, sin quemarlas, es el alma de "El Tirano Aguirre" que vaga por los campos que asoló cruelmente. Después de cuatro siglos no ha podido olvidarse el espanto de sus crímenes.

Y así muchos otros.

Sir Walter Raleigh es el *pioneer* de los anglosajones en la búsqueda de El Dorado. Organiza dos expediciones. Escribe un fantástico libro del viaje: "El descubrimiento del grande, rico y hermoso imperio de Guayana con una relación de la grande y dorada ciudad de Manoa, que los españoles llaman "El Dorado".

No le falta imaginación. Describe la furia del *Orenoque*; los hábitos sexuales de las amazonas: "Tienen trato con hombres pero una sola vez al año, y durante un mes, que de sus relatos deduzco que es el de abril. En este tiempo los reyes de las fronteras se reúnen, y las reinas de las amazonas, y luego que las reinas han elegido, los demás echan suertes para sus *valentinas*. Durante este mes único hacen fiestas, danzan y beben vino en abundancia, y pasada esa luna, parten a sus provincias. Si conciben y dan a luz un hijo, lo devuelven al padre:

⁶ VICENTE SÁENZ. *Hispano América contra el Colonialismo*. México, 1949.

si hija, la crían y guardan para sí, y todas las que tienen hijas envían un presente al que las engendró, deseando cada lado aumentar su propio sexo y especie".

Habla de los Ewaipanoma de quienes "se dice que tienen los ojos en los hombros y las bocas en medio del pecho, y que les crece entre los hombros y hacia atrás una gran banda de cabellos".

No ha citado, como el Almirante, a los padres de la Iglesia en apoyo de sus afirmaciones, porque es luterano y odia cordialmente a los católicos; pero en cambio, tiene la misma inspiración poética de aquél, aunque como buen inglés de la época isabelina, no desdeñe la honorable y ventajosa utilidad de la piratería; como tampoco la desdeñaron sus ilustres compatriotas Sir John Hawkins y Francis Drake. Y las poblaciones costaneras de Venezuela lo comprueban.⁷

El régimen colonial

IDÉNTICO al de las otras colonias españolas: intransigencia política y religiosa; crueldad, encomienda, feudalismo, explotación inescrupulosa del indio y del mestizo; derechos limitados a los criollos; la economía, el gobierno, la Iglesia y la milicia en manos de los peninsulares. Tiranía.

Oviedo y Baños escribe el primer libro importante en la literatura venezolana, (Historia) en un estilo barroco recargado de citas latinas, sin sensibilidad por lo americano.⁸

El jesuita Gumilla y Fray Pedro Caulín en cambio, comienzan a sentir lo criollo. Publican respectivamente "El Orinoco Ilustrado y Defendido", y la "Historia orográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, provincia de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y caudalosas vertientes del río Orinoco".

Se inicia el planteamiento de los grandes temas de América: el *buen salvaje* y el *libre americano* (la idea de libertad anterior al contrato social).

⁷ ERIC ECCLESTONE. *Sir W^{alter} Raleigh, Pirata y Caballero*. Edit. Pinguino. Lautaro, Buenos Aires.

⁸ BENJAMÍN JARNÉS. "Enciclopedia de la Literatura", tomo VI. Ed. Central, S. A., México, D. F.

Marmontel, Raynal, Voltaire, los conocieron y esos temas llegaron a la Enciclopedia. Estamos en el siglo XVIII. Se empieza desde lejos a descubrir a América.⁹

En 1799 Alejandro de Humboldt y Bonpland llegan a Venezuela e inician la más vigorosa tarea en pro del descubrimiento americano.

El Paraíso Terrenal, El Dorado, las Amazonas, el Árbol de la Vida, los Ewaipanomas se quedan en la leyenda; pero el Barón de Humboldt también se deslumbra por este "... vastísimo continente donde todo es gigantesco: las montañas, los ríos y la masa de la vegetación".¹⁰

Siguiendo los pasos de Humboldt, el francés Depons (1801-1804) sostiene afirmaciones parecidas "... ningún sitio de América, a cualquier latitud que sea, puede compararse con éste, en fertilidad, variedad y riqueza".¹¹

Doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados de terrenos propicios para la agricultura; 280,000 de pastales; llanuras que se pierden en el horizonte como si fueran un verdadero mar de hierba y 500,000 de bosques con más de 600 especies de maderas preciosas y con ricos yacimientos minerales; en la inteligencia de que hasta ahora el 98% de esa superficie se encuentra aún sin explotar.

Si Venezuela no era el Paraíso Terrenal cuando menos existiría motivo para asegurar que en su territorio podrían convivir sin exterminarse y con la mayor holgura diez veces más del número de pobladores que censó el Barón de Humboldt en 1800 (780,000 habitantes); de los cuales 12,000 eran peninsulares, 300,000 criollos y 400,000 mestizos. Menos del 10% eran indios. Dato indiscutible del exterminio de los naturales durante el régimen colonial.

La independencia

SIMULTÁNEAMENTE surge la rebelión contra la corona española en casi todas sus colonias americanas. La encabezan los

⁹ "Encicl. de la Lit.", *Ob. cit.*

¹⁰ ALEJANDRO DE HUMBOLDT, *Viajes a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente. 1799-1804*. París 1816-1822.

¹¹ F. DEPONS, *Viaje a la parte oriental de la Tierra Firme. 1801-1804*. París, 1806.

criollos, aunque son mestizos e indios quienes tienen una más clara visión de la independencia. Pedro José Murillo y José María Morelos no vacilaron nunca; eran mestizos. Miranda e Hidalgo titubearon alguna vez; eran criollos. Sólo Bolívar y unos cuantos más, también criollos, percibieron exactamente el concepto de la liberación colonial; los otros, pensaron que la independencia era un simple desplazamiento de los peninsulares para que ocuparan sus posiciones los criollos. Cambio de hombres y continuidad en los sistemas. Nada salían ganando indios y mestizos.

Una opinión del Dr. Mora

EL Dr. José María Luis Mora publicó en París en 1836 un libro fundamental para el conocimiento de los factores de avance y retroceso, en la evolución social, política y económica de los pueblos que se independizaron de España: "México y sus Revoluciones".

Aunque la obra alude concretamente al desarrollo histórico de nuestro país, es de tal manera exacta la referencia a los antecedentes coloniales, y lógica, la explicación de su influencia en la vida independiente de nuestros pueblos, que el valor de sus juicios, rompe las fronteras territoriales y explica con una claridad dialéctica meridiana el porqué de nuestras rebeliones, los vicios que alimentan la anarquía, que destruyen el equilibrio funcional e impiden el desarrollo orgánico de la democracia.

Señalando antecedentes, Mora afirma, que el Gobierno español adoptó, casi sin variaciones la Ordenanza Militar de Federico II de Prusia; que si para una *Monarquía* como la prusiana era lo más perfecto que podía elaborarse, para las *Repúblicas* que surgieron del tronco colonial español, resultaba absolutamente inadaptable y absurda.

Como heredera de ese régimen privilegiado, causahabiente a su vez de la organización militar prusiana, la milicia llegó con la Independencia, al extremo de su arrogancia de casta superior; desentendiéndose de que fué establecida como un medio y no como un fin; destinada a sostener al gobierno existente, y no a crear gobiernos para que la sostuvieran.

Cuando tal orden de conceptos se invierte y los militares ponen en subasta pública al Gobierno, no es posible conservar el equilibrio de las instituciones.

Llega un instante, en que la milicia contrae el hábito de sublevarse para crear o destituir a los titulares del ejercicio del poder; se da cuenta de su fuerza y de la debilidad del Gobierno que ha creado y entonces está siempre dispuesta a la subversión y al cuartelazo, en la búsqueda de empleos, ascensos y facilidades para enriquecerse.¹²

Realizada la Independencia por la burguesía criolla en alianza con el clero y la milicia, era natural la prolongación de sus fueros y privilegios y aun el nacimiento de nuevas ambiciones de los bravos milicianos que se habían partido el pecho y que por ello, se estimaban acreedores a un reparto ventajoso del botín: la dirección de los negocios públicos con el ejercicio del poder.

Esa es la explicación de las exigencias de la milicia y el camino que conduce a la *tiranía*.

El testamento de Bolívar

“**E**s mi voluntad que las dos obras que me regaló mi amigo, el Coronel Wilson, y que pertenecieron a Napoleón, tituladas “El Contrato Social” de Rousseau y “El Arte Militar” de Montecucculi, se entreguen a la Universidad de Caracas. Nombro por mis albaceas testamentarios a los señores, General Pedro Briceño Méndez, Juan Francisco Martín, Dr. José Ma. Vargas y General Laurencio Silva”.

El Dr. “Vargas llevó a la Universidad el libro de Rousseau, abrió sus páginas y echó a la tierra la semilla. Briceño Méndez y Laurencio Silva, llevaron “El Arte Militar” a las manos de la Oligarquía, para ultrajar... la dignidad de Venezuela...”.¹³

Y después

HAN pasado más de 100 años de vida independiente y “El Arte Militar” sigue en las manos de la oligarquía para seguir ultrajando a Venezuela.

¹² DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA. *México y sus Revoluciones*. París, 1836.

¹³ ANDRÉS ELOY BLANCO. *Vargas, el Albacea de la Angustia*. Biblioteca Popular Venezolana, Caracas, 1947.

El libro de Juan Jacobo fué abierto por primera vez en 1835 cuando el Dr. Vargas llegó por el voto popular y a pesar de Páez, a la Presidencia de la República.

Antes de que ese año concluyera, un grupo de militares, reclamando prebendas, fueros y el predominio en la dirección de los negocios públicos, destituyó a Vargas y le expulsó del territorio nacional. En esta vez, Páez decidió colocar su lanza en el platillo de la justicia y reintegró al Poder, al Presidente destituido. El Congreso creyó que era el instante de exigir el castigo de los sublevados, para establecer el precedente, pero Páez defendió la política de *borrón y cuenta nueva*.

Vargas sintió que era más incompatible con su dignidad permanecer en la Presidencia como protegido de Páez y se retiró del puesto.¹⁴

Una opinión del Dr. Andrés Eloy Blanco

VARGAS no es simplemente un grande hombre, no es simplemente el más puro de nuestros Magistrados, Vargas es una hora en un reloj, una hora pasada, presente y futura, una hora con vigencia imprescriptible, una hora que suena con periódica angustia en la conciencia venezolana. Vargas es un símbolo clásico y una fórmula actual.¹⁵

La hora de Vargas es la del Poder Civil. Pero no es bastante llegar al Poder saliendo de las filas civiles. Mejor que eso, es encarnar en el ejercicio del poder las aspiraciones de la civilidad; el mandato del pueblo y no el de una casta privilegiada, la representación del pueblo, por y para el pueblo.

Y esa hora, no ha sido en Venezuela la de Gual; ni la de Guzmán que tuvo que ceñir el sable durante toda su actuación; ni la de Rojas Paúl; ni la de Andueza, manchada de continuismo.

De Vargas hacia adelante

LA oligarquía, que no representa sino a sus propios intereses y a los de sus aliados o cómplices. Que no es mandataria del

¹⁴ *Breve historia de Venezuela*. Ob. cit.

¹⁵ *Vargas, el Albacea de la Angustia*. Ob. cit.

pueblo, ni de las urgencias de la patria; que no le importa lo que el pueblo piense y quiera.

Unas veces con mayor crueldad que otras, pero siempre con la amenaza de ahogar las libertades esenciales del hombre a la más insignificante manifestación de rebeldía.

Lo mismo que en los días del "Tirano Aguirre", aunque ya no se acostumbren los asesinatos a puñaladas. (Es mejor matarles de hambre, en ese antro de suciedad y de miseria que se llama la cárcel de El Obispo; o de padecimientos intestinales con un régimen alimenticio que les liquide lentamente; o de desesperación y de angustia mediante el sistema de aislamiento celular; o de melancolía y de nostalgia sometidos a rigurosa incomunicación suprimiéndoseles hasta las visitas familiares; insalubridad, molestias, privaciones, vejámenes, amenazas, incomodidades; tratar como rehenes a los prisioneros y a sus familiares, para vengar en ellos la ira que la oposición política clandestina provoca en los detentadores del poder).

Y tales procedimientos no son únicamente la negativa del más elemental progreso político, identifican también, por temor a las represiones, la inmovilidad y el anquilosamiento de los mejores impulsos humanos, del progreso de las ideas, y de las disciplinas del pensamiento.

Los móviles rectores de la libertad generadora de la vida civil, se llaman desacuerdo, desconformidad, rebeldía, contradicción. También tienen esas bases las trayectorias generales de la ciencia, de la creación estética y del pensamiento universal.

Si Galileo hubiera estado de acuerdo con los sapientes doctores de la Universidad de Pisa, muchas leyes de la dinámica se habrían retrasado siglos.

Si Cristóbal Colón no hubiera disentido de la infalibilidad de los teólogos salmantinos, tal vez andaríamos todavía con plumas y taparrabos.

"Es precisamente la herejía lo que hace más celosos y más puros a los creyentes".¹⁶

Contradecir, estar desconformes, manifestar rebeldía, son además del clima favorable y del aire oxigenado para la vida civil, los instrumentos dialécticos en la lucha por la libertad.

¹⁶ MARIANO PICÓN SALAS. *Discurso en el Congreso de Filosofía*. México, 1950.

La hora imprescriptible

EN los últimos 200 años no ha habido nadie como Juan Jacobo que haya podido tener mayor influencia en las ideas que mueven la vida interior de los hombres y su vida pública. De "El Contrato Social" salió la Revolución Francesa, la independencia de las Colonias Españolas, la tesis de los Derechos del Hombre y la táctica revolucionaria para luchar por la libertad; de el "Emilio" un nuevo ideal de la educación; de "Julia o la Nueva Eloísa" la novela romántica; y de las "Confesiones" un tipo diferente de autobiografía.

"El Contrato Social" inspiró a Bolívar su disciplina revolucionaria y al Dr. Vargas la hora de la civilidad; la hora del respeto a los derechos fundamentales del hombre y de la interpretación auténtica de la soberanía, ejercitando el mandato del pueblo, por y para el pueblo.

Y la hora de Vargas, como dice Eloy Blanco, es una hora pasada, presente y futura, de vigencia imprescriptible; de realización cíclica inevitable; es la hora que sonó ayer y que puede sonar hoy o mañana, no importa cuando; lo importante es su permanencia, su latitud en el tiempo, su duración, el ajuste de su sonido a la vida civil, a la democracia auténtica.

Sonó con Vargas en 1835 y volvió a sonar hasta 1945, cuando el Partido Acción Democrática resucitó al espíritu cívico y llevó al poder a Rómulo Gallegos, el segundo Vargas; ejemplo de probidad en el ejercicio del mandato, de impulso creador, de entrega absoluta y desinteresada al servicio de Venezuela, de respeto entrañable a los derechos del hombre y del ciudadano.

Los 9 meses del gobierno constitucional del Presidente Gallegos, prolongan a 3 años la hora de la civilidad, que se había iniciado en 45. Y esos 3 años representan el más noble esfuerzo en la defensa de los intereses fundamentales del país, que estaban necesitando como ninguno, la transformación de su economía monoprodutora, en otra de planificación múltiple, que pueda salvarle del desastre que le amenaza.

Examen retrospectivo

HABÍAMOS quedado en que el territorio venezolano tiene capacidad de organización económica prodigiosa. Agricultura

diversificada; ganadería con el mínimo de los esfuerzos humanos; explotaciones forestales y minerales en más de 500,000 kms.², de cuya superficie, hasta la fecha, hay un 98% sin explotar; finalmente, en los últimos 40 años, petróleo y todos sus derivados en proporciones imponderables.

¿Por qué, entonces, durante el régimen colonial y durante los años de vida independiente no ha podido organizarse como debiera la economía venezolana?

La contestación es sencilla: Venezuela vive en la época feudal, no ha podido salir de ella por culpa de sus gobernantes. Encomienda, latifundio, tiranía, explotación incalificable del hombre, deshonestidad en la vida pública, intolerancia, constituyen la herencia legítima del régimen colonial. Y los últimos 50 años agregan a todas esas calamidades una más: la explotación económica en provecho de extranjeros, esto es, el imperialismo. Con el agravante de que, desde que el imperialismo clavó sus garras en el subsuelo venezolano, el hombre de la calle, "Juan Bimba", vive de milagro; y es cada día mayor la corrupción de quienes llevan el rumbo de los negocios del Estado.

Antes del petróleo, y a pesar de todas las deficiencias señaladas, "Juan Bimba" podía vivir, subsistir físicamente, alimentarse. Ahora, con el engaño de los altos salarios en la explotación del petróleo, la gente del campo abandonó la tierra cultivable, las grandes llanuras, las explotaciones forestales; la agricultura y la ganadería se hundieron verticalmente. Los trabajadores empleados en las pequeñas industrias, el artesanado esencial que necesitan los pueblos para resolver sus más elementales urgencias, dejó ciudades y aldeas.

Han tenido que importarse: la carne, el maíz, el trigo; substituirse los alimentos frescos por los enlatados de importación.

Y todo eso en concordancia con una elevación cenital de los precios, al punto de que es Venezuela en el mundo uno de los países donde la vida es más cara.

El petróleo, en manos de extranjeros, como todas las explotaciones de tipo imperialista, no ha llevado a la Patria de Bolívar sino el empobrecimiento general de su población. Hasta 1944 y a pesar de la enorme producción obtenida, la Standard Oil y la Shell se habían rehusado a instalar refinerías en Tierra Firme, oponiéndose inclusive a que otras empresas lo hicieran.

Fué necesario que la Sinclair Oil Corp. rompiera el frente de aquéllas e instalara la primera planta refinadora, para que la Standard y la Shell se vieran compelidas a hacer otro tanto.

Era natural que se intentara la resurrección integral del país, cuando volvió a oírse la hora de la civilidad, con Acción Democrática, con Betancourt y con Gallegos; y que, para lograrlo, se pensara en el cambio de la economía monoprodutora por otra de mejores proyecciones nacionales. No podía pensarse en la inmediata nacionalización de la industria de los hidrocarburos, porque el 92% de las divisas extranjeras que el Estado podía utilizar, provenían del petróleo. Se hacía indispensable buscar otras soluciones. Una de ellas fué, la Ley del 50% aprobada por el Congreso en 1948; que obligaba a las compañías petroleras a emplear en el territorio nacional el 50% de sus utilidades. Había que "sembrar el petróleo" en la tierra venezolana para poder organizar una economía nueva.¹⁷

Ha de calcularse la importancia trascendental de esta medida legislativa, considerando que, la producción petrolera de aquella República es superior a un millón y medio de barriles por día. (En el mes de abril de 1951 ha sido de 1.700.000 barriles diarios).¹⁸

El presupuesto nacional, que era de 500.000.000.00 de bolívares, subió a 1.600.000.000.00.

De cada 1.000 bolívares, 441 se transformaron en escuelas, obras sanitarias, de regadío, vías de comunicación, casas para trabajadores, maquinaria y créditos para la producción.

En 3 años se construyeron más escuelas que en los 145 años precedentes.

Con apoyo en la Constitución absolutista de 1936 y por primera vez en la historia de los pueblos americanos, se exigió a más de 100 funcionarios de administraciones gubernamentales anteriores, enriquecidos ilícitamente, la devolución de gruesas sumas de dinero y otros bienes, incorporándose así al patrimonio nacional más de 100 millones de bolívares.¹⁹

¹⁷ RÓMULO BETANCOURT. *El Caso de Venezuela y el destino de la Democracia en América*. Edit. Cvltvra, T. G., S. A., México, D. F., 1949.

¹⁸ "World Petroleum", pág. 60. Junio de 1951.

¹⁹ RÓMULO BETANCOURT. *El Caso de Venezuela*. . . Ob. cit.

El destino manifiesto

TRES años de vida civil, con el pleno ejercicio de la soberanía popular, iniciaron una modificación vigorosa en todos los órdenes de la actividad republicana. La oligarquía empezó a sentir que iba a perder definitivamente su predominio en el manejo de los asuntos públicos. No le importaban las exigencias populares que había reprimido durante más de una centuria. No le importaba el desinterés y la probidad de los nuevos funcionarios; por el contrario, significaban el impedimento para subir y enriquecerse como en los días en que su voluntad era la ley. El ejército tiene una misión providencial que cumplir; un "destino manifiesto" como salvador de la Patria, que no quiere decir, ser su vigilante sino su conductor; el cuartelazo de Odría y su reconocimiento por el Departamento de Estado, alentó su decisión y fué a ella con el único sistema capaz de hacerle recobrar la jerarquía perdida: la traición cuartelaria.

La hora de la civilidad se interrumpió de súbito en el cuadrante de la historia venezolana.

La cárcel de El Obispo

DURANTE la Colonia fueron famosas por la crueldad de sus regímenes carcelarios, por su inmundicia y por su miseria, casi todas las prisiones españolas y americanas, pero particularmente algunas: Puerto Cabello, San Juan de Ulúa, la Carraca de Cádiz, etc. El tiempo, mejor que la evolución de los derechos del hombre las ha ido derribando poco a poco.

La supervivencia de las que aun existan, tiene que estar relacionada con la prolongación del régimen feudal; con los días más tenebrosos de la intolerancia política y religiosa; con la época de las penas de mutilación e infamia, de los azotes y de los palos, del tormento y de la confiscación de bienes; con la persecución de los herejes; con la cacería de las brujas; y con la revelación divina como base del cumplimiento del "destino manifiesto" de los ejércitos como salvadores de la Patria.

Por eso se explica en Venezuela, la existencia de la Cárcel de El Obispo y de los regímenes penitenciarios de severidad inculicable.

De esos antros de suciedad, de basura y repugnancia ha salido la atormentada y conmovedora imprecación de los presos políticos contra la Junta de Gobierno venezolana, denunciando la violación, en su perjuicio, de muchos postulados, reconocidos como inviolables en todas las Declaraciones de Derechos; a pesar de que Venezuela suscribió en Bogotá la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre y en la Asamblea General de las Naciones Unidas (10 de diciembre de 1948), la Declaración Universal de Derechos del Hombre. Y a pesar también de que, en la IX Conferencia Internacional Americana aprobó, como consta en el Acta de 2 de mayo de 1948, Punto XXXVII, que se estudiara la proposición cubana concebida en los términos siguientes:

"Se reconoce el derecho de resistencia ante actos ostensibles de opresión o tiranía".

DOS DISCURSOS

EL POETA DE LA PAZ *

CREO que tiene razón y sentido que una voz no mexicana se asocie a este homenaje en los ochenta años juveniles de Enrique González Martínez. Porque el gran poeta que festejamos esta noche, siendo como es hijo afortunado y profundo de su tierra, es escritor de tamaño americano y claro varón de entraña universal. Por serlo, están reunidos junto a esta mesa de su gloria gentes de la más varia condición y oficio y aun de los más distantes parajes del mundo. Pudiera sostenerse con verdad que Enrique González Martínez exige, como medida muy colmada de lo mexicano, la estimación extraña que ratifica y exalta su grandeza. Sólo es de lamentar que, la voz no mexicana que aquí se asocia al aniversario radiante esté privada de la fuerza y el tono que la ocasión exige. Porque aunque decía nuestro José Martí, con muy generoso decir, que "para rendir tributo ninguna voz es débil", hay oportunidades en que la desproporción traspasa los límites legítimos. Y la voz que aquí se alza ha de resonar, quieras que no, en el ámbito de luces afiladas y sedientas que va desde *Silénter* hasta *Babel*.

Sería empeño vano querer decir aquí lo que significa Enrique González Martínez en la literatura lírica de América. Lo único lícito es recordar lo que fué su conocimiento para mi generación cubana, para las generaciones coetáneas de nuestras tierras. Andábamos todos encandilados por los reflejos decorativos de Rubén Darío, o adormecidos en los crepúsculos fáciles de Amado Nervo. Y no se vea en estas palabras desestimación radical hacia los dos capitanes líricos de entonces. Creo, como ha dicho el festejado de esta noche en su último libro, que hay buena y permanente sustancia lírica en ambos poetas; pero, y esto va dicho al costo y por cuenta propia, no es culpa de los creadores literarios que sus discípulos y seguidores les hagan una atmósfera consabida que por lo común no se integra de lo mejor de su cosecha. Así ocurría con Darío y Nervo. La verdad es que muchos jóvenes de innegable virtud lírica habían dado en la manía de recostarse en las almohadas más usadas de Nervo para ver desfilar desde ellas los cisnes más equi-

* Palabras en el homenaje rendido por el Comité Mexicano por la Paz, a Enrique González Martínez.

distantes de Rubén Darío. Enrique González Martínez fué una reacción salvadora: al torcerle el cuello a los cisnes descastados, pero vigentes, hizo que los nuevos cantores salieran violentamente de las cómodas posturas y entendieran su arte como una larga paciencia iluminada y exigente.

Ahí está para mí el primordial servicio de González Martínez a la poesía de América: el de subirla a tarea de difícil nobleza. Poesía filosófica, ha dicho alguien. La filosofía es otra cosa, que nada tiene que ver con esto. Lo que hay en la poesía de González Martínez —entendiéndola en la trascendente totalidad que permite señorear la pausa feliz de este cumpleaños—, es la profunda actitud del creador que pone sus facultades en el ansia y el temblor de lo más hondo y válido de la naturaleza y del hombre. Es, en lo decisivo, una mejor categoría del oficio lírico. El cuello del cisne es una interrogación puramente decorativa, una alusión infiel. Los ojos del buho, una posibilidad y una invitación de ciencia y vuelo. Cuando la poesía prefiere el buho al cisne —y no se olvide que estamos festejando esta noche los ochenta años del *hombre del buho*—, no es filosofía sino poesía mejor, impulso libérrimo que se impone a sí mismo grandes obstáculos, grandes problemas, para adiestrarse en los saltos soberanos.

Estamos saludando una vida larga y fecunda, ni tan dionisiaca que no la marquen a su hora los hilos de la sangre dolorosa, ni tan desalada que la frustre la conmoción de la propia quejumbre. Esta vida ha sido, para goce y ventura de los pueblos de habla hispana, un gran equilibrio inestable: un poco más de elegancia pudorosa y hubiéramos tenido el pliegue estatuario, sin calor ni sangre. Un poco más de desfallecimiento virtuoso y hubiéramos tenido el clamor descaminado que cruza sobre la tierra quemándole la fecundidad apetecible. Ni enajenación agotadora, ni apartamiento marmóreo: *apacible locura*.

Sospecho yo que en la firme dignidad del arte de Enrique González Martínez, en su concepto del arte y la poesía, está la razón íntima de este homenaje. Es ley sin quiebras que quien pone el arte a la altura de la vida descubra sus más graves problemas, sus más rencorosos enemigos y sus más anchas posibilidades superadoras. El caso de Antonio Machado ilustra y explica el de Enrique González Martínez. Ahondando en la cuestión y andándole los viejos y los nuevos recodos, tendríamos que concluir que todo gran arte, cuando se enfrenta con las interrogaciones más trascendentes de la naturaleza y del hombre, siente derramarse sobre sus logros "la leche de la bondad humana". Porque todo arte de esta categoría es una protesta que nace de la entraña herida y ansiosa, una protesta contra todo lo que angustia, limita y mutila las

posibles medidas de lo humano. Por ello, el poeta que nos ha dejado la huella de las más nobles ansiedades individuales, recibe en la mesa de su consagración americana el homenaje de los hombres y las mujeres que trabajan por la más noble ansiedad colectiva, el aseguramiento de la paz.

Si se me permitiera unir recuerdos personales a un acto que debe estar por encima de ellos, me atrevería a decir que he presenciado en Enrique González Martínez, a lo largo de una amistad tan dilatada como inalterable, uno de los espectáculos más hermosos. Y tengo la sospecha de que todavía me quedan por contemplar y admirar en él nuevos acrecimientos milagrosos.

Me unen a Enrique González Martínez muchos vínculos poderosos. En lo más alto, la admiración por una poesía que siempre encontré en mi resonancia como natural y esperada; en lo más cercano, las gracias de un trato personal que es un gran lujo, un gran don, un gran *donaire* de México. Confieso que pensando en el caso de González Martínez descubrí que la linda palabra *donaire* nació para él. Porque sólo en su persona el don —que es facultad realenga de vocación y creación—, aparece inseparable del aire, del garbo con que este gran poeta se hace perdonar encantadoramente su valía. Es pena grande que el encanto personal, cuando es penacho del otro encanto, no pase a la inmortalidad como la obra que corona. Eso vamos ganando a los que nos sigan en la vida: nuestros descendientes conocerán los versos del poeta, pero no su humanidad iluminada y cordial. De nuevo se repetirán aquí, con justicia, los versos que el más alto lírico de la lengua escribió a la muerte de su padre y otra vez los tiempos idos parecerán mejores.

En lo más hondo, me une a Enrique González Martínez el recuerdo doloroso de Enrique González Rojo, una de las criaturas más merecedoras de un vivir prolongado y venturoso, uno de los más cercanos afectos de mi México auroral de hace quince años. Su muerte, un derrumbe en los inicios del vuelo, dejó huella y acento en los versos del padre desolado. Dichosos los hombres que, como González Martínez, pueden noblevivir sus grandes dolores por los caminos de una vocación poderosa y entrañada.

Y he aquí que mi vieja relación con el poeta se sitúa ahora en planos de mayor anchura. Ahora marchamos juntos en la incontable legión de los combatientes de la paz. El gran poeta realiza así su más cumplida hazaña. El caudal de bondad, de fuerza, de ternura y de altitud que traspasa su obra desemboca en una histórica preocupación colectiva. El hombre se alza contra la barbarie que amenaza barrer todo lo creado; el poeta se levanta contra lo que contradice, desprecia y aplas-

ta su obra de exigente y generosa belleza. Esta lealtad a sí mismo, esta pelea por su arte y por su vida, es lo que festeja en la noche de hoy el Comité Mexicano por la Paz, es lo que festejan con nosotros los partidarios de la paz de América y del mundo.

Enrique González Martínez cumple, desde la presidencia del Comité Mexicano por la Paz, su función de ilustre trabajador de la cultura. Defiende con ello su propia obra, su vida misma. Quien como él ha hecho de la vida un camino para la belleza ennoblecedora, no puede permitir que triunfen en el mundo los que, al segar la vida, matan toda posibilidad de belleza y de bien. Por ello está con nosotros Enrique González Martínez; por ello estará para siempre en nuestras filas. Su adhesión a la causa de la paz es una derivación natural del sereno apasionamiento de su existencia. Cuando se honra la vida, se la ama. Y cuando se ama la vida se le defiende. Enrique González Martínez ha honrado la vida y la ha amado; por ello la defiende ahora desde los cuarteles limpios y valerosos de los partidarios de la paz.

Maestro y amigo: Hace muchos años que oí decir a un poeta americano, pero que no era voz de América, estos versos en derrota:

*He vivido poco,
me he cansado mucho*

He recordado aquellos versos porque tienen en ti el más firme contraste y la más hermosa contradicción. Tú puedes decir, tú dices con tu obra y con tu vida, con tu presencia entre nosotros:

*He vivido mucho,
me he cansado poco.*

En tus ochenta años triunfa y sonríe el amanecer de una vida renovada. Y como no hay alimento como el entusiasmo ni medicina como la militancia en las grandes causas, sabemos que estarás junto a nosotros muchas primaveras todavía sin desmayo ni desánimo, precisamente porque has vivido mucho y te has cansado poco; porque has comprobado, por entre lastimaduras y caídas, que nada puede contra la verdad y el bien.

Junto a nosotros te tendremos el día en que los mercaderes de la sangre se hundan en su crimen; en que los hombres y mujeres de todas las razas, de todos los rumbos y de todas las creencias vivan sin el tormento de la acechanza de la guerra. Los cisnes sordos y engreídos en su equidistancia, sin ala para el vuelo ni ojo para el futuro, serán barridos por los vientos justicieros. Entonces, tu buho meditador y penetrante emprenderá con ímpetu desconocido por ti mismo, su viaje entre la noche poblada de tormentosas esperanzas. Sus alas, por vez

primera, saludarán el nuevo día. Queremos tenerte entonces entre nosotros, con tu juventud vitalicia y tu biológico optimismo. Queremos que ese día nos digas tu mejor poema: el poema de la paz triunfante. Ese día festejaremos la llegada del mundo que quisiste en un libro tuyo, el mundo "de la fuerza, de la bondad y del ensueño". Ojalá, maestro, amigo y camarada, que cuantos aquí nos sentamos hoy, a la gloria de tu mesa americana, te acompañemos ese día.

Juan MARINELLO.

LA PAZ Y EL POETA *

ESTE Congreso Nacional de la Paz es sólo un acto solemne de reiteración. Nada hay en él que no sea el mantenimiento de los mismos propósitos expresados hace dos años, nada que no sea la exaltación de los mismos ideales, nada que no represente la condenación de la consigna belicosa que se apresta a desencadenar la catástrofe sobre un mundo amedrentado.

Estamos en pie frente al peligro y dispuestos a combatirlo y conjurarlo, cada vez con mayor firmeza, cada día con más fe, más dispuestos y apercebidos en la lucha contra la violencia.

La palabra de paz sembrada a los cuatro vientos del espíritu, sigue sonando en todos los corazones limpios, y nuestro deber es dar aliento a los vacilantes, fortalecer a los medrosos, abrir los ojos a los engañados y confundir y acallar a los calumniadores. Nuestra misión es llevar a dondequiera que haya un oído que escuche y un corazón que sienta, el mensaje de paz, que hallará eco en toda conciencia honrada y hará temblar de miedo a quienes preparan la destrucción de la cultura acumulada al correr de los siglos; el mensaje de paz, aleluya para los hombres buenos y anatema para los voceros de la muerte.

Que al escuchar la palabra pacífica y fraterna se escondan en su cubil, como fieras acosadas, los traficantes de la guerra; que huyan despavoridos los predicadores de la lucha sangrienta; que se pierdan en la sombra los que no conocen más arma que el odio y la conquista.

* Discurso pronunciado por su autor, al iniciarse los trabajos del Congreso Mexicano por la Paz.

Sobre su reino en ruinas, habremos de edificar el nuestro, sereno y perdurable. No más contribuciones de la ciencia para el exterminio; no más violar sus secretos para traicionarla; no más hacer de las fronteras nacionalismos bastardos y rencor de pueblos. Todos estos males se agravarían con la discordia que quieren fomentar los belicosos, a plazo breve, validos de insospechados elementos que sabios de buena fe arrancaron, con nobles fines, al seno maternal y piadoso de la naturaleza.

Pero somos ya muchos para evitarlo. Por el mar y por el aire corren voces anunciadoras de un mundo mejor y de una paz fecunda y permanente asentada sobre cimientos de libertad y de justicia; y hombres de todas las razas, de todas las religiones y de todas las lenguas están resueltos a dar su propia vida en defensa de la tierra amenazada.

No, la guerra no vendrá, a menos de perder la confianza en nuestro propio destino. No vendrá la guerra inicua, y cuando el riesgo haya desaparecido, México formará parte gloriosa del ejército salvador de la humanidad futura.

En esta hora en que fijamos con claridad y valentía nuestra actitud frente al peligro, es preciso aceptar el deber ineludible, no sólo de perseverar, sino de intensificar los trabajos que dicho deber impone. Todo desfallecimiento es censurable, toda inhibición trae aparejada una responsabilidad que no podrá atenuarse por los méritos de una pasada labor, por más fecunda que ésta haya sido, por más evidentes y eficaces sus resultados. La paz se gana por el esfuerzo acumulado de los pacíficos; pero cada uno debe rendir cuentas de su personal aportación. Y un retardo, una indolencia individual en la magna tarea serán atribuibles a pérdidas de fe o abstenciones egoístas. Todos y cada uno trabajamos para cada uno y para todos. Común será la victoria, como deben ser comunes los esfuerzos para lograrla.

Somos geográficamente vecinos de uno de los más grandes laboratorios de máquinas de muerte. Que no se nos pida complicidad en la criminal tarea con el cebo engañoso de una amistad reciente, desmentida por un siglo de agresiones, codicias y despojos. Guardémonos de caer en la trampa homicida, por tortuosas que sean las maniobras, por seductoras las dádivas, por hábil y sutil la falacia de los argumentos. Pero allí, junto al infernal laboratorio, alienta y crece una multitud resuelta a defender el ideal pacifista, sin tomar en cuenta riesgos ni persecuciones. Con los del "maquinismo" destructor están el oro y el poder. Con la multitud que protesta, están la razón y el número. Con estos últimos estamos nosotros, en comunidad de espíritu y de lucha, a esta hora de decisiones supremas e inaplazables.

Amigos míos: al declarar formalmente inaugurado este Primer Congreso Mexicano de la Paz, hago votos fervientes por sus resultados. Yo no tengo más que la palabra que advierte. Vosotros tenéis la voluntad que ordena y el brazo que ejecuta. Extendedlo, abierta la mano y firme el corazón, frente a la punta acerada de las bayonetas.

Enrique GONZALEZ MARTINEZ.

BASES NORTEAMERICANAS EN ESPAÑA

Los hechos, según los cuentan

SIGUIENDO las indicaciones de los más altos jefes militares norteamericanos, el Presidente Truman decidió entablar pláticas preliminares con el general Franco para llegar a un arreglo militar entre los dos países que representan. Este mal forzaba a Inglaterra y a Francia a aceptar otro menor: el ingreso de Grecia y Turquía en el Pacto del Atlántico. Una vez con la suya, no tenía por qué detenerse Norteamérica en el desarrollo de un proyecto que, a primera vista, consiste en hallar y aprovechar soldados donde los encuentre, para una posible guerra contra la U. R. S. S. El 19 de julio, el Presidente pudo decir que "La política de los EE. UU. respecto a España está cambiando por razones de orden militar". Días antes, el almirante Sherman—que luego hizo bueno aquello de *ver Nápoles y después morir*—, tras conversaciones con el *Caudillo*, llegó con él a un acuerdo previo mediante el cual España, a cambio de una ayuda militar y económica no especificada, cedería bases a EE. UU.: Cádiz, El Ferrol, Cartagena, etc. . .

La oposición por parte del partido demócrata cayó ante la mágica fórmula de las "necesidades militares"; los grandes periódicos norteamericanos mostraron su júbilo; esta vez, sí, era una auténtica realización de la política bipartidista. El día 18, Franco había reorganizado su gobierno. Alelados de tanto bien los corresponsales yankees se apresuraron a telegrafiar que el *Generalísimo* sacrificaba en el altar de la democracia. Ni las terminantes manifestaciones de los voceros del pretendiente al trono en contra del nuevo (?) equipo lograron entibiar sus entusiasmos: todavía el 19 de agosto, H. Edward Knoblaugh, del INS, informaba desde la Corte: "El Generalísimo estaba en vías de reorganizar su Consejo de Ministros cuando Sherman hizo su inesperada visita a Madrid, y remodeló su nuevo Gobierno de modo que fuese aceptable por Occidente". Faltaba a sabiendas a la verdad, engañando a sus lectores: Ni la visita del almirante fué inesperada, ni la mayoría de los nuevos ministros son aceptables para una democracia que merezca el nombre de tal. Lo indudable es que existe

una consigna norteamericana para hacerlo creer. No son los honrados lectores de Buffalo u Oklahoma, perfectamente ignorantes de las interioridades españolas, los llamados a poner en duda las aseveraciones de un reputado periodista que cablegrafía desde la capital española.

El 29 de julio, Drew Pearson informaba, desde Washington, que Franco no haría concesiones. A pesar de ello recordaba la reciente visita de un grupo de senadores al Pardo y el gesto de uno de ellos, Alexander Wiley, que llegó a decir al dictador: "Franco, estamos con usted en un ciento por ciento". ¿A qué tanto amor? No a humo de pajas. La repulsa del futuro convenio por los países europeos haría dudar al más lego de sus cacareadas razones estratégicas: enemigos políticos de Franco, los gobiernos de Francia e Inglaterra no han dudado en tratar con él cuando les ha convenido. ¿Por qué no ahora? Acheson ha prometido defender a Europa en el Elba y en el Rhin y no reconquistarla, y aun para esto Inglaterra y el Norte de Africa se han mostrado trampolines suficientes para lograrlo, y no digamos Grecia y Turquía, tierras más propicias geográficamente si de ir contra la U. R. S. S. se trata. Sin embargo, todas las justificaciones norteamericanas del convenio con Franco se basan en la probable guerra mundial que se avecina. ¿Y si no la hubiese? ¿Y si todo no fuese sino un feroz bluff?

De la posible e imposible guerra?

CONDICIÓN imprescindible para la guerra son dos adversarios dispuestos a pelear entre sí. Actualmente parece que los rusos no se muestran propicios a aceptar el reto. No por falta de motivos, pero rehuyen toda ocasión. Por muchísimo menos se han desencadenado las últimas contiendas. Nunca se han tratado con tanto desdén oficial regímenes gobernantes; jamás la ocupación de puntos estratégicos fundamentales, en contra de un país, se hizo más descaradamente. Las bases que retienen los EE. UU. alrededor de Rusia hubiesen echado para adelante los ejércitos de cualquier nación en tiempos pasados. La U. R. S. S. aguanta toda clase de provocaciones no oponiendo sino protestas verbales y guardándose muy bien de exacerbar directamente a su poderoso rival.

Esto por un lado. A mayor abundamiento, si, como aseguran los belicistas, la guerra inmediata es inevitable, ¿por qué no se ha desencadenado ya? Si no ha sucedido hay que buscar la razón en motivos

militares, ya que psicológicamente rara vez se ha llevado a cabo una campaña más pertinaz en favor de una contienda. Leguísimo en poliorcética, creo que basta el sentido común para darse cuenta, a la luz de los hechos próximos pasados, de que no bastan bombardeos, por feroces que sean, para ganar una guerra: los nazis no fueron vencidos por la superioridad aérea del resto del mundo, sino por los ejércitos de tierra; Londres, deshecha bajo la metralla, resistió impávida; la producción guerrera de las fábricas alemanas, regadas por miles de bombas de mil kilos, vió disminuir en poco su potencialidad. La aparición de la bomba atómica no invierte los términos. Por dos razones: la primera porque su número es relativamente limitado; la segunda porque el terreno a destruir, en la lucha que aseguran próxima, es inmensamente mayor que en el pasado: lo que va de los kilómetros cuadrados de Alemania a los de la U.R.S.S. y sus satélites y a los que forman el inmenso país norteamericano, diseminadas como deben estarlo las fábricas esenciales. Ahora bien, ¿vé alguien al ejército yanqui, con todos los soldados de color que sean, desembarcar en Vladivostok y llegar a Moscú? ¿O a los rusos hacer pie en Alaska y llegar a Washington? No. Todavía no. Por muy de prisa que haya adelantado la ciencia, no se ha emparejado con el enorme crecimiento de las tierras al convertir en campo de batalla continentes enteros. Y en cuanto a suponer que la presencia de un ejército invasor en la U.R.S.S. produzca un levantamiento nacional contra la dictadura comunista, no parece muy justificado a la luz de 1941; lo contrario es mucho más probable.

Creo que el afán belicista se contentará con el auge de los negocios que mantiene la inseguridad que produce. Sin echar en olvido que la actual política norteamericana favorece a la soviética en el mismo campo, dándole la razón en todos los hechos de que la acusa *a priori*. Veremos, pues, continuar las guerras circunscritas que padecemos, sin otra virtud que consolidar los dos regímenes que las fomentan. La producción bélica irá en aumento y las precauciones policíacas no se quedarán a la zaga, en espera de que la ciencia llegue a poner en su punto armas lo suficientemente mortíferas para acabar, si no de una vez en varias, con la mitad del género humano; lo que no parece cosa de mañana, aunque sí de pasado.

El cauce normal del Imperialismo

No son, pues, razones de orden militar las que empujan a los EE. UU. a lograr bases en España (las primeras conseguidas después de la guerra). Para la problemática contienda bastábanles las que man-

tienen en Islandia, Irlanda, Inglaterra, Francia, el Norte de África, Italia, Grecia y Saudi Arabia, por sólo referirnos al ámbito que pudiera justificar la ocupación de España. No, sino la paz y la normal expansión de un país seguro de su fuerza militar y económica. Norteamérica sigue el camino de cuantos imperialismos capitalistas han sido. Al coincidir su auge con el declinar del inmediatamente anterior, va tras sus huellas; busca ocupar las posiciones que el imperialismo inglés ha perdido o está en trance de perder. Así cobra su verdadero significado la concesión de bases en España. ¿Qué tardarán en pasar bajo su completo dominio Peñarroya, Almadén o la Canadiense? El problema petrolero iraní responde a parecidos intereses, mas allí no necesitan ocupar la refinería de Abadán; bástaless ver restringida su producción para acrecentar el volumen de sus propios negocios. Más que contra Rusia, la ocupación de bases españolas parece dirigida contra Inglaterra y Francia, a las que corta las comunicaciones con sus colonias.

La palabra *base* dice exactamente lo que quiere decir, lo que no es corriente en el idioma internacional. Los norteamericanos buscan, en España, base donde hacer pie firme y extender su dominio. Todos los sofismas argüidos por los políticos yanquis: que si las democracias lucharon en la primera guerra mundial aliadas al zarismo o en la segunda con el stalinismo (podrían encontrar ejemplos más ilustres) caen por su base al considerar que el actual acuerdo con un dictador fascista se logra en tiempo de paz; precaria, pero paz al fin y al cabo.

Por muy cerrados que estén los oídos de los dirigentes norteamericanos, no les puede caber duda de que el pueblo español no peleará por los EE. UU.: Bastaría recordar cómo desertó el treinta por ciento de la División Azul. Si los ejércitos rusos invadieran Europa, no se alcanza a suponer, con los actuales medios bélicos, qué obstáculo habrían de presentar los Pirineos. A los pocos días de estar el Ejército Rojo en Bayona, se plantaría en Lisboa y Cádiz; de la misma manera que los soldados que aparecieran en Perpiñán llegarían a Cartagena; eso sin tener siquiera en cuenta la existencia futura de las bases norteamericanas, que empujaría posiblemente a los españoles a presentar menos resistencia, sobre todo conociendo la verdadera "adoración" que siente el pueblo por el *caudillo* y su pandilla.

Son demasiadas razones para no imponerse a la mollera más cerrada. Pero no se trata de combatir, sino de ocupar, extender el dominio, controlar industrias: Las razones militares no son sino cortina de humo. Por eso el Departamento de Estado ha dado su brazo a torcer; trátase de ocupar bases de expansión colonial y no de preparación guerrera.

La soberanía española

PARA salirse con la suya, Franco trajo al suelo de su patria moros, alemanes, italianos, la Legión Extranjera. (No se recuerde a las Brigadas Internacionales: los unos eran mercenarios, los otros defendían en el suelo español la fe que les empujaba). Nada tenía, pues, de particular que tocara ahora el turno a los poderosos del momento. Lo extraño es que les ceda bases a la luz del día porque una de las metas más voceadas de su régimen es el recobro de Gibraltar. Y, en vez de rescatar la plaza, entrega media docena. A menos que en su materría se figure que sus aliados de hoy le ayuden a recobrar lo menos, perdiendo lo más. A esto lleva la traición cuando se lleva en la sangre. Pero no esto sólo: La neutralidad que España mantuvo durante las dos guerras mundiales ya será imposible en la tercera. Aun suponiendo, por parte de los norteamericanos, que busquen la concesión de bases para ahorrar vidas de sus conciudadanos, ¿justificaría la aceptación de Franco que, otra vez, de un plumazo, lleva a la muerte a millones de españoles? Sin echar en olvido que Napoleón creyó que la escuadra borbónica era la mejor ayuda que podía conseguir contra su enemigo, y vino Trafalgar. Ojalá no suceda ahora algo parecido con el ejército español. Y, hablando de Napoleón, recuerde el *Caudillo* cómo depuso a Fernando VII para sustituirlo con un pelele todavía más allegado...

Con las armas en la mano perdió España en trescientos años cuanto decorosamente podía perder. Por treinta dineros vende ahora Franco la propia metrópoli. ¿Dónde el honor, dónde la honra, dónde la soberanía de que tanto cacareó el *Generalísimo*? ¿No hundió ya bastante a España, faltando a su palabra para con sus superiores, para con sus iguales, para con sus subordinados, en la fosa del atraso? ¿No produjo hambre bastante para saciarse? ¿No destruyó su país, no desgarró, no hizo llover miserias hasta hartarse? ¿No desmoronó, no invalidó, no esparció cenizas españolas a su gusto? ¿No está ahito? ¿Todavía no comprende que está condenado sin remedio en la historia, por todos y por el Dios que predicó exactamente lo contrario de lo que ha llevado a cabo?

Hundió a España en la discordia más sangrienta, rompió cuanto podía, desvergonzó la honra haciendo brotar la vergüenza donde nunca la hubo. Quince años de deshacer, de arruinar, de malbaratar. Quince años de privaciones, de vidas echadas a perder, de ceguera, de dolor, de sangre, de muerte, no le bastan. Quince años de silencio, de atra-

so, de represión, de muerte. ¿Quedaba algo más que asolar? Quince años de hollar cuanto había que hollar, de cohechos, de sobornos, de corrupción, de injusticia, de venalidad, de baratería, de untar las manos con dinero. Esas manos pegajosas de sangre, de traición, de muerte. Quince años de prostitución, de afrenta, de humillaciones, de miserias, de hambres. Quince años para tener que rematar —¡y qué horrendamente exacta suena la palabra!— la tierra española y sus moradores, que no otra cosa es entregar bases a los norteamericanos, forzando la guerra hasta el último rincón español, o, si no la hay, entregarla en prenda de su bellaquería.

¿Qué mexicano haría igual sin rendir el alma? ¿Quién lo permitiría? No le bastó regar de sangre española la tierra española; tenía que vender el suelo empapado.

Y no salga con ejemplos: Francia e Inglaterra aceptaron gustosamente el sacrificio de los norteamericanos que venían a salvarlos del invasor. Si no se han ido, es otro cuento. Y si protestan del establecimiento de su aliado en España es porque temen que una vez fuera de sus tierras se quede allí para obligarlos. Franco podrá reivindicar una nueva figura trágica: la del hombre que vende su madre al mejor postor con tal de seguir disfrutando el precio de su traición.

¿Qué defiende Norteamérica? ¿La libertad y la democracia? ¿Es ésta la bandera de Franco? ¿Los aliados de los EE. UU. deberán colaborar, codo con codo, con los falangistas a menos de verse tachados de enemigos de la libertad y de la democracia? ¡Hermoso panorama! Si vence la política norteamericana se afianzará el gobierno franquista; si de la U.R.S.S. fuese la victoria, se entronizaría en la península ibérica una feroz dictadura hermana de las que hoy disfrutaban las "democracias populares".

La política de Washington, al enterrar el punto cuarto de la declaración de Truman, al olvidar sus anteriores compromisos, échase encima no sólo a los comunistas, sino también a los limpios enemigos de este régimen, que no comulgan, de ninguna manera, con el apoyo dado al fascismo, neofascista ella misma tal vez ya sin freno, como revela la ocupación de bases en España.

¿Es que millones de hombres que no quieren ninguna clase de dictadura van a quedarse perennemente sin voz? Creo que no, pero urge hacer.

Aventura del Pensamiento

UN GRAN ANIVERSARIO EN LA HISTORIA DEL ESPIRITU HUMANO

EL BI-CENTENARIO DE LA ENCICLOPEDIA DE DIDEROT
Y D'ALEMBERT

Por Maxime LEROY

UN gran título; una gran fecha; y, si hemos de creer a Bonald, el principio más inmediato del 89: *la Enciclopedia*, en su conjunto, no parece ser sino el primer tomo de una obra magna, cuyo tomo segundo es la Revolución. . . Dos tomos de forma idéntica. Henos ya en el segundo centenario: anunciado, en noviembre de 1750, por un célebre *Prospecto*, de Diderot, el primer tomo de *la Enciclopedia, Dictionnaire raisonné de las Ciencias de las Artes y de las Letras*, salió a luz en julio de 1751. Acontecimiento en verdad memorable; digno de una conmemoración y una meditación en todo el universo civilizado.

El aspecto físico de *la Enciclopedia*,¹ ya de por sí, es impresionante: diecisiete tomos en folio, perfectamente encuadrados en tafilete fuerte, más cinco tomos de anexos, siete tomos de grabados, asimismo perfectamente encuadrados: en total, treinta y tres tomos, el último de los cuales no fué distribuido hasta 1766.

Esta empresa, que, a la vez que resume, domina, desde muy alto, todo el esfuerzo científico y filosófico del siglo XVIII, nació por casualidad: casualidad comercial, pero casualidad que, al igual que la manzana de Newton, no dió lugar a todo

¹ Diderot tuvo a empeño el revelar, en su *Prospecto*, la definición y el origen griego de la palabra: "significa encadenación de las ciencias". Ese documento es extraordinariamente raro; a decir verdad, sólo se conoce de él un ejemplar. El Sr. Charles Braibant, Director de los Archivos de Francia, ha tenido la feliz iniciativa de mandar sacar de él unos facsímiles, de los cuales un ejemplar fué, en su tiempo, entregado al Presidente de la República, con ocasión de una ceremonia en el soberbio edificio que abriga nuestros Archivos Nacionales.

su efecto y entero desarrollo, sino merced al apoyo de las circunstancias. Un librero parisino, Le Breton, impresor habitual del rey, formó el proyecto en 1746, de publicar la traducción de una Enciclopedia inglesa, que aun hoy sigue siendo apreciada, y conocida por el nombre de su redactor, Chambers. La empresa presentábase como trascendental: es decir, que requería el empleo de capitales importantes, y Le Breton supo convencer a tres de sus colegas, de que compartieran con él los riesgos.² Una vez lograda esta cooperación, y el asunto financieramente en marcha, era menester hallar un traductor culto, un maestro de obras animoso: Le Breton se dirigió a un escritor que gozaba de gran predicamento, por unas traducciones inglesas recientes, en particular la del célebre diccionario de medicina de James. Este traductor, que por entonces no pasaba de ser un bohemio de las letras, había de ser, más tarde, el inmortal autor de *El sobrino de Rameau*, Diderot, el glorioso corresponsal del *Salomón de Berlin*, y de la *Semiramis del Norte*: pues, de tal suerte acostumbrábase a designar fastuosamente a Federico Segundo, y a Catalina de Rusia.

A ese Diderot, de escaso renombre, Le Breton tuvo la habilidad de sumarle un sabio que, en cambio, disfrutaba de gran notoriedad como matemático: d'Alembert, un amigo de Voltaire, académico de la de Ciencias de París, y de esa de Prusia convertida, por Federico, en el "Salón" europeo del saber.

Surgieron varias dificultades, y los libreros asociados, bajo la presión de Diderot y de d'Alembert, y muy especialmente del primero, abandonaron el proyecto, y lo sustituyeron por otro: el cual había de ser *la Enciclopedia*. Ya nada de traducciones: una obra original.

Fué d'Alembert, ya famoso, quien aseguró la salida de la obra; mas, fué Diderot quien aseguró su terminación. Espíritu curioso y carácter empecinado, él fué el alma de la empresa. Si recordamos su afición a las técnicas, podríamos decir que fué su clavija maestra. El era quien distribuía los artículos; quien los revisaba, los corregía; quien, cuando era preciso, empuñaba la pluma de otro; multiplicándose, con una abnegación que supo doblegarse a las circunstancias con inquebrantable flexibilidad

² La publicación les proporcionó más de tres millones de libras, cantidad a la sazón muy crecida.

y constancia. A lo largo de toda la historia de la *Enciclopedia*, este Diderot bonachón, un sí es no es desaliñado, enfervorizado hacia sus amigos, se nos aparece cual un personaje que nos cautiva; que sigue despertando nuestra curiosidad y nuestra simpatía, y, a la vez, nuestra admiración. Antaño, Sainte-Beuve le ha dedicado un hermoso trabajo, que lo sitúa en primerísimo lugar en la historia literaria y filosófica. Hoy, se han publicado, y con éxito, sus obras completas; sus escritos inéditos merecen atención; su correspondencia con Mademoiselle Volland decora donosamente su memoria. Ha inspirado gran número de artículos y de libros: en particular, al Barón Ernest Seilère, a Hubert Gillot, a André Billy. Este último, miembro de la Academia Goncourt, ha publicado, del autor de *Santiago el Fatalista*, una biografía muy jugosa, enterada de todas las revelaciones eruditas de que ha sido objeto tan gracioso personaje. No es posible separar al autor de su obra; por lo tanto, sería injusto olvidarse de mencionar aquí otros trabajos muy notables, dedicados más específicamente a la propia obra enciclopédica, para, de esta manera, subrayar hasta qué punto el *Diccionario resumido*, y su animador, siguen despertando, en todos los países, la curiosidad de los eruditos. En Inglaterra, John Morley; en Alemania, Rosenkranz; en América, A. R. Oliver, J. Barker, Gordon y Norman Torrey; en Francia, L. Ducros, Brunel, P. Hazard, René Hubert, Jean Pommier, Jean Thomas, J. P. Belin, F. Venturi, Henri Sée, Luppöl, Luc, L. P. May, y tantos otros, sin contar los autores de manuales literarios.

Y bien, estos dos enciclopedistas, estudiosos, probos, sabios, ¿qué es lo que pretendían? D'Alembert y Diderot han expuesto su propósito en forma breve y precisa: "La obra que emprendemos, y a la que anhelamos dar término, escribe d'Alembert, en el admirable *Discurso preliminar*, ha de exponer, hasta donde sea posible, el orden y la encadenación de los conocimientos humanos: como *Diccionario razonado de las Ciencias, de las Artes y de las Letras*, ha de mostrar, acerca de cada ciencia y cada arte, por igual liberal que mecánico, los principios generales que constituyen su base, y los detalles más esenciales en que residen su cuerpo y su substancia".

Este programa, Diderot había de insistir en él, en el propio cuerpo del *Diccionario*, completándolo con una idea altruista: "La finalidad de una *Enciclopedia* estriba en aunar los conoci-

mientos dispersos por la superficie de la tierra; en exponer su sistema general a los hombres con quienes convivimos, y en transmitir éste a los que vendrán después de nosotros: ello, para que los trabajos de los siglos pretéritos no sean trabajos ociosos en los siglos venideros; para que nuestros sobrinos, ya más instruídos, sean, a la vez, más felices, y con objeto de que no desaparezcamos sin haber sido útiles al género humano”.

Diderot y d'Alembert rodeáronse de numerosos colaboradores: aproximadamente, unos sesenta. Tan sólo unos cuantos adquirieron celebridad; la mayoría son escritores modestos; sin contar que tampoco todos eran hombres de pluma. Muchos de ellos fueron colaboradores ocasionales, que vivían en provincias; eruditos, funcionarios. Laicos; y también eclesiásticos.

Conviene reservar un lugar preferente, en este laborioso equipo, al Caballero de Jaucourt, que fué el colaborador más fiel y más íntimo de Diderot: a él, más quizá que al propio Diderot, se le debe la mayoría de los artículos. Era un espíritu moderado, íntegro, rebosante de cultura; pero sin brillo literario, y sin imaginación filosófica. Sin su concurso, no hubiera seguramente, Diderot, podido hacer frente a las dificultades que de continuo se presentaban; causadas por las persecuciones, los retrasos, o las deficiencias de algunos de los redactores.

Entre estos redactores, unos cuantos nombres de primerísima fila: Voltaire, Buffon, Montesquieu, Rousseau, d'Holbach, Quesnay; también dos académicos: Duclos, y Marмонтel. Fueron los más sobresalientes; pero, a la vez, los menos tesoneros, los menos asiduos. Rousseau ha proporcionado un artículo célebre, sobre la Economía política, y artículos sobre la música. El primero ocupa su lugar en la obra del Ginebrino. Montesquieu dió un artículo sobre el gusto que quedó inconcluso, y que nada añade a su gloria. La contribución de Voltaire fué más abundante. Grimm, pese a la gran amistad que le unía a Diderot, fué tan sólo un propagandista sin gran empeño.

Apenas nacida, la *Enciclopedia* originó polémicas violentas; y la verdad es que los nombres de d'Alembert y de Diderot, de Voltaire o del Barón d'Holbach, a fuerza habían de inquietar a la Iglesia y, en general, a todos los beneficiarios del régimen monárquico, cuya política los filósofos de la época gustaban de resumir en esta fórmula rotundamente crítica: el despotismo ministerial.

Para sus contemporáneos, los redactores de *la Enciclopedia* constituían una peligrosísima sociedad secreta; un grupo de hipócritas conspiradores, unidos, por juramentos solemnes, en contra de la monarquía y de la Iglesia: juramentos —decíase— hechos en un "lenguaje de bandidos". Esa sociedad, asegurábase que celebraba reuniones tenebrosas; que hacía uso de mañas maquiavélicas para engañar a los censores reales: la mentira, en particular, le servía para disimular sus misteriosos planes de destrucción. Una sentencia del Consejo de Estado presenta a sus miembros como una secta "que se ha juramentado para la ruina de todo cuanto constituye la sociedad, el gobierno y la moral".

Estos rumores alarmantes no se veían en modo alguno confirmados por la realidad. *La Enciclopedia* no encierra una sola doctrina sistemáticamente encaminada a destruir las tradiciones. Ciertamente es que sus tendencias básicas van en contra de la intolerancia y el despotismo; empero, hacen gala de una variedad lo bastante grande, como para que sea posible afirmar que sus redactores no se hallaban dominados por ideas rectoras inflexibles.

No es únicamente *la Enciclopedia* la que ha sido tenida por una lóbrega conspiración de malhechores; tal ocurrirá, años más tarde, con la propia Revolución. Es interesante recordar aquí que un libelista de la época, que gozaba de bastante predicamento, Agustín Barruel, transformó la misma Revolución en una guerra dirigida por una cuadrilla secreta de dañosos conjurados. Esta cuadrilla, él la mostraba agrupada, en sus comienzos, en torno a uno de los redactores de *la Enciclopedia*, el Barón d'Holbach. Dicho personaje, al que reviste de una apariencia satánica, había merecido, en vida, el simpático apodo de mayordomo de la filosofía. Con una imaginación no menos desbordada, José de Maistre vió a su vez, en la Revolución, y en la filosofía de las luces, la obra de unos agentes secretos; e incluso, según decía, de salteadores, guiados por el mismo demonio.

Conviene no asombrarse demasiado de tan novelescas opiniones, que, de seguro, embelesaban a los lectores de las tremebundas novelas de fines del siglo XVIII. La necesidad de hallar, en unos manejos subterráneos inverosímiles, la explicación de los hechos históricos más sencillos, y la razón del éxito de determinadas propagandas, surgidas directamente de

circunstancias notorias; esa necesidad imperaba por doquier. Agentes enmascarados; fuerzas ocultas; el demonio: eran, éstas, interpretaciones por todos admitidas. De esta guisa, el propio d'Alembert, víctima de tan insensatas ocurrencias, para explicar la influencia de Descartes, convierte al maestro, al que tan respetuosamente invoca en el *Discurso preliminar* de la *Enciclopedia*, en un "jefe de conjurados". El jefe de los misteriosos conjurados entregados a la emancipación clandestina del pensamiento humano.

Sea lo que fuere tocante a tales aventuras y explicaciones, algunos de los artículos (y hay que reconocer que con razón) parecieron irrespetuosos y heréticos; por lo cual no se hicieron esperar las sanciones contra los atrevidos iconoclastas. Ya que no dramática, la historia de la *Enciclopedia* por lo menos es dolorosa. Los dos primeros tomos fueron suprimidos por decisión del Consejo, en 1752; en 1759, fué anulado el privilegio real de impresión, y se ordenó a los libreros que restituyeran a los suscriptores setenta y dos libras importe de las suscripciones. Ahora bien, los golpes no le fueron asestados a la obra únicamente desde fuera: en el fragor de la actividad, Diderot se vió herido por la defección de algunos de sus colaboradores. D'Alembert, hombre de convicciones, pero de carácter prudente, abandonó la co-dirección a los dos años: preocupábale más su tranquilidad en la vida de sociedad que la lucha, y abrigaba escasas disposiciones para el martirio; es decir, para la vida carcelaria, pues, a la postre, de lo que se trataba era de la Bastilla. Empero, d'Alembert retrocedió sin romper: siguió colaborando, aunque no abiertamente.

Voltaire se alejó más, si bien no llegó a separarse totalmente, pues su amigo Damilaville le servía de intermediario con Diderot. En cambio, con Rousseau, el rompimiento fué completo: se marchó, en forma brusca y estruendosa, en 1753.

Las tribulaciones de la *Enciclopedia* nos hacen penetrar en el secreto del desorden del Antiguo Régimen, del que algunos meandros han de recordar, creo yo, a las mentes alerta, ciertos momentos modernos. La historia prosigue, monótona. El Consejo del rey se ceba en la *Enciclopedia*, pero el Director de la Librería, Malesherbes, la ampara. Al punto de que oculta en las cuevas de su "hotel", en vísperas de un registro, las hojas comprometedoras, de Diderot. Así también, el hijo libraba a los enciclopedistas de los autos de justicia dictados por

inspiración de su padre, el canceller Lamoignon, del que además era, por sus funciones, el subordinado administrativo. Madame de Pompadour, que era amiga de las artes, lo era también de los filósofos en entredicho ante la justicia del rey. También Sartine, el Teniente de Policía, era amigo suyo. Un d'Argenson, el que fué ministro de la guerra, los protegió contra la Iglesia y contra el rey, y con tamaña habilidad y eficiencia, que Diderot y d'Alembert redactaron, y mandaron imprimir, una dedicatoria a su nombre, al frente del tomo primero, en 1751.

EN mi opinión, lo más interesante de la *Enciclopedia*, es su contribución a la elaboración de las ciencias sociales modernas: aportación importantísima para nuestras inteligencias de hoy, saturadas de sociología. Los enciclopedistas no nos han dado, en el sentido literal del término, una sociología, palabra que, como es sabido, no será inventada sino aproximadamente un siglo más tarde, hacia 1830, por Augusto Comte; ni tampoco una ciencia de las costumbres; ni una política científica. Se les deben las premisas científicas de un arte social; un principio de estudio científico de los hechos sociales; así como algunos fragmentos afortunados de una explicación que, ella sí, puede llamarse sociológica. Por último, se les deben, merced a Quesnay, los primeros rudimentos de una economía política científica.

Taine les ha reprochado, en unas páginas célebres, el haber sido unos pensadores abstractos; basta con leer algunos artículos de la *Enciclopedia*, e incluso de Rousseau, para percatarse de su preocupación de ser observadores verídicos, exactos. Estos seudoinventores de un individuo abstracto no entendían al hombre sino sumido en la sociedad. Para ellos, el hombre civilizado es obra de la sociedad. ¿Acaso dicen mucho más, en principio, los sociólogos modernos? A ese hombre, hecho social, uno de los redactores lo ha llamado "el hombre real"; con lo cual ha dado origen a una fórmula que más adelante Marx utilizará y difundirá. De esta suerte, entendían pensar socialmente sobre los hechos, según el método de los físicos, de los químicos, y de los biólogos.

Para los Diderot, de Jaucourt, de Boucher d'Argis y d'Alembert, la sociedad es una realidad; una realidad que se ha

ido formando lentamente, en el decurso de los siglos, bajo la presión instintiva de las necesidades. Las necesidades: he aquí la base de una sociedad concebida por ellos, no metafísica, sino históricamente, siguiendo paso a paso, época tras época, su desarrollo, consultando continuamente sus anales, al modo de Montesquieu, y también invocando de continuo los relatos de los viajeros, al modo de Rousseau. Ciertamente es que, ni la historia, ni los relatos, los sometían a la crítica que hoy llamamos crítica de las fuentes; pero este es un progreso metodológico que apenas si empieza ahora a dar sus frutos. Lo que conviene contar, en el haber de estos pioneros, es cuanto han discurrido en función del saber histórico y etnográfico de su tiempo, ya que no fueron de los que han alimentado la leyenda del sabio chino y el salvaje virtuoso. Diderot, si bien es verdad que ponderó a los tahitianos, lo hizo en calidad de navegante imaginario de los mares remotos: igual que hizo Montesquieu con los persas.

Entre estos hechos externos determinantes, la influencia del clima les pareció decisiva. También aquí siguen las huellas de Montesquieu, quien, a su vez, podía aducir el testimonio de Bodin, e incluso de algunos otros escritores, mucho más antiguos. Y al igual que el autor de *El Espíritu de las Leyes*, tuvieron, muy claro, el sentimiento de que una conexión estrecha unía, en el corazón de ese medio geográfico y meteorológico, todas las disciplinas, y todas las instituciones; con lo cual han destacado todo cuanto el movimiento humano encierra de intensamente colectivo.

Respecto a cómo se ha operado la transformación de las necesidades individuales en hechos sociales, en solidaridad, en religión, en costumbres, en Derecho, los enciclopedistas no han logrado, como no lo hemos logrado nosotros, resolver científicamente este problema de genética social. Su audacia, aquí, limitóse a negar el innatismo cartesiano. Ahora bien, hay que reconocer que, sin proponérselo, creyeron, sin embargo, en una especie de innatismo: el innatismo de una sociabilidad que les parecía ser una necesidad natural en el hombre; una necesidad inherente a su naturaleza. Y esta sociabilidad sería la causa de la transformación de las sensaciones en facultades, en ideas, en instituciones. Menester es subrayar, en este punto, la insuficiencia de su actitud; y también su derrota; pero subrayando, a la vez, cuidadosamente, sus esfuerzos por infundir al hombre un carácter social, por el cual cada hombre se halla vinculado

al conjunto humano, a esa sociabilidad que ellos suponían surgida de una química desconocida: química es término empleado, en este caso, en forma asaz curiosa, por un enciclopedista.

Ya vemos que los enciclopedistas tenían, de la sociedad, un concepto que pudiera decirse biológico; y también sociológico. Para esos discípulos de Locke, de Condillac, de Hobbes, la sociedad no era una simple yuxtaposición de individuos, una yuxtaposición arbitraria de voluntades. La han visto desarrollarse, al desprenderse progresivamente de la sensación bruta; sobreponiéndose al instinto biológico, a medida que las necesidades superiores, de tal suerte originadas, las necesidades propiamente humanas, aparecían cada vez más nítidas y acuciantes. El hombre ha acabado por abrigar un interés general, por encima de su interés individual.

Hubieron de realizar un gran esfuerzo, para crear una ciencia del hombre; una ciencia, en el sentido literal de la palabra. El hombre, que distaba mucho de verse exaltado por los Jansenistas, moralistas rigurosos, adquiere, a partir de ese momento, una importancia que no hará sino crecer desde el punto de vista filosófico. Al hombre, los filósofos procuraban sustraerle a cuanto les parecía agobiarle peligrosamente, con objeto de infundirle, o de devolverle, lo que consideraban ser su verdadera naturaleza; una naturaleza razonable y libre. Y este no fué el propósito sólo de los enciclopedistas, sino también el de Vauvenargues, y el de Rousseau. Era propósito abrigado por todos, por la mayoría de los escritores de la época, el de hacer al hombre dueño de sí mismo, al libertarle, merced a la educación en un medio por fin favorable, de su servidumbre moral y física, originada por una civilización entenebrecida por la ignorancia y el fanatismo.

Ellos ven al hombre como un ser razonable, pero, sin embargo, inexorablemente sujeto a sus pasiones. Y en lugar de reprimir estas pasiones, o incluso de dominarlas, cual decía Descartes, el hombre debe, muy al contrario, entregarse a ellas, y confiar en la confusa virtud, oculta en el fondo de su corazón, para detener a tiempo una expansión que podría entrañar un riesgo mortal. El siglo Dieciocho es un siglo que, en el fondo, ha subordinado la fría razón a la pasión; el romanticismo social y literario del siglo Diecinueve, exaltará, hasta la exageración, hasta la extravagancia sansimoniana y fourierista, algunas de las intenciones más atrevidamente libres de los filó-

sofos más intemperantes de la época, y, en particular, las de Helvetius, moralista cuya mente regíase más bien por la imaginación que no por la austeridad.

Los enciclopedistas han sostenido, pero sin propósito sistemático, pudiérase decir que por piezas sueltas, una tesis política media: la monarquía moderada. En el siglo XVIII, en Francia, creíase comúnmente en unas "leyes fundamentales", rectoras del poder real; leyes que no estaban escritas; leyes imprecisas, favorables, por lo general, a los privilegios de los nobles y de la Iglesia, si bien también a las franquicias de las comunidades, a la sazón muy corrientes: gremios de oficios, cofradías, órdenes religiosas, universidades, municipios. Tales leyes fundamentales, les parecían socialmente útiles, susceptibles de moderar, de limitar, el poder real, de amparar a los súbditos contra el despotismo. Podían, apelando al testimonio de Inglaterra, haber sostenido la monarquía parlamentaria; mas, ésta era punto menos que desconocida en Francia; y su descripción por Montesquieu (1718) era demasiado reciente para ejercer influencia certera. Empero, en síntesis, la conocían, y el Caballero de Jaucourt habla de ella con simpatía.

Para d'Alembert, el gobierno es un bien público, el cual, en consecuencia, no puede por nada serle sustraído al pueblo, al que únicamente pertenece en esencia y en absoluta propiedad. Dice él: "No es el Estado el que pertenece al príncipe; es el príncipe quien pertenece al Estado". Hubo, antaño, dejación por parte del pueblo, en manos del príncipe, de su derecho peculiar. Esta dejación fué declarada irrevocable; lo cual no impide que todo el sistema descansa en esa creencia en el origen popular del poder; es decir, una aquiescencia que se supone constante por parte del pueblo. Fácil es advertir la promesa constitucional encerrada en esta doctrina; pero también cuán endeble resulta semejante base, ya que las voluntades dispersas son, por principio, inciertas y mutables. La objeción, efectivamente, se impuso, con tal fuerza, cual la de una verdad en cierto modo lógica, a la mente de los enciclopedistas, en particular a la de Diderot, que sugirieron la organización, junto al príncipe, de una representación regular de estas voluntades del pueblo: "Ningún orden, dentro del Estado, puede tener la capacidad, ni la voluntad, de conocer las necesidades de los

demás". Estas voluntades, que sostienen al rey, y son el fundamento del contrato de derecho público que une al príncipe que manda y al pueblo que obedece, las vemos aquí cambiar de forma y de tendencia, en el anhelo del escritor: la aquiescencia tácita transfórmase en colaboración, por obra de la "institución de un consejo de la nación", en el cual, pensaba Diderot, habrán de tomar asiento, junto a la nobleza, el clero y la magistratura, todas las categorías sociales, y principalmente los agricultores, "potencia fundamental de todo Estado". La finalidad del hombre, escribe Boucher d'Argos, reside "en cultivar la tierra". Trátase de una monarquía moderada, limitada; pero, al mismo tiempo, del bosquejo de un gobierno completamente nuevo; de una como monarquía profesional; de un sistema que habrá de defender, de ampliar y de precisar Saint-Simon, quien, conviene no olvidarlo, fué, en su mocedad, discípulo de d'Alembert.

El gobierno, según los enciclopedistas, debía requerir y seguir las directivas de los filósofos. He aquí el origen de la teoría saint-simoniana de las capacidades. Sólo el origen, pues los enciclopedistas no pedían que el gobierno fuese directamente entregado a los poseedores más patentes del saber, cual más tarde propondría Saint-Simon. Habían observado que algunos conocimientos preciosos habían sido elaborados por determinadas capacidades: los sacerdotes, los filósofos, los médicos. Ahora bien, no deducían de ello la necesidad de organizar las capacidades en colegios gubernativos. A los sabios y los filósofos, los deseaban únicamente en calidad de consejeros, de inspiradores, de guías.

Antes filósofo que historiador y, a decir verdad, muy poco historiador, Diderot, por su parte, no abrigaba ideas políticas muy claras. No podría decirse con certeza si se inclinaba más bien hacia un régimen autoritario limitado, o hacia un régimen totalmente liberal. Empero, de sus escritos parece desprenderse, en definitiva, una preferencia liberal, dentro de ese sentimiento de tolerancia que lo embargaba. Rechazó a la nobleza, por no responder ya ésta a las necesidades de la nación, a causa del progreso de las costumbres y del comercio.

Desconfiaron los enciclopedistas de esa parte del pueblo a la que llaman el populacho (por cierto, al igual que *Voltaire*); y ello a tal extremo, que la querían ver mantenida en una como dependencia política; en todo caso, en una apacible

ignorancia. Quesnay escribe que conviene que "el pueblo bajo se sienta acuciado por la necesidad de ganar". Más tarde, Guizot insistirá en tal doctrina.

La *Enciclopedia* no fué un brulote destinado a prenderle fuego a la sociedad. Al igual que Rousseau, sus redactores no abrigaron la intención de favorecer la instauración de la República en Francia: sólo es posible ésta, pensaban ellos, en un estado pequeño, como en la antigüedad. Lucharon contra el abuso de los privilegios, mas, sin llegar hasta exigir para todos una igualdad, una libertad política absolutas. Anhelaban la igualdad civil. El régimen monárquico no había de ser destruido, sino enmendado. La imposición de trabajos les parece inhumana. Demasiadas fiestas de guardar. Demasiados castigos bárbaros. La *Enciclopedia* no ha sido sistemáticamente irreligiosa, cual lo fueron d'Holbach o Boulanger. En nada decidida. Sobre la obra ciérnese una elevada y remota creencia en Dios, a la manera de esa imagen del Creador que decora, con su magnífica alegoría, la primera página de la *Teoría de la Tierra*, de Buffon: Dios esparciendo, a través de las nubes, los espíritus que han de animar su obra.

La tendencia política y social; la tendencia inmediatamente visible en la *Enciclopedia*, la caracterizan perfectamente dos o tres palabras de René Hubert: es una obra académica y burguesa. Se dirige a esa burguesía media, que gustó de Rousseau; es decir, a la burguesía ilustrada; a los nobles adentrados en la filosofía; a los eclesiásticos amantes de las luces; a esas categorías que, en los Estados Generales del 89, integrarán esa amalgama compuesta, no ya sólo de magistrados, de abogados, de fabricantes, la burguesía acomodada, el tercer estado por antonomasia, sino también de curas y de nobles que se les sumaban, como un Mirabeau, un Noailles, un La Rochefoucauld, un Grégoire, un La Fayette. Nada de popular en todo eso. Empero, en el fondo, puede distinguirse una tendencia que lo es un poco; tendencia desde luego invisible para ellos mismos y todos sus contemporáneos. Una tendencia hacia lo artesano; esa misma tendencia que no habrá de aparecer con claridad sino a partir de 1830, en los principios del proletariado industrial, del proletariado del siglo XIX.

LA parte completamente nueva de la *Enciclopedia*, es el conjunto de datos acerca de los oficios, recogidos por Diderot. Por

entonces, a los oficios se les tenía, socialmente, en escasa estimación. Diderot les dió acceso a una dignidad científica, al describirlos, al clasificarlos, al darles vida, para la vista y para el tacto, merced a unos grabados muy hermosos. Ya existían manuales técnicos, pero se hallaban elaborados con miras demasiado prácticas, sin conceptos de orden general. Estos últimos, Diderot quiso formularlos para uso de los artesanos, con objeto de ayudarles a sobreponerse a su rutina.

Para estas descripciones, recurrió a los mismos obreros: "Nos hemos dirigido a los más diestros de París y del reino. Nos hemos tomado el trabajo de ir a sus talleres, de interrogarles, de escribir cuanto nos decían, de desarrollar sus pensamientos, de sacar de éstos los términos adecuados a sus profesiones, de catalogarlos, de definirlos; el trabajo de conversar con aquellos de quienes se habían logrado Relaciones; y (precaución punto menos que indispensable) nos tomamos el trabajo de rectificar, por medio de largas y reiteradas conversaciones con unos, cuanto otros nos habían explicado imperfecta, oscura y, a veces, inexactamente... Nos hemos encontrado con obreros que llevaban cuarenta años trabajando sin saber nada de sus máquinas. Nos fué preciso ejercer con ellos esa función de la cual se vanagloriaba Sócrates: la penosa y delicada perfección de alumbrar las mentes, *obstetrix animorum*".

Más oportunamente que el de Sócrates, podía Diderot haber recordado aquí el nombre de Descartes, previsión genial, que pensó en la creación de cursos profesionales para los obreros y artesanos, con objeto de "hacerles penetrar en las causas de todo, e iluminarles para que sean susceptibles de realizar nuevos descubrimientos en las artes". Estos son los términos empleados por Adrian Baillet, piadoso biógrafo del filósofo, para transmitirnos el recuerdo de un intento que la *Enciclopedia* había de recoger y desarrollar. Observemos cómo, gracias a la *Enciclopedia*, tuvieron acceso a la categoría de la honorabilidad social, a la categoría científica, la mecánica, el trabajo manual; cómo el artesano, el amo de la máquina y la herramienta, tuvo acceso a una dignidad social que hasta entonces le estaba vedada. Los siete tomos, repletos de grabados que detallan las máquinas y las herramientas, y que, por cierto, son unos dibujos soberbios, han llevado a cabo una revolución,

cuyo alcance, seguramente, no advirtieron los propios enciclopedistas.

Lo que ellos han aportado, y constituye una innovación, es un interés que no será debidamente apreciado sino mucho después: la potencia social de las artes y de los oficios. Ciertamente es que el siglo XVIII ha admirado los autómatas de Vaucanson y de algunos de sus émulos: mas, sin penetrar hasta el fondo de las cosas; hasta ese igualamiento de la teoría mecánica y de la práctica mecánica.

Diderot, descriptor de los oficios, glorificador de la técnica, aparece aquí, sin efugios, como uno de los precursores, e incluso como el más próximo de los precursores, de lo social moderno. Completamente al cabo de este esfuerzo —el suyo, y también el de Descartes— está la creación, bajo la Revolución, de las Escuelas de Artes y Oficios, gracias a un amigo de Saint-Simon, el Duque de La Rochefoucauld-Liancourt, y a un Convencional cartesiano, el célebre Abate Grégoire. Advuértese ahí, en el mismo remolino de los acontecimientos, la admirable continuidad de la filosofía cartesiana; ahí en donde tal vez menos pensaba uno encontrarla: de Descartes a Diderot; de Diderot a Grégoire, y a La Rochefoucauld, y a Condorcet, y, por último, a Saint-Simon, filósofo del industrialismo.

Lo que Diderot y d'Alembert quisieron pergeñar, no era una obra de erudición. Tampoco un libro de ciencia pura: tuvieron la ambición de colaborar en un compendio de conocimientos útiles a la Humanidad. Eran gentes de buen gusto, y de curiosidad despierta; amigos de la Humanidad; y, después de haberse puesto al tanto de todos los conocimientos, quisieron cooperar a la felicidad de los humanos, enseñándoles a utilizar las artes técnicas y liberales, las leyes enunciadas por los sabios, observando, o experimentando. Creyeron en los beneficios de las luces. Depositarios de este saber, proclamáronse investidos de un deber social: el de propagar todas las informaciones por ellos pacientemente acumuladas, después de haberlas armoniosamente coordinado. Una filosofía de la Historia es posible; y posible una filosofía de las ciencias; y posible una filosofía social; y posible un arte de gobernar: tales beneficios, los hicieron espejear ante todos. Un porvenir emancipado de las antiguas servidumbres.

Antes que en el presente inmediato, y no obstante hallarse sumidos en las controversias de la época, quizá pensaran en el porvenir, en la felicidad de las futuras generaciones. Que estas generaciones se vean más liberadas, y, en consecuencia, más felices que las presentes: he aquí su anhelo. El porvenir, no lo confían al azar, ni a esperanzas confusas: en realidad su grandeza, en un siglo en que triunfan tantos pintores y poetas carentes de enjundia, un Watteau, un Parny, consiste en haber intentado seriamente colocar la inteligencia al nivel del nuevo destino de las sociedades. Tan sólo una mente ya enciclopédica podrá realizar la inmensa ambición de Bacón y de Descartes; una mente que pueda, por fin, gracias a ese saber, posesionarse de la tierra, libertada de las ignorancias erigidas en misterios, y de las imposturas, en el decurso de una larga y dolorosa historia. De esta suerte, quisieron unir el hombre a la tierra, el hombre a la sociedad, el hombre al pasado y al porvenir; a sus orígenes biológicos. Y convirtieron una tierra y un cielo enemigos, en una unidad explicada y explotada por las artes y las ciencias. Y en el alma, que jamás negaron, se han atrevido, incluso, a introducir unas facultades que les parecían ser fruto, no ya de mágico y confuso innatismo, sino la obra lentamente edificada por los hombres atormentados por sus necesidades y ansiosos de paz, en un universo paulatinamente aclarado. Para ellos, todo va unido: unidos estaban la práctica y la teoría, el alma y el cuerpo, el hombre con el hombre, todos los seres presa de una necesidad más amplia que las necesidades biológicas: la necesidad de una universalidad que habrá de explicar el esfuerzo optimista de la Revolución y de los tiempos que vinieron después. Al hombre multiplicado por sus relaciones, los enciclopedistas lo han encerrado en una como monotonía psicológica: no creían en sus constantes progresos, en un progreso indefinido, continuo e inexorable. En ellos es en donde Condorcet irá a buscar su argumentación optimista, si bien ellos no se avinieron jamás, en bloque, a las esperanzas de uno de ellos, Turgot, el optimista prior de la Sorbona. Lo cual, por cierto, no había de impedirles creer en el advenimiento de un idioma universal, de una filosofía y una ética universales; pero, con ello, antes que en las creaciones originales del porvenir, aspiraban a unas formas universales, que ya creían haber descubierto en el seno de las diversidades sociales; las formas mismas de la constitución primitiva del

hombre. Han percibido el movimiento social; pero sin que se les ocurriera dar el salto metafísico que dió Turgot por encima del presente. Serán Condorcet, Saint-Simon, Comte, sus sucesores, quienes habrán de crear el mito del porvenir y del consuelo de sus quimeras.

¿ACASO, cual supuso Diderot, o, mejor dicho, lo esperó, la *Enciclopedia* ha "transformado el modo general de pensar"? A esta pregunta, se le puede contestar aduciendo el inmenso éxito de la obra. Tuvo siete ediciones, incluyendo las apócrifas. Se la encuentra en los catálogos de muchas de las bibliotecas del siglo XVIII. Según Daniel Mornet, realzaba ochenta y dos bibliotecas, de los quinientos catálogos que compuso. Espíritus curiosos, muy distintos unos de otros, poseían un ejemplar, que nada tenía de revolucionario: verbigracia, el abogado del Parlamento, Barbier, cuyo nombre sobrevive gracias a un Diario realmente curioso. En el Périgord, un erudito, dedicado a la historia de esa provincia, ha averiguado que unos cuarenta curas se habían suscrito. Si se ha de dar fe al bueno y parlanchín de Bachaumont, la *Enciclopedia* era la "base de todas las bibliotecas".

¿Cuál fué su papel en la Revolución? ¿Acaso fué, cual dice Bonald, el primer acto de la tragedia del 89? La *Enciclopedia*: es decir, el texto más completo y metódico de la "filosofía de las luces".

Hay, en la Revolución, una parte de violencia homicida; y otra parte toda de reformas civiles y penales, y de piedad social. Corresponden a la primera el Terror y el 9 de Thermidor; a la segunda, el enunciado de los Derechos del Hombre, y todas las leyes organizadoras de la igualdad civil; todas las disposiciones anunciadoras de la moderna protección social. Ningún texto de la *Enciclopedia* anuncia el Terror; ninguno de sus textos podría aducirse para disculparlo. Preciso es, incluso, reconocer que exterioriza un horror absoluto hacia todas las formas de la intolerancia. Dos de los colaboradores de Diderot: Morellet y el Abate Raynal, tuvieron a empeño el desolidarizarse de la violencia política. Especialmente, Raynal. Este último, en una carta a la Convención, que causó gran revuelo en su época. Todo cuanto se refiere a la igualdad civil, y a la reforma penal, se halla animado por la inspiración

humanista de la *Enciclopedia*. Cuando Bonald denuncia, en la *Enciclopedia*, una empresa prolegómeno del 89, tiene razón sólo en un punto: lo fué, en su calidad de obra de perfeccionamiento humano.

¿Y más allá del 89? A la *Enciclopedia*, se le debe la creación del Instituto de Francia; la filosofía del progreso, de Condorcet; la filosofía social de Saint-Simon; la filosofía positivista de Augusto Comte, inspirador de la legislación política y social del Brasil; y, más próximos a nosotros, el esfuerzo enciclopédico de Pierre Larousse, y la obra magnífica, de síntesis filosófica y social, a la cual queda gloriosamente unido el nombre de Henri Berr. He aquí, a lo largo de dos siglos, el desarrollo de tan magna obra, en la cual puso lo mejor de sí mismo el más original de los escritores del siglo XVIII: ese Diderot, que fué espiritual como Voltaire, sabio como Buffon, optimista como Rousseau, mejor que d'Alembert; alternatively técnico, narrador, biólogo, matemático, y siempre hombre de buen talante, dispuesto a gozar de la vida, y prendado de la Naturaleza. Y, dicho en términos más cabales: espléndidamente, amigo sincero de los hombres.

JOSE AGUSTIN CABALLERO, FILOSOFO DEL CRIOLLISMO

Por Roberto AGRAMONTE

1. *Aristóteles y América*

JOSÉ AGUSTÍN CABALLERO, el padre de la cultura cubana, pertenece al momento crítico correspondiente a la fase intermedia de nuestra historia filosófica. Dentro de ésta se destaca con su máxima fuerza de iniciador: él es el tronco, la raíz, la savia nutriente. Por sus frutos conoceremos el árbol. Su obra filosófica primera fué de relativa demolición: limpiar un poco el solar antes de edificar en él, como quería Cartesio. En efecto, el conjunto de ideas que predominan en Cuba con anterioridad a la reforma intelectual del Padre Caballero, ha seguido el rumbo de la noción medieval del mundo. Se trata de un tipo de pensamiento teológico, y, cuando más, ontológico, pero no de una ontología humana y existensiva, sino de una petrificada en un realismo de universales de tono menor. Existen entonces cátedras "de una bárbara filosofía, repartidas por toda la Isla, de tantas sutilezas y cuestiones ridículas impíamente bautizadas con el sagrado nombre de teología", que "en nada contribuyen a la felicidad social". Nótese bien esta afirmación del juicioso Saco. Todavía no ha nacido una filosofía para la convivencia y el progreso del cubano. La docencia —especialmente en la Universidad dominicana, aferrada al tomismo— no tiene otro objetivo que transmitir intocado—pero al llegar a este suelo en forma precaria, desustancializada— el saber tradicional, que es el que predominó hasta 1787 en las universidades de Salamanca y de Alcalá. No se ansía observación ni experimentación, sino sólo disputa y huerdo eruditismo.

He aquí el punto crucial de la batalla que se avizora. El vehículo de transmisión del conocimiento es la lengua latina,

soberbio y eficaz instrumento para las construcciones filosóficas de un Cartesio, de un Bacon, de un Leibnitz, pero lengua muerta para una dispensación y difusión oral de los conocimientos. Caballero, como vimos, abogará por los fueros del idioma vulgar en lo académico, no obstante que el primer tratado filosófico cubano, o sea su *Philosophia Electiva*, en latín, aparecida el 14 de septiembre de 1797, será substituída con el tiempo por las *Institutiones Philosophiae ad usum studiosae juventutis editae* (1812 y 1813) del Padre Varela, si bien el tercer tomo de esta obra y las roturadoras *Lecciones de Filosofía* (primera edición, 1818) aparecerán en español. Esa será la obra del Cartesio cubano. La dialéctica, por obra de ambos, irá girando de un *ars disputandi* a un *ars demonstrandi*.

Hasta llegar a la reforma de la inteligencia cubana que impulsa el incomparable maestro del Seminario, ha primado la filosofía aristotélica en su forma escolástica, con predominio —dentro de ésta— de la modalidad tomasista. Frente al texto aristotélico y a las *summas*, que reflejan el cosmos medieval, Caballero forma un texto sencillo, brevilíneo, claro, esenciado. Tal es su *Philosophia Electiva*, precursora de los elencos críticos de Varela, de Luz Caballero y del utilitarista Francisco Ruiz. He aquí una nueva forma literaria, y con el cambio de forma, de género filosófico, cambiará parejamente el fondo, la doctrina sustentada.

Al ocupar el Padre Agustín su cátedra en esa hora inicial de la existencia del criollo, comienza a operarse en América la disolución de la escolástica peripatética. Hace ya algunos lustros ha hecho crisis en otros centros de la cultura hispanoamericana naciente, tales Lima, México, Guatemala, Buenos Aires, en sus colegios superiores y en sus universidades. El presbítero Caballero precipitará el movimiento novador en nuestro suelo; pero ello no será empresa fácil, y, por ley de retardo cultural, tenderán a mantenerse muchos filosofemas de las escuelas, de la escolástica. El mismo Caballero no puede sustraerse de todo en todo al peso de esa tradición, y su discípulo y crítico José Zacarías González del Valle anotará al margen de su ejemplar de la *Philosophia Electiva* estas palabras: *Manent vestigia ruris*; esto es, quedan huellas aún de lo silvestre, de lo viejo y caduco. Pero no dejará por ello de estar incluido el presbítero cubano —al menos en una nota— en la galería de los heterodoxos españoles de estas posesiones ultramarinas de Menéndez

y Pelayo. El nuevo movimiento crítico no niega las luces ni el pensar constructivo del Estagirita, pero los criollos renovadores tienen conciencia de que sus escritos han experimentado, al cabo de dos mil años, hartas adulteraciones. Coinciden los doctores criollos con autoridades como Jean de Lannoy, analizador de la suerte cambiante de Aristóteles en *De varia Aristotelis fortuna*, como Francisco Patricio en sus *Discusiones peripatéticas*, y como Luis Vives en sus *Causas de la corrupción de la ciencia*.

La genuina doctrina del Liceo se ha trocado en una vana y locuaz filosofía, hasta en impostura; ello fué denunciado por el sabio portugués Antonio de Lobeja, su defensor frente a Petrus Ramus y acusador de los que a nombre de Aristóteles inventaron términos capciosos en las disputas. El reformador cubano está muy al tanto de lo que denomina John Tate Lanning "el documento de la revolución filosófica del Perú", publicado en el *Mercurio Peruano* del día 1º de noviembre de 1791, redactado por el Oidor de la Real Audiencia de Lima, don Ambrosio Cerdán y Pontero, juez protector del Real Convictorio de San Carlos, y, por su identificación con sus pronunciamientos, reproducido íntegramente en el *Papel Periódico de La Havana*.

Todos los reformadores de los estudios—de la ideología—en América desean *ab initio* eliminar de la enseñanza cuestiones inútiles—término que no se refiere precisamente a las grandes interrogaciones de la filosofía, a sus temas perennes considerados por el sujeto cándido como exentos de inmediata utilidad, entendiendo por tales las huera minucias, como la diferencia entre la cantidad y la cosa cuanta, las disquisiciones sobre el principio de individualización, cuestiones como cuántos ángeles pueden a virtud de la ubicuidad danzar en la punta de una aguja, o como la de dividir el continuo en sus partes. Como quiera que tales problemas no pueden ser planteados siquiera —y la filosofía es más planteo que solución, según decía Cohen— Caballero, lo mismo que luego Varela y Luz, adopta la misma actitud del teólogo del siglo xvi Melchor Cano, cuya correspondencia epistolar con Ginés de Sepúlveda vertió al castellano, si bien tal trabajo se ha perdido. En efecto, los *Lugares Teológicos* eran texto en el Seminario de San Carlos, y habían sido extractados en una *Expositio librorum Melchioris Cani de*

Locis Theologicis, alrededor del año 1756, por el jesuíta habanero José Julián Parreño, que luego se trasladó a México.

Melchor Cano, refiriéndose a las dilatadas disputas acerca del máximo y el mínimo, el infinito, el *primo cognito* y otras, confesó, sin más —y Caballero lo ratifica— que nunca estuvieron al alcance de su entendimiento. En México fué considerado asimismo Cano como un reformador —se lee en un escrito— “que ha labrado y pulido nuestras almas con el beneficio de su método”. De refinado gusto, en su mentada obra *De Locis* había tomado un camino que nadie había andado. Sustentaba que no se debía abominar de lo nuevo, sin ver la luz que nos suministraba y la utilidad común que traía consigo. Para él las ciencias y la filosofía aceptaban nuevos pulimentos, y ello no era contrario al modo de ver de Aquino. *Humani rationi* —decía éste— *naturale esse videtur, ut gradatim ab imperfecto ad perfectum perveniat. Unde videmus in scientiis speculativis, quoa quid primo philosophari sunt, quadam imperfecta tradiderunt, qua posmodum per posteriores sunt tradita magis perfecte*. El mejoramiento de los estudios teológicos entre dominicos, franciscanos y agustinos en México y otras colonias de América, contribuyó al movimiento renovador en filosofía, allanando el camino de las primeras manifestaciones del eclecticismo. En el mismo sentido, Luis Vives, que influyó en Caballero y en su generación, se quejaba amargamente de sus dos años perdidos en esos tratados de enredos, sarta de enigmas, “yerbas de inculto suelo que no hacen floridos los ingenios, sino que los obligan a silvestrear porque una vez quebrantados, difícilmente se levantan a tratar cosas nobles”.

Aunque en México se produce la emancipación de la filosofía al menos veinticinco años antes que en Cuba, la situación de crisis del peripatetismo es similar en toda la América española. El manifiesto limeño de Ambrosio Cerdán llegó a nuestra Isla en 1792. El movimiento se produce parejamente en los colegios carolinos de América. El Padre Caballero alentará o prohijará insertar tan importante documento en nuestro *Papel Periódico*. El mayor impacto que sufre el bastión aristotélico es en la metafísica. Para estos reformadores, la metafísica aristotélica está llena de oscuridad: muy poco o nada se puede aprender de su lectura: ella es “como aquel pez Lagivia que arroja de sí un humor o tinta negra para ocultarse cuando es perseguido”. Esto se lee en el documento de la reforma perua-

na. Estos iluministas tienen afán de claridad meridiana, y con ellos se iniciará en América una nueva tradición: la de la filosofía clara.

La impugnación céntrica a Aristóteles se consigna a la idea de Dios, presentado como sujeto a las leyes de la naturaleza y sin previsión de las cosas de acá abajo. No podrán los nuevos pensadores de América aceptar que la Providencia divina no se extienda a todo el mundo habitado. Ellos conciben —a tono con un idealismo incipiente— un Dios colaborador en la obra del hombre, en actividad histórica finita, y no como un primer motor inmóvil; quizá —como lo concibió Walter Rathenau— un Dios que sufre y tenga piedad por nosotros. *Un Dieu tout-puissant, tout savant, parfait et calme, serait un ogre. Dieu souffre. Il s'efforce. Il a pitié.* La América, que en dos décadas más dará la clarinada de la emancipación, necesita de un *Dios* en el hombre, de un creador. La teoría aristotélica de Dios justificaba en el mundo griego una economía social esclavista tan mecánica como su *Organum* y su silogismo. Su espejo de moralidad era el padre de familia y dueño a la par de esclavos, y fuera de esta condición de propietario, nadie podía ser sujeto de eticidad. En el documento de Cerdán se calificará —análogamente Cartesio en el *Discurso del Método*— la ética aristotélica de mediocre. No ha de olvidarse que para el griego el esclavo pertenece al mundo humano. En los anuncios del *Papel Periódico* se recoge, con dolorosos hechos, tan ominosa tradición. Así en uno de ellos se lee: "venta de casa, animales, esclavos, objetos". La concepción de Dios como primer motor inmóvil es un tipo de idea propia de una pequeña minoría directiva y contemplativa, que rinde culto a un reino de fuerzas o formas ordenadas teleológicamente (Scheler). Es el mismo estamento minoritario y dominador de nuestra factoría, integrado por el alto colono y el traficante en la trata esclavista, que en su desquiciada soberbia no pueden concebir un Dios que sufra por el hombre y tenga piedad de él.

El Padre Caballero, inspirándose en un puro e inmediato sentimiento cristiano, en razones filantrópicas, más que en argumentos tecnológicos o sociales, como lo harían Varela, Saco y Luz más tarde, será un defensor de tipo humanitarista del esclavo, posiblemente impelido por el mismo *ethos* de los escritores de México que defendieron al indígena ante los abusos de que era objeto por parte del conquistador. Defenderá a los

esclavos de nuestra Isla "como nuestros hermanos y prójimos a quienes debemos tributar la más sincera compasión y benevolencia; a unos brazos que sostienen nuestros trenes, mueblan nuestras casas, cubren nuestras mesas, equipan nuestros roperos, mueven nuestros carruajes y nos hacen gozar los placeres de la abundancia". Se afana el filántropo en que cada amo pueda decir respecto de sus esclavos: "Vos, Señor, sois buen testigo de lo mucho que amo a mis hermanos—los entes en servidumbre— en las entrañas de Jesucristo". *Testis mihi est Deus, quomodo cupiam vos in visceribus Jhesu Christi*. La palabra admonitoria del reformador criollo refleja una esencial y sincera actitud antiesclavista.

2. *El Padre Caballero y la reforma de la inteligencia*

DE las universidades y colegios han brotado siempre los grandes movimientos históricos de renovación. El de Wy-cliff nació en la Universidad de Oxford, la Reforma Religiosa fué propagada por las de Jena y Marburgo, las universidades italianas constituyeron centros de resistencia contra el despotismo extranjero y propiciaron el *risorgimiento*. Por los colegios carolinos—obra y consigna de Carlos III— empieza la reforma ideológica en América. Dos problemas fundamentales se plantean: el método de enseñanza y el sistema de oposiciones a-cátedra. Ya en América se va desechando el uso de tomar las lecciones al dictado, y se pasa a una fase en que los catedráticos recomiendan los mejores textos, novedad calificada por los retrógrados de perniciosa. Con dichos textos se enviaba a los estudiosos "a beber en la misma fuente de agua, que puede viciarse en los canales", al decir de un autor de la época. Nada hubiera tenido que objetarse al dictado de la filosofía, si ello hubiera sido "a manera de los avisados descendientes de Adán, antes del diluvio, quienes para no perder lo que habían atesorado en materia de astrología, labraron dos columnas, una de piedra y otra de ladrillo para que se conservase". Pero tal cosa no era menester.

El contenido temático de las oposiciones a cátedra son, por otra parte, la chispa de la reforma. Estas solían girar en torno a catorce libros, a saber, ocho sobre *Physica*, cuatro sobre *De*

Caelo y dos sobre *De Generations*. Pero —y éste es un extremo principal en la historia de la filosofía y de la enseñanza de la filosofía en América— era menester jurar por Aristóteles (*jurare in verbi magistri*), fundarlo todo en el *príncipe de los que saben*, según lo llamó Dante. Frente a esto los pinos nuevos americanos quieren extenderse por los precios de la filosofía moderna y no acomodarse a la tradicional y grecánica, pues la primera les permitía elegir materias más delicadas e interesantes, dando de lado a las inútiles y afectadas. Nada se quiere del antiguo método que resta lucimiento, riqueza, motivación en la prueba académica. Los ojos americanos se convierten ahora hacia los autores modernos: Newton, Descartes, Gassendi y otros. ¿Aceptarán las universidades y colegios superiores la reforma filosófica con su nuevo sistema de ideas, que precederá a la emancipación y dejará el camino abonado para ella? ¿Romperá en las universidades y colegios criollos la aurora de la nueva razón?

Como jalón de la campaña que se está librando en La Habana a favor de la filosofía moderna y de su enseñanza, se reproduce en el *Papel Periódico de La Havana* un dilatado informe del doctor don Toribio Rodríguez, rector del Real Convictorio de San Carlos de Lima, que revela hasta qué grado la ideología preemancipadora de Lima está incluyendo en nuestra Isla. El informe ha sido escrito en 29 de octubre de 1791. Es un alegato contra el sistema vigente de que la filosofía aristotélica monopolizase toda la educación y los estudiantes se limitasen a *decorar la letra del Filósofo*. Quizá útil y aún necesario ayer —como cualquier sistema literario o político— hoy resulta perjudicial. He aquí el pronunciamiento. Ya hoy abundan los hombres despreocupados. Ya se cultiva en Lima una *filosofía libre*, que implica la dispensa de adoptar obligadamente sistema alguno, frente a lo observado por los establecimientos escolásticos. La espesísima oscuridad de los libros que antes regían desaparece, y el rector de dicho convictorio ordena se forme "un índice de cuestiones útiles, agradables, graves y fecundas, comprensivo de todas las partes de la filosofía". Como métodos regirán el silogístico y el socrático. *Aquí camina la razón más libre*, esto es, no se ajusta al dictamen de otro. "En las anteriores edades reinaba despótica la filosofía aristotélica: ella sola ocupaba y manejaba el trono y el cetro de la razón". Ya no se jura en las palabras del filó-

sofo. Igual ha ocurrido en España en algunas de sus universidades y colegios. En Lima los agustinos y los de la Buena Muerte siguen sistemas diversos al antiguo. La misma Universidad de Lima examina a los carolinos en la filosofía en que estudian en el Convictorio. Lo que compulsamos es, nada menos, que la *filosofía libre*, comúnmente conocida con el nombre de *moderna*. Su vigencia hará rectificar la aserción de Condillac, según el cual las universidades eran impedimentos para el progreso de las ciencias. El Padre fray Bernardo Rueda, en Lima, no ha explicado otra filosofía que la cartesiana, ya adoptada en la Universidad Pontificia. La única limitación que se opone a la nueva filosofía es "que ésta no sea contraria a la fe, a las buenas costumbres y a las leyes de nuestro gobierno". El documento en su totalidad se conoce y publica en La Habana un año después.

Repristinemos la visión de Cuba en los tres años finales del siglo XVIII, y se percibirá que ocurre algo de singular significación: no ocurre—nada más ni nada menos—que esto: que la idea medieval del mundo se transforma ya entre nosotros en una cosmovisión *moderna* del mundo. No importa que tal fenómeno se dé con verdadero retraso con respecto a Europa. No empee que el proceso se haya producido con una notoria velocidad diferencial. Es un caso típico de retardo cultural, de *cultural lag*, estudiado por los sociólogos. Es más: veremos que en el magisterio de Caballero viene todo junto: Descartes, Newton, Bacon, Locke, Condillac. Se ha puesto prólogo a nuestra emancipación, la cual va a autorrealizarse precisamente en lo que resta del siglo XIX. En lo ideológico, el *ars disputandi*, cuya sede estaba en las escuelas monacales y hasta en el mismo templo—hasta que tales disputas fueron prohibidas en éstos por el Obispo Espada—y en la retrasada Universidad Pontificia de La Habana, ha de ser suplantado por un *ars inveniendi y construendi*, que pone en marcha el tantas veces mencionado gobernante iluminista Casas y su eficaz séquito de tecnócratas, por llamarlos así, en el cual privaba por la altura de su consejo y lo honesto de su ejecutoria el Pbro. Caballero, quien era hombre en esa época "con gran influencia y en constante ejercicio de ella", según hace constar el veraz Padre Varela.

La filosofía cubana deja de ser ontológica para hacerse crítica y gnoseológica, exactamente igual a lo sucedido en Europa

al surgir la reforma cartesiana y lockeana de la mente, y prosigue con este carácter en lo restante del siglo. Siguiendo esta tradición, Luz Caballero, en una de sus célebres polémicas, argumentará, haciendo suya la sentencia de Shakespeare: *You are nothing if are not critical*; y, en uno de sus más sólidos artículos, hará respecto de la Ontología una paráfrasis de una cita de Tácito, para darle una estocada a fondo a esta disciplina, al decir de ella: *Multaque indicia Ontologiae, quanquam premantur, erumpere*. La Ideología pasará a ser la gnoseología de toda esta época que va de Caballero a Luz, nacida bajo el signo de John Locke. Las polémicas de calado girarán —desde mayo de 1838 hasta octubre de 1840— en torno a la cuestión del origen de las ideas, que ha abierto a debate el Padre Agustín, en su *Philosophia Electiva*.

Descartes ha enseñado a su siglo y a los que le siguen, que el hombre no debe contemplar al mundo como una sustancia inmóvil, y con ello pondrá sobre el tapete del juego filosófico la categoría de movimiento. La adopción de ésta hará que la idea medieval del mundo, de tipo estático, sea sustituida por una especie de pensar dinámico, mecánico. He aquí el cambio singular que produce la categoría de movimiento. ¿A cuál de los dos partidos se afiliará el filósofo cubano, al de la inmovilidad y rigidez categorial, propia del medievo, predominante en las periclitadas cátedras, o al movimiento cartesiano? La Isla de Cuba —nación en potencia— tiene que andar. Así pensaría esta alma fundadora. Y no puede andar obviamente sino a virtud del movimiento. El axioma de lo móvil se haría patentidad ante su mirada ávida de esperanza. Andar es la palabra de orden. Es más, adviértase que la categoría de movimiento define del modo más fidedigno el sentido de lo que llamamos los *tiempos modernos*. Y con efecto, la idea inasible del movimiento continuo quedó simbolizada en los inventos maquínicos, en la idea obsesiva del *perpetuum mobile*, que cambió el esquema de las cosas. La filosofía cubana traza una línea recta que une la categoría cartesiana de movimiento con la era —en agraz entre nosotros en esos instantes— del frenesi industrial o maquinismo. Si el genio filosófico de Cartesio experimentó, para llegar hasta nosotros, un retardo de tres siglos, el genio mecánico de Watt, hecho real en su máquina de vapor, llegó con asombrosa celeridad a esta Isla a virtud de la locomotora.

En el capítulo vi de la *Philosophia Electiva* enumera el preceptor de San Carlos las diez categorías de Aristóteles, "con las inacabables divisiones y subdivisiones de los aristotélicos, que lo desmenuzaban y descomponían todo hasta el cansancio". Son las categorías admitidas por los escolásticos. Luego las define una por una. Estas son: *substantia*, *qualitas*, *quantitas*, *relatio*, *actio*, *passio*, *ubi*, *quando*, *situs* y *habitus*. Cuando termina de enumerar y de describir este inmóvil tesoro categorial, puntualiza, asentando su criterio propio al respecto, que los aristotélicos acuden "a distinciones puramente verbales, en faltándoles asunto más sólido donde ejercitar su destreza"; y seguidamente subraya que "los modernos —con pocas excepciones— encuadran todas las cosas que existen en el mundo, tal vez más acertadamente, en el siguiente dístico:

Espíritu, medida, quietud, *movimiento*, posición y figura
Son, con la materia, los principios de todas las cosas".

El movimiento, pues, pasa a ser uno de los principios de todas las cosas frente a aquel reposo ontológico, ante aquel mundo imperturbable de antes quietos en que se fundaba la escolástica de la colonización. No se trata ya de unir lo en potencia a la entelequia, de una latencia, de una realidad contenida que no forzosamente se manifiesta, sino de movimiento efectivo, y, en lo social, de progreso. Con el andar del tiempo, ya el ser —para valernos de una distinción orteguiana— no ha de ser *sér* de lo que es, sino ser lo que no era. ¿Qué ha ocurrido en la ciudad de La Habana, en el Colegio Seminario de San Carlos, en los artículos apretados del *Papel Periódico*, en la enseñanza de Condillac confiada a Caballero y en los discursos académicos de este reformador? No más que las inmutables categorías aristotélicas han sido suplantadas por otras. Aquellas palabras que se repetían con grande fervor de *ens*, *accidens*, *substantia*, *essentia*, *quiddidad*, *qualitates*, de gran virtud en las sectas escolásticas, van a ser suplantadas por la *categoría de relación*, sobre la que girará toda la filosofía de Luz Caballero, y luego la de Varela y la de Varona, pero cuyo camino lo prepara el Padre Agustín. Las categorías de *substantia* y *accidente* se convierten, para los modernos, en la cosa —unidad a qué referir las *cualidades*— y en el modo. Es más, las categorías se batan en retirada, caen en desuso a partir de Caballero, y sólo resurgen en 1840 con el estudio de Kant, año

en que comienzan a hablar del filósofo de Königsberg Varela, Luz Caballero y los hermanos Del Valle.

La mención de Kant nos lleva de la mano a una ligera digresión, de suyo insoslayable. La filosofía trascendental kantiana llegó a estar representada, en forma curiosa, en La Habana, a principios de 1821, por don Ramón de la Sagra, quien dió a la estampa un estudio dedicado a la juventud habanera conteniendo una nueva clasificación—de base kantiana—de los conocimientos humanos. Se calificó antes de curiosa esta manifestación kantista en nuestro suelo filosófico virginal, porque los discípulos del Colegio de San Carlos descubrieron con tino prestamente que se trataba, no de un trabajo que fuese fruto de sus propias meditaciones y desvelos, como aducía su pretenso autor, sino de aquel aspecto del sistema kantiano tal como fué publicado en la *Crónica científica y literaria de Madrid* alrededor de 1818 ó 1819. Uno de los discípulos predilectos del Padre Varela, el malogrado joven don Cayetano de Sanfeliú, que tanto ayudó al Cartesio cubano en la preparación de su *Miscelánea Filosófica*, fué el encargado de poner las cosas en su punto. La treta de La Sagra equivalía suponer—en el sentir de Saco—que en La Habana se desconocían las obras de Kant. Sobre la audacia de anunciar que con ese trabajo daría a conocer en esta ciudad la filosofía alemana, ofrece el polígrafo y autor de la *Historia de la Esclavitud* esta valiosa opinión, referida al año de 1821: "Y ¿en qué suelo dice eso? Dícelo en un país donde había desde entonces centenares de jóvenes a quienes eran familiares las ideas de Bacon, Locke, Condillac, Tracy, y de cuantos otros han escrito sobre la materia. Dícelo en un país donde cualquiera de esos jóvenes podría enseñarle los mismos conocimientos que él pensaba difundir. Dícelo, en fin, en un país donde existe la clase de filosofía del Colegio de San Carlos, y que sea cual fuere la parte que yo haya tenido en ella, es forzoso confesar que, no cediendo la palma a ninguna de la nación, ha sido el ornamento de La Habana y la gloria de la Isla de Cuba. Lectores: perdonadme esta efusión de mis sentimientos, pero perdonádmela en obsequio de la justicia y del mérito violentamente ultrajados".

3. *La cuestión de las categorías*

CONVIRTAMOS la vista de nuevo al asunto de las categorías y en especial de los universales. El maestro Caballero emite su criterio acerca de los universales porfirianos. Suscribirse al nominalismo es una de las características que indican que se están pisando los tiempos modernos, por ser esa actitud metafísica la concordante con la nueva ciencia. La posición de Caballero —como la de Varela, la de Luz, la de Andrés Poey, la de Varrona— es explícitamente nominalista, aseveración que queda reducida a prueba, al afirmar el mentor del Colegio de San Carlos que *los tipos universales de las cosas son meras abstracciones*. He aquí la exacta tesis de Locke. Las ideas generales no tienen más que una existencia nominal, y se explican y comprenden por los *individuos* —por las mónades en Leibnitz— de donde se sacaron, mientras que éstos *existen indispensablemente*, y son la *base fundamental* de todos los fenómenos y de su inteligencia, sin recibir de aquéllas más que la ocasión de su nacimiento. Dios no es una idea abstracta. Si fuera una abstracción pura, no sería más que un nombre y tendría una existencia subjetiva. El punto queda definitivamente dilucidado por el Maestro carolino, al enfocar la cuestión de los *universales porfirianos*. “Las naturalezas universales de las cosas no existen en ninguna parte, sino que las forma el entendimiento cuando separa la naturaleza singular existente en un sujeto singular de todas sus circunstancias, quedando así, una vez abstraída o concebida por el entendimiento, indiferente a varios objetos en el ser”.

El nominalismo representa el camino hacia el individualismo —frente al primado de lo universal, de lo absoluto, y de aquí el antikantismo criollo—, hacia la libertad de pensar, hacia el fuero de la conciencia personal, hacia la singularidad de individuos y pueblos, hacia la descentralización política; en suma, hacia la autarquía metafísica y —a la vez— estatal. Por eso funciona y perdura como fermento disolvente de lo absoluto, a través de todo el movimiento filosófico auténticamente criollo. Lo universal será *flatus vocis*. No hay ideas generales, sino signos generales. O como diría el viejo *Gloceñius*: *Nominales sunt philosophi, qui scientias non de rebus universalibus, sed de rerum communibus vocabulis haberi existimant*. O como

asentó más nítidamente el abate de Condillac, a quien siguen Caballero y Varela en multitud de doctrinas: *Qu'est-ce au fond que la réalité qu'une idée générale et abstraite a dans notre esprit? Ce n'est qu'un nom; ou, si elle est autre chose, elle cesse nécessairement d'être abstraite et générale.* En el *Papel Periódico de La Habana*, donde, como se previene en el número inicial, se ha de combatir la errada ciencia, y donde Caballero populariza sus puntos de vista filosóficos, se rechazan las milenarias categorías aristotélicas al decir: "siempre me sonaban al oído la cantaleta repetida con grande fervor". A esa petrificación se refiere años después el Padre Varela, al abordar la categoría de substancia, en el tratado de las operaciones del alma (proposición v) de un libro cuyo título evoca de inmediato el de uno de los de Cartesio. "Los filósofos han dicho —recalca— que hay un sujeto que sustenta o sostiene las propiedades, y por tanto le llamaron *substancia*. Ellos dicen lo que piensan y no lo que han observado".

Kant —a quien algunos han llamado escolástico moderno— se encargaría de declarar que la lógica ha perdurado como la mejor y más duradera creación de Aristóteles. Los ideólogos de América unas veces alabarán la disposición de la *Lógica*, otras la atacarán. Unos celebrarán su *Política*; otros, sus doctrinas sobre el arte, la retórica o la poética; aun otros estimarán el valor de su fragmento sobre los presocráticos.

¿Es que nada de Aristóteles perdura en la filosofía de Caballero? ¿No ha de admitirse la afirmación de Zacarías González del Valle de *manent vestigia ruris*? Si bien el mentor cubano nada quiere saber de la metafísica peripatética, en cambio subraya que Aristóteles "eleva la lógica a la perfección y la ha expuesto de manera clara y tan bella, que con razón ha sido considerado por algunos como su creador". Para Caballero, como para el Estagirita, esta disciplina ha de ser considerada como propedéutica o introductoria al vasto campo de la filosofía. Luz dará preferencia en otra época a la Física. Persigamos algunas huellas más de las pisadas aristotélicas.

4. Vestigios del aristotelismo y lógica jansenista

CABALLERO divide la filosofía en cuatro partes, que son precisamente las que corresponden a los cursos semestrales del Co-

legio de San Carlos: la Lógica o dirección del espíritu hacia el conocimiento de la verdad, la Metafísica o estudio de las cosas insensibles, la Física o tratado de las cosas sensibles, y la Ética o reglas de las costumbres. Quizás el lugar de la metafísica sea inadecuado, pues ésta debe ser coronación, *regina scientiarum*. Luz Caballero habría de sostener esta tesis, algunos lustros después, haciendo comenzar la filosofía por la física o ciencias de la naturaleza, y produciéndose en esto frente a lo enseñado por D. José Agustín, su maestro. Nótese, además, que la ética la concibe como ciencia de las costumbres. Esa división del *hortus philosophiae* está proyectada por Caballero tomando como fundamento de la misma lo aseverado en el capítulo 17 del *Eclesiástico*, a saber, que: 1) Dios dió a nuestros primeros padres voluntad de pensar y los llenó en la disciplina del entendimiento; 2) les infundió la ciencia del espíritu; 3) les llenó de sentido su corazón; y 4) les mostró el mal. Aunque un tanto forzada, tal adaptación, tal alegoría, cobran interés, sobre todo si se tiene en cuenta que las primeras historias de la filosofía en América están llenas de ese adamismo en la explicación de la facultad de conocer. Pero, por otra parte, deberá encontrarse aquí uno de los motivos del surgimiento del eclecticismo en América, muy bien explicado por José Gaos como un ansia de concertar la ciencia y la filosofía con la fe, de lo cual, a modo de abrir paso a la filosofía moderna, sin restricciones oficiales, da una muestra patente el Dr. Caballero cuando en su discurso sobre Colón asegura que "cuando la ciencia no se apoya en el temor santo de Dios, hincha el corazón, no ilustra el alma, antes bien obscurece y ridiculiza al hombre".

Si bien encontramos en la *Philosophia Electiva* de Caballero ciertas cuestiones metafísicas y criteriológicas, el tema de la misión de la filosofía y el de la clasificación de las ciencias, que nos descubren el rumbo de su pensamiento central, la mayor parte de la obra se consagra al arte de pensar, que es como llamó el jansenista Arnauld —a quien siguió el presbítero— a la lógica. De entrada ofrece su definición de esta "disciplina de la razón que prepara al espíritu para alcanzar la verdad", la cual guarda semejanza con la elaborada por San Agustín en cuanto arte de razonar que enseña el método de alcanzar la verdad. La división preliminar en *logica docens* y *logica utens* no deja de ser escolástica, si bien sirve para dife-

reñir lo que hoy llamamos lógica pura o formal y lógica aplicada o metodología. Ambos criterios los adapta consecuentemente a través de su obra.

El estudio inicial de las tres operaciones del entendimiento —aprehensión simple, juicio y discurso— es indudablemente de los escolásticos; pero el preceptor criollo hace buen uso de esta tricotomía, como se advierte en la incisiva crítica hecha por él al historiógrafo Urrutia y Montoya cuando las aplica desaceradamente en el razonamiento histórico. Más es de notar que Caballero incluye una cuarta operación, el *ordenar*, sin duda bajo la influencia de los lógicos de Port Royal, si bien no la desarrolla quizá por la propia naturaleza lacónica de su obra filosófica. "La *primera* potencia de nuestro espíritu —leemos— es el entendimiento, es decir, la facultad que *percibe*, juzga, raciocina, *ordena*; en lo cual se deja traslucir —en la primordialidad que confiere a la percepción— un inicial *sensualismo* o *sensismo*."

Las ideas y los términos, las proposiciones y el silogismo, la demostración y la argumentación —temas básicos de la lógica aristotélica— son estudiados por el filósofo cubano, si bien en la mayor parte de los casos introduce modificaciones importantes de acuerdo con los modernos. En la teoría de los signos y de los términos, sin embargo, sigue a los escolásticos, que habían hecho un análisis muy minucioso de los términos lógicos y su significación. Caballero los enumera y explana en forma muy completa. Incluye en su repertorio los términos concretos, abstractos, definidos, indefinidos o infinitantes, propios, comunes, singulares, particulares, generales, universales, colectivos, positivos, negativos, sustantivos, adjetivos, unívocos, análogos, sinónimos, homónimos, trascendentes, intrascendentes, todos los cuales borda en el canavé de la gramática, tan conexas a la lógica en su fundamento último. El uso de los términos categoremáticos y sintecategoremáticos, hoy en desuso, no sólo se encuentra entre los antiguos, de donde los toma Caballero, sino que perdura hasta Stuart Mill.

Ahora bien, si el reformador cubano acepta como consistentes los mencionados renglones de la lógica clásica, tocante a la argumentación silogística se produce *per contra* a tono con los filósofos modernos. Parejamente a Bacon, a Descartes y a Locke, se burlará de los escolásticos ergotistas "de cuya boca salen silogismos como paja" y de los que creen que "en dos

reglitas de *barbara celarem* se han hecho dueños de todas las ciencias". Sin reservas mentales es, a este respecto, antiescolástico. "Deberíamos tratar aquí —manifiesta con energía— de las varias figuras y modos del silogismo, y de la reducción de los mismos tal como lo enseñan los escolásticos; pero prescindiendo deliberadamente de todo ello, por no ser necesario para argumentar correctamente, y porque las reglas, inventadas en forma arbitraria por los escolásticos, son confusas y hasta formuladas con muchas palabras absolutamente bárbaras". Esta reserva es todo un índice de su actitud filosófica.

En el punto en cuestión será seguido por el Padre Varela, su discípulo, en consorcio con lo que enseñaba Locke, para quien "semejantes silogismos son utilizados principalmente por los escolásticos, los cuales están autorizados a negar sin rubor las cosas manifiestamente ciertas, y niegan sin escrúpulo y sin vergüenza cosas de absoluta lógica y evidenciamiento". En lugar de la silogística de las escuelas, Caballero anuncia lo que expone en el siguiente capítulo. ¿Qué novedad contendrá éste? En el capítulo III aludido, encontramos la doctrina de los jansenistas de Puerto Real, cuya lógica es de derivación cartesiana. Califica de "famoso autor" al jansenista Arnauld, al referirse en concreto a *L'Art de Penser*, publicado por éste en 1662 en colaboración con Pedro Nicole. A base de esta obra estudia la naturaleza y principios de la argumentación. En dicho capítulo presenta el problema de "si es legítimo el silogismo sin que se tengan en cuenta ninguna de las reglas conocidas". José Zacarías González del Valle anotará al final del manuscrito de *Philosophia Electiva*: "Hay mucho de la escuela de Port Royal; más podría haber. Es lo mejor". He aquí a Caballero y a uno de sus mayores discípulos alabando la lógica jansenista.

En efecto, la *Lógica de Puerto Real*, que sigue a Descartes y a Pascal, representa una réplica cartesiana a la lógica escolástica. En su afán metodológico sostiene aquella que la lógica es el arte de conducir uno bien su razón en el conocimiento de las cosas, tanto para instruirse uno mismo como para instruir de ello a los demás. Esta definición encuentra resonancia en el presbítero cubano, consciente de su misión educadora, pues él sabía que para ir preparando la patria para el gobierno propio, era preciso ejercitar a su juventud anhelante en un nuevo arte de pensar. Esa empresa la completaron Varela y Luz a

plena conciencia, a plena luz, pero la inició Caballero. Hemos denominado este suceso la reforma de la inteligencia cubana.

Sin embargo, la lógica jansenista, si bien reposa en principios cartesianos, es aún, en su disposición y método, aristotélica. Caballero mantiene que uno regularmente se engaña más adoptando premisas falsas que haciendo raciocinios falsos. Sigue en esto a Cartesio, quien asevera que el silogismo sirve para explicar a otros cosas sabidas y hablar sin juicio de las ignoradas. En suma, Caballero recoge la crítica que durante todo el siglo xviii insiste en señalar los defectos del silogismo. Más tarde, Luz Caballero, intentando poner las cosas en el fiel de la equidad, declarará que no ha de aceptar ni todo el mal que le acumulan los modernos ni todo el bien que le atribuían los escolásticos. Por eso indica que el silogismo no es una forma arbitraria, sino la más natural del pensamiento, la que los escolásticos llamarían su *forma substancial*. Así se consigna en la proposición 16 del llamado *Elenco de Carraguao*: "El escolasticismo quedó derrocado y una revolución verdadera siempre se excede en su primer fervor. El tiempo es quien de todo hace justicia".

El propio José Zacarías González del Valle, coincidiendo un tanto con su adversario filosófico Luz, afirma que en este punto no son los escolásticos dignos de tan amargas críticas, ya que el silogismo es un procedimiento muy apreciable de deducción, y a través del mismo se hace una severa demostración que adquiere a los ojos de todo el mundo el último grado de evidencia. Seguidamente añade este malogrado filósofo, al referirse a las severas críticas "con que se les denigró a los escolásticos", que no debía hacérseles, y "mucho menos quien como el señor Caballero tuvo la necesaria parsimonia para no incurrir en extravagancias". En esta actitud José Zacarías se revela, desde ahora, como un objetante de la nueva filosofía empirio-inductivista, que tiene su germen en Caballero y culmina en Luz, su más afamado y cabal propugnador. A ese su reparo se ha de contraobjetar que precisamente las extravagancias silogísticas corrompían la buena ciencia y la sana dialéctica. Y justamente el propio Luz Caballero recogió ejemplos ilustrativos de esas extravagancias silogísticas visibles en textos escolásticos.

Caballero no proscribirá totalmente esa forma deductiva. El mismo hará uso de ese tipo de razonamiento, no a la ma-

nera ergotista, sino en una forma natural, clara, neta, como aconsejaban razonar los maestros de la renovada filosofía de América de ese tiempo. En su texto de *Philosophia Electiva* hace uso, en forma práctica de la enunciación, la prueba, el *aclaro la mayor*, el *distingo la menor*, el *concedo*, el *niego*, la *resolución* de objeciones, el *se objetará*, el *respondo diciendo*, el *respondo a la primera objeción*, o *a la segunda*, el *distinguo*, y de otros avíos dialécticos; pero todas estas tecnicidades del montaje silogístico no serán recursos de aparato, ni efectismo, ni motivo de mero lucimiento externo, ni un *que viva quien venza* ante el adversario, sino sencillo arte de pensar, entramado de razones para discurrir bien.

De los nueve axiomas o reglas para la argumentación que usa Caballero, ocho son de Puerto Real. En el tratamiento de los vicios de la argumentación coincide con Aristóteles al referirse a los sofismas, tal el de homonimia, el de petición de principio, el de enumeración imperfecta, el de *fallatia accidentis* y el de *secundum quid a simpliciter*. Pero también hay influencia de Port Royal. El último vicio de argumentación a que se contrae —la impugnación de una proposición haciendo burla del que la defiende, como práctica viciosa embebida en el propio régimen de la enseñanza teológico-filosófica prevaleciente en ese tiempo— es trasunto de la regla agustiniana que establece: *Omittamus ista communia quae dici ex utraque parte possunt, licet vere dici ex utraque parte non possint*; esto es, evitar reconvenções comunes en la argumentación, que es tópico desarrollado también por los lógicos de la estirpe de Jan-senio, y que Caballero acoge como antídoto contra las agrias y estériles disputas.

En sus polémicas no se olvidará Caballero de los recursos de la Lógica y la Dialéctica, y así en la relativa a la venen-sidad de la yuca imputará a un contendor de la *Gazeta de México* un sofisma de *ignoratio elenchi*.

La última parte de la *Lógica* del Mentor se consagra a la cuestión de método o del modo de proceder ordenadamente en el conocimiento de la verdad, y señala el analítico o de investigación, y el sintético o de transmisión de conocimientos. En este sentido no hay duda que se apoya en Condillac, en su *Curso de Estudios* —que tradujo al español— y en su *Lógica*.

Es de extrañar que, a semejanza con el reformador mexicano de la filosofía, Benito Díaz de Gamarra, apenas diga nada

acerca del método inductivo, quizá bajo la influencia primera de los cartesianos. Este privilegio le cabrá en amplio a Luz Caballero. Sólo se refiere a él en las clases de argumentaciones, al definirlo como "inducción o argumentación en que de muchas cosas singulares enumeradas correctamente, se deduce una proposición universal".

Por último, la división de las verdades, con que se introduce al método, es, sin más, de raigambre escolástica, al distinguir tres especies de verdad: la metafísica, la moral y la lógica. En efecto, para el escolástico la verdad metafísica es la conformidad de las cosas con la inteligencia primariamente creadora (*adequatio rei et intellectus*), y secundariamente con la inteligencia humana. "Se dice verdad metafísica —aclara Caballero— a la conformidad de la esencia de una cosa, bien existente, bien posible, con la idea arquetípica que Dios tiene de la misma". Verdad moral es veracidad. Se dice que el lenguaje es verdadero cuando responde al pensamiento. El mentor cubano entiende por verdad moral la conveniencia de las palabras y de los signos externos con lo que piensa la mente. La verdad lógica se define en función del juicio y la realidad: la verdad consiste en afirmar lo que las cosas son (*veritas est qua ostenditur id quod est*). O también: *veritas intellectus est adequatio rei intellectus, secundum quod dicit esse quod est, et non esse quod non est*. La verdad lógica es, para el autor de *Philosophía Electiva*, la conveniencia de nuestras ideas con su objeto.

El Padre Varela decía, en uno de sus cursos filosóficos, que el escolasticismo perduraba en su tiempo. Luz Caballero habla de su efectivo derrocamiento. ¿Cuál fué a este respecto la ejecutoria de nuestro reformador? Esta cuestión, al igual que otros aspectos relativos a la filosofía y sociedad cubanas del siglo XVIII, en su engarce con el pensamiento filosófico de América, la desarrollamos en nuestro libro que aparecerá próximamente, titulado: "José Agustín Caballero y los Orígenes de la Filosofía en Cuba".

TECNICA Y DRAMA EN EL ARTE CONTEMPORANEO

Por Felipe COSSIO DEL POMAR

DESDE que el endiabrado Proudhon comenzó a explorar las rutas sociológicas del arte, cuando a mediados del siglo XIX Guyau hacía retóricas profecías sobre su porvenir y Taine sentaba livianas teorías sobre las condiciones de la formación de las ideas artísticas, han aparecido, desde los más opuestos rincones del horizonte espiritual contemporáneo, muy variadas interpretaciones estéticas, unas veces respetables y otras superficiales, y, todas ellas empeñadas en explicar el arte, en señalarle una función y una misión normativa de acuerdo con el carácter de su estructura estética.

Hoy, a las simples tesis y argumentos de los tiempos proudhonianos, a las teorías del "Arte Puro" y la "Utilidad en el Arte", han venido a sumarse una serie de interpretaciones metafísicas y científicas, a veces deslumbrantes, pero casi siempre fuera de la órbita del arte, como "Lo Cósmico en el sentido de la forma", "Los aspectos subconscientes del arte", "La realidad del devenir" y otras proposiciones psicológicas que en vez de explicar la misión del arte, la hacen confusa, rodeándola de una nebulosa, y en vez de aclarar su finalidad universal, lo circunscriben y lo encasillan señalándole un destino *a priori*.

Representantes del idealismo kantiano, del universalismo hegeliano, del materialismo marxista, críticos y críticos de críticos, partidario del arte protéptico o de propaganda, partidarios de la expresión estética pura y doctrinarios del mensaje que refleje las creencias religiosas del artista o su línea de partido, propugnan por el realismo de la forma, quieren hacer "efectivas" las emociones surgidas de una fe admirada, de cambios políticos verdaderamente deseados o de creencias arraigadas en la experiencia, o creen en el juego desinteresado del

arte como consecuencia de un proceso imaginativo para representar objetos sensibles o estados internos.

Al margen de estas teorías, de estas tesis y antítesis, nada me parece más esclarecedor que el estudio del arte mismo en relación con los fenómenos sociales. La historia con el peso innegable de los hechos hace que el artista, impulsado por sus facultades especulativas o imaginativas, los exprese como reflejo ineludible de movimientos de atracción o repulsión captados por su capacidad sensible y por su experiencia estética. Claro que pueden darse ejemplos de arte representativo que no coinciden con el fenómeno actual y que pueden darse ejemplos de arte abstracto influido por el gusto o provocado por las aficiones literarias o históricas. Pero hasta estos fenómenos de desplazamiento en el tiempo, de regresión y de proyección, tienen una más clara explicación en la forma y el contenido de la obra de arte que en la multitud de teorías que han poblado el campo artístico contemporáneo o en especulaciones de difícil comprobación científica.

El arte con su facultad de revelación, con su mensaje simple como el verbo, claro y diáfano, hace palpable su misión esencial para aquellos que pueden ver, analizar y sentir, para los capaces de estudiar los factores estéticos reales, aquellos que determinan las leyes generales y la relación recíproca entre el pensamiento ideológico que anima a la sociedad y su expresión artística. Para los que pueden distinguir cuándo estos factores son verdaderos o falsos, ocasionales o permanentes, cuándo se trata de supervivencias formales o de principios humanos emanados de las zonas profundas de la vida. Cuándo obedecen a causas immanentes de los fenómenos sociales y cuándo trascienden de ellos.

Al contemplar el complejo y variado espectáculo del arte moderno, tomando a la pintura como la más expresiva entre las artes plásticas, nos encontraremos con dos campos opuestos, dos tendencias que van más allá del juego dialéctico entre lo material y lo ideal, lo abstracto y lo concreto, lo estático y lo dinámico: el arte que representa al hombre como individuo y el arte que representa a la sociedad como Estado. El arte que representa al hombre con su drama y su pasión. El hombre que tiende a devenir en un mundo que lo niega, que siente sobre sus hombros el peso de las guerras, de la policía y de la administración, y el arte que obedece a la inspiración del técnico

que pone en marcha a la sociedad contemporánea; el arte que refleja al matemático, al científico, al lógico, a seres indiferentes a las leyes humanas, encargados de registrar el llamado progreso de una sociedad ordenada para servir al Estado, atentos a la desintegración de los valores humanos para reducirlos a algo categórico, preciso y automático. Y de estas dos tendencias, hay que admitirlo, la última es cada día más pujante porque encaja en la revolución técnica occidental, quiero decir, en la Revolución Mundial.

Las manifestaciones de estas dos tendencias han plagado de teorías la pintura moderna. Primeramente, como movimiento de vanguardia, surgió el cubismo (1907). Vinieron luego el futurismo, el surrealismo, el expresionismo y otras muchas escuelas que se dividían, como siempre se han dividido las artes, en materialistas e idealistas, sólo que ahora se les llama realistas y abstraccionistas. Cada una va acompañada por una avanzada de críticos y teorizantes intelectuales. Unos, los realistas, ocupados en la representación del drama humano; los otros, los abstraccionistas, sujetos a la técnica de una sociedad mecanizada, a las exigencias del presente incierto, a la causa política que pugna por la transformación social. El arte que no sea abstracto, para ellos, es reaccionario. Sostienen que el propósito del arte contemporáneo es trabajar para encontrar la expresión o el estilo que corresponden a la era nuestra, en que las voces más espirituales salen de los físicos (Romero Brest), claman por formas independientes de toda paternidad, sentimentalismo o historia. El Yo desaparece ante el mundo colectivo. El raciocinio silogístico es el instrumento por excelencia de este arte llamado abstracto.

Desde mediados del siglo XIX se presentan en lucha estas dos tendencias. Después de las rivalidades de los románticos de Delacroix con los materialistas de Courbet, apareció el cubismo tachando de reaccionario al surrealismo, de traicionar el movimiento liberador de los elementos plásticos, porque cayó en la aberración de representar al hombre. El surrealismo, basándose en el psicoanálisis, siguió imperturbable llamando la atención por medio de la representación antropomórfica: ojos, bocas, manos, brazos, piernas, sexo —sobre todo sexo—. Dotó al realismo de una original morbosidad plástica. Temas oscuros e inconfesables. Seres lechosos derritiéndose en espasmos de llan-

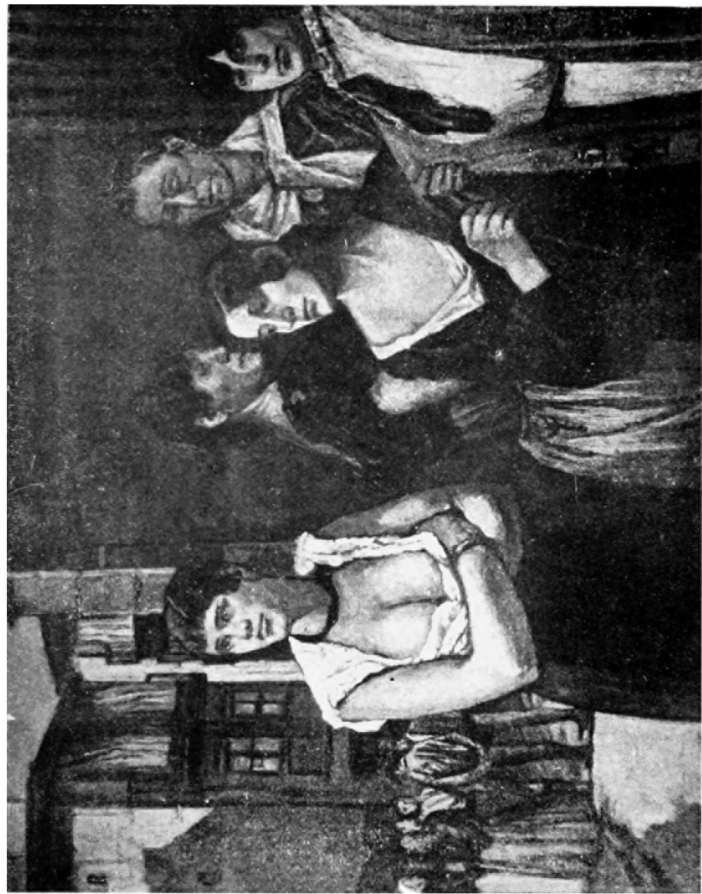
to. Meticulosidad preciosista en la putrefacción. Lo subconsciente con su asco y su misterio.

A su vez el "Realismo Social" acusó de "pasadista" al cubismo y se atribuyó la misión de representar la humana miseria en un campo opuesto al abstraccionismo. Exigía para el hombre un puesto digno en la representación artística. Pero a fuerza de trabajar la "sustancia individual", como el surrealismo, cayó en los valores opuestos, en una especie de autolatría.

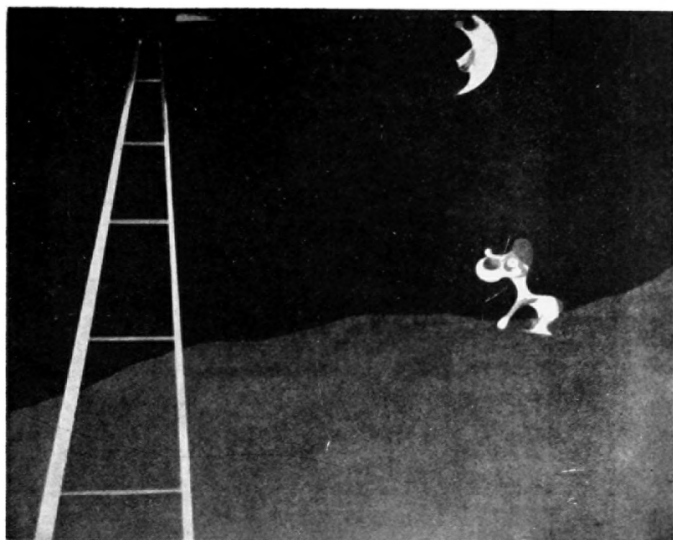
Entre todas estas luchas iban ganando terreno los partidarios del orden lógico. Los sometidos al plan, forma moderna del sacrificio humano. El arte abstracto se arrogó la tarea de escribir la historia presente. De graficar las contradicciones en una sociedad que fatalmente se transforma. Pero la expresión artística no puede, como quieren los partidarios del abstraccionismo, despojarse por completo, así como así, de sus viejos trastos. Aunque nos demuestra que camina cada día más pegada a la máquina, a la física y a la ingeniería, aún vive con los dogmas del catolicismo, con el Código Romano, con la organización familiar, con las oscilaciones particulares de las fuerzas de cada época. Vive manifestándose en sistemas políticos con diferencias ideológicas y económicas, en repúblicas democráticas y tiranías totalitarias. En un mundo en que si hay lugares donde se llora, hay también lugares donde todavía se ríe. En un mundo fanático y en un mundo lógico con privilegio cada uno de sentir y expresarse a su modo siguiendo el juego dialéctico de la creación artística entre la influencia determinante de la realidad y las reacciones de la conciencia individual tratando de liberarse. De manera que nadie, nadie, puede negar la dualidad de la expresión artística contemporánea, ni nadie puede afirmar la exclusividad de una negando el valor estético de la otra. Entonces me dirán: ¿Y para qué sirve la crítica como guía? A lo que cabe responder: en tiempos como estos, para bien poca cosa. A no ser para anotar una posibilidad de valoración artística. Para especular y ayudar a la especulación comercial y, sobre todo, para defender de la destrucción lo consagrado como valor estético por el esfuerzo humano de siglos, ahora que una parte de la humanidad decepcionada se enfrenta al individuo y pugna por destruir lo hecho para crear un nuevo orden atiborrado de cifras y estadísticas. Por ahí he oído decir a un pintor de vanguardia: "Velázquez es el menos malo de los llamados grandes pintores". Quiere decir que las figuras



La máscara y los doctores.



Mujeres de la vida.



Perro mirando a la luna.



El pintor que con un punto puede hacer un cuadro.



Retrato de Pablo Picasso.



Dibujo abstracto de Pablo Picasso

inmortales del arte no son más que pintores malos que han vivido su tiempo para ser enterrados luego definitivamente por el sentido crítico del hombre moderno y por su concepto de la justicia social. Rubens, Miguel Ángel, Leonardo, Rembrandt estarían condenados por su realismo. "La Cena de Emaús", ese prodigio de realización artística, sería una obra burguesa fuera de lo actual, o representaría la tendencia hacia un mundo objetivo estático, o una muestra de las supersticiones del pasado.

ESTAS y otras contradicciones pueden anotarse en el arte actual. Para hacerlas evidentes detengámonos ante la obra de un pintor que no puede dejar de mencionarse al hablar de la pintura moderna: me refiero a Pablo Picasso, el más genuino representante de la Europa moderna, tomando el término moderno como un estado psíquico-social, que es mucho más que ser contemporáneo. Con la obra de Picasso nos lanzamos al vértigo desconcertante de este nuevo mundo de trayectorias inimaginables, entre muchedumbres de seres y montones de máquinas. De un arte que desde su iniciación surge cada vez distinto. Un período humano, otro período inmaterial y mecánico, unas veces moderno, otras veces antiguo como la vida del hombre. La crítica lo aclama como el símbolo de nuestros tiempos: contradictorio y paradójico, descriptivo y creador, sentimental y cínico, oscilando entre la técnica maquinista y el ser humano. La "Epoca Azul" (1901-1905), la "Epoca Rosa" (1905-1906), la "Epoca Clásica" (1915-1925), desembocan en "Guernica" que contradice en realización y forma su cubismo, su arte negro, y sus retratos abstractos. "Guernica" es lo que podrían llamar los pintores revolucionarios una obra reaccionaria, aunque comporte una acusación contra el orden burgués. Es un cuadro con fisonomía histórica. Las actitudes de las figuras están impregnadas de simbolismo extraordinario, del mismo patetismo y profetismo que hizo famosos a los ilustradores de los libros religiosos de la Edad Media. En la tela no hay nada confuso. La tragedia se desdobra de un personaje a otro. La acción está unida por llamaradas de incendio, por la sangre de los hombres y de las bestias decapitados. Por los atributos de destrucción, "Guernica" bien puede ser Babilonia o Nínive o Palenque o cualquiera otra ciudad mortal que vemos ser engullida periódicamente por el abismo de la historia desde la aparición de la bestia apocalíptica.

La misma escena siniestra tal como nos la han venido representando los artistas de las cosmogonías indias o por los artistas de Monte Tabor. Los mismos gestos angustiosos que la humanidad repite desde su aparición en la tierra; lenguaje universal del dolor, destrucción que se pierde en la obscuridad de los tiempos y desde la obscuridad de los tiempos nos viene de los cielos, arrojada por la mano enfurecida de los dioses o por la mano científica de los hombres. Tal como la vemos reproducida en las obras de arte de todas las épocas, en alfarerías, frescos y pergaminos. En "Guernica" reaparece el monstruo hambriento de las siete cabezas en la plenitud de su poder imperial.

¿Qué nueva tendencia representa este cuadro? ¿A qué período de la era picassiana corresponde? ¿A cuál de los ismos? Con seguridad podemos afirmar que a ninguno. El artista se ha dejado llevar por su sensibilidad para reproducir lo real. Se ha identificado con la tragedia que es tan antigua y tan nueva como la existencia del hombre. Es revolucionario y es reaccionario. Es lógico y es dialéctico y no se le puede explicar con teorías ingeniosas ni con vaguedades literarias.

La aparición del cuadro atrajo la admiración de la crítica universal. Era una obra maestra que hacía coincidir el siglo XI con el siglo XX, tanto por el contenido cuanto por la técnica y la concepción espiritual. Pero, a pesar de su indiscutible valor artístico, no fué reconocido como "valor actual". Eran otras las exigencias de la hora. Otro el arte que correspondía a la vida mecanizada. Cada día estaba más en boga el escultor suizo Giacometti haciendo estructuras más que estatuas. Formas áridas que parecen inspiradas en los alambrados de los campos de concentración. También Lipsick torturando el cuerpo humano hasta la desesperación en grandes figuras en equilibrio sobre un abismo invisible. Arte sustancial y profético, dirá un crítico. También Gris, Ledger y Braque, y cientos de artistas empeñados en la representación de ángulos, meandros, rombos, émbolos y tubos donde desaparece la belleza masculina y la belleza femenina en un esquema de luz y sombras pulidas como acero. Esta es la labor de los pintores esclavos de la técnica frente a la labor de los pintores esclavos de la realidad del drama, esclavos de la constatación empírica, sujetos a la interpretación de los hechos históricos. ¿Podrían expresarse en abstracto los pintores como José Clemente Orozco o como José Gutiérrez Solana? El

caso de Solana es ilustrativo. Un artista sujeto a las oscilaciones particulares de una época en estado de crisis. Considerado por los críticos y políticos de España como pintor representativo del pueblo español, pintor de tradición española en el carácter normativo de su realismo, con un arte tan concreto que le impide llegar a comprender el contenido sustancial de esta tradición: la gracia castiza.

Solana, como Goya, es esencialmente español. Como Goya, pinta con fidelidad la historia de su tiempo. Por eso Solana está a un siglo de la España Goyesca. De la gente *cañí*, de intrigas, de reyes bonachones y cornudos, de las juergas a costa de la despesa colonial. Solana se encuentra en la España monárquica de Alfonso XIII, aficionado a los automóviles veloces y a las cocotas internacionales, y en la España Republicana del respetable Azaña y de don Indalecio; en la España industrial del Mediterráneo y el Cantábrico, y la España de procesiones, de taurófilos y de cafés de tronío. Y también en la España de la "Rebelión de las Masas", del "Sentimiento Trágico de la Vida" y en la España del éxodo intelectual de los Altamira, los Diez Canedo y de tantos otros que han venido a sembrar espíritu en nuestras repúblicas. La España de los grandes poetas como Antonio Machado y García Lorca. Poetas, intelectuales y filósofos vaticinaron la lucha, vislumbraron las matanzas. También Solana, el pintor, anunciaba en sus cuadros la tragedia aplicándose a trasladar al lienzo las cosas tal cual las veían sus ojos. En una pintura a veces brutal, desnuda, seca y fea, pero no exenta de la nobleza y poesía que emana de toda obra buena, entre añejos atributos del arte español: la superstición, el ritual fúnebre, la piedad, y la preocupación de ultratumba. Sin hacer intencional su protesta, sin la inquietud rebelde de Goya, el artista no tenía la fuerza del aragonés para levantarse del suelo y revolotear en embrujadas escobas sobre los tejados. Solana era un pintor clavado en la desesperación como su mismo pueblo. Contemplando su obra se comprende la tragedia de España en sus vísperas: oscuras procesiones, prostitutas en lágrimas, negra cara de guardias civiles, caras cetrinas de erotismo y ayuno, toreros, frailes, "bodegones" con calaveras, vino y cirios. Los colores de su paleta parecen sacados del patio de caballos en las plazas de toros: estiércol y sangre. Un trazo negro como un crespón enluta el contorno de las figuras.

Al ver los cuadros de Gutiérrez Solana, España entera lo acata como a su pintor, lo aplaude y lo premia. Ningún crítico deja de reconocer sus méritos. Todos declaran que el arte de Solana es sustancialmente español.

Mientras, sin prejuicios intelectuales, guiado por su intuición, el pintor seguía expresando lo que tenía delante. Por largos períodos se entregaba al trabajo frenético hasta el momento en que las ideas se hicieron confusas en su mente. Entonces se le encerró en un manicomio. Allí permaneció como Zarathustra, "un inválido que se ha quedado sordo, ciego y mudo para no vivir como la canalla del poder, de la pluma y de los placeres". Curado de la aversión retornó para ver de nuevo lo que pasaba en el mundo. Pero en su última salida el pintor encontró que su país había cambiado; habían pasado cosas graves y extraordinarias. Ya no vociferaban los taurófilos en el circo, ni discutían los intelectuales en los cafés. Una gran matanza había ensangrentado el suelo de España; había multitud de ciudades destruidas, más procesiones y más cruces de las que podía pintar. España estaba envuelta en un murmullo de rezos y maldiciones. No había poeta que pudiera oír lo que decían las voces, y no había pintor que pudiera distinguir lo que se ocultaba tras de la destrucción. Se le hacía imposible a Gutiérrez Solana reproducir con el pincel la negrura que tenía ante la vista. Era impotente para seguir los pasos a la desolación. No por eso se hizo abstraccionista. Cambió de procedimiento y recurrió al grabado. Con el dibujo y la litografía logró otra conquista que lo aproximó al puesto eminente de Goya. Con la pluma reprodujo escenas de bombardeos, cuerpos destrozados, niños y ancianos muertos: el lodo y la putrefacción en los caminos. Los éxodos civiles y las venganzas militares. Y lo más curioso es que nadie se sintió ofendido por la trágica figuración del artista. Los vencedores le concedieron nuevos premios y más medallas; los vencidos lo siguieron admirando. Y es que el arte de Solana encerraba una objetividad tan terrenal que universaliza el drama de los hechos sin identificarse con personas o cosas. En estas escenas de matanzas y sangre los españoles no vieron su revolución sino aspectos de la Revolución Mundial. Solana fué admirado, no por representar la lucha en España, ni por historiar los aspectos de esta lucha, sino por la sincera verdad que encerraba en su expresión estética.

Por eso Solana es actual y por eso se ha enterrado en el olvido a los que engalanaban de alegría a España, a los pintores de lo accidental y pintoresco. Poco se recuerda ya al luminoso Sorolla, o las "Carceleras" de Romero de Torres, a la gran cantidad de pintores gallegos, levantinos, vascos y castellanos que no sentían el drama de España a pesar de vivir en ella. Que se regocijaban bajo el sol, sin sentir el escalofrío extraordinario que recorría la médula del pueblo.

Solana murió al terminar la tragedia. No sé si alguien ha tomado su lugar. Sólo conozco a los pintores modernos, a los abstractos que han aparecido en el fecundo suelo pictórico español para llamar la atención de los marchantes de Nueva York. Entre ellos sobresalen los catalanes. En Cataluña, lugar industrial, aparecen la mayor parte de los representantes de la "nueva sensibilidad", los pintores abstractos como Juan Miró, el artista que, al decir de un poeta, con un punto puede hacer un cuadro. Su obra maestra, "Perro ladrando a la luna" ha sido adquirida por el Museo de Arte Moderno de Nueva York. No hace mucho el director del Museo me mostraba entusiasmado la silueta chata del perro extravagante. "¡Cuándo se convencerán las gentes, exclamaba, que la pintura no es escultura!" Efectivamente, ni planos, ni dimensiones, ni color, ni alma. Un perro infantil, una luna de papel. Un símbolo y un signo estético seleccionado por un meteco director de museo para embelescer la vida del rebaño sumiso a la voluntad del Estado.

CIENCIA Y SOCIEDAD

A sí se titula un pequeño libro del eminente argentino Cortés Pla, publicado hace poco en Buenos Aires por la editorial Atlántida. Es un libro que ayudará a buscar la salida del laberinto en que se encuentra prisionero el hombre contemporáneo.

En la introducción escribe Cortés Pla: "No intentamos, ni quisimos, redactar una obra científica. Sólo anhelamos interesar a los hombres de buena voluntad que sienten la angustia que corre a nuestro tiempo en el análisis de uno de los problemas más candentes y actuales de nuestra época". Este problema candente y actual tiene su causa originaria en el progreso de la ciencia aplicada, del maquinismo, de la gran industria capitalista. Tal progreso ha producido un desajuste en la existencia individual y colectiva; desajuste de valores esenciales y antinomias irreductibles entre la religión y la estructura económica, entre la conducta moral y el lucro como norma de conducta.

Cortés Pla conoce con profundidad la historia de las ciencias. Dice que "en Grecia, la pagana monoteísta, cuya gran conquista ¿no fué haber unido el hombre a la naturaleza? y cuya declinación es consecuencia del desarraigo de solidaridad del hombre con su medio; en Roma, que bajo un politeísmo aparente, en rigor monoteísmo de varias ramas, el divorcio se acentúa; en el cristianismo monoteísta que separando definitivamente al hombre de su medio quebró su contacto con la naturaleza y entonces 'la ciencia muere, el arte peligra y se hace artesanal'." Al leer las líneas anteriores cabe agregar que, efectivamente, hubo en Grecia un momento de plenitud gloriosa en el cual pareció realizarse la armonía entre el hombre y la naturaleza; pero la rivalidad entre las ciudades y un capitalismo inmaduro contuvieron el ímpetu creador. Roma avanza más en la construcción de obras materiales y en la acumulación de riqueza, sin lograr jamás que el romano superara al griego en sus características substantivas, tal vez por una mayor subordinación de lo espiritual a lo material. Y en el comunismo cristiano de los primeros siglos, al seguirse camino inverso, se exaltaron sin medida los valores del espíritu en mengua de la cabal integración humana.

El autor de "Ciencia y Sociedad", afirma con sobrada razón, lo siguiente: "La emancipación del pensar científico de la teología fué un

proceso lento ¡como que duró tres siglos! y difícil. Sólo el progreso experimentado en el campo de las ciencias naturales permitió al hombre romper uno tras otro los tentáculos que lo ataban al secular prejuicio, liberándose y liberando a la ciencia de la servidumbre a que había sido sometida". Y luego establece con toda claridad las líneas divisorias entre la ciencia y la religión al sostener lo que a continuación se transcribe: "Mientras en ciencia se busca, organiza y sistematiza el conocimiento positivo, la religión renuncia deliberadamente a toda demostración, aceptando una verdad revelada exenta de todo razonamiento. En ciencia se duda; en religión, se cree. La primera, rechaza una hipótesis no verificada exhaustivamente; la segunda, admite sin indagar, más aún, sin concebir la necesidad de hacerlo. La ciencia se renueva continuamente, deshaciéndose de las teorías o conceptos que no justifican su derecho a persistir frente a los nuevos hallazgos; en cambio, nada es más inmutable y permanente que el dogma religioso". Por eso, inevitablemente, todo dogma es anticientífico. Un dogma no cambia, no puede cambiar porque se apoya en la verdad revelada por Dios; y aquí radica el grave problema de las religiones, problema que estriba en la imposibilidad de transformarse sin negar su propia substantialidad; porque mientras las religiones no avanzan o sólo dan uno que otro paso vacilante, la sociedad camina siempre, se halla en perpetuo movimiento, obedeciendo a la ley universal del eterno cambio.

Cortés Pla se refiere en su pequeño libro a la tremenda crisis en que se halla sumergido el hombre de nuestros días. Su análisis es de tal manera exacto y penetrante, que no es posible resistir la tentación de insertar algunos párrafos: "El hombre como cosa sin valor se transformó en esclavo después de milenios; el régimen basado en la esclavitud perdura durante dos mil años, el feudalismo logra mantenerse algunos siglos y la democracia capitalista que se impone políticamente a fines del XVIII entra en su crisis más aguda después del siglo y cuarto con el surgimiento del comunismo en Rusia, del fascismo en Italia, y del nazismo en Alemania, crisis que provoca la segunda guerra mundial y nuestro trágico momento actual de honda confusión e inquietud, típica de un instante crucial en la vida de la humanidad.

"Al no aminorarse el ritmo evolutivo del proceso que estamos sintetizando, de la producción en masa se cayó en la superproducción. Como corolario: la desocupación en masa, las crisis económicas periódicas y el paradójico e injustificable hecho de la quema de enormes cantidades de artículos sólidos elaborados o naturales, y el derrame de los líquidos, a pesar de la desnutrición de grandes masas humanas en muchas regiones". Nadie que tenga ojos para ver y oídos para oír

puede negar lo anterior, puesto que todo lo que se dice está dolorosamente comprobado por hechos objetivos que no es posible desconocer. El mundo capitalista marcha cojeando, cual si fuese motor de automóvil al que se le hubieran estropeado algunas bujías. Se halla, incuestionablemente en la hora gris de un dramático atardecer.

Para Cortés Pla, la ciencia y la técnica "respondieron con creces a las apetencias de la clase dominante, altamente satisfecha de tales resultados, sin percibir que llevaban en su entraña los gérmenes de una escisión que, más tarde o más temprano, estallaría violentamente". Añade: "No era un amor platónico el que había inspirado el cortejar a la ciencia y a la técnica. Si el capitalista miraba simplemente su negocio, el Estado avizoraba atentamente el momento propicio para imponer su dominio a otros países. La contienda sorda entre los capitalismo nacionales no podía durar indefinidamente. Y sobrevino la guerra de 1914, "duelo forzoso, necesario, entre los diversos grupos en que la burguesía se había escindido al llegar al más alto punto de su poder", al decir de José Luis Romero. La dolorosa y amarga lección derivada de esa tremenda lucha no fué comprendida. Sólo fructificó en rencor y el ansia del desquite. Y la humanidad se vió envuelta en una segunda conflagración mundial, más terrible aún, de la que ignoramos si hemos salido realmente".

En otra parte se refiere el autor a la bomba de hidrógeno, engendro diabólico de la más estúpida maldad. Escribe: "últimamente la carrera adquirió mayor peligrosidad ante el anuncio de la construcción de la llamada bomba de hidrógeno o bomba H, cuya potencia sería mil veces mayor de la arrojada en Hiroshima; su explosión arrasaría con todo organismo vivo situado en una superficie de 2,400 kilómetros de ancho y 4,800 de largo (Harrison S. Brown, profesor de la universidad de Chicago); sus efectos radioactivos durarían cientos de miles de años, haciendo inhabitables las ciudades bombardeadas (William Lawrence). . .".

Todo el mundo lo sabe. . . Sin embargo, no es ocioso recordarlo, porque el hombre fácilmente olvida lo que apenas ayer sucedió. Los errores de una generación los repite la siguiente con increíble terquedad. La guerra de 1914-18 tuvo su origen en la lucha por dominar los mercados de artículos industriales y en las regiones productoras de materias primas. Las naciones principalmente interesadas en tales pugnas fueron Inglaterra y Alemania. A los pueblos se les engañó con hermosas palabras para que defendieran con bravura a sus opresores. La guerra fué un gran negocio para los pocos y un espantoso desastre para

los muchos, sin distinción de nacionalidades ni de vencedores y vencidos.

Lo que se dice en el libro sobre la bomba de hidrógeno es seguramente un error, entre otras razones porque una potencia destructiva mil veces mayor que la de la bomba arrojada en Hiroshima, no da el resultado que se calcula en las líneas arriba transcritas. Además, no puede aceptarse que la explosión de la bomba H destruya todo organismo vivo en una superficie de 2,400 kilómetros de ancho y 4,800 de largo. Si así fuese, el territorio que abarcaría la explosión sería de 6.720,000 kilómetros cuadrados, es decir más de tres veces la superficie total de un país como México o la Argentina. Al parecerme incorrectas y notoriamente exageradas tales cifras, consulté a mi ilustre amigo el Dr. Manuel Sandoval Vallarta, físico-matemático de prestigio internacional, quien me contestó por escrito lo que sigue: "El área de destrucción de una bomba de 20,000 kilotoneladas de TNT (mil veces la energía puesta en libertad por las bombas usadas contra el Japón en Nagasaki e Hiroshima) es de unos 2,800 kilómetros cuadrados, incluyendo los efectos debidos a la onda de choque, radiación térmica, radiación gama y neutrones. Los efectos radioactivos retardados dependen del material que esté presente en la proximidad de la explosión y por consiguiente no pueden predecirse de antemano". Sea de ello lo que fuere lo cierto es que la capacidad destructiva de la bomba de hidrógeno sería sencillamente espantosa y si alguna vez, suponiendo que se construyese, se arrojara sobre una gran ciudad, se cometería el crimen más grande de todos los tiempos.

A veces se recibe la impresión de que los estadistas de las grandes potencias no tienen la estatura necesaria para resolver los graves problemas de la hora actual. Esto lo advierte Cortés Pla cuando escribe: "Es realmente asombroso comprobar que quienes por la naturaleza de sus funciones debieran estar habituados a enfocar los problemas mundiales con certera precisión y sintética claridad, acusen en los hechos la ausencia casi total de tal aptitud. La persecución a científicos por haber expresado libremente sus ideas, por haber asumido, sin medir los riesgos, una posición franca en el planteo de los problemas sociales, es índice claro del estado espiritual reinante en las esferas gubernativas". Al leer esto se recuerda con tristeza que el hombre de ciencia no sólo ha sido perseguido en la Unión Soviética, sino también en los Estados Unidos, país en el cual se asegura que se lucha y se luchará sin tregua en defensa de la libertad humana.

En la obra que comentamos se discute el problema educativo en relación con los graves acontecimientos de nuestros días, tan preñados

de peligros para eso que hemos dado en llamar civilización. A tal propósito escribe el autor: "En sus grandes líneas el problema educacional se singulariza —con pequeñas variantes en todos los países— por impartir en su base: un humanismo acientífico, superficial; fomentar el cultivo de la memoria en lugar de ejercitar el uso de la razón; colmar el espíritu de prejuicios; supersticiones, rencores e intolerancia, en vez de liberarlo de ancestrales plagas, reemplazándolas por el amor y la tolerancia, el forjarse un ideal y ser consecuente con él, sobreponer lo espiritual a lo material; estimular la imitación en lugar de exaltar el sentido crítico y la potencia creadora. En el vértice: un tecnicismo especializado, sin conexión correcta ni con su propia disciplina general. Resultado: el técnico unilateral llámese abogado, ingeniero, médico, estadista, industrial, o de cualquiera otra manera. Técnico carente de visión de totalidad, aferrado a anteojeras que le limitan —y simplifican— el panorama a analizar. Sin tesis en sus distintos grados, la enseñanza actual es anticientífica, antiprogresista, diluida en extensión y magra en profundidad; predomina en ella el barniz, el oropel, lo vacuo; no suministra cultura real, saber consciente, vivencias auténticas, desinterés personal en aras del bien colectivo; permanece enquistada en divagaciones metafísicas y sólo estima de la ciencia sus resultados prácticos; forma técnicos perfectos si se quiere; aún más; geniales a veces, pero mutilados cerebral y espiritualmente como hombres". Lo anterior es verdad en términos generales, tal vez con algunas excepciones que confirman la regla. En todas las universidades se advierte un descenso de la alta cultura. Los profesores son hoy menos maestros que ayer y los alumnos menos estudiantes. A éstos les interesa más aprobar las materias que saber bien su contenido. La juventud actual está enferma de impaciencia. Lo que le importa es obtener un título profesional, patente de corso para explotar a la sociedad. Son víctimas del ejemplo de sus mayores y de un mundo en pleno proceso de descomposición. Sin embargo, estamos seguros de que algunos jóvenes se salvarán por sus virtudes esenciales y de que ellos serán quienes salven al hombre atribulado y sin rumbo, al señalarle nuevas metas por conquistar y nuevos motivos que justifiquen y den noble sentido a la existencia. Por otra parte, cuando la especialización se fragmenta en minúsculas partículas de una rama del conocimiento, como ocurre en los Estados Unidos, el resultado es negativo desde el punto de vista del interés social, porque implica castración de individualidades valiosas que hubieran sido más útiles a sus semejantes de no haber sufrido tal mutilación. No puede negarse que un especialista a la norteamericana en el cultivo del café, o en la pesca del

tiburón, sabe todo lo que es posible saber de una o de otra cosa; pero como es eso todo lo que sabe y a su especialización dedica la mayor parte de los días del año y todos los años de su vida activa, carece de ideas generales y su visión del mundo es de una pobreza desoladora. Cumple bien con sus funciones técnicas; mas no cumple bien con sus deberes ciudadanos. Para Cortés Pla, lo mismo que para cualquier otro hombre de ciencia, "la ortodoxia científica no existe. Ninguna teoría es intocable; ninguna experiencia es definitiva. Con tal convicción el científico ofrenda su lealtad sólo a la verdad, esa verdad tras la cual ha corrido siempre sin lograr alcanzarla y continúa persiguiéndola aún con la certeza de que quizá nunca ha de poseerla. Por esa fe, por ese espíritu, la ciencia constituye un subyugante y noble ideal". Pero el hombre de ciencia, en esta amarga crisis que sufre la humanidad, "no puede más —agrega el autor— permanecer indiferente ante las consecuencias emergentes de su labor. Debe comprender que ha adquirido una tremenda responsabilidad social y aprestarse a satisfacerla". Sí, nada más —comentamos nosotros— que los hombres de ciencia no por serlo, tienen entrañas de héroes o de mártires. Son magos blancos; pero llegan los soldados y los mercaderes y los obligan a practicar la magia negra. Y después las bombas asesinas y la victoria de la maldad y del crimen. Los hombres de ciencia no son responsables sino los gobernantes de las grandes potencias. Ellos serán juzgados con severidad por la historia, con una severidad sin precedente histórico.

Frecuentemente destaca en su libro Cortés Pla, la antinomia entre la ciencia y la moral. Una muestra es la siguiente: "¿Qué hermoso sería el vivir, qué digna sería la humanidad, si al haber avanzado a pasos gigantescos en el campo de la ciencia y de la especulación intelectual hubiera recorrido idéntico trecho en el orden moral! Pero la codicia, la maldad, el odio, ocuparon el lugar de la justicia, de la bondad, de la tolerancia". Mas a pesar de su análisis inteligente de la vida social, tan cargado de colores oscuros, no es pesimista. Esto se ve diáfananamente en las líneas que siguen: "Confiamos en la aptitud del hombre, en su cordura para vencer y controlar sus propios defectos y apetencias. Confiamos en la potencia de las fuerzas morales. Por ello, tenemos fe en que sabrá encontrar el camino que debe conducirle a enaltecer la condición humana, a forjar un mundo donde impere en todos y para todos los hombres la libertad, la justicia, el amor, la tolerancia, la belleza, la verdad". Estamos conformes. Nuestras ideas coinciden con las del autor de "Ciencia y Sociedad". Es cierto todo lo que dice. Jamás ningún momento histórico había sido tan triste,

tan deprimente, tan angustioso, tan cargado de negros presagios como estos años posteriores a 1929. Recordemos la conocida frase de Francisco I después de la batalla de Pavía: "Todo se ha perdido, menos el honor". Nosotros podemos exclamar ahora: Todo se ha perdido, menos la esperanza en el destino superior del hombre.

Jesús SILVA HERZOG.

UN PANORAMA DE LAS CIENCIAS SOCIALES *

DE aquí que se presenta, por vez primera en inglés el cuadro de las ciencias sociales en la América Española y Brasil. Es el fruto de una investigación detenida, juiciosa, a través de la vasta literatura que en siglo y medio azuza preocupaciones por conocer el pensamiento de estadistas, historiadores, educadores y escritores de las más opuestas ideologías. El sumario abarca todo lo que se ha producido en torno a los problemas que se debaten en la actualidad y que han interesado al sociólogo, el economista, el historiador, el geógrafo, el antropólogo, el educador y el intelectual—he aquí una palabra que necesita revaloración—, y todos los que buscan la terapéutica a que debe someterse la colectividad en Hispanoamérica, ese gran enfermo, con males ancestrales, víctima de promesas, capaz de producir novedad en la historia.

El Dr. Davis ha trazado con probidad el cuadro confuso de esa América en que siguen fermentando la inquietud y el afán renovador. Para ello ha acudido al mayor número de fuentes primarias: libros y folletos, discursos y manifiestos, programas de acción política y social, influencias recíprocas y puntos de vista análogos; todo lo que explica mutaciones en el movimiento histórico, pugnas y estados de violencia en una lucha de grupos humanos que han sufrido los golpes duros del heredero que aun no puede librarse de prejuicios y rencores.

"Cuando el hombre de estudio norteamericano —afirma Davis— comienza a estudiar la literatura de las ciencias sociales en la América Latina, se pregunta cautelosamente qué preconceptos, en cuanto a la naturaleza de las diversas disciplinas, tal como están formulados en su mente, se derivan en verdad de problemas y de puntos de vista de la escena norteamericana". Tal afirmación señala, automáticamente, el conflicto entre la manera cómo los americanos de los Estados Unidos ven los fenómenos de nuestra vida social y nuestra manera de entenderlos. Esto quiere decir que el estudioso norteamericano aplica las normas de su criterio histórico a los problemas de la otra América, olvidando o desconociendo nuestros antecedentes. Conviene también

* HAROLD E. DAVIS: *Social Sciences Trends in Latin America*. Issued in cooperation with the Inter-American Bibliographical and Library Association. (Washington: The American University Press. 1950).

señalar un hecho: el concepto que los sociólogos norteamericanos tienen de la Sociología es diferente del que hemos adoptado. Sin conocer o entender nuestro trasfondo histórico —que llega más allá del descubrimiento, la conquista y la colonización por España— y, sobre todo, enjuiciando nuestra realidad con el criterio de quienes nacieron a la vida emancipada con muchas conquistas del orden y de la experiencia, no es posible emprender el conocimiento de nuestra condición actual y de ahí que muchos de los que opinan sobre ella no hacen más que formular juicios erróneos. Todavía padecemos en la América Española el viejo mal de la improvisación; todavía no constituyen gobierno los que conocen los datos de la estadística elemental (estadistas) y desconfían del especialista como de un hombre peligroso, que sí lo es cuando carece de cultura general. Aun ejerce funciones importantes en nuestra América el "Pensador" que, por fortuna está desapareciendo (p. 7). Es el tipo que en los comienzos de la existencia republicana entró en el campo en que todos los temas se debaten, porque se sentía enciclopedista. El oficio de pensar es demasiado comprometedor cuando se quiere dar a un sector humano la felicidad, pero lo es más cuando se trata de realizar esa tarea sin conocer la vocación del pueblo, su intimidad histórica, su ser propio.

El autor de este libro señala, ante todo, las "áreas sensitivas del cambio social" (p. 5); y apunta, entre ellas, la política indigenista, la agraria y la demográfica. Sobre la primera habría mucho qué hablar, pues ha sido excelente pretexto para que los demagogos ignaros busquen una celdilla adecuada en la colmena del presupuesto burocrático. Luego se refiere al interés creciente por la Sociología, especialmente la que procura el progreso humano sin recurrir al empirismo, ni mucho menos a los arduos del politicastro que especula con habilidad. El Dr. Davis presenta una síntesis de las tendencias básicas de los estudiosos de hoy (p. 8); los servicios de la antropología aplicada, al apoyar la investigación histórica; la reacción antipositivista, entre otras, refiriéndose a los nexos del positivismo con el liberalismo. Al mencionar a Bentham y Comte —como revolucionarios del pensamiento hispanoamericano, ¿y por qué no a Rousseau?— señala a varios de los maestros de nuestro tiempo (Ricardo Rojas, Fernando Ortiz, Gilberto Freyre, Tristán de Athayde), que son voceros sobresalientes de la ciencia al servicio de la verdad y que cierran la lista en que aparecen, a lo largo de la historia de las ideas los tomistas, los positivistas, los liberales, los librepensadores y los neo-tomistas. Se diría que esa nómina no va más allá de Mariano Moreno en la Argentina y de Lucas Alamán, en México. Recalca el Dr. Davis un hecho: que la Antropología ha adquirido

recientemente gran importancia en aquellos países en que hay conflictos raciales y tensiones (México uno de ellos, el más visible por sus agitaciones desde 1910, aunque en otros países "poco desarrollados" esos conflictos impiden la estabilización, la convivencia). Advierte que los afanes de los indigenistas han adquirido especial importancia, recientemente (p. 14); y al referirse a la influencia del pensamiento europeo, alude también a "las normas americanas". El Dr. Davis reconoce que en nuestra América se han operado muchos cambios en lo que se refiere a los problemas sociales, "en forma tal que la actividad en la investigación y el adiestramiento del personal científico va muy atrás de los cambios en la escena social, (p. 5). También hace notar que hay en la América Latina (prefiero llamarla América Española) "un alto grado de conciencia internacional", que permite referirse a la obra notable que en esa América se ha realizado en el campo del Derecho Internacional (p. 7).

Cuando habla de las disciplinas que más han sobresalido en la atención de los hombres de estudio, indica las siguientes: Historia, Antropología, Sociología, Literatura, Ciencias Políticas, Arqueología, Psicología social (p. 89). Esas preferencias le han señalado el camino de su investigación, lo cual está precisado en los títulos de cada capítulo.

Al mencionar a varios de los países (hay poca información sobre Centroamérica) proporciona aquellos nombres que están identificados a la historia de las ciencias políticas (p. 47), en primer término los ensayistas, y a quienes desde las publicaciones periódicas han contribuido más a su progreso. Aparece (cap. VI) lo relativo a las instituciones económicas (bancos, cátedras universitarias, revistas), en forma objetiva; y lo referente a la Historia (cap. VII) le obliga a señalar a sus cultivadores de primera línea, haciendo la advertencia de que en la biografía faltan ensayos de calidad científica y que ha surgido un número, cada vez mayor, de monografías y ensayos sobre la historia económica y social, y también "estudios históricos sobre temas del comercio, la medicina, la música, el correo, la casa de moneda, la introducción del caballo, el cultivo del algodón y del azúcar, la historiografía, el folklore, la educación en la época colonial y en el siglo pasado, las rebeliones de los indios, la historia eclesiástica, la vida literaria e intelectual, el arte y la arquitectura". Sin embargo, se nota la ausencia de estudios sobre la historia contemporánea, aunque ya hay síntomas de que "en México, por ejemplo, estudios de ese carácter pueden nuevamente asumir un lugar prominente" (p. 47). Opina que no hay aún estudios documentados con amplitud sobre algunas de las

grandes figuras históricas del siglo XIX: Porfirio Díaz, Ruiz Barboza, Hipólito Irigoyen, José Balmaceda, Francisco I. Madero y Venustiano Carranza, tan sólo para mencionar algunos. Está en lo justo el Dr. Davis; porque aunque se han publicado muchos documentos sobre dichos personajes, todavía no hay una interpretación de su vida y su obra.

El capítulo XII es una disertación sobre la cooperación cultural interamericana e internacional. Sobre ese tema podrían escribirse muchas páginas en las que la verdad constructiva puede hacer mucho bien, ya que sobre tal problema son más los obstáculos que las realizaciones, desde el "Repertorio Americano" que Andrés Bello editó en Londres hasta el de Joaquín García Monge, en Costa Rica, que no figura en este libro.

Pueden señalarse algunos errores y olvidos en esta obra útil y generosa. Ante todo, creo que falta un prólogo para que en él se hable de los antecedentes de ese cuadro histórico-bibliográfico. En él puede hablarse de los cronistas de Indias, los etnólogos, los que vertieron ideas como el Padre Las Casas o el Obispo Palafox y Mendoza, durante la dominación española, hasta José del Valle, Bolívar, Francisco de Paula Vigil, Mariano Moreno, Rivadavia, Bartolomé Herrera, Juan García del Río, etc., etc. Y también del influjo de las ideas francesas y de los economistas ingleses, poniéndolas en parangón con las ideas políticas de Franklin y Jefferson, así como la ideología de los judíos que clandestinamente agitaban, mientras España señoreaba el mundo americano. El libro es, por fortuna, susceptible de perfeccionamiento y tiene el gran valor que todos le reconocerán: remueve noticias, aviva curiosidades, estimula a seguir estudiando.

Algunos errores: Gabino Barreda no fué director de Educación Pública en México (p. 11) sino director de la Escuela Nacional Preparatoria. ¿Hasta qué punto Justo Sierra fué positivista?, esto podría contestarlo quien revise sus "Obras Completas", recientemente editadas. José Carlos Mariátegui no fué precursor del aprismo en el Perú. Fué quien fundó el Partido Comunista en aquel país (pp. 19 y 48). Falta el nombre de José Vasconcelos, a quien no puede olvidarse en la historia de la educación. Entre los historiadores no se menciona a José María Luis Mora, Lorenzo de Zavala y Justo Sierra, tratándose de México; a Alejandro Marure, Tomás Ayón, Ramón Rosa, Antonio R. Vallejo y Rómulo E. Durón, entre los centroamericanos; y a Fray Cipriano Utrera entre los dominicanos. Al hablar de los economistas fueron olvidados el peruano Emilio Romero y el cubano Ramiro Guerra. Entre los investigadores estéticos faltan Mario Buschiazzi y Angel

Guido, argentinos; Francisco de la Maza, Justino Fernández, Manuel Romero de Terreros y Vicente T. Mendoza entre los mexicanos. Si hay referencias a varios arqueólogos extranjeros ¿por qué no mencionar a John Lloyd Stephens y Sylvanus G. Morley, que ya son clásicos? No pueden ser olvidados los nombres de los educadores Omar Dengo, de Costa Rica; Alberto Masferrer y Juan Ramón Uriarte, de El Salvador; Pedro Nufio, de Honduras; Sóstenes Esponda y Enrique Rébsamen y sus colaboradores, de México; y Juan José Arévalo, de Guatemala. Tratándose de maestros en Filosofía, faltan el argentino Aníbal Ponce y el mexicano Samuel Ramos. Hay un geógrafo joven, que ya ocupa un sitio de primera línea en México: Jorge L. Tamayo. Hay que reconocer la magnífica obra que la Secretaría de Relaciones Exteriores de México ha llevado a cabo por medio de su "Archivo Histórico Diplomático Mexicano" y la excelente obra realizada por las series de documentos históricos dirigidas por don Genaro García y don Genaro Estrada, la última editada por la Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos. A estas rectificaciones podría agregarse la relativa al éxito político de los apristas (p. 19) en el Perú; pero tal afirmación da pie a largas consideraciones que podrían apoyarse sobre hechos incontrovertibles y sobre libros como el del ex-presidente José Luis Bustamante y Rivero, "Tres años de lucha por la democracia en el Perú". Se comprende que una empresa como la que ha llevado a la meta el Dr. Davis requiere compulsar más documentos bibliográficos, modificar la arquitectura del libro y añadir otros datos y referencias. Pero es ya un primer paso en firme, justipreciado por quienes pueden abarcar el área vasta de una investigación que, si fuera traducida al español, sería una verdadera hazaña de la cooperación intelectual y una prueba contundente de la curiosidad de quien, siendo catedrático de Historia de América Española en la American University y director de Estudios Interamericanos y jefe de la División de Estudios Sociales en la misma Universidad, tiene tiempo y entusiasmo para presidir las conversaciones del Grupo de Historiadores de la América Latina en esta ciudad.

Rafael HELIODORO VALLE.

Presencia del Pasado

LA REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE MEXICO

BOSQUEJO HISTORICO

Por *Pablo MARTINEZ DEL RIO*

EXISTEN entre la Real y Pontificia Universidad y la Nacional Autónoma de México nexos que por sutiles que deban estimarse, tampoco resultan únicamente topográficos y que nos hacen a los que pertenecemos a ésta considerar con gran interés todo lo que se relaciona con aquélla. No podemos aquí justipreciar esos vínculos. Baste recordar que, aunque en agonía, la institución dejó de ser "real" para convertirse en "nacional", en otros términos en una universidad oficial del México independiente.

El tema en que habremos de ocuparnos es, hay que confesarlo, extensísimo: el archivo de la antigua Universidad, todavía en gran parte inexplorado, consiste de más de medio millar de tomos. Hay, además, otra dificultad. Es, en efecto, un hecho indiscutible que debido a diversos factores, entre ellos nuestro notorio fervor político, han tomado forma en México, en lo que a la historia se refiere, dos grandes *clichés*, el uno —que tiende a exaltar todo lo español— propio del elemento "conservador"; el otro —que glorifica lo indígena— "izquierdista", con la circunstancia de que este último ha gozado, se puede decir, de cierto beneplácito gubernamental, dado el carácter o por lo menos la estirpe de nuestras sucesivas administraciones desde hace mucho tiempo.

Pero también es un hecho no menos incontrovertible que quienes, valiéndose de métodos más modernos, acometen, prescindiendo de cualquier prejuicio personal y aún de los más legítimos anhelos de mejoramiento social, el estudio objetivo de nuestro pasado, pronto comienzan a caer en cuenta de que, sujetos a este criterio revisionista, los dos *clichés* no son, sustancialmente, más que otras tantas deformaciones de la verdad

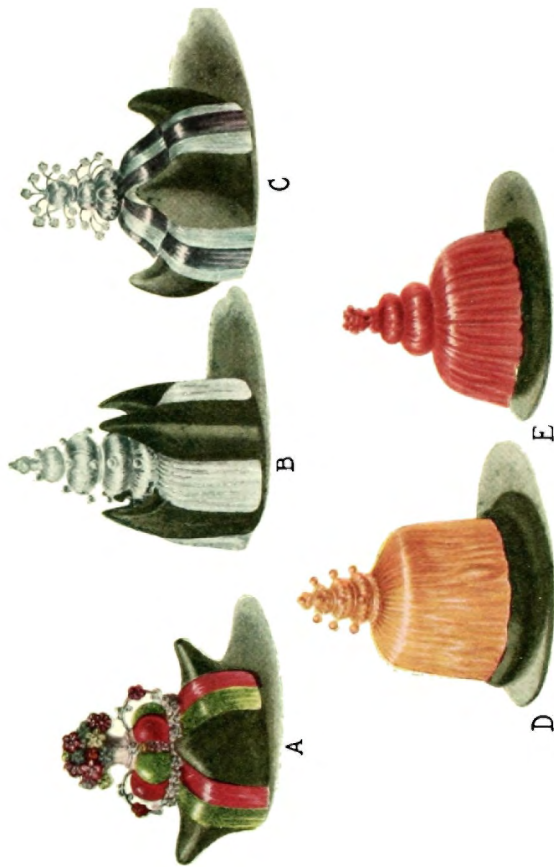
histórica. Esto tampoco implica que esa verdad llegue a ocupar una posición intermedia, puesto que nuestro examen nos lleva a la conclusión de que, en realidad, ella está en otro plano diferente, en el cual toma forma un *cliché* que no es ni infrarrojo ni ultra-violeta, sino casi infinitamente matizado, como el arco iris.

Enaltecida por los unos, rebajada por los otros, la Universidad Real y Pontificia ha venido teniendo cabida dentro de uno u otro de los dos clichés antes explicados: ha habido quienes la han estimado casi grandiosa, y quienes la han descrito como una simple "pajarera". Su historia—esa historia que reclama con insistencia—exige una preparación especializada y un tiempo de que no hemos dispuesto. En el curso de este bosquejo trataremos, sin embargo, de seguirla brevemente en sus principios y en su desarrollo posterior, comparándola con algunas otras y procurando esbozar su verdadero significado en la evolución de México.

Principios

NO es la Real Universidad de México la más antigua del Nuevo Mundo, puesto que la precedió, por lo menos en la fecha de su documento constitutivo como *studium generale pontificio*, la de Santo Domingo. También resulta anterior, en la cédula real que la creó, la de San Marcos de Lima, aunque ella no llegó a abrir sus puertas sino muchos años después de que había comenzado a trabajar la nuestra. En el establecimiento de la Real de México intervino un franciscano ilustre: don fray Juan de Zumárraga. Más tarde, se deduce que apoyaron la iniciativa don Antonio de Mendoza, y el Ayuntamiento de la Ciudad de México. Si hay dos personajes de la Colonia a quien debe rendir homenaje la Universidad Nacional de México son esos dos varones verdaderamente preclaros en todos los órdenes que fueron el primer arzobispo de México y su primer virrey, introductores de la alta cultura a la Nueva España. Muy distinta hubiese resultado la Colonia si hombres de tan extraordinaria calidad hubiesen seguido plasmando sus destinos.

La Cédula Real que creó nuestra Universidad, está fechada el 21 de septiembre de 1551:



Capelos y borlas doctorales. A. De ambos Derechos. B. De Teología. C. De Teología y Artes. D. De Doctor en Medicina. E. De Doctor en Leyes.

El lunes 5 de junio de 1553, previas algunas ceremonias sobre las cuales existe cierta confusión, abrió la Universidad sus puertas a los estudiantes, dando su primera lección en el curso de Vísperas de Teología el dominico fray Pedro de la Peña en presencia del virrey don Luis de Velasco, del rector interino don Antonio Rodríguez de Quesada y de otros personajes distinguidos. A esos primeros días se remonta también la inauguración de varios otros cursos; el de Cánones, a cargo del licenciado Pedro Morones; el de Decreto, a cargo del doctor Bartolomé de Melgarejo; el de Latinidad o Gramática, a cargo del bachiller Blas de Bustamante; el de Instituta, a cargo del licenciado Bartolomé Frías, y el de Artes, a cargo del canónigo Juan García.

Ninguno de estos catedráticos ha dejado fuerte huella: sin embargo, el sabio e incansable profesor Carreño ha escrito la biografía de don Blas de Bustamante, hombre en extremo honorable y trabajador, quien por su larga carrera docente fué un verdadero "maestro de maestros". Los dos más destacados universitarios de esa época, fray Alonso de la Vera Cruz y don Francisco Cervantes de Salazar, comenzaron a enseñar un poco después: el primero fué nombrado catedrático de Escritura y más tarde de Teología Escolástica: el segundo tuvo a su cargo la cátedra de Retórica.

En virtud de un rasgo de justicia histórica poco frecuente en estos tiempos, la estatua de fray Alonso ocupa prominente puesto en el patio de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Hombre de rara virtud y de verdadera vocación evangelizadora y docente, es innegable que este gran exponente del pensamiento aristotélico-tomista mereció bien de la cultura en México. El suyo, si se quiere, no fué un espíritu muy original, pero no conoció lo que era el descanso, y a él se debe el primer tratado de filosofía publicado en el Nuevo Mundo. En lo que mira a don Francisco Cervantes de Salazar, que llegó a ser rector de la Universidad, aunque hombre de distinto calibre, tenemos que agradecerle, aparte de su Crónica, y consignados en sus Diálogos Latinos, muchos y muy valiosos datos acerca de la Universidad al finalizar el primer año de su existencia.

Es muy placentero seguir a la Universidad en su marcha inicial ascendente. Como lo ha comprobado el profesor Carreño, la institución primeramente ocupaba un local que yacía en el lugar donde descubrimos hoy una gran excavación, al

norte del Sagrario, y en la misma manzana; más tarde tuvo su asiento allí el Seminario. La institución había nacido pobre, pero en 1560 se atendió un poco al asunto; y doce años después otra cédula real, removiendo la limitación anterior respecto a la salmantina, les concedió a sus graduados todas "las libertades y franquezas de que gozan... los que se gradúan en el Estudio y Universidad de Salamanca, así en el no pechar como en todo lo demás".

¿Cuál era lo que podríamos llamar el "clima intelectual" de la Nueva España en esa segunda mitad del siglo xvi? Por más que la marcha de la institución nos es relativamente bien conocida gracias a los tediosos pero utilísimos datos que con tanta minuciosidad nos proporciona en su recopilación el benemérito cronista don Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén, es aquel un asunto de apasionante interés del cual desgraciadamente no podemos ocuparnos por el momento. Sólo apuntaremos que el estimar la influencia de las ideas renacentistas en la Nueva España es labor, naturalmente, muy ardua. Por otra parte, aunque es verdad que existe ya bastante material publicado y que contamos con varios escritores, comenzando por el prósper García Icazbalceta, que han venido trabajando en ese campo con notorio éxito, mucho todavía nos es desconocido. Se puede, sin embargo, advertir que un examen cuidadoso de la documentación contemporánea comprueba que la Nueva España del siglo xvi resultó mucho menos impermeable que lo que suele suponerse respecto a la cultura general europea; y las listas de los libros enviados al Nuevo Mundo o recogidos por la Inquisición muestran en los colonos una amplitud de intereses intelectuales que casi puede calificarse de sorprendente, a la vez que establecen que para los seglares, aun a veces de cultura muy mediana, no menos que para los eclesiásticos, la religión era tema de interés vital pero no exclusivo en sus lecturas.

En lo que se refiere, más precisamente, al influjo de las ideas reformistas, y sin aludir a Quiroga, recordaremos que Bataillon ha comprobado el uso que, sin afectar su rigurosa ortodoxia, había hecho Zumárraga de los escritos de Erasmo. Pronto comienza a aparecer ligado con la Universidad, aunque en forma que se antoja casi del todo superficial y externa, ese "a un tiempo desenvuelto, socarrón y sagacísimo clérigo, teólogo de Salamanca", don Sancho Sánchez de Muñón, Maestrescuela de la Catedral, y Cancelario de la Universidad, cuya



Fr. Alonso de la Vera Cruz, primer Catedrático de Teología en nuestra Universidad, portando muceta blanca con capucha y franja negra, el bonete de Doctor lleva también borla blanca.



D. Antonio López Portillo y Galindo, quien en 1755 sostuvo durante tres días actos de todas las facultades, recompensándolo la Universidad con todas las borlas. Sobre la mesa pueden verse: la muceta blanca con franja azul, roja y azul y el bonete con borla verde y roja, blanca y azul; las florecitas alternan los colores. En la parte de atrás, la beca de color verde con su rosca.



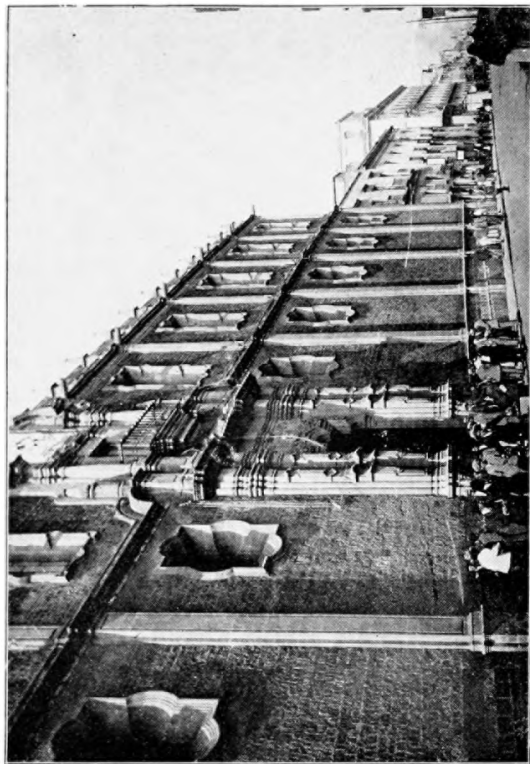
Dr. D. Diego Rodríguez Campos, portando el traje de los médicos: golilla, muceta amarilla con franja negra, terreruelo o capa corta hasta las rodillas, ropilla de terciopelo labrado a rombos, con cinturón, calzón corto del mismo terciopelo con botones laterales y lazos. Calzas grises, zapato negro con una cuchilla y lazos. Sobre la mesa puede verse el sombrero alto, gris con historiada borla y fleco dorado. En el escudo catorce Aes aprobatorias.



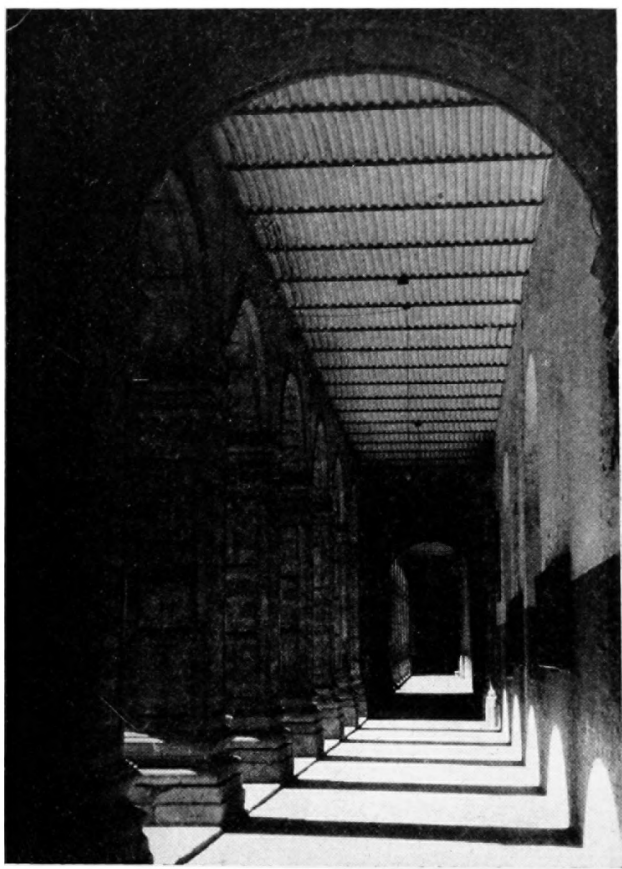
Ilmo. Sr. Dr. D. Isidro Sariñana y Cuenca, estudiante de mucho ingenio en la Universidad Real y Pontificia de México, sostenedor de algunos certámenes literarios en la misma y quien por sus sobresalientes dotes llegó a Obispo de Oaxaca. En su escudo muestra las diecisiete Aes de su aprobación.



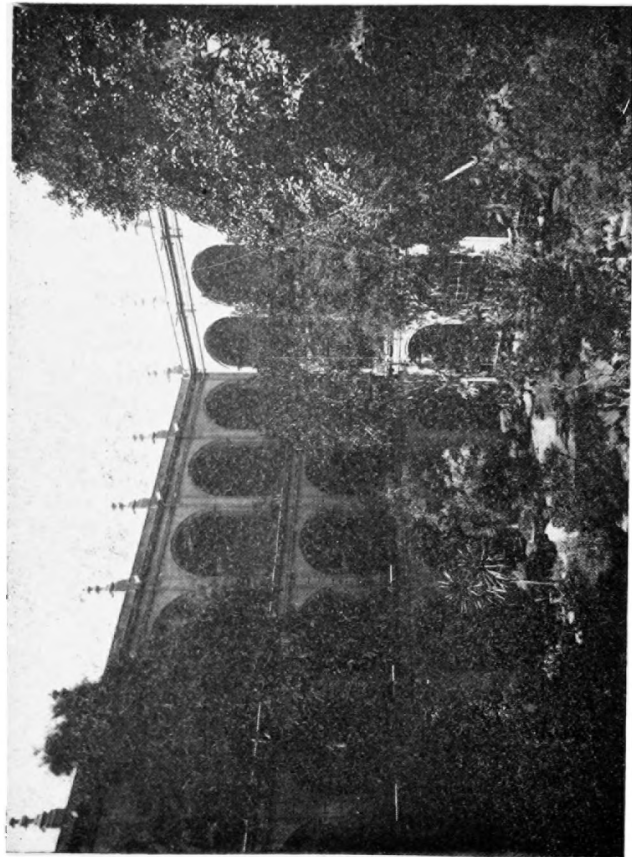
Fachada de la parte llamada el Colegio Chico.



Fachada de la parte llamada el Colegio Grande.



Corredores de la planta baja. En primer término el del Colegio de Pasantes;
en segundo el del Colegio Grande.



Patio del Colegio Grande. La fotografía, aproximadamente hacia 1900, muestra el jardín botánico hoy desaparecido.

biografía parece inclinarse a ofrecernos un estudioso que también en fecha reciente y con gran conocimiento de la materia ha venido trabajando en ese campo, el profesor Almoina.

Es verdad que en México leían a Erasmo hasta algunos laicos sin las menores pretensiones de ilustración y que muchas de sus obras, posteriormente recogidas por el Santo Oficio, circulaban en la Colonia; pero aun así hay que reconocer que el erasmismo no dejó rastro permanente en el mundo hispano salvo en lo que había contribuido al movimiento regenerador y depurador de la Contrarreforma, a la cual cabría en muchos órdenes definir como una reforma de la Reforma. España, en efecto, no pudo haber procedido con mayor eficacia y rapidez en la supresión de la heterodoxia y en la incorporación de los indios al Cristianismo: al contrario, cabe sospechar que, en su afán entusiasta, en alguna ocasión no sólo se llegara a suprimir la heterodoxia sino aun la propia ortodoxia. Lo cierto es que pronto la lucha fué más bien contra la superstición, el judaísmo y un exotismo que nada tenía de protestante, sino todo lo contrario.

Resulta triste tener que asentar que la Universidad pronto deja de dar señales de su prístina pujanza. En carta dirigida al Presidente del Consejo de Indias en 1574, el doctor Moya de Contreras manifiesta que la institución "está tan flaca y desautorizada que antes parece que va en disminución que en acrecentamiento". Es verdad que el doctor Moya de Contreras buscaba colocarla sobre una base económica más amplia, probablemente con la idea de crear clérigos que pudiesen contrarrestar la influencia de los frailes; y puede, en consecuencia, considerarse un tanto exagerada su aseveración. Pero el dato es sintomático y hace resaltar una enfermedad que aquejará a la institución hasta el final: su pobreza. A Moya de Contreras, por cierto, debióle la institución nuevos estatutos y la colocación de la primera piedra de su edificio definitivo.

Aunque no se dió curso a una cédula firmada por el rey en 1580 ordenando que se instituyera una cátedra de lengua de indios, en cambio, en 7 de noviembre de 1586 se erigió en propiedad la cátedra de Prima de Medicina, de la cual tomó posesión el doctor Juan de la Fuente, a quien se le asignaron ciento cincuenta pesos de oro de minas en cada año: el estudio de esa ciencia se basaba en Hipócrates y Galeno, pero con adiciones modernas. Muy deficientes en verdad nos parecerían

esas enseñanzas hoy día, pero, como dice el doctor Chávez, "no era malo el programa ni eran anticuados los textos y por lo tanto las doctrinas. . ." Quien quiera sonreír despectivamente tendría que recordar que en el siglo XVI eso pasaba no sólo en México sino que era la forma usual de enseñar medicina, en Francia, en toda Europa. Es un hecho que corresponde a la antigua Universidad de México el honor de haber sido la primera en el Nuevo Mundo en impartir la docencia médica oficialmente.

En 1595 expidiéronse por Clemente VIII las bulas acreditando a la institución como pontificia. Pero la pobreza seguía acechando a la institución: "la Universidad no tiene de donde pagar —escribe don Luis de Velasco al Rey en junio de 1590—, que aun con ser los estipendios de las cátedras tan limitadas y no suficientes, no se pagan". Los últimos años del siglo, por lo menos, traen buen alivio, pues se aumentan sus rentas en tres mil pesos (1597), y la hallan instalada en su propio edificio, detrás del que ahora ocupa la Suprema Corte de la Nación, y en terrenos que habían sido adquiridos de los herederos de don Hernán Cortés, por cierto no sin algunas dificultades. La Real y Pontificia Universidad era entonces, sin el menor género de duda, el centro más importante de alta cultura en todo este hemisferio.

El siglo XVII y las Constituciones palafoxianas

EL siglo XVII es un siglo de cosas ya realizadas y, en ese sentido, de un estancamiento que pronto comienza a mostrar síntomas de decadencia. Pero el hecho que elementos tan heterogéneos como el indio y el español, el fraile y el encomendero, hubiesen podido cristalizar en un solo conjunto orgánico con tanta rapidez y en forma tan diamantina es para dejar atónito a todo aquel que se dedica al estudio de la integración y disolución de las culturas. Solemos olvidarnos que aquí, bajo nuestros volcanes, lográbase ese *ordo rerum*, esa solución universalmente aceptada de todos los problemas divinos y humanos, que tan infructuosamente había buscado la Edad Media en Europa. El estilo arquitectónico puede, o no, desagradarnos, pero el edificio resultaba notable. Cabe decir en verdad, que a pesar de sus evidentes imperfecciones, y valga la contradicción, el mundo novohispano era un mundo perfecto.

El período, por tanto, acusa una falta de iniciativa que llega a afectar a las diversas órdenes religiosas, con una sola excepción: los jesuitas, por más que estos mismos, que habían establecido numerosos centros docentes en el último tercio del siglo pasado, dan muestra de proseguir sus actividades con un ritmo algo más lento. De todos modos, le hacían una competencia muy fuerte a la Universidad, por más que aquellos de sus alumnos que aspiraban a obtener un grado tenían también que inscribirse en ella. Sin embargo, dentro de ese ambiente más tranquilo, y a pesar de sus diversas limitaciones, la Real y Pontificia institución seguía cumpliendo con su cometido, bajo la égida de Aristóteles, Justiniano y Santo Tomás de Aquino. Pero el sol de las grandes instituciones tradicionales estaba declinando por doquiera.

El año de 1609 marca una fecha interesante en los anales de la literatura, pues ya de regreso de España, obtiene la licenciatura en la Universidad don Juan Ruiz de Alarcón, quien desde 1600 había concluido en ella todos los estudios necesarios para el bachillerato en ambos derechos, pero había resuelto graduarse en Salamanca. Más tarde se opone a tres cátedras en la institución novohispana, aunque sin éxito, y algún tiempo después decide regresar a la península. No deja de resultar significativo que muchas de las cédulas reales remitidas a la Universidad en la primera mitad del siglo se relacionen con cuestiones de ceremonial y de precedencia. De otras, sin embargo, se deduce lo solicitadas que se hallaban las cátedras y en determinada ocasión se transcribe, inclusive, una acusación de cohecho a este respecto.

Hay, no obstante, algunos hechos que merecen especial atención. En 1621 queda establecida una cátedra de Método de la Práctica de la Medicina a cargo del doctor Francisco de Urieta, quien se obliga a darla sin estipendio alguno. En las mismas condiciones, y a fin del mismo año, se hace cargo de otra nueva cátedra en esa misma disciplina, la de Anatomía y Cirugía, el doctor Hidalgo Vendaval. Por último, debe señalarse que en 1640 queda al fin establecida la cátedra de Mexicano y Otomí, que se otorga a fray Diego de Galdos. Pero evidentemente la institución no andaba demasiado bien en esos momentos. "La Universidad —informaba el obispo de Puebla don Juan de Palafox al Rey— tiene más lucimiento de doctores que de estudiantes. Hállase en muy trabajoso estado... La

ruina de una comunidad tan útil son los mandamientos de los virreyes, los cuales parece que traen comisión particular de V. Majestad de acabar con sus estatutos. . . y despachan mandamientos. . . al Maestrescuela para que con dos cursos gradúen a los que les parece".

Al expresarse así, el enérgico e incansable eclesiástico no hacía más que cumplir con su misión, puesto que desde el año anterior había recibido instrucciones de Felipe IV de que practicara una "visita" a la institución. Pero como también se hallaba investido de amplísimos poderes para corregir sus defectos, no vaciló en intervenir activamente en la marcha del plantel, llegando a formular e imponer nuevas Constituciones.

Debe advertirse que se imponía meter orden en ese asunto pues la institución se había venido ateniendo, un tanto confusamente, a las de Salamanca, a las disposiciones de Moya de Contreras, a las del visitador Farfán, y aun a las que imperaban en Lima. Las nuevas ciertamente no resultaron muy del agrado de los universitarios, los cuales no dejaron de repudiarlas tan pronto como lo creyeron oportuno. Aprobadas por el Rey en la de mayo de 1649, con algunas modificaciones, y dadas las órdenes de que se cumpliesen, no sabemos que se les haya hecho ningún caso. Oficialmente notificada la aprobación de 1654, la Universidad no sólo esquivó el cumplimiento sino aun logró que las Constituciones "se perdieran", de tal modo que la institución sólo se dignó tomarlas en cuenta en 1668, o sea diecinueve años después de la aprobación por parte del monarca.

Esta curiosa historia jamás ha merecido, que yo sepa, la atención de nuestros eruditos: sea como fuere, no hay duda que los Estatutos palafoxianos son de lo más interesante. En su mayor parte seguramente no hacen más que consagrar, a veces con ligeros retoques, los usos y costumbres anteriores, aunque también introducen algunos importantes cambios. Aún así, nos dan una excelente idea de conjunto acerca de lo que fué la Universidad Real y Pontificia de México.

Cinco eran las Facultades de la Universidad: Teología, Leyes, Cánones, Artes y Medicina. Según las expresadas Constituciones "hay, y ha de haber" las cátedras siguientes: la de Prima de Teología, con salario de setecientos pesos; las de Escritura, de Vísperas de Teología, de Cánones, de Prima de Leyes y de Decreto, todas con seiscientos, la de Vísperas de Cá-

nones, con cuatrocientos; la de Vísperas de Leyes, con cuatrocientos cincuenta; la de Instituta, con trescientos cincuenta, la de Prima de Medicina, con quinientos; la de Vísperas de Medicina, con trescientos; las de Anatomía de Método y de Astrología, con cien; la de Propiedad de Filosofía, con trescientos ochenta; la Temporal de Filosofía, con trescientos veinte; la de Retórica, con ciento cincuenta; la de Lengua Mexicana y Otomí, con trescientos y una de Santo Tomás con sueldo de doscientos pesos y a cargo de un dominico.

Las clases debían durar una hora y se tenían que dar en latín, con excepción de la Anatomía y la Astrología. En las Constituciones se fijan hasta los horarios para cada clase: de ellas, las que se reputaban en cierto modo más importantes, incluyendo las llamadas de "Primas", se habían de impartir entre las siete y las doce de la mañana; las otras, entre las cuales se contaban las de "Vísperas", se daban entre las dos y las seis de la tarde.

Se ratifica categóricamente en las Constituciones que la provisión de cátedras debía hacerse sólo por oposición, y se insiste en que ni el propio virrey podría intervenir en este asunto. Las oposiciones están meticulosamente reglamentadas y casi recuerdan a los "cónclaves" para la elección del Sumo Pontífice. Se recalca que los opositores no podían invocar la ayuda de personajes influyentes. Más aún, ya manifestada su intención de oponerse a la cátedra, tenían que quedarse rigurosamente recluidos dentro de sus casas, de las cuales sólo se les permitiría salir en determinados casos y con fines que se especifican cuidadosamente.

En las oposiciones, sólo habían de votar los estudiantes, pero éstos debían haber cumplido más de catorce años, cosa que excluía a muchos de los candidatos al bachillerato. Además debía tener "curso jurado en la Facultad de que es la cátedra". Se advierte que "porque se ha experimentado grandes inconvenientes de cohechos y excesos, que suelen haber en las provisiones de las cátedras, originados de que algunos estudiantes hacen cuadrillas de votos, haciendo juntas para esto en particulares casas y puestos, no atendiendo en el votar a la mayor justicia de los opositores, sino al que su capitán o cuadrillero se inclina por sus particulares intereses, quitándosela al más digno", el rector debía, en esos casos, "desincorporarlos". El problema parece haber preocupado mucho al obispo puesto que

más tarde se ordena que "por cuanto resultan grandes inconvenientes de que los estudiantes asistan sólo en la Universidad por votar cátedras, sin aprovechamiento en las letras, haciéndose cuadrilleros y caudillos de los demás que han de votar", se les ha de negar ese derecho si han transcurrido determinados plazos desde la fecha inicial de su matriculación. En otros términos, se excluyen rigurosamente a los "estudiantes fósiles".

Los votantes, además, tenían que prestar un largo juramento en sentido de que, entre otros requerimientos, "darán el voto al más digno de los opositores"; que no han sido "cuadrilleros, ni caudillos de votos"; y que "un mes antes de la vacante han tenido hábito decente, y no han traído vestido de color, espada, guedejas u otro hábito indecente". Es de advertirse, por último, que durante la votación quedaba rigurosamente prohibida la entrada al edificio de la Universidad a cualquiera persona, con excepción de los opositores y de los votantes.

El bachillerato exigía un número variable de años de estudio, según las facultades: el de Teología, por ejemplo, requería cuatro años, aunque previamente era necesario haberlo obtenido en Artes, cosa que se lograba en tres; y lo mismo ocurría con el de Medicina, si bien en este caso se obligaba a dos años de práctica previa "en compañía de médicos aprobados", y se insistía además sobre "las anatomías", que debían "hacerse cada cuatro meses en el Hospital Real de esta Ciudad", y a las cuales tenían "obligaciones de asistir todos los catedráticos de Medicina y cursantes de ella, pena a los catedráticos de cincuenta pesos y a los concursantes de perder los cursos en aquel año". El grado se otorgaba sin aparato.

Para lograr la licenciatura era necesario que transcurriera determinado plazo después de haberse obtenido el bachillerato. Durante ese período, que debía ser de cuatro años para los estudiantes de Derecho civil y canónico y de tres para los demás, se consideraba a los candidatos "pasantes". Uno de los dos exámenes consistía en una "Repetición, de un lugar o texto el que eligiese, y de él ha de inferir las conclusiones que le parecieren". Estas tenían que haber sido aprobadas previamente, y su impresión, como nos ha explicado el profesor de la Maza, permitía a los tipógrafos coloniales hacer alarde de su talento: además, tenían que difundirse ampliamente antes del acto, que se celebraba solemnemente en el General, y durante

el cual le "argüían" al candidato un doctor o licenciado, y dos bachilleres o cursantes.

Para el otro acto, un niño tenía que introducir un cuchillo entre las páginas de las obras que se prescribían, y el candidato debía escoger de las páginas así abiertas los "puntos" para su "lección". Las obras eran, para la licenciatura en Teología, Alberto Magno; para Cánones, los Decretales y el Decreto; para Leyes, el Digesto y el Código; para Medicina, Hipócrates y Avicena, y, para Artes, los ocho libros de la Física de Aristóteles los *de Generatione*, los *de Anima*, los Predicales de Porfirio, los Predicamentos y los Posteriores; y se le volvía a "argüir" al candidato. Esas obras, por cierto, eran básicas en los *curricula* universitarios.

Para el doctorado, que desde el punto de vista académico era solamente una formalidad que sólo requería que hubiese pasado determinado lapso de tiempo, el candidato tenía que acudir ante el Maestrescuela a fin de comprobar que ya había obtenido la licenciatura y que había transcurrido el plazo de rigor. Luego, en fecha fijada por la dignidad aludida, se llevaba a cabo el "paseo", que había de ser "con toda pompa y solemnidad, con trompetas, chirimías y atabales y acompañamiento, saliendo el día señalado a las tres de la tarde de la casa del doctorando, a donde todos los doctores y maestros de esta Universidad han de ser obligados a acudir a caballo, con sus insignias de borla y capirote". La comitiva se tenía que trasladar a casa del Maestrescuela, quien habría de estar ya a caballo, y proseguía el paseo por las calles principales. Tanto ese día cuanto el siguiente el candidato tenía la obligación de colocar su escudo de armas, puesto en medio de un dosel, en la puerta o una ventana de su casa.

A las nueve de la mañana del día siguiente se volvía a constituir nueva comitiva en la casa del candidato y todos, después de recoger al Maestrescuela, se dirigían a la catedral, donde ya había quedado dispuesto un gran tablado sobre el cual todos tomaban asiento con estricto apego a rigurosa jerarquía. Esta, por exagerada que parezca en una época como la nuestra en que todo tiende a la uniformidad y a la nivelación, indiscutiblemente le imprimía un sello de orden y seriedad a la sociedad de la Colonia.

Después, propuesta una cuestión por el solicitante, y tras breve réplica con el rector, seguía un acto satírico llamado el

"vejamen", del cual tenía que encargarse uno de los doctores o maestros universitarios, designados para ello por el Maestrescuela y con derecho a percibir treinta y cinco pesos de propina. El vejamen tenía que ser en prosa castellana y someterse a censura previa, la cual, sin embargo, no debía ser escrupulosa, "dejando libertad para que con gracia y donaire pueda decir lo que se le ofreciere así del doctorando como de los demás de la Universidad". Esta parte del programa, con su delicioso sabor medieval y con una genealogía que sin duda se remonta hasta las Saturnalia romanas, quizá parezca un tanto extraña; pero recuérdese que los trágicos griegos tenían que poner en escena, después de sus trilogías o tetralogías, un drama satírico relacionado con el mismo tema, pero presentándolo en forma humorística o burlesca.

El doctorando después recibía las insignias: el anillo simbólico de sus desposorios con la sabiduría, el libro, autorizándolo a enseñar libre y públicamente; la espada dorada, si fuere seglar, *non enim minus militant doctores adversus inimicos corporis*; y las espuelas, *nam quem admodum equites prorumpunt in inimicos, ita doctores adversus ignorantiam catervam*. Después, y previa la profesión de fe y los juramentos de rigor, se le daban la borla y grado, advirtiéndole que gozaría de los mismos privilegios y derechos de que gozaban los graduados en Salamanca.

Es muy fácil sonreír ante estas complicadas ceremonias, alegar que constituían una especie de fachada detrás de la cual la Universidad trataba de esconder sus deficiencias. Pero formaban parte integral de la vida colonial, a la cual sería absurdo denegarle un alto tono y una gran dignidad; y es ya tiempo que se deje de ver a la vieja Universidad a través de los sectarismos ideológicos y en vez adoptemos hacia ella, en mayor grado que lo que se ha solido hacer, la actitud que guardamos hacia Tepotzotlán o San Agustín Acolman.

La graduación resultaba muy costosa, pues el beneficiado tenía que regar propinas por todos lados, y en forma nada modesta, por cierto, ya que el Maestrescuela, por ejemplo, percibía cincuenta y ocho pesos, y había que darle veinticinco a todos los doctores que habían asistido a los dos actos, seis pesos y dos reales a los bedeles, y así demás. La tarifa se halla rigurosamente reglamentada en las Constituciones. La indumentaria doctoral era el traje talar, con muceta blanca para los

teólogos, verde para los canonistas, roja para los legistas, amarilla para los médicos, y azul para los maestros en artes.

Las constituciones también nos proporcionan muchos datos, que sería imposible reproducir aquí, sobre los claustros, que podíamos equiparar al actual Consejo, no menos que acerca de todo el sistema administrativo universitario, explicando cuidadosamente cómo debían nombrarse los diversos funcionarios y cuáles eran sus obligaciones y sus responsabilidades: el rector (que un año debía de ser religioso y el otro seglar, "aunque fuese casado" y que tenía amplísimas facultades, e inclusive cierta jurisdicción en el orden penal), los conciliarios, el secretario, el tesorero síndico, el contador, los bedeles y el maestro de ceremonias. Los bedeles, portadores de las simbólicas mazas, tenían que vivir dentro del edificio, que encargarse de que se le barriese por lo menos dos veces por semana, de llamar a claustro y de ejercer, en general, funciones de intendentes.

La lista de salarios para todo el personal administrativo y docente de la institución arroja un total de ocho mil cuarenta y cinco pesos anuales, y los emolumentos resultaban pagaderos "por tercios", o sea cada cuatro meses. Para hacer frente a las erogaciones, disponíase de las sumas que entregaba la Real Caja, de los tributos de algunos pueblos, de unos censos, del arrendamiento de una tienda y de los diversos derechos universitarios. Aunque el asunto merecería un estudio muy minucioso, no hay duda que la Universidad, desde el punto de vista pecuniario, seguía sufriendo una estrechez muy marcada.

Aquella que podríamos llamar la "teratología" de la Universidad, no menos que las diversas ceremonias universitarias que ya aludimos, han merecido una atención que se antoja un tanto desproporcionada por parte de aquellos que han escrito sobre la institución a través del tiempo. Se nos habla, entre muchos, de don Pedro de Paz Vasconcelos, quien, siendo ciego de nacimiento, y sólo mediante la asistencia a las cátedras y la ayuda de algunos lectores, logró graduarse en la Universidad y aún pudo obtener muchos votos para una cátedra en ella. Por su parte, el doctor Solís y Haro nos advierte que a los trece años de edad obtuvo el grado de bachiller en Cánones y Leyes de tal modo que a los catorce se le nombró abogado

ante la Real Audiencia. Se nos cita también al doctor Antonio López Portillo, quien en 1754 sustentó actos tan brillantes que se le concedieron de una sola vez las tres borlas de doctor en Teología, en Cánones y en Leyes y la de maestro en Artes, cosa que, a iniciativa de un descontento, hizo que la Corona solicitara informes. Sin embargo, el más afamado de estos "monstruos" es, sin duda, aquel a quien se nos describe, como de "tres cabezas", el virtuoso fray Francisco Naranjo, que realizó las más extraordinarias proezas. En efecto, al presentarse a oposición no sólo leyó un artículo, escogido al azar, de Santo Tomás "con tan lindos despojos y gracia que quedaron todos asombrados", sino que después manifestó que sabía "todas las cuatro partes de Santo Tomás, de memoria barra a barra. Y para que se eche de ver que esto es verdad, abran ahí en cualquier parte, y pregúntenme cualquier artículo de los que salieren. Y oyendo una monstruosidad como ésta, para prueba de ella le fueron abriendo y preguntando los artículos que iban saliendo, y él los iba repitiendo más aprisa de memoria que el otro los iba leyendo en el libro. Gastóse en esto casi otra hora; y viendo esta monstruosidad, cesó el acto con admiración de todos, diciendo "Numquam sic locutus fuit homo"; que desde Adán a acá no se había visto tal monstruosidad; y añadió el pretensor en la cátedra, que no sólo sabía los artículos de Santo Tomás de memoria, sino también todas sus palabras, de esta manera, que le dijese una, *verbi gratia*, *Incarnatio*, que diría en cuantas partes trataba de ella Santo Tomás, que es una cosa nunca vista, ni oída".

Lo cierto es que la Institución perdía cada vez más terreno ante los jesuitas, activos, abnegados, admirablemente organizados, muy sagaces en el reclutamiento y entrenamiento de los suyos, y diseminados por todos los ámbitos de la Colonia. Con su *Ratio Studiorum* eran la verdadera fuerza educadora del país; y sus colegios, como el Máximo de San Pedro y San Pablo, dedicado a los estudios superiores, y el de San Ildefonso, atraían a numerosos estudiantes. Con su mayor atención a las *litterae humaniores*, a las letras profanas, valíase la Compañía de métodos pedagógicos mucho más aventajados que la Universidad, e informaba su pensamiento un eclecticismo suarista que contrastaba con ese rígido tomismo al que se adherían muchos de los catedráticos universitarios.

Como era de suponerse, las Constituciones palafoxianas no dejaron de sufrir algunas modificaciones en los años posteriores, por ejemplo, en lo referente a la elección de rectores seglares, y también en lo que atañe al voto de los estudiantes para la provisión de cátedras. Este derecho se les quitó, concediéndosele en vez a un grupo de electores que incluían al virrey o al arzobispo, al oidor más antiguo de la Audiencia, al decano de los inquisidores y a otras personas mayores.

Entre tanto, en 1658 se había confiado una cátedra de Escoto a los franciscanos, y algún tiempo después, ocupaba la de Astrología y Matemáticas uno de los hombres más interesantes de esta época tan pobre en figuras destacadas: don Carlos de Sigüenza y Góngora. Conquistóla por oposición en 1672; y algunos años después la aparición de un cometa le permitía refutar las extrañas hipótesis que circulaban acerca de la naturaleza de estos cuerpos celestes, pues llegaba a haber quien sostuviese que dicho cometa estaba "formado por las exhalaciones de los cuerpos muertos y del sudor humano". Don Carlos distaba mucho de tener el cacumen científico de un Sahagún, pero bullían en su cerebro multitud de intereses y curiosidades. Aunque no hay duda que su espíritu era, como dice don Federico Gómez de Orozco, un espíritu esencialmente barroco, hay que descubrirse ante un personaje que supo ser "matemático, historiador, poeta, cosmógrafo". Pero don Carlos, como su cometa, fué un fenómeno excepcional e insólito en el cielo académico de aquel entonces; y más bien que destellara la Universidad, destelló el propio Sigüenza y Góngora.

Nada bien, en efecto, andaban las cosas en la Universidad, y hay una real cédula de 1679 que incluye una frase en extremo significativa, asentando "que hay falta de estudiantes procediendo ésta de la poca aplicación que los maestros de esa Universidad tienen a la enseñanza de los cursantes, pues aun los que residen en esa ciudad cursan en la Compañía y sólo asisten a ella las veces que bastan para probar el curso". En 1689 termina la Crónica de Plaza, cuyos valiosos datos nos harán cada vez más falta. Dos cédulas, una de ese mismo año y la otra de 1691, recomiendan a los oficiales reales que se expediten los pagos a la Universidad, ya que los emolumentos de los cate-dráticos estaban atrasados.

El fin del siglo, por tanto, encuentra en triste postura a aquella que había sido la principal fuente de cultura en Méxi-

co; y el abatimiento de que hablamos al principio se ha convertido en franca decadencia. Naturalmente, su enseñanza seguía siendo oral, pues no resultaban tan baratos ni los libros ni el papel, y era esa una herencia medieval que compartía con todos los centros educativos del mundo. Sin duda, también se "argüía" demasiado en ella.

Pero muchos, desafortunadamente, eran los males que aquejaban a la Universidad. Para el doctor Ramos, el principal, de seguro, era que "el verdadero espíritu filosófico estaba ausente, y quedaba en su lugar el aprendizaje de fórmulas, cuyo sentido se iba perdiendo con la repetición. El comentario a los textos oficiales se convertía en un trabajo rutinario en el que no aparecía la profundidad del pensamiento. La memorización de las sùmulas y los ejercicios dialécticos van matando toda lógica viva hasta quedar reducida a un verbalismo hueco: el adiestramiento en el silogismo tiende a mecanizar el pensamiento que carente de un objeto serio a que aplicarse utiliza aquel método en la exhibición de un falso talento en torneos pseudo-filosóficos".

Mucho hay de cierto en esa exposición tan clara y razonable, si bien debemos cuidarnos de no juzgar la grandiosa tradición teológico-filosófica que informaba a la Universidad, y menos todavía a su contenido, a través de esos "escolásticos decadentes" que por lo general ocupaban cátedras en aquel período. Hubo, naturalmente, excepciones: el escolasticismo mexicano de esa época de decadencia merece, evidentemente, un estudio imparcial y concienzudo por parte de expertos que puedan acudir a las producciones del momento, hoy tan difíciles de conseguir. Notemos, a este respecto, que el doctor Robles nos ha puesto alertas contra la idea de que "la producción escolástica de la época colonial se resume en un peripatetismo decadente, anémico y desvitalizado, rico en fórmulas acartonadas y esclavizado en la árida rigidez del silogismo". Pero ello, con las excepciones señaladas, se relaciona más bien con las fases anteriores pues ahora la decadencia era evidente.

Tal era la situación que guardaba la Universidad durante la segunda mitad del siglo xvii. En resumen, y reproduciendo las palabras de un autor reciente, cabría decir que "a los nuevos métodos y rejuvenecidas enseñanzas que propagaban los colegios de los jesuitas en pleno florecimiento, la Universidad opone una escolástica seca y en regresión a su período embrionario

del siglo XII, verdadero laberinto de estériles sutilezas dialécticas en el que se pierden juntamente el sentido verdadero de las palabras y el tiempo y la paciencia de los educandos". Algo tendríamos que aclarar sobre el escolasticismo: por lo demás, la aplicación es perfecta. Pero hay que advertir que esas líneas no se escribieron con relación a nuestra Universidad sino a propósito de otra muy distinta. Y esa otra Universidad era la Sorbona. . .

El siglo XVIII

EL aspecto que presenta la Universidad Real y Pontificia en el siglo XVIII no es mucho más halagüeño que durante el anterior, aunque en la segunda mitad parece advertirse bastante mejora. Lo que no puede negarse es que durante esa época, y especialmente en su segunda mitad, se registra un notable florecimiento cultural en México. Pero aquí, como en todas partes, ese florecimiento tiene un carácter extrauniversitario. La verdad es que aunque por todos lados sopla el magnífico huracán de la ciencia, el viento, cuando encuentra la manera de penetrar dentro de la vieja casona, lo hace convertido en simple brisa.

Como ya no disponemos de los datos de Plaza y Jaen, y mientras no adelanten las investigaciones a que ya nos referimos, resulta imposible reconstruir la vida íntima de la Universidad en todos sus detalles. Sin embargo, espigando en el Cedulario editado por Lanning y acudiendo también a otras fuentes, resulta posible trazar la historia de la institución en sus principales lineamientos, que es lo único que se pretende en estos apuntes. Por lo demás, el doctor Ramos ha dedicado numerosas y profundas páginas al panorama intelectual de esta época, si bien no siempre podemos dar nuestro asentimiento a las premisas y conclusiones que implícitas o explícitas hallamos en tan excelente trabajo. También en fecha relativamente reciente nos han proporcionado los padres Decorme y Mayagoitia, no menos que la señorita López Sarrelangue, interesantes datos sobre los jesuitas.

Para juzgar debidamente a la Universidad durante esta centuria hay, naturalmente, que colocarla dentro de su debido marco, y ante todo es necesario referirnos al tan decantado aislamiento intelectual de la Nueva España. Ya desde hace tiem-

po, y basándose en años de acucioso estudio de las fuentes antiguas, había señalado el doctor Lanning que el concepto tan generalizado acerca de la supuesta desvinculación cultural de la América hispana respecto al Viejo Mundo dista mucho de ajustarse a la realidad de los hechos. Aunque dicho experto nos pone en guardia contra la hispanofilia un tanto exaltada del gran impugnador de la "leyenda negra", don Julián Jude-rías, Lanning comprueba que las ideas progresistas del continente europeo no dejaron de ejercer bastante influencia en las posesiones españolas del Nuevo Mundo. Lo que hubo fué un *lag*, un retraso que, por cierto, se fué paulatinamente acortando. Estima, más precisamente, que hubieron de pasar ochenta y cinco años después de la muerte de Descartes antes de que se enseñara el cartesianismo en el Nuevo Mundo: a Newton, en cambio, se le recibió cincuenta años después de la publicación de sus *Principia Mathematica*, y entre 1780 y 1800 ya casi no se advertía la demora.

Fuera de la Universidad, entre los hechos más salientes en el campo de la enseñanza debe reputarse el nuevo brote renovador que se advierte a mediados del siglo en el seno de la Compañía de Jesús. Esta, sin duda, le hubiese llegado a dar un carácter más moderno a la docencia, aunque para ello tenía que vencer la oposición de un elemento conservador dentro de su propia casa. Además, el padre Decorme hace notar que no era nada sencillo establecer nuevas cátedras puesto que, para toda la cuestión de grados, los jesuitas seguían dependiendo de la Universidad, en la cual se matriculaban sus discípulos; por tanto, los nuevos cursos sólo hubiesen tenido carácter facultativo, sin validez alguna para las carreras. En tales condiciones, como es de suponerse, era difícil que se viesen muy concurridos. Pero tampoco, debemos añadir, hay que echarle toda la culpa a la Universidad ya que, como vimos, no dejaba de haber elementos retardatarios en la propia orden. Sin embargo, no mucho antes de la expulsión, parecía ya por imponerse el elemento progresista. El hecho es que en esa centuria ilustraron a la Compañía hombres como el pedagogo reformador Campoy; el filósofo Guevara, el teólogo, jurisperito y poeta Abad; el historiador, y también poeta, Alegre; y el más famoso de todos Clavijero. La expulsión de los jesuitas en 1767, llevada a efecto con verdadera crueldad, tronchó todas esas promesas.

Al "déspota ilustrado" que ordenó esa expulsión, o por lo menos a sus consejeros, hay, sin embargo, que acreditarles muchas medidas en extremo adelantadas, de tal modo que la Colonia, a pesar de su lejanía, llegó a ocupar puesto honrosísimo en el mundo científico. Citemos, entre las instituciones que contribuyeron a este florecimiento, a la Escuela de Minería (cuya fundación había sido decretada desde antes), a la Escuela Real de Cirugía (aunque no dió los resultados apetecidos), a la Academia de San Carlos, al Jardín Botánico. No sin razón escribía el barón de Humboldt que no había ciudad alguna del Nuevo Mundo, incluyendo a las de los Estados Unidos, que poseyera establecimientos científicos de semejante importancia. También hay que recordar la obra científica de Alzate, del geómetra Velázquez Cárdenas, del astrónomo León y Gama, del hombre de ciencia y polemista Bartolache y del naturalista Moctino; a estos nombres se les podría añadir muchos otros, entre los cuales descuella, en el terreno de la filosofía, el del oratoriano Juan Benito Díaz de Gamarra, gran reformador, cuya obra fué aceptada como texto por la Universidad Real y Pontificia. Todos estos despiertos mexicanos hubiesen hecho sentir su valer en cualquier lado, como en efecto lo hicieron varios de los jesuitas desterrados, y comprueba el gran empuje intelectual de la Nueva España en aquel tiempo.

¿Cuál fué la participación de la Universidad en ese movimiento? Desgraciadamente algo reducida, especialmente en lo que atañe a las ciencias. Pero el fin del siglo dista mucho de hallarla inerte. En 1723 se establece una cátedra de Teología de Suárez, a cargo de un jesuita; en 1761 el rey aprueba los estatutos de la biblioteca, recientemente creada por Beye de Cisneros; en 1764 se sanciona la creación de una cátedra de lenguas orientales; en 1775 se hace nueva edición de los estatutos, con la interesante anotación de que para entonces se había graduado en ella un total de 29,882 bachilleres y 1,162 doctores y maestros. Muy consolador también resulta el aserto de Laning, sólidamente basado sobre las tesis sustentadas ante ella, que "pese a la amistosa desavenencia que tenían (nuestros universitarios) con Gassendi y Descartes, es patente que conocían a fondo sus sistemas; y la nueva terminología filosófica, con sus expresiones tales como "mecanicismo", "duda metódica" y otras por el estilo, les era familiar. No sólo se hallaban al corriente de los descubrimientos de Sir Isaac Newton sino que les

daban su asentimiento. Como hipótesis aceptaban el sistema de Copérnico, y los trabajos de un Jacquier no les eran extraños. El problema acerca de la evidencia de los sentidos llegaron hasta donde la razón les permitía, y en sus disputas se percibe frecuentemente, implícita, la cuestión de la validez del postulado experimental. No les fué ajeno el problema que actualizaron los mecanicistas, sobre si los brutos eran simples autómatas o si poseían alma y estaban regidos por la combinación espiritual-material que Descartes atribuía al hombre, problema cuya presencia significa un notorio adelanto en las especulaciones filosóficas, y no, como a veces se ha dicho, una exhibición de superficial fatuidad". El que no quiera prestar crédito a estas reconfortantes aseveraciones no tiene más que acudir a las notas anexas a la "Introducción" al Cedulaario, o a los títulos de trabajos que reproduce el padre y doctor Mayagoitia. Aclaremos además que había tenido fuertes repercusiones aquí el movimiento contra Aristóteles, también calificado de "monstruo", aunque en sentido peyorativo.

En las efemérides universitarias hay dos hechos que debemos señalar aunque las personas con quienes se relacionan no habían hecho sus estudios en la institución, sino en la antigua Valladolid, y sólo acudieron a ella a fin de obtener el bachillerato. Se trata, en primer lugar, de donde Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo Costilla Gallaga, apodado el "zorro" por sus compañeros y calificado de (*sic.*) "hormiga trabajadora de Minerva" por el deán de la catedral de la actual Morelia. El grado se le concedió en 30 de marzo "por examen, aprobación y suficiencia". Al segundo, don José María Morelos y Pavón, "que se porta con formalidad y que es mozo de esperanzas", como certificaba uno de sus maestros, se le otorgó en 28 de abril de 1795.

Aunque no exenta de esa superficialidad que hallamos en mucho de lo que se ha escrito sobre la Universidad, tenemos, para juzgar del estado que guardaba a fines del siglo, las páginas que le dedicó un escritor contemporáneo, don Ignacio Carrillo y Pérez: aunque la mayor parte de la obra de ese autor queda todavía inédita, la referente a la Real y Pontificia Universidad, debidamente anotada por el marqués de San Francisco, ha sido publicada por nuestro Instituto de Investigaciones Estéticas.

Dícenos Carrillo y Pérez que se impartían en esos momentos veinticuatro materias, entre las cuales cuatro se relacionaban con la medicina, aunque también había curso de matemáticas, y subsistía el de mexicano y de otomí. Laméntase, con toda justificación, que no se hubiesen establecido cátedras de "Química de la Física Experimental, de la Anticuaria, de la Historia Eclesiástica, de la Natural, de la Patria, de las Lenguas muertas, de las Orientales, de la Francesa y otras vivas", aunque advierte que muchas de ellas podían cursarse en otras instituciones de la propia capital. Naturalmente, no cae en cuenta de que, como ya vimos, de ese mismo defecto sufrían muchas de las instituciones más afamadas del resto del mundo.

Dícenos también Carrillo y Pérez que en 1779 había 251 doctores, cifra que considera muy corta pero que a la vez estima muy explicable si se toma en cuenta que muchas personas dignas de ostentar la borla no podían sufragar los cuatro mil pesos —y de aquellos pesos!— que les era indispensable erogar para obtenerla. Señala igualmente, *erubesco referens*, que seguía estrictamente prohibido que los doctores en medicina llegaran a ser Rectores de la Universidad.

Interesante también resulta lo que nos manifiesta acerca de la antigua portada de la Universidad, demolida con algunos años de anterioridad con motivo de la jura de Carlos IV y sustituida por una nueva, que el marqués de San Francisco, sin duda con toda razón, califica de insípida. Pero Carrillo Pérez no parece hallarse muy de acuerdo con el vandálico acto de la demolición; y cabe sospechar que si el advenimiento al trono de Carlos IV dió lugar a que la Universidad mandara labrar una de las más bellas medallas que jamás se han producido en el Nuevo Mundo, ese mismo acontecimiento fué motivo de que desapareciera una de las obras más interesantes del arte colonial.

Hemos ya anotado que el curso que sigue la Universidad en el siglo XVIII, aunque no tan deprimente como lo creen algunos, dista de ser satisfactorio. En ello, sin embargo, como también hemos manifestado, la Universidad no hace más que describir una trayectoria idéntica a la de casi todas sus compañeras del Viejo Mundo. Había, sin duda, algunas excepciones, como la de Cambridge, en Inglaterra, y el de algunas universidades alemanas las cuales, sacudiéndose el yugo que les había impuesto la rigidez de las sectas luteranas, habían dado un repentino paso adelante. Pero tratábase de casos aislados, y el

progreso era sólo muy relativo. Es extraordinario, en realidad, el paralelismo que durante los últimos siglos de su existencia, presenta, dentro de su mayor raquitismo y pobreza, la Universidad de México con la de París.

Si hemos de creer a Jourdain, cuya monumental obra sobre esa institución durante los siglos XVII y XVIII nos proporciona todo género de datos, "los métodos, simplificados día por día, ponían a la ciencia al alcance de un mayor número de personas, haciendo irradiar su bienhechora luz fuera del estrecho recinto de las escuelas... Una señal manifiesta de la decadencia de la Universidad de París es que quedó enteramente ajena a ese movimiento". Es justo advertir que, aun así, mostró, como es natural, más pujanza que la de México, pero oigamos a otro autor: "en el siglo XVIII —nos dice Liard— la Universidad de París sigue sin fuerza y sin *élan*. . . el siglo XVIII se hizo, enteramente, fuera de ella y sin ella: . . . jamás vióse semejante separación entre el grado de los conocimientos y el nivel de la enseñanza. . . No solamente no contribuye a la ciencia por su actividad, sino que sólo admite sus resultados con gran dificultad y con gran tardanza".

Pero para mayor abundamiento de pruebas pasemos a otro gran centro de cultura europea, mas precisamente a aquella otra universidad "cuya decrepitud intelectual y parálisis moral" (en esos momentos) con toda razón mereció el condenatorio desprecio de Gibbon". Nos referimos a Oxford. ¿Cuál, a pesar de su espléndido pasado y de su brillante porvenir, era el estado de cosas que prevalecía en esta institución en la época a que hemos llegado? Veámoslo por un momento. ¿Los *curricula*? Por estatuto, sólo se tenían que enseñar en aquella universidad "los elementos de la religión, un poco de matemáticas, y unas cuantas obras clásicas de autores griegos y latinos, entre las cuales se daba preferencia a la Lógica de Aristóteles". Aun después, en 1808, quejándose amargamente, expresaba la famosa *Edinburgh Review* su creencia "que es sobre todo en las instituciones públicas de Inglaterra donde debemos buscar las causas de la deficiencia de los conocimientos científicos en Inglaterra, y muy especialmente en los dos grandes centros (Oxford y Cambridge) de donde se supone que la sabiduría irradia sobre el resto de la isla. En uno de ellos (Oxford), en el cual los preceptos de Aristóteles todavía se escuchan como decretos infalibles, y donde se confunde la infancia de la ciencia con su

madurez, las ciencias matemáticas jamás han florecido; y el estudiante carece de medios para sobrepasar de los principios más elementales de la geometría".

¿Los exámenes? Para obtener el bachillerato los requisitos eran de dos clases: de carácter doctrinario y de carácter escolástico; y a fin de cumplir con los primeros era necesario leer, junto con el decano del Colegio respectivo, los famosos "Treinta y Nueve Artículos" básicos de la creencia anglicana, a la cual tenían que jurar adhesión todos los universitarios. Para esa prueba, ocurría que el decano invitara al candidato a desayunarse con él, y, si hemos de prestar crédito a un escritor contemporáneo, después de leerse los dos primeros artículos, "se interpone una lonja de carne fría, y otra de huevos pasados por agua entre el tercero y el cuarto. La doctrina de la Predestinación amerita deglutirse con una taza de té, y después el decano lee el periódico mientras el solicitante lee los artículos restantes". Por lo que toca a la otra prueba, "es costumbre que los candidatos les obsequien a los jurados una pieza de oro, o les ofrezcan una buena francachela y los hagan excederse en sus libaciones, cosa que hacen por lo general la noche antes del examen, soliendo retenerlos hasta la mañana a fin de trasladarse codo con codo con ellos del lugar del festín al sitio donde tienen que examinarse". Allí se les hacían unas cuantas preguntas rutinarias, a las cuales respondía con contestaciones igualmente transmitidas "de siglo en siglo", y eso era todo. . .

¿El profesorado? Si hemos de creer al príncipe de los historiadores ingleses, Gibbon, a quien ya aludimos, los *fellows*, o sea el personal docente de los diversos Colegios, solían ser personas agradables que desde hacía mucho tiempo "habían absuelto, sus conciencias del trabajo de leer, de pensar y de escribir", cosa que no debe extrañarnos si recordamos que todos ellos eran "clérigos en órdenes que sólo desempeñaban sus funciones docentes mientras obtenían prebendas lucrativas". Y aun de las figuras más destacadas en las esferas docentes, los grandes profesores públicos, asíéntase que muchos de ellos "habían abandonado desde hacía muchos años, hasta la ficción de enseñar". Añadamos a todo esto que tanto catedráticos cuanto estudiantes, corroidos por una sed que distaba bastante de ser una sed de sabiduría, rendían un culto mucho más entusiasta y fervoroso a Dionisos que a la casta Atenea, y habremos de convenir en que, aun tomando en cuenta un indiscutible espí-

ritu de exageración de las fuentes de información que hemos citado y sobre el cual es muy necesario poner en guardia al lector, nuestra Universidad, tanto más pobre y pequeña, no salía, después de todo, tan mal parada. . .

Ocaso

EN el ventoso del año III, según el calendario impuesto por la Revolución Francesa, cesaba de existir la vieja Universidad de París. Aunque Napoleón la restauró en cierto modo, la nueva realmente sólo se organizó en 1896; pero nadie ignora el extraordinario florecimiento que durante el siglo XIX presenció Francia en todos los órdenes. La de Oxford no se extinguió, mas a fuerza de escanciar el vino nuevo en los odres viejos, llegó, antes de mucho tiempo, a refulgir, siempre apegada su larga tradición humanística, como jamás lo había hecho en su historia. Entre tanto, la Real y Pontificia de México seguía su marcha; y los hechos ocurridos en nuestro país durante la primera mitad del siglo XIX, encerrándolo en cuanto a resultados efectivos dentro de una barrera cultural casi más eficaz que la del Santo Oficio, dejan a la institución esperando, impotente, el golpe de muerte.

Algo, sin embargo, habían influido en la institución, como ya dijimos, esas ideas renovadoras que no habían cesado de penetrar a la Colonia. Aparte de lo que comprueban las tesis, recordemos, por ejemplo, que se había adoptado, en Filosofía, el libro del padre Díaz de Gamarra, el cual, según afirmaban los censores, contenía "también lo más selecto de las doctrinas de los filósofos modernos". En la Universidad, por tanto, se reflejaban, aunque sin gran fuerza, los progresos que se venían realizando. Sin embargo, en el campo de la medicina seguía la pugna entre la Universidad, apegada al latín y francamente conservadora, y la Escuela de Cirugía, aunque ésta tampoco cumplía bien con su cometido.

A principios del siglo hizo grave visita a la Universidad el Virrey Iturrigaray, acompañado por su consorte. Hay una descripción manuscrita de este acontecimiento en la Biblioteca Bancroft, y recientemente la ha podido publicar, con su buen gusto habitual, nuestro Instituto de Investigaciones Estéticas. Toda la relación, sin exceptuar la parte dedicada al ceremonial,

resulta muy atrayente. No hay duda que, a pesar de sus defectos, la Colonia, a la vez tan provinciana y tan gran señora, ejerce un sutil encanto hasta sobre aquellos que no adolecen de un "complejo de escape". Como es de suponerse, primeramente se celebró un "acto literario"; inútil decir que hubo "conclusiones" y que "arguyeron" los doctores.

Pero no es tanto esa parte del programa lo que ahora nos interesa, sino el festín que en seguida se sirvió a los invitados. Los manjares se habían dispuesto sobre una gran mesa en la biblioteca, que se hallaba en el primer piso. Anótanse "sesenta fuentes de dulces y masas, sesenta piezas de helados grandes, doce docenas de chicos en platos" (¡oh pródigo Popocatépetl!) y algunas otras cosas, entre ellas una pieza de majestuosas proporciones y de carácter un poco difícil de definir, pues algo tenía de arquitectónico, otro poco de escultórico y un mucho de comestible.

Pero estaba ya por terminar esa etapa tan apacible en la vida de nuestro país. Se desata el vendaval, y la sangre comienza a correr a torrentes. Esperemos que pronto algún experto estudie los papeles universitarios con relación a estos acontecimientos. Pero en la tormenta caen, ambos con valor y gloria, dos bachilleres a quienes ya nos referimos: la "hormiga trabajadora de Minerva", ejecutado en Chihuahua, el 30 de julio de 1811 ("el dolor lo hizo retorcerse un poco el cuerpo, por lo que se zafó la venda de la cabeza, y nos clavó aquellos hermosos ojos que tenía"); el "mozo de esperanzas", en Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815.

En 4 de mayo de 1815, "el Rey nuestro Señor, que en razón de la distancia que lo separa de sus amados vasallos de América y sus islas, redobra los cuidados para procurarles su felicidad y sólida instrucción", ordena el virrey y a sus oficiales que efectúen una visita a los colegios y seminarios, universidades y convictorios reales. Fácil era para Madrid girar esas órdenes; pero en esos momentos la ciudad de México estaba casi incomunicada con su puerto y en consecuencia con su soberano.

No tardaron en ocurrir grandes cosas. Pero las condiciones del país, como hemos dicho, repercutían fatalmente en el orden de la cultura; y así, con frustradas intenciones de reforma por parte de Alamán y de otros, llegamos al año de 1833, fecha ominosa en los anales de la Universidad. En ese año, en efecto, durante la vicepresidencia de don Valentín Gómez Farías, se

formula y pone en práctica un notable plan de organización educativa el cual, aunque solamente hasta donde se halla libre de ese *virus* anti-religioso que tantos males y sufrimientos ha causado a nuestra patria, hace honor al doctor Mora, a don Valentín, y a todos los que en él intervinieron, sin que por esto tampoco pueda descargársele de serios defectos pedagógicos.

Por desgracia para la Universidad, se barría con ella en forma absoluta. Efectivamente, en el exaltado lenguaje de Mora, se la declaraba "inútil, irreformable y perniciosa: *inútil* porque en ella nada se *enseñaba*, nada se *aprendía*; porque los exámenes para los grados menores eran de *pura forma*, y los de los grados mayores muy costosos y difíciles, capaces de matar a un hombre y no de calificarlo; *irreformable*, porque toda reforma supone las bases del antiguo establecimiento, y siendo las de la Universidad inútiles e inconducentes a su objeto, era indispensable hacerlas desaparecer, sustituyéndolas otras...; *perniciosa* porque daría, como da, lugar a la pérdida de tiempo, y a la disipación de los estudiantes de los colegios, que so pretexto de hacer sus cursos se hallan la mayor parte del día fuera de estos establecimientos únicos (los que se creaban) en que se enseña y aprende...". En consecuencia, se la suprimió por completo (octubre 19 de 1833). Cuéntase, inclusive, que su capilla fué convertida en expendio de bebidas embriagantes.

Todas las últimas etapas en la historia de la Vieja Universidad han sido reseñadas por don Nicolás Rangel, quien además nos ha transcrito los documentos más importantes. En verdad, al lograr México su independencia, la Universidad había comenzado a entrar francamente en agonía, aunque derivando cierta fuerza artificial, como lo había hecho siempre, debido a la circunstancia que todos los estudiantes que desearan graduarse tenían que acudir a ella, aunque se estuviesen educando en otros planteles.

Pero la reforma educativa a que acabamos de referirnos hubo de caer por tierra cuando apenas llevaba un año de vida en virtud de una disposición del presidente don Antonio López de Santa Anna, quien en 31 de julio de 1834, y escuchando "el clamor general levantado por los padres de familia y por la misma juventud", suspendió los establecimientos creados. Crítica la misma disposición "la clase de autores que se han elegido para enseñar algunas facultades, y que en la misma Europa, donde la civilización es casi general, se habrían visto con es-

cándalo y como los maestros menos a propósito para instruir a la juventud"; y, en lo que se refiere a la Universidad, ordena que se reúna en claustro pleno a fin de proponer las modificaciones que se estimen convenientes, en la inteligencia de que en la institución no se habrán de impartir las mismas asignaturas que en los colegios, y se establecerán, además, las necesarias compatibilidades.

El plan de estudios aprobado cuatro meses después le hacía a la Universidad algunas reformas de poca trascendencia en su estructura administrativa y le reconocía derechos exclusivos en lo referente a la concesión de grados. Por lo que toca al doctorado, se podría conferir mediante examen o bien "a todos los sabios que incorporase la Universidad en esta clase". Se establecía que los estudios universitarios tenían por objeto completar y perfeccionar los de los colegios, por lo cual sólo podrían acudir a sus aulas "los que hayan concluido los de los colegios y recibido el grado de bachiller". Se tomaban ciertas disposiciones respecto a varias cátedras y a los exámenes.

En agosto de 1843 Santa Anna promulga un gran proyecto educativo, el llamado "plan Baranda", que dió lugar a una Memoria llena de consideraciones sobre el lamentable estado de los estudios. Pero la reforma en nada afectaba a la Universidad, salvo en sentido de que ya no resultaba forzoso que los estudiantes siguieran los cursos que habían llevado en otras partes. Pero este plan no parece haber dado grandes resultados, como tampoco el de Lares, promulgado por el mismo Santa Anna a fines de 1854. Mediante éste se establecía en la institución una serie de cursos de por sí interesantes, como el de Derecho Mercantil y Economía Política, el de Moral Médica y el de Higiene Pública, pero distaban mucho de constituir un conjunto armónico y resultaban más bien de carácter complementario. En realidad, ya no estaba la Universidad para planes.

Triunfante el movimiento de Ayutla, se nombra una comisión visitadora para rendir un informe sobre la institución. Este dictamen, que fué suscrito en 10 de septiembre de 1856, abunda en datos de todo género. Aludiendo, en forma muy serena, a la pasada grandeza de la institución, asienta que "la Universidad tal como existe no debe permanecer así". Los visitantes, sin embargo, no proponen ningunas reformas concretas, y sólo recomiendan que se imponga en México un sistema

educativo de tipo liberal al ciento por ciento, o sea informado por un *laissez faire* casi absoluto. Opinan que el Estado inter venga sólo en la cuestión de los exámenes profesionales, y ello en forma muy relativa. Un año después, o sea el 14 de septiembre de 1857, Comonfort suprimía a la Universidad por completo, dedicando el edificio, los fondos y los demás bienes que le pertenecían a la formación de la Biblioteca Nacional.

El rector de la Universidad, doctor don José María Díez de Sollano, defendió a la institución con verdadera bizarría. Hombre de amplios conocimientos tanto en el campo de las letras cuanto en el de las ciencias, había sido rector del Seminario y ahora propuso un plan de reformas que desgraciadamente sólo muestra hasta qué punto eran irremediables los males de la institución, eso es a menos de que la reforma se hiciera en grande escala. Sin entrar en polémicas, debemos no obstante acreditarle al partido triunfante su interés por la formación de una biblioteca nacional, si bien la Universidad no había dejado de demostrar, desde antaño, cierta clarividencia y generosidad en ese sentido.

Restablecida la institución por don Félix Zuloaga en 5 de marzo de 1858, ocupa de nuevo la rectoría el doctor Díez de Sollano y establece una cátedra intitulada "Estudio comparativo entre la filosofía antigua y moderna", en la cual, según el doctor Robles, hacía "la exégesis crítica, aprovechando a Balmes en gran parte, del Discurso de Descartes, de la Monadología de Leibniz, de la Crítica de Kant y de la Ética de Spinoza". Este curso, así como los doce restantes, seguían siendo "de perfección" y venían a complementar las enseñanzas que se daban en otros lados. Estaban, debe advertirse, a cargo de personalidades como Moreno y Jove, Arrillaga, Couto, Benítez, Pesado, Galicia Chimalpopoca y el médico don Manuel Carpio. Pero los liberales vuelven a adueñarse del poder y en enero 23 de 1861 la Universidad cierra de nuevo sus puertas.

El enfermo, sin embargo evidentemente no quería morir, y por algún tiempo, durante la intervención francesa, reanudó sus actividades. Pero sus días estaban ya contados. En efecto, el 30 de noviembre de 1865 el emperador Maximiliano, después de haber asentado que "en lo que la Edad Media se llamó universidad es hoy una palabra sin sentido", puso de nuevo en vigor la ley que en 1857 había suprimido a la institución y de una plumada acababa con la obra de su ilustre antepa-

sado. Y así se apagaba por fin, como vela mortecina, y tras melancólicos chisporroteos, la Vieja Universidad de México.

TAL es, a grandes rasgos, la historia de la institución que ha sido calificada como "antecedente" de la nuestra. A los cargos que en conocido discurso le enderezó un afamado educador porfiriano sería fácil acumular muchos otros. Se podría, por ejemplo, insistir sobre su falta de espíritu creador, su carencia de iniciativa, su prestigio un tanto artificial y debido, más que a su propio brillo, a esa luz refleja que derivaba de sus nexos con la Iglesia y con la Corona. Y no sería difícil seguir alargando la lista. . .

Pero tampoco sería justo detenernos ahí. No debemos, en efecto, olvidar que la Universidad nació de una gran idea, que tuvo sus buenos momentos, que no fueron pocos los estudiantes y los catedráticos que la ilustraron y que, a pesar de sus deficiencias, durante largos siglos fué el principalísimo centro organizado de cultura en ambas Américas, desde el Artico hasta el Cabo de Hornos: "el cuerpo literario más respetable de América", la reputó Clavigero. Debemos tener presente también que aunque lenta y desvitalizada, no fué tan retardaria como algunos han creído y que, dentro de su pobreza, no comparó nada mal con sus compañeras del Viejo Mundo. Por último, y en lo que se refiere al que esto escribe, la institución tuvo una suprema virtud que nadie le puede negar: esa lealtad, conservada hasta el fin sin titubeos, respecto a un pensamiento que para él es el único de verdad y de vida. *Fidelis usque ad mortem*: probablemente no hay frase más trillada, pero aun así, que sirva de epitafio para la Real y Pontificia Universidad de México!. . .

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Por Juan HERNANDEZ LUNA

1. *El primer proyecto de ley*

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MÉXICO, que sucede a la Real y Pontificia Universidad de la Nueva España, se debe al propósito genial y perseverante del maestro Justo Sierra. El 11 de febrero de 1881, siendo diputado al Congreso de la República, somete a la "opinión de los peritos" un proyecto de ley proponiendo la creación de una *Universidad Nacional*,¹ y dos meses después, el 7 de abril, presenta en la Tribuna de la Cámara de Diputados ese mismo proyecto, suscrito por las diputaciones de Aguascalientes, Jalisco, Puebla y Veracruz.²

Justo Sierra confiesa en su proyecto que pertenece a la "escuela liberal positiva" y que su idea está inspirada en los "sistemas alemanes, acomodados a nuestro espíritu democrático". La Universidad que propone ha de ser una "corporación independiente" del Estado, pues el "tiempo de crear la autonomía de la enseñanza pública ha llegado". Dicha corporación estará formada por las Escuelas Secundarias de Mujeres, Preparatoria, Bellas Artes, Comercio y Ciencias Políticas, Jurisprudencia, Ingenieros, Medicina, Normal y Altos Estudios. La enseñanza será "enciclopédica" y basada en el "método científico", y los "estudios fundamentales que ahí se hagan comenzarán por la matemática, ascenderán a la cosmografía y geografía, la física, la química, la biología, la psicología y terminarán con la sociología y la historia general".

¹ El proyecto de referencia fué publicado en las columnas del periódico *La Libertad*, el 11 de febrero de 1881.

² El cronista Abraham Sosa publica, en *La Libertad* del sábado 9 de abril de 1881, una reseña de esta sesión de la Cámara de Diputados, en que Justo Sierra dió lectura a su iniciativa de ley.

Tres objeciones se presentaron entonces a esta iniciativa de creación de la Universidad. En primer término se objetó que el proyecto del diputado Sierra venía a revivir la Real y Pontificia Universidad de México. ¿Por qué se quiere resucitar, se dijo, una cosa que está muerta y que ha muerto bien? La Universidad fué un cuerpo que cesó de tener funciones adaptables a la sociedad, y por eso hizo bien el partido liberal en matarla y enterrarla. ¿Por qué, entonces, resucitarla ahora?

La segunda objeción fué ésta: "El proyecto del diputado Sierra concibe la Universidad como una corporación autónoma frente al Estado. ¿Cómo el gobierno va a crear una institución independiente, entregándola para que la gobiernen personas ajenas a él? ¿Cómo el gobierno va a consentir en desprenderse de una suma de sus facultades para que otro gobierne la casa que él paga?".

La otra objeción se formuló así: "¿Cómo fabricáis una alta institución, un vasto edificio de enseñanza superior, y no le dais la base suficiente? Esto equivale a erigir una pirámide invertida, en equilibrio inestable, que no podrá sostenerse. Si no hay una educación primaria suficientemente sólida, ¿para qué queréis esta corona, para qué llegar hasta la instrucción superior, hasta la que sirve para crear la ciencia, si los elementos de donde toda ella habrá de nutrirse no están preparados?".³

Esta última objeción, dice Sierra, fué la más seria, la más importante y la que "realmente me decidió a abandonar este proyecto a su suerte, a su mala suerte", conviniendo en aplazarlo para cuando estuviera suficientemente desarrollada y organizada la educación primaria, secundaria, profesional y superior.

Si en vez de ser objetado el proyecto de Justo Sierra, se hubiera aprobado por la Cámara de Diputados, hubiéramos tenido en México una universidad positivista, ya que la iniciativa estaba alentada por el mismo espíritu filosófico que Gabino Barreda dió a la Escuela Nacional Preparatoria. Tanto en ésta como en la Universidad Nacional que Sierra proponía, figuraba como base de la enseñanza la escala comtiana de las ciencias.

Dos principios corren íntimamente unidos en este primer proyecto de Sierra: el *principio liberal*, de los hombres de la

³ Discurso de Justo Sierra, pronunciado en la Cámara de Diputados el 26 de abril de 1910, al proponer por segunda vez la creación de la Universidad Nacional.

Reforma, y el *principio positivista*, introducido por Barreda como orientación de la enseñanza preparatoria. A pesar de la polémica sobre Mahoma y Robespierre, que en 1875 y 1876 sostuviera Sierra con Barreda, ambos educadores se identificaban hasta ese momento, políticamente, en la doctrina liberal, y filosóficamente, en el positivismo. Sierra se muestra en su proyecto como el verdadero continuador de la obra educativa iniciada por Barreda, y al proponer la creación de la Universidad Nacional, no hace otra cosa que querer dar cima al programa de educación nacional concebido a raíz del triunfo de la República por el gobierno del Presidente Juárez.

2. *La Universidad como coronamiento de la educación nacional*

A partir de este año de 1881, la idea de la Universidad se manifiesta en Justo Sierra como el escalón más alto a que puede aspirar la educación nacional. Ella ha de ser el coronamiento de una gran obra educativa en el país. Si la Universidad "se desprendiese completamente de este propósito no se convertiría en la parte más alta a que puede llegar la obra de nuestra educación nacional, no correspondería ni a nuestros deseos ni a nuestros ideales".

Esta idea está presente en todas las diversas actuaciones que Justo Sierra va desarrollando en materia educativa, lo mismo como diputado y periodista, que como director de los congresos pedagógicos y como Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

El 13 de abril de 1902, en un discurso pronunciado en la apertura del Consejo Superior de Educación Pública, después de trazar los lineamientos de un programa de educación desde la escuela de párvulos, pasando por la primaria, secundaria, preparatoria, normal y profesional, decía: "Para dar unidad orgánica y conciencia de sí mismas a las instituciones educativas del país, pediremos facultad expresa al Poder Legislativo para crear la Universidad Nacional. Esta no tendrá, si tales designios se realizan, tradiciones; mirará sólo al porvenir. No será la heredera de la Universidad Pontificia Mexicana, prolongación inerte de la antigua Universidad colonial, eclesiástica y laica al mismo tiempo, que pudo prestar servicios conside-

rables a la sociedad que se formaba entonces, matriz de la nuestra, pero luego, petrificada en fórmulas sin objeto y en doctrinas sin vida, tendía sus flacas manos momificadas para impedir el paso incontrastable a las nuevas corrientes intelectuales; no, aquella vieja Universidad, justamente odiada del partido progresista, nada tendrá que ver con la nuestra; ésta está enterrada y olvidada en nuestra historia".

Tres años después, el 6 de junio de 1905, al inaugurarse el período de sesiones del Consejo Superior de Educación, insistía de nuevo en esa idea: "El remate de vuestra constitución escolar será forzosamente la creación de la Universidad Nacional penetrada del espíritu moderno; hoy como ayer creo lo mismo y tengo el establecimiento de las escuelas superiores que deben servir a la Universidad de corona, como una necesidad de primer orden; a ello, os lo prometo, llegaremos cuando la instrucción primaria corra ya por su cauce definitivo. Sin eso, todas las raíces de este árbol inmenso, a cuya sombra deseamos que viva la patria de mañana, serían raquíticas y deleznales; precisa, al contrario, que sean cada vez más robustas y fuertes, para que en ellas pueda entrar y subir y convertirse en ramas y frondas la savia toda de las generaciones nuevas".

El 30 de marzo de 1907, en funciones de Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, y tras de informar de las reformas legales emprendidas en la educación superior, decía al final de su discurso: "Me atrevo a asegurar. . . que entre los méritos supremos que el actual Jefe del Estado tiene para la gratitud del país, no sería por cierto el menor, no sería inferior a ninguno de ellos, el que adquiriese el día que declarase en medio de los representantes de las universidades extranjeras, reunidas en el apoteosis y glorificación de los padres de nuestra independencia, que su obra en materia de educación nacional ha encontrado su coronamiento, que la Universidad queda fundada; si al que os habla ahora tocase desempeñar algún papel en esa fiesta soberana, creo que no le negaréis el derecho de poder entonces retirarse a acabar en paz su jornada, con la conciencia de haber cumplido con su deber".

Y el 26 de abril de 1910, después de haber inaugurado la Escuela de Altos Estudios, podía decir con satisfacción ante la Cámara de Diputados: "Cuando tuve el honor de encargarme, por la confianza del Presidente, del Ministerio de Instrucción

Pública, fué un capítulo. . . del programa que sometí a su decisión, y que él aprobó, la creación de la Universidad Nacional; pero se convino en aplazarla para cuando estuviera suficientemente organizada y desarrollada la educación primaria, cuando la educación secundaria hubiese comenzado a dar todos los frutos que de ella se esperaban, cuando la educación profesional estuviera desarrollándose de un modo que le fuera propio y adecuado; sólo entonces, y después de la creación de una Escuela de Estudios Superiores, de Altos Estudios, era cuando podía sonar la hora de creación para la Universidad Nacional; tal es el momento actual, señores diputados".

3. *La erección de la Universidad Nacional*

DESPUÉS de tres décadas de constante batallar por su ideal universitario, Justo Sierra llega a la meta anhelada. En el "Diario Oficial" del 18 de junio de 1910, Porfirio Díaz, el Presidente reelecto de los Estados Unidos Mexicanos, hacía saber a sus habitantes que "se instituye con el nombre de *Universidad Nacional de México* un cuerpo docente cuyo objeto primordial será realizar en sus elementos superiores la obra de la educación nacional", y que "la Universidad quedará constituida por la reunión de las Escuelas Nacionales de Preparatoria, Jurisprudencia, Medicina, Ingenieros, Bellas Artes (en lo concerniente a la enseñanza de la arquitectura) y Altos Estudios".⁴

Tres meses después de publicada la ley constitutiva de la Universidad, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes organizó en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria una ceremonia para inaugurar aquella Universidad que tanto había soñado Justo Sierra.

El gobierno de México nombró madrinas de la nueva institución a las Universidades de Salamanca, de París y de California. El acto lo presidió Porfirio Díaz, acompañado de los miembros de su Gabinete, de los representantes extranjeros que vinieron a las fiestas del Centenario, y de los delegados que las Universidades de París, California, Ginebra, Oviedo, Harvard, Yale, Pennsylvania, Columbia, Illinois, Siracusa, Texas, Chi-

⁴ Se designó como primer Rector de la Universidad Nacional al licenciado don Joaquín Eguía Lis, quien fungió en su cargo hasta el 24 de septiembre de 1913.

cago, Buenos Aires, Stanford, Cornell, Washington y Real Federico Guillermo de Berlín designaron especialmente para que presenciaran el nacimiento de la Universidad Mexicana. Estos asistieron vestidos con sus togas doctorales, dando con sus arreos clásicos mayor solemnidad al acto. Justo Sierra dijo el discurso oficial; Ezequiel A. Chávez proclamó los nombres de los doctores *honoris causa* de la nueva Universidad y, a la mitad del acto, Porfirio Díaz, de pie ante aquella selecta concurrencia, pronunció la clásica fórmula: "Hoy, 22 de septiembre de 1910, declaro inaugurada solemne y legalmente la Universidad Nacional de México". Después siguió el "desfile de doctorados", que partió del edificio de la Preparatoria rumbo al aula mayor de la Escuela de Altos Estudios, consumándose así la erección de la Universidad Nacional.

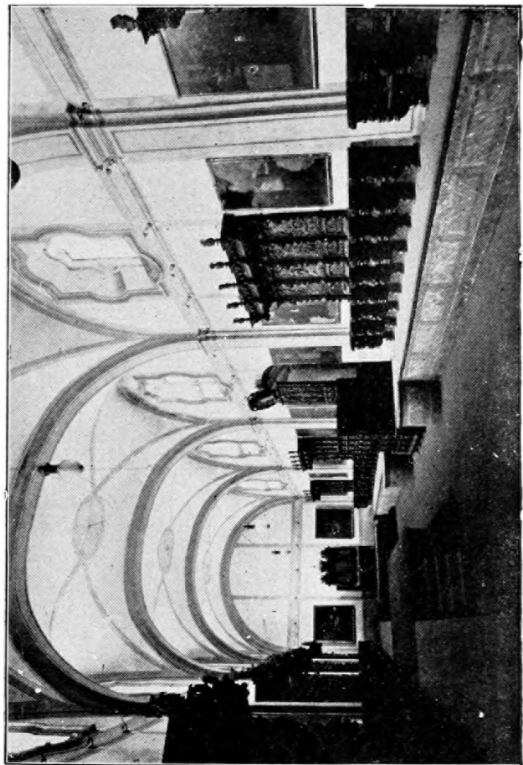
Era este uno de los pocos actos de trascendencia que el general Díaz realizaba en su largo período dictatorial. Aquella Universidad que acababa de surgir con tanta solemnidad y en tan memorable aniversario venía a ser, pese a la administración conservadora del dictador que la acababa de inaugurar, el coronamiento del programa de educación liberal que inició la República bajo la presidencia de Benito Juárez, y contenido en germen en la ley del 2 de diciembre de 1867 que ideara Gabino Barreda. La fundación de la Universidad significaba, por tanto, la culminación y coronamiento de la obra educativa de los hombres de la Reforma, el fruto más sazonado de la política liberal en el orden educativo.

4. *El sentido filosófico de la nueva Universidad*

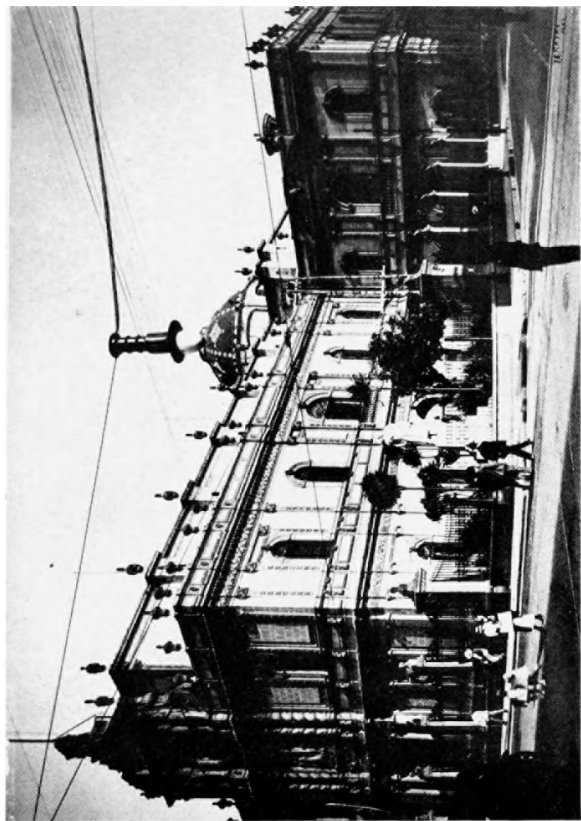
COMO el más acabado fruto de la reforma liberal, la Universidad Nacional venía a representar un esfuerzo dirigido a ampliar los horizontes de la cultura nacional, reivindicando o restaurando la enseñanza de las humanidades y de las especulaciones filosóficas que el positivismo había despreciado. Pero no se trataba con esto de negar los méritos que la enseñanza positivista había conquistado, sino de aprovechar la experiencia recogida por ella, para corregir deficiencias y abrir nuevas perspectivas a la cultura patria, que el positivismo no podía ofrecer ya por haber agotado sus metas. Este esfuerzo

por dotar a la Universidad de un vigoroso impulso filosófico, lo expresa Justo Sierra claramente en su discurso inaugural, cuando dice: "Una figura de implorante, vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la Filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no había querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros y, reuniéndose a él y guiándolo de nuevo, se detuvo en las puertas de la Universidad de París, la *alma mater* de la humanidad pensante en los siglos medios; esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno.

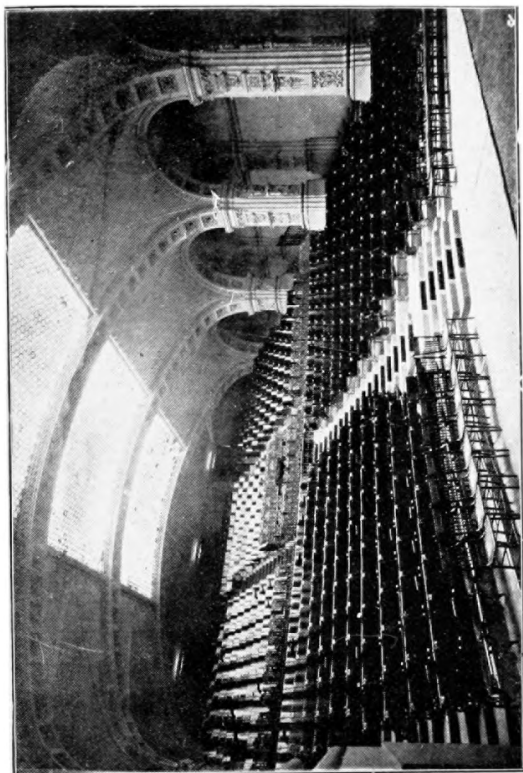
"¡Cuánto se nos ha tildado de crueles y acaso de beocios, por mantener cerradas las puertas a la ideal Antígona! La verdad es que en el plan de la enseñanza positiva, la serie científica constituye una filosofía fundamental: el ciclo que comienza en la Matemática y concluye en la Psicología, en la Moral, en la Lógica, en la Sociología, es una enseñanza filosófica, es una explicación del Universo; pero si como enseñanza autónoma pedíamos mostrar el modo de ser del Universo hasta donde la ciencia proyectara sus reflectores, no podíamos ir más allá, ni dar cabida en nuestro decálogo de asignaturas a las espléndidas hipótesis que intentan explicar, no ya el cómo, sino el porqué del Universo. Y no que hayamos adoptado un credo filosófico que fuese el positivismo: basta comparar con la serie de ciencias abstractas propuesta por el gran pensador que lo fundó, la adoptada por nosotros, para modificar este punto de vista; no, un espíritu laico reina en nuestras escuelas; aquí, por circunstancias peculiares de nuestra historia y de nuestras instituciones, el Estado no podría, sin traicionar su encargo, imponer credo alguno; deja a todos en absoluta libertad para profesar el que les imponga la razón o la fe. Las lucubraciones metafísicas, que responden a un invencible anhelo del espíritu y que constituyen una suerte de religión, en el orden ideal, no pueden ser materia de ciencias; son suprema síntesis que se cierne sobre ellas y que frecuentemente pierde con ellas el contacto. Quedan a cargo del talento, al-



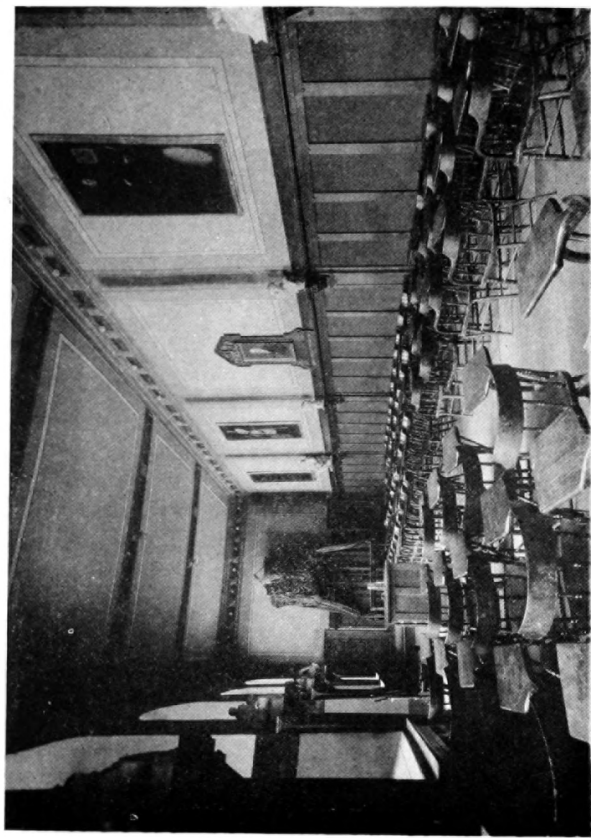
Salón El Generalito, con la sillería de coro del convento de San Agustín y retratos de colegiales ilustres de San Ildefonso. Estado actual.



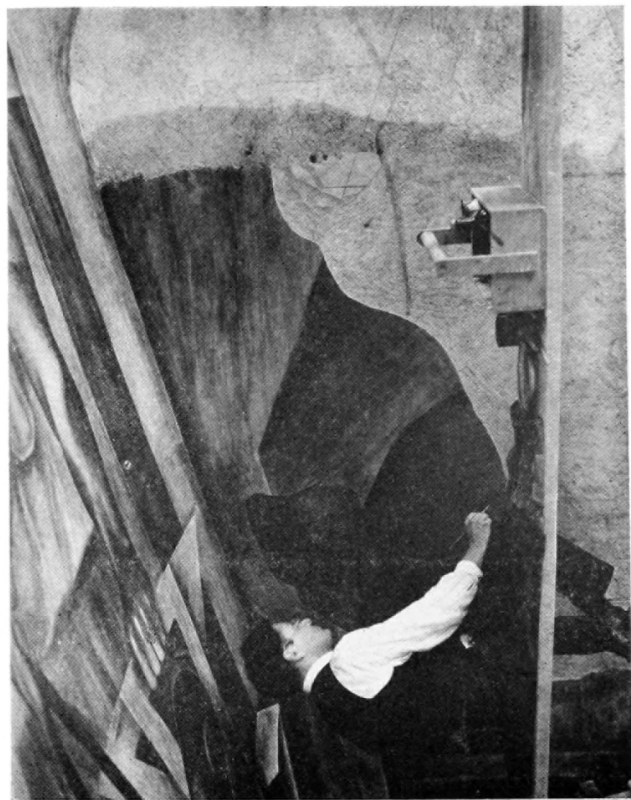
Biblioteca Nacional. Estado actual.



Interior del Anfiteatro Bolívar, en la parte moderna del edificio anexo al antiguo Colegio de San Ildefonso.



El aula Justo Sierra; adaptación moderna en la planta baja del Colegio Grande.



José Clemente Orozco pintando al fresco los muros de la escalera principal de la Preparatoria, en 1926.



Maternidad, detalle. Fresco de Orozco en la planta baja del Colegio Grande.



Panorámica de la Ciudad Universitaria en construcción.



Vista parcial de la Ciudad Universitaria. Al fondo el edificio de los Institutos de Investigaciones Científicas.

guna vez del genio, siempre de la conciencia individual: nada como esa clase de mentalismos para alzar más el alma, para contentar mejor el espíritu, aun cuando, como suele suceder, proporcionen desilusiones trágicas”.

Esto indica que la Universidad Nacional nació dotada de una gran voluntad para la filosofía, como un anhelo de ampliar los estrechos horizontes de la educación positivista, introduciendo en la institución acabada de inaugurar, lo que los educadores liberales anteriores habían descuidado, no por mala fe, sino por limitación de sus propios postulados filosóficos, a saber: la *figura implorante de la filosofía y las lucubraciones metafísicas* que responden a un invencible anhelo del espíritu. De esta suerte, el íntimo maridaje entre liberalismo y positivismo, que en su proyecto de 1881 había establecido Justo Sierra, se disuelve en este discurso inaugural. El principio político del liberalismo permanece firme e inalterable, pero en cambio el principio filosófico del positivismo es repudiado por anacrónico, para ser reemplazado por un principio metafísico laico, que era el del *intuicionismo*, del *idealismo*, del *pragmatismo* y del *romanticismo*, que habían comenzado a seguir los intelectuales más alertas del país.

Pero si la Universidad Nacional nació como anhelo de incorporar a la cultura patria la filosofía y las especulaciones metafísicas negadas por el positivismo dominante en la comunidad nacional, no significaba, en cambio, una vuelta a los usos académicos de la Colonia ni tampoco una restauración de la metafísica escolástica que había alentado en los claustros de la Real y Pontificia Universidad de México. “La Universidad mexicana que hoy nace—decía Justo Sierra en su discurso inaugural—, no tiene árbol genealógico. . . Si no tiene antecesores, si no tiene abuelos, nuestra Universidad tiene precursores; el gremio y el claustro de la Real y Pontificia Universidad de México no es para nosotros el antepasado, es el pasado.

“Cuando los beneméritos próceres que en 1833 llevaron al gobierno la aspiración consciente de la Reforma, empujaron las puertas del vetusto edificio, casi no había nadie en él, casi no había nada. Grandes cosas vetustas, venerables unas, apollilladas otras; ellos echaron al cesto de las reliquias de trapo, las borlas doctorales, los registros añejos en que constaba que la Real y Pontificia Universidad no había tenido ni una sola idea

propia, ni realizado un solo acto trascendental a la vida del intelecto mexicano; no había hecho más que argüir en aparatosos ejercicios de gimnástica mental, en presencia de arzobispos y virreyes, durante trescientos años".

"No puede, pues, la Universidad que hoy nace, tener nada de común con la otra. . . Los fundadores de la Universidad de antaño decían: *La verdad está definida, enseñadla*; nosotros decimos a los universitarios de hoy: *La verdad se va definiendo, buscadla*. Aquellos decían: *Sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político, resumido en estas palabras: Dios y el Rey*. Nosotros decimos: *Sois un grupo en perpetua selección, dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad*".⁵

5. Función científica de la Universidad Nacional

AL nuevo espíritu filosófico que alentará la vida de la Universidad Nacional, es necesario añadir, según Justo Sierra, la savia renovadora de las conquistas que la ciencia va realizando en todos los países del mundo. "La Universidad no podrá olvidar, a riesgo de consumir, sin renovarlo, el aceite de su lámpara, que le será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general; que sus métodos, que sus investigaciones, que sus conclusiones no podrán adquirir valor definitivo mientras no hayan sido probados en la piedra de toque de la investigación científica que realiza nuestra época, principalmente por medio de las universidades. La ciencia avanza, proyectando hacia adelante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada de verdades que va en busca de la verdad; debemos y queremos tomar nuestro lugar en esa divina procesión de antorchas".

"La acción educadora de la Universidad resultará entonces de su acción científica; haciendo venir a ella grupos selectos de la intelectualidad mexicana y cultivando intensamente en ellos el amor puro de la verdad, el tesón de la labor cotidiana para encontrarla, la persuasión de que el interés de la ciencia y el

^{5 y 6} Discurso pronunciado por Justo Sierra el 22 de septiembre de 1910, en ocasión de inaugurarse la Universidad Nacional.

interés de la patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano, creará tipos de caracteres destinados a coronar, a poner el sello a la obra magna de la educación popular que la escuela y la familia, la gran escuela del ejemplo, cimentan maravillosamente cuando obran de acuerdo".⁶

"La Universidad tiene por función crear hombres de ciencia, hombres de saber en toda la extensión de la palabra; hombres que puedan, que tengan la facilidad que una selección sucesiva puede darles, para adquirir los más altos elementos de la ciencia humana, para propagarla y para crearla. Estos estudiantes de la Universidad no pasarán, como en las otras universidades del mundo, por el bachillerato ni por la licenciatura para llegar a los doctorados; no necesitarán más que presentar los elementos suficientes para convencer de que han hecho, con su aprovechamiento marcado, los estudios secundarios o profesionales, y en virtud de eso, en una especialidad escogida por ellos en las diversas secciones de que se componen los altos estudios, pretender el grado de doctor; este grado la Universidad lo confiere después de pruebas especiales, pruebas serias, pruebas de esas que dan prestigio. Saben bien los señores diputados que la mayor parte de las tesis doctorales de las grandes universidades del mundo han sido obras de primera importancia en la evolución científica, y algunas de ellas han originado un cambio en las corrientes científicas del saber humano. Un doctorado organizado así puede ser la obra más importante de la Universidad".

"Hemos adoptado este título de doctor, porque es el aceptado en todas las universidades del mundo, y porque responde de una manera muy clara a esta idea: 'es de los que más saben', según el dictamen de la Universidad. Tendrá el estudiante alicientes para llegar ahí, porque el doctor universitario adquirirá el derecho de ir a completar sus estudios al país escogido por él, a expensas de la Universidad, y volverá a establecer sus enseñanzas aquí en los planteles universitarios, o abrirá, dentro de la Universidad también, clases libres, a las que puede convocar a quienes quiera, con tal de que sean alumnos de la Universidad; en ella puede abrir cursos especiales, personales, digamos así. Estos profesores libres no es preciso que sean

⁶ y ⁷ Discurso de Justo Sierra en la Cámara de Diputados, pronunciado el 26 de abril de 1910 al presentar la iniciativa para la fundación de la Universidad Nacional.

doctores, pero probablemente se reclutarán dentro del doctorado, y serán, sin duda, los elementos capitales de la vida misma de la Universidad, pues pueden contribuir de una manera eficaz, constante y marcada, al adelanto, al progreso de la ciencia bajo los auspicios de la Universidad".⁷

6. *La Universidad y la mexicanidad*

MAS el espíritu filosófico, científico y liberal de la Universidad Nacional, ha de hundir sus raíces en la tierra que lo va a sustentar, en las energías de la comunidad que lo va a nutrir, esto es, en las entrañas mismas de la mexicanidad. La nueva Universidad, para merecer el epíteto de nacional, no ha de ser una "simple productora de ciencia", una "intelectualizadora" que sólo sirva "para formar cerebrales", un "adoratorio en torno del cual se formase una casta de la ciencia", cada vez más alejada de su "función terrestre", del "suelo que la sustenta", e indiferente a las "pulsaciones de la realidad social que la circunda". Concebir así la Universidad "sería una desgracia". "Me la imagino —decía Justo Sierra— como un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión, que recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brote, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber.

"No se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas, para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla, discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

"Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad, o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe

ser el preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que, si se puede olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y a la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria.

“La Universidad entonces tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional, y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano mantendrá siempre alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza; esa es la antorcha de vida de que habla el poeta latino, la que se transmiten en su carrera las generaciones.

“¿Qué habríamos logrado si al realizar este ensueño hubiéramos completado con una estrella mexicana un asterismo que no fulgurase en nuestro cielo? No; el nuevo nombre que la consagración a la ciencia forme en el neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo, no puede olvidar a quien se debe y a qué pertenece; el *sursum corda* que brote de sus labios al pie del altar debe dirigirse a los que con él han amado, a los que con él han sufrido; que ante ellos eleve, como una promesa de libertad y redención, la hostia inmaculada de la verdad. Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo, dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atena *promakós*, a la ciencia que defiende a la patria”.⁸

7. La Universidad y el pueblo

PERO, además, la Universidad debe atender a la educación de esa gran parte de nuestra nacionalidad, que es el pueblo mexicano. “El partido liberal, en los tiempos en que, armado con la Constitución, se preparó para las luchas definitivas, veía como el primero de sus deberes la realización del ideal de la educación del pueblo; era la educación de un rey de menor edad bajo la regencia de la revolución; ella era la reina madre. Pero la regencia ha concluído, y el pueblo tomará, no en un día ni en una hora determinada, pero sí en el lapso de dos o

tres generaciones, que son las horas de los pueblos, posesión plena de su soberanía. Corremos riesgo de no parecer fundamentalmente civilizados, y por consiguiente, sólo aptos para formar un grupo inferior, destinado a la absorción del grupo superior que entre con él en contacto íntimo, si la educación de nuestras masas populares, en sus núcleos vivos, no es un hecho, por la supresión del alcoholismo y la unanimidad del trabajo en la escuela y el taller, en el primer cuarto de este siglo".⁹

La Universidad Nacional ha de ser un vigoroso centro de donde irradiará la resurrección moral de nuestras masas enfermas de privación, de deseos, de ignorancia. En esta restauración moral, "es preciso el concurso de muchas energías; la pasión por el pueblo, de los que se precian de regenerarlo, haciéndole conocer y practicar sus deberes, y éstos son los sociólogos; la de los que se jactan de amarlo, haciéndole comprender sus derechos, y éstos son los jacobinos; a todo intento sano, a toda fuerza moral acudiremos, a toda sinceridad haremos un llamamiento, al profesor, al diputado, al estudiante, al filántropo, al apóstol, al artista. Porque tanto está vinculado esta tarea con la seguridad y la vida misma del país, que sería traicionarlo excusar medio alguno de promoverla y realizarla.

"Así como en la escuela primaria la educación moral no consiste sólo en la enseñanza de un catecismo de derechos y deberes, sino en hacer servir al fin de inculcar fuertemente la noción del deber, todos los actos de la vida escolar: los juegos, el ejemplo, la fiesta, la falta, así en la escuela del pueblo adulto todo debe converger a ese mismo fin. Pero la escuela del pueblo es la vida misma; urge hacer entrar el mayor número de veces que se pueda dentro de sí mismos, a los hombres del pueblo, ayudarles a examinar sus actos, enseñarlos a confesarse a sí mismos su conducta, a observarse, a vivir moralmente, en suma, y sugerirles como consecuencia un plan moral por medio del sentimiento, de la emoción sobre todo. La elocuencia, las funciones dramáticas, las exposiciones, las fiestas, los museos, todo debe ir hacia allá; y todo debe ir subrayado por constantes sermones laicos. El pueblo está acostumbrado

⁹ y ¹⁰ Discurso del 13 de septiembre de 1902, pronunciado por Justo Sierra con motivo de la apertura del Consejo Superior de Educación Pública.

a que le prediquen y suele amar a los predicadores, y el tema de este perenne sermón laico, ¿sabéis cuál debe ser de preferencia?: el daño profundo, la dolencia mortal que el alcoholismo causa, no sólo en el individuo, sino en la especie. Hacer ver al hombre que busca el alcohol con insistencia en la pulquería, en la tienda o en la cantina (que apestan menos físicamente que la pulquería, pero que producen una peste moral más intensa), hacerle palpar con el cuadro, con la estadística, con el experimento, que no sólo se suicida, que no sólo se incuba el crimen, que no sólo disuelve su ser moral en el alcohol, sino que condena a su hijo al crimen, al dolor, a la muerte; que es el ángel exterminador de su raza, que es el parri-cida. ¡Oh!, dirán algunos, las palabras no hacen efecto. No os fiéis de esta vulgaridad: las palabras, los conceptos repetidos, metidos a martillazos en un cerebro, son una sugestión terrible y eficaz. Contentémonos con hacer saber en la escuela al hombre que se lanza a una cuba de pulque o a un *tósig-cocktail*, hasta qué punto puede llegar la iniquidad de su acto, y mida así su responsabilidad: basta eso".¹⁰

8. *La autonomía universitaria*

PARA que la Universidad Nacional realice sus funciones, necesita de la protección del Estado, del apoyo del gobierno. "Creer que una Universidad como la que he proyectado pudiera vivir sin los fondos del gobierno, es un sueño. En México no puede vivir una institución de este género sin que el gobierno se encargue de nutrirla. El Estado se propone, efectivamente, impartirle toda cuanta ayuda pueda en el orden pecuniario y moral, para que pueda desenvolverse ampliamente en todas las direcciones que le sean necesarias.

"Hoy el Estado ejerce, no la tutela, sino la patria potestad sobre la institución superior, aun en lo que atañe esencialmente a la sociedad; puede llegar hasta imponer un texto contrario a la opinión manifestada por los profesores y en choque con el espíritu legal de la enseñanza".¹¹

Hasta ahora el Estado había regentado directamente la

¹¹ y ¹² Artículo de Justo Sierra, en *La Libertad* del 5 y del 25 de marzo de 1881, sobre La Universidad y el Gobierno.

educación superior en el país. Con esto el Estado se había salido un poco de sus atribuciones genuinas. "El Estado tiene una alta misión política, administrativa y social; pero en esa misión misma hay límites, y si algo no puede ni debe estar a su alcance, es la enseñanza superior, la enseñanza más alta. La enseñanza superior no puede tener, como no tiene la ciencia, otra ley que el método; esto será normalmente fuera del alcance del gobierno. Ella misma, es decir, los docentes que forman por sus conocimientos esta agrupación que se llamará la Universidad Nacional (y así como lo veremos en México, así se ha verificado en todas partes), será la encargada de dictar las leyes propias, las reglas propias de su dirección científica".

El Estado concibe a la Universidad Nacional como un "cuerpo suficientemente autónomico dentro del campo científico", con la garantía de que serán también respetadas en ella todas las libertades que le puede dar la constitución de su personalidad jurídica, sin la que no le sería dado extender su acción sobre todos los ámbitos de la nación mexicana pensando y utilizar todos los elementos para realizar su programa científico.

"Pero la Universidad que proyectamos no va a ser una 'Universidad independiente', una 'Universidad particular', sino una 'Universidad Nacional', un 'órgano de la nación'. Al crearla el Estado, realiza un acto por el cual el gobierno se desprende, en una porción considerable, de facultades que hasta ahora había ejercido legalmente, y las deposita en un cuerpo que se llama Universidad Nacional. Por eso se necesita que la nación entera la acepte, la adopte como suya, que procure infundirle su aliento y su vida, que la impulse, que le proporcione los medios de realizar sus fines; y para esto le hemos dado todos los caracteres y todas las capacidades necesarias para adquirir los recursos que le sean indispensables para lograr organizarse, para progresar siempre más, para estar siempre lista a extender su acción sobre la nación entera; para esto la hemos dotado de las capacidades jurídicas suficientes para adquirir bienes y para hacer con ellos lo que juzgue conveniente".¹²

Empero, si el gobierno cree que la Universidad Nacional debe emanciparse de la tutela del Estado en todo lo que atañe directamente a la propagación de la ciencia, ello no quiere

decir que el Estado se abstenga de toda intervención en ella. El Estado no debe dejar de intervenir en la Universidad, porque las funciones de educación superior que ella realiza son de una "trascendencia magna para el progreso social". Estado y Universidad se compenetran y gravitan hacia un mismo ideal: "hacer progresar a la sociedad, empujándola a constituirse bajo el régimen científico", y evitar que se estanque en una "tradición teológica". El Estado, que pagará a la Universidad, debe vigilar que la educación impartida por ella se traduzca en un factor de progreso para la sociedad y no en uno de retroceso; debe vigilar que esa educación esté "constituída sobre bases radicalmente científicas" y no en principios pseudocientíficos. Si el Estado se abstuviera de hacer esta vigilancia, haría "una concesión al espíritu teológico" y contribuiría a acrecentar el "poder del antiguo régimen".

9. *La contribución del maestro Chávez a la Universidad de México*

COLABORADOR entusiasta de Justo Sierra en la fundación de la Universidad Nacional de México fué don Ezequiel A. Chávez. En 1903 lo comisiona el maestro Sierra para estudiar las grandes Universidades de California con miras a la preparación del proyecto de erección de la Universidad Mexicana. La Universidad de Berkeley y la de Leland Stanford Junior fueron visitadas y estudiadas por él durante un año, recogiendo de los doctores Benjamín Ide Wheeler, presidente de la primera, y David Starr Jordan, de la segunda, valiosas sugerencias sobre lo que debe ser una genuina enseñanza universitaria.

Tres años después, en 1906, don Ezequiel vuelve a la Universidad de Berkeley y recibe de Jacques Loeb, distinguido biólogo, importantes ideas sobre la tarea científica que había de señalarse a nuestra futura universidad. A este respecto escribe don Ezequiel: "Loeb me enteró de todo esto para hacerme ver la necesidad de que la Nueva Universidad Nacional de México, entonces todavía en proyecto, no sólo incluyera las tradicionales actividades por las que se logra la debida formación de abogados, de médicos, de ingenieros o de otros profesionales, sino también actividades gracias a las que realice atinadas

disquisiciones por las que se aislen satisfactoriamente fenómenos que para su debido estudio deben aislarse o convenga que sean aislados; se relacionen en cambio con los análogos a ellos, y se haga rigurosamente sana crítica de cuanto se vaya estudiando y de los modos y los medios por los que se le estudie para alcanzar nuevos conocimientos, nuevas perspectivas científicas, nuevas ideas, nuevas previsiones de fenómenos, y de descubrimientos y de repeticiones invariables de hechos en circunstancias idénticas o equivalentes —por lo mismo nuevas *leyes naturales*—, así como, en caso de que esto ocurra, comprobación de errores y de infundadas generalizaciones, y en suma, depuración, perfeccionamiento y ensanchamiento del saber, para todo lo cual se ponga en la posibilidad material de lograrlo a profesores que tengan para ello las dotes necesarias, dándoles tiempo libre para poner satisfactoriamente por escrito los estudios que vayan haciendo”.¹³

Por tercera vez vuelve a la Universidad de California en 1909 y a nombre de don Justo Sierra invita al Dr. Wheeler para que en representación de aquella universidad viniera a apadrinar a la de México que estaba próxima a ser inaugurada.

El 18 de septiembre de 1910, por encargo de Justo Sierra, pronuncia el discurso inaugural de la Escuela Nacional de Altos Estudios, en el que explica la fundación y los fines de la nueva institución. La raíz liberal de la Escuela de Altos Estudios la pone al descubierto a la mitad de su discurso, haciendo ver cómo a partir de la República, el gobierno del Presidente Juárez inicia un movimiento encaminado a crear “centros específicos de investigación científica mexicana”, que fueran como luces encendidas en lo alto de los establecimientos de educación profesional y que desde las alturas enviaran a la tierra sus rayos. Así fueron apareciendo el Observatorio Astronómico Mexicano, el Observatorio Meteorológico, la Comisión Geográfica Exploradora, el Museo Nacional de Historia Natural, el Instituto Geológico, el Instituto Médico, el Instituto Patológico, el Instituto Bacteriológico y el Instituto Arqueológico e Histórico. Estos institutos, explica Chávez, nacieron inconexos, desligados, incoherentes y han vivido ignorándose parcialmente. De aquí que se haya ideado coordinar sus es-

¹³ EZEQUIEL A. CHÁVEZ. *¿De Dónde Venimos y a Dónde Vammos?* El Colegio Nacional, México, 1946. pp. 30-31.

fuerzos, ligándolos en una sola institución: la Escuela Nacional de Altos Estudios, cuyas finalidades serán: coordinación de los institutos de investigación ya creados; formar a los profesores futuros de las escuelas preparatorias y profesionales; abrir siempre más vasto campo a los trabajos de investigación científica. Esta escuela debe "levantar hasta el cielo el alma de los mexicanos"; debe seguir el "descubrimiento eterno del infinito"; debe emanciparnos de la ignorancia, no sólo de aquella que muchos tienen "en cuanto a lo ya descubierto", sino de la que todos, "aun los mismos sabios sufren, respecto de lo que nadie sabe, de lo que está por descubrirse". La Escuela Nacional de Altos Estudios "va a buscar verdades desconocidas, pero las buscará y las encontrará para que nuestra Patria las ofrezca a la humanidad toda; las buscará y las encontrará para que el dolor, el implacable dolor que a los humanos persigue, sea vencido; para que la enfermedad retroceda; para que el error y el vicio sucumban".¹⁴

El mismo año, en representación de don Justo Sierra, preside la sesión inaugural del Consejo Universitario celebrado el 15 de octubre. Con este motivo pronuncia una alocución, en la que declara que la dirección y administración de la Universidad no debe depender nunca de otros hombres que no sean los "de ciencia y de recta conciencia"; que a la Universidad toca realizar la unificación moral de las "escuelas profesionales con la que inicia sus estudios, la Preparatoria, e identificarlas también moralmente con la que las corona, la de Altos Estudios"; que la autonomía que la República otorgaba a la Universidad "respondía, a un siglo de distancia, al acto fundamental de la promulgación de la autonomía política de México"; que éste era el "medio mejor de conmemorar la independencia nacional, y demuestra que hemos hecho esfuerzos para proseguir la obra que iniciaron los padres de la patria"; que a la Universidad Nacional "incumbe entrar en relación con los grandes centros del pensamiento del mundo, y contribuir así a realizar la gran función internacional coordinadora que va preparando el advenimiento de la futura República de la humanidad, para que la libertad, la libertad verdadera,

¹⁴ EZEQUIEL A. CHÁVEZ. Discurso pronunciado el 18 de septiembre de 1910, en el acto de inauguración de la Escuela Nacional de Altos Estudios.

y la ciencia, la verdadera ciencia, hecha de amor y de buena conciencia, imperen en todas partes".¹⁵

No hay duda que don Ezequiel Chávez fué el brazo derecho del maestro Sierra en la fundación de la Universidad Nacional de México. Desde su cargo de Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, al que llegó invitado por el propio Justo Sierra, tuvo la oportunidad de conocer de cerca las ideas sobre la Universidad que inquietaban el cerebro de su fundador y a amar tanto como él la idea universitaria. De la participación que el maestro Chávez tuvo en la creación de nuestra Universidad, dan idea algunas cartas que Sierra escribió a don Ezequiel. En una de ellas le decía: "Ya no visite más escuelas ni universidades, descanse de veras y si le es posible véngase por mar; esto le hará descansar en regla".¹⁶ En otra le escribía: "somos dos caballos (comparación audaz) uncidos a un formidable carretón sin ruedas que tiramos por senderos pedregosos; pero usted es joven y los músculos que le faltan en el cuerpo los tiene en el espíritu, yo soy un viejo sin comentarios".¹⁷ Y, en una tercera, se expresaba así: "Desde que a la simpatía y admiración que, sin hipérbole ni lisonja, sentí siempre por usted, se ha juntado la comunión de ideales y la de sacrificios que sólo nosotros conocemos, en tres años de labor y de fatiga moral (que no nos abatirá, lo juramos por la Patria, pero que es amarga y dura) he podido aquilatar su valor y el inestimable tesoro de conciencia y de ciencia, de fe cívica y de fe intelectual, de sentimiento alto y puro, no el que sirve para sufrir, sino el que sirve para engendrar, que constituye el alma de usted. Yo con egoísmo he tomado casi posesión de ella; sin eso me hubiera faltado un ala para volar".¹⁸ Con ayuda de esta ala, que fué don Ezequiel, el proyecto universitario de Justo Sierra pudo volar hasta quedar plenamente plasmado en la ley y cristalizado en la realidad nacional. Con justa razón el Consejo Universitario, en el acto solemne de inauguración de la Universidad Nacional de México, honró con el grado de Doctor *Honoris Causa* a Justo Sierra y a Ezequiel A. Chávez, los dos maestros mexicanos que habían la-

¹⁵ EZEQUIEL A. CHÁVEZ. *¿De Dónde Venimos y a Dónde Vamos?*. p. 38-39.

¹⁶, ¹⁷ y ¹⁸ JUSTO SIERRA. *Epistolario y Papeles Privados*. Tomo XIV de las Obras completas. Universidad Nacional Autónoma de México, 1949. pp. 267 y 269.

borado juntos hasta hacer surgir la Universidad. Sobre este gesto de gratitud, que el primer Consejo Universitario tuvo con sus fundadores, escribe don Ezequiel en sus notas autobiográficas: "¿Qué más grande distinción, qué mayor honor de Nuestra Universidad podríamos nosotros ambicionar? ¿No nos sentíamos inmensamente complacidos de que la Universidad Nacional hubiera sido fundada?".¹⁹

En 1912, siendo Diputado al Congreso Federal, defiende a la Universidad y a la Escuela de Altos Estudios, de los ataques del diputado José María Lozano que pedía la supresión de los presupuestos destinados a sostener estas Instituciones, ya que su fundación no había tenido más objeto que "llenar un número del Centenario" y "arrojar un puñado de polvo de oro a los ojos de las naciones que concentraban sus miradas en México". Refiere don Ezequiel que cuando le fué concedido llegar a la tribuna para defender las dos instituciones tan violentamente atacadas, lo hizo "en medio de la indiferencia glacial que en torno del problema sentía, de la sociedad toda y de la República entera; los profesores y los estudiantes Universitarios; el Consejo y las altas personalidades de la Universidad, atónitos ante la profunda y creciente agitación política desatada contra el Presidente Madero, no hicieron entonces el más leve ademán en defensa de las instituciones educativas atacadas en la Cámara". En seguida agrega que, los secretarios que sumaban los votos en pro y en contra, "proclamaron en fin: ¡83 votos por la afirmativa, contra 68 por la negativa! Y confusamente algún diputado, no sé dónde, cerca de mí sin duda, decía a otro diputado: ¡Vaya! Se salvaron la Universidad y la Escuela de Altos Estudios... Se salvaron ciertamente; pero apenas por 15 votos. Mi certidumbre es que en aquel tremendo debate, en el que casi sentí que la vida se me iba, fué mi ardor, fué mi esfuerzo, fué mi anhelo lo que principalmente las salvó".²⁰

¹⁹ E. CHÁVEZ. *¿De Dónde Venimos y a Dónde Vamos?* p. 40.

²⁰ E. CHÁVEZ. 3 *Conferencias. La vida y la obra de 3 profesores ilustres de la Universidad Nacional de México*. Ed. de la U. N. de M. 1937. p. 68.

10. *El positivismo contra la Universidad Nacional*

LA orientación hacia la nueva metafísica, sobre todo francesa y alemana, que el maestro Justo Sierra señaló a la Universidad Nacional, molestó a los directores del positivismo mexicano. Pronto comenzaron a aparecer en la *Revista Positiva* comentarios hostiles sobre la institución acabada de nacer y sobre los conceptos vertidos por su fundador en el acto inaugural. Don Agustín Aragón publicó tres artículos comentando el discurso de Sierra y desestimando la institución naciente.²¹

En sus escritos el ingeniero Aragón acusa al fundador de la Universidad de metafísico y enemigo del positivismo. El señor Sierra, dice, "ni en sus poesías ni en sus discursos, ni en sus libros ni en sus informes oficiales, ha revelado nunca espíritu científico; es un metafísico que quiere a ratos seguir los senderos de la ciencia y a ratos sonríe a la teología."²²

"Clásico y de lo más elegante estuvo el señor Ministro en su imagen. . . Como que su exquisito temperamento de artista, llevólo a la risueña Grecia de Sófocles. Nos pinta, en efecto, a su Filosofía, pidiendo a ruegos y lacrimosa desde 1867 acá, permiso para entrar a los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial. Sólo que olvidó el viejo poeta sus propios esfuerzos, sus nobles combates, sus atrevidas campañas, en la prensa, en la Cámara de Diputados y en las juntas de profesores de la Escuela Nacional Preparatoria, para expulsar a la intrusa que, conducida por la mano del cortés diplomático Ignacio Mariscal, voceada por el humanista José María Vigil, agasajada por el ducho político Joaquín Baranda, y defendida por el teólogo gramático Rafael Angel de la Peña, *pasó once años sin errar*, divagando en el templo que tanto reverencia el Sr. Sierra".²³

La Universidad Nacional, recién inaugurada por el señor Sierra, es el coronamiento de la confusión reinante en el curso de su administración educativa. "Tras nueve años de tejer y

²¹ Los tres artículos del ingeniero Aragón los publicó la *Revista Positiva*; los dos primeros con el título de "Dos discursos Universitarios del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes", en los números correspondientes al 5 de noviembre y 3 de diciembre de 1910; y el tercero con el rubro de "La Universidad Anglo-Mexicana", en el número 1º de enero de 1911.

²², ²³, ²⁴ y ²⁵ AGUSTÍN ARAGÓN. *Dos Discursos Universitarios del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes*.

destejer, que es la obra real y efectivamente realizada por el Sr. Sierra como jefe de la instrucción pública de México; después de haber dado leyes que por lo menos en cuatro escuelas no se han cumplido *una sola vez* en los propios nueve años; y luego de haber dado testimonios inequívocos de *impaciencia revolucionaria* y de haber producido tal confusión en los establecimientos en que él manda, que ni superiores ni inferiores saben que *debe hacerse*, corona su obra con la fundación de la Universidad Nacional".²⁴

La naciente Universidad nada tiene de nuevo. Significa solamente la reproducción de la Real y Pontificia Universidad de México, que fundara Carlos V en los días de la Colonia; es la "fiel copia" de la antigua y retrógrada Universidad Pontificia; es un "empeño de reedificar lo que veíamos ya desde hace medio siglo como ruina venerable".

La llamada nueva Universidad está en franca oposición con la reforma educativa introducida por Gabino Barreda. Nuestra organización política "veda al Estado introducir cualquier estudio de carácter teológico". La "obra de Barreda logró eliminar de la enseñanza lo indemostrable y cerró las puertas a la metafísica, que es una prima-hermana de la teología". De "*hecho* y no de *dicho*" rompimos esos ejes seculares a cuyo derredor gira aún la instrucción universitaria de allende el Bravo y el Atlántico". Por tanto, "la creación de la Universidad Nacional es contraria a las saludables reformas educativas de 1867 y, por lo mismo, es un retroceso".

Además, los "universitarios han sido en general los peores enemigos de los descubrimientos científicos de primera importancia en la evolución científica, y especialmente de los que han originado un cambio en las corrientes científicas del saber humano. Enemigos y aun detractores de Darwin, de Comte, de S. Mill, de Spencer y otros pensadores, han abundado entre los universitarios".

Por todo esto la Universidad Nacional "será el refugio y el baluarte de los pedantócratas mexicanos, prestos siempre a cobrar decenas y a recibir honores; pero lucharán menos de lo que se figuran, porque su reinado no será eterno, sus hijos pagarán su culpa, padeciendo con las dificultades sociales que van a legarles y con la nota que sellará sus nombres de retrógrados. Los viveros de parásitos siempre se han alimentado en los cofres públicos y los gobiernos los han protegido por dis-

poner de la fuerza. Mas lo muerto, aunque el Sr. Ministro desarrolle todas sus energías actuales y potenciales para evitarlo, muerto está. Mayor poder tuvieron los Bonapartes y fueron efímeras sus instituciones, y eran de mayor prestigio los sabios con que contaban, que los improvisados doctores que rodean al Sr. Sierra; y todo pasó. Entre nosotros pasará, porque después de la anemia política que nos anima ha de venir la reacción y tendremos otro Nigromante que vuelva a suprimir esta Universidad por inconducente.

"Un siglo fija el Sr. Sierra para la realización de sus ensueños; yo creo que en el curso de una década vendrá abajo su aparatosa Universidad."²⁸

11. La defensa de Antonio Caso a la Universidad

DE los discípulos y admiradores que rodeaban al maestro Sierra, Antonio Caso fué el que salió a la defensa de la Universidad naciente. Por tres motivos él era el indicado para hacer la defensa. Primeramente por desempeñar en ese momento el cargo de Secretario de la Universidad. En seguida por ser el discípulo de mayor prestigio entre los que profesaban con más fidelidad las ideas del maestro. Y, finalmente, por su actitud francamente anti-positivista, declarada públicamente en el curso sobre la *Historia del Positivismo* que sustentara dos años antes en la Escuela Nacional Preparatoria.

Antonio Caso hace la defensa de la Universidad en cuatro artículos, que publica bajo el rubro de *La Universidad y la Capilla o el Fetichismo Comtista en Solfa*.²⁹ En ellos se ocupa, en primer término, de la defensa de la Universidad Nacional. Voy a impugnar los artículos de su "señoría el ingeniero Aragón", escribe, no porque logren "opacar o menguar" la "figura intelectual de primer orden" que es la del Secretario de Instrucción, ya que las "personalidades de excepción se defienden

²⁸, ²⁷, ²⁸ y ²⁹ Antonio Caso publicó sus cuatro artículos en *Revista de Revistas*, con el título general de "La Universidad y la Capilla o el Fetichismo Comtista en Solfa". El primero el 19 de marzo de 1911, con el subtítulo de "El campeón"; el segundo el 26 de marzo, con el subtítulo de "La Doctrina"; el tercero el 9 de abril, con el subtítulo de "Corolarios y Objeciones", y el cuarto y último el 16 de abril, sin subtítulo.

por sí mismas con su prestigio", sino porque se dirigen contra el "nuevo instituto", contra la Universidad Nacional.

Después de hacer una burla ingeniosa del "silencioso e inadvertido órgano pseudofilosófico del comtismo ortodoxo", que es la *Revista Positiva* de don Agustín Aragón, el "encargado del positivismo para la provincia mexicana", y de los sueños ridículos de Horacio Barreda de reemplazar el "credo católico" por el "credo positivista", Caso declara que en el fondo de la lucha emprendida contra la Universidad Nacional, "radica un intenso odio sectario contra las preocupaciones más altas y más fundamentales de la humanidad. Es la vieja pasión doctrinaria de los empíricos de todos los tiempos contra la filosofía verdaderamente digna de este nombre; la pasión de los positivistas ortodoxos contra las disciplinas metafísicas, cuya síntesis imaginan como simple 'transfísica', como sistema de conjeturas indemostrables o conjugación de tecnicismos absurdos e ininteligibles.

"Don Agustín Aragón combate a la Universidad porque teme una resurrección de las especulaciones metafísicas en las cátedras nuevas; teme la instalación definitiva en la Escuela Nacional de Altos Estudios,²⁷ del solio reservado al verdadero remate dignísimo de las viejas especulaciones independientes, teme oír tronar cerca de las cátedras apolilladas que han reposado durante largos años en la quietud dogmática de un comtismo desnaturalizado, la voz de los profesores de filosofía que armados con la dialéctica irrefutable de la historia y los resultados ostensibles de la elaboración científica contemporánea, demuestren la perennidad del pensamiento filosófico concomitante a todas las épocas de la civilización. Teme, en fin, ver desmoronarse ante una generación nueva, ávida de ciencia y de libertad y cansada ya, por ventura, de la misérrima escolástica positivista, tan inferior como otra cualquiera —la catedral comtiana de los *tres estados*, el pensamiento de Turgot, la construcción sintética del positivismo ortodoxo, herida de muerte por los embates firmísimos de las nuevas tendencias que empiezan a llamar serenamente, a las puertas de algunas de nuestras cátedras— reacias para abrirse a las nuevas ideas, puertas cerradas y selladas, a veces, con el triple sello de la ignorancia, de la rutina y de la indiferencia. . . Ese es el espectáculo que le intimida, la catástrofe que le horroriza con sólo

anunciarse, como una mera posibilidad, dentro de la casa universitaria.

"Por eso, obediente a su escrúpulo, víctima de fanático celo, se lanza a la lucha y lanza el anatema; apresta todas sus energías enardecidas por el fracaso de su propaganda ortodoxa, y trémulo asiste al advenimiento de la institución universitaria, no con el júbilo del patriota, sino con el despecho y la ira del sectario".²⁸

A la par que explica el sentido de los ataques lanzados por Aragón a la Universidad, Caso se ocupa de definir el lugar que corresponde a la nueva institución, por una parte, en el curso de la evolución cultural de Europa, y, por la otra, en el proceso histórico del país.

En relación con la cultura europea, Caso vincula la Universidad Nacional con la filosofía de la ilustración francesa. El modelo que tiene a la vista es el de la Universidad de París. La nueva Universidad de París, dice citando a Louis Liard, "es hija de la ciencia", es una "tentativa para realizar la concepción de los filósofos del siglo XVIII, particularmente de los enciclopedistas". Y, añade en seguida: la *"Universidad mexicana reproduce en todo el ideal moderno patente en las declaraciones de las Asambleas Revolucionarias de Francia, en las reivindicaciones del humanismo y de la enciclopedia, concentradas en la prestigiosa institución educativa que va a la cabeza de la cultura latina y a la vanguardia de las universidades del mundo entero: la Universidad de París"*.

En relación con el proceso cultural del país, Caso sitúa a la Universidad Nacional dentro de la Reforma liberal de don Benito Juárez. No "se tache jamás, escribe, a nuestra naciente Universidad de atentado reaccionario ni de resurrección medieval. No: en el instituto reciente se agita y vivirá el mismo espíritu liberal que durante la administración de D. Benito Juárez fundó la Escuela Nacional Preparatoria, merced al poderoso impulso de nuestro gran educador D. Gabino Barreda."²⁹

"Nuestra Universidad —sin cátedra de teología—, nuestra Universidad laica, simple organización científica y filosófica, es la aplicación general del criterio libre y positivo que sirvió al doctor Barreda para la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria. La Universidad de hoy, con la Preparatoria de entonces, han de verse como institutos que procuran cada uno

dentro de sus límites singulares, construir la mayor reciprocidad posible entre todas las ramas de la actividad intelectual verdaderamente independiente".

Finalmente Caso cuida de cerrar muy bien las puertas de la Universidad Nacional a todo dogmatismo. El espíritu ávido de libertad, que caracterizó toda su vida, se manifiesta ya aquí vigoroso como una fuerza intransigente. Dos son los dogmatismos que ve cernirse sobre la institución naciente y que podrían apagar la llama de la libertad que él reclama para ella: de un lado, un dogmatismo laico, el *positivismo*; del otro, un dogmatismo religioso, el *catolicismo*. La Universidad Nacional debe definir muy bien su postura ante la amenaza de ambos dogmatismos.

Frente al dogma laico del positivismo y frente al dogma religioso del catolicismo, Caso define el espíritu de la Universidad acabada de surgir en estos términos: "Qué tremendo sería nuestro destino si, al sacudir el yugo de la Iglesia Católica, hubiésemos de caer necesariamente bajo la férula de ese 'catolicismo sin cristianismo', de ese 'seudocatolicismo laico', de ese monstruoso organismo político que preconizó en sus delirios de dominio universal aquel teócrata de la humanidad, espíritu gemelo de los Inocencios y los Hildebrandos, el genial e irreverente discípulo del socialista Saint Simon, a quien veneráis como a pontífice infalible.

"No: La Universidad Nacional no puede ser sectaria, ni pregonar en sus aulas el escamoteo de la filosofía, de la única filosofía, de la metafísica". Es menester proclamar muy alto lo que ha dicho el educador a quien se ha combatido con encarnizamiento; es fundamentalmente preciso abrir de par en par las puertas de la Escuela a todas las escuelas y a los sistemas todos, enseñados rigurosamente conforme a criterios científicos. Sólo así se cumplirá con el deber de educadores y de contemporáneos; sólo así, sin definir dogmas, sin cohibir espíritus, sin imponer tiranías. Queden para las capillas desprestigiadas las religiones intolerantes, los escrúpulos sombríos y los anatemas. La Escuela ha de ir con la razón, con la ciencia, con la historia, con la humanidad, con las realidades eternas y eternamente evolutivas, que han negado ya todas las escolásticas y desahuciado para siempre a todos los ídolos.

"¡Cuánto más valdría la imposición del dogma Católico, vigoroso con la tradición de luengos siglos, rico con el pres-

tigio de innumerables generaciones; cuánto más valdría la vieja unidad de la Iglesia romana y del Estado mexicano, que nuestros reformadores, sin embargo, condenaron y rompieron! Entre una religión gloriosísima y una secta ridícula de existencia precaria, la elección no sería dudosa. Pero, 'a Dios Gracias', ni catolicismo ni positivismo serán confesados por nuestra educación nacional. La Universidad seguirá por su rumbo de independencia y de libertad inalienables, mirando como su mejor galardón la ira impotente, el torpe rencor de los epígonos del positivismo, enloquecidos por el desprecio con el cual se observan en todo el mundo civilizado sus prácticas de ópera bufa, sus cenáculos esotéricos, su mentalidad incurablemente sectaria y mezquina!"

12. *Vasconcelos y el lema de la Universidad*

A pesar de los nobles y elevados propósitos que Justo Sierra señaló a la Universidad Nacional de México, ésta no fué comprendida en los primeros años de su nacimiento. Los positivistas la combatieron por abrir la puerta de par en par a la metafísica y a las nuevas corrientes de la filosofía, los conservadores desconfiaron de ella por su espíritu liberal y los revolucionarios recelaron de ella por haber surgido en un acto de la administración porfirista. Así se explican los ataques de Agustín Aragón y Octavio Barreda, los del Obispo Montes de Oca y Obregón y los de los diputados José María Lozano, Demetrio López y Carlos Gobeá. Es cierto que las defensas de los diputados Ezequiel Chávez, Querido Moheno, Felipe Rivera, Rafael de la Mora, Alfonso Cabrera, Félix F. Palavicini y los escritos polémicos de Antonio Caso sirvieron para mantener en pie a la Universidad y a su cuerpo de Facultades e Institutos. Pero la verdad es que sólo hasta 1920, con la llegada de José Vasconcelos a la Rectoría, se consigue despejar la atmósfera hostil que por todos lados envolvía a la Universidad.

Al llegar Vasconcelos a la Rectoría, se da cuenta de que el destino de la Universidad sólo podía asegurarse vinculándolo a la Revolución iniciada por Madero en 1910, que era en ese instante la fuerza histórica más vigorosa del país, no sólo

por tener en sus manos el poder, sino por los ideales humanistas que postulaba. Por eso, en el discurso que pronuncia al tomar posesión de su cargo de Rector, declara que no va a ocuparse de "vigilar la marcha pausada y rutinaria de tres o cuatro escuelas profesionales y quitar la telaraña de los monumentos del pasado", ni a "conceder borlas doctorales a los extranjeros ilustres que nos visiten", ni a "presidir venerables consejos", ni a "visar títulos académicos". "Quise venir a ocupar este puesto de Rector, porque he sentido que este nuevo Gobierno en que la Revolución cristaliza como en su última esperanza, tiene delante de sí una obra vasta y patriótica en la que es deber ineludible colaborar. La pobreza y la ignorancia son nuestros peores enemigos, y a nosotros nos toca resolver el problema de la ignorancia. Yo soy en estos instantes, más que un nuevo Rector que sucede a los anteriores, un delegado de la Revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas, sino a invitaros a que salgáis con él a la lucha, a que compartáis con nosotros las responsabilidades y los esfuerzos. En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo. El pueblo ha estado sosteniendo a la Universidad y ahora ha menester de ella, y por mi conducto llega a pedirle consejo.

"El cargo que ocupo me pone en el deber de hacerme intérprete de las aspiraciones populares; y, en nombre de ese pueblo que me envía, os pido a vosotros, y junto con vosotros a todos los intelectuales de México, que salgáis de vuestras torres de marfil para sellar pacto de alianza con la Revolución. Alianza para la obra de redimirnos mediante el trabajo, la virtud y el saber. El país ha menester de vosotros. La revolución ya no quiere, como en sus días de extravío, cerrar las escuelas y perseguir a los sabios. La Revolución anda ahora en busca de los sabios. Mas tengamos también presente que el pueblo sólo estima a los sabios de verdad, no a los egoístas que usan la inteligencia para alcanzar predominio injusto, sino a los que saben sacrificar algo en beneficio de sus semejantes. Las revoluciones contemporáneas quieren a los sabios y quieren a los artistas, pero a condición de que el saber y el arte sirvan para mejorar la condición de los hombres. El sabio que usa de su ciencia para justificar la opresión y el artista que prostituye su genio para divertir al amo injusto, no son dignos del

respeto de sus semejantes, no merecen la gloria. La clase de arte que el pueblo venera es el arte libre y magnífico de los grandes altivos que no han conocido señor ni baja. Recuerdo a Dante proscrito y valiente, y a Beethoven altanero y profundo. Los otros, los cortesanos, no nos interesan a nosotros, los hijos del pueblo".³⁰

Al vincular Vasconcelos la Universidad a la Revolución, no sólo consiguió interesar al gobierno de entonces por ella, sino que obligó al Estado a reconocer que tiene el deber de sostenerla y protegerla, destinándole anualmente un presupuesto decoroso que le permita desenvolver sus funciones.

Pero Vasconcelos no sólo vinculó la Universidad a la Revolución, salvándola así de una posible muerte, sino que amplió sus destinos nacionales, dándole orientaciones continentales. Si se reflexiona sobre el porvenir de las dos razas que hay en el Continente Americano, escribe en *La Raza Cósmica*, se verá en seguida que los sajones van siendo de ayer en tanto que los hispanoamericanos somos de mañana. "Acabarán de formar los yanquis el último gran imperio de una sola raza: el imperio final del poderío blanco. Entre tanto, nosotros seguiremos padeciendo en el vasto caos de una estirpe en formación, contagiados de la levadura de todos los tipos, pero seguros del avatar de una estirpe mejor. En la América española ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni la quinta ni una sexta, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal".³¹

Este optimismo sobre la *raza cósmica*, que se está preparando en las entrañas de los pueblos que forman la América Española, halló expresión lacónica en el lema que en 1921 propuso que se diera a la Universidad. "Considerando, decía en su proposición, que a la Universidad Nacional corresponde definir los caracteres de la cultura mexicana, y teniendo en

³⁰ *Boletín de la Universidad. Órgano del Departamento Universitario y de Bellas Artes*. Época IV. Tomo I. Agosto, 1920. pp. 7 a 13.

³¹ JOSÉ VASCONCELOS. *La Raza Cósmica*. p. 18.

cuenta que en los tiempos presentes se opera un proceso que tiende a modificar el sistema de organización de los pueblos, sustituyendo las antiguas nacionalidades, que son hijas de la guerra y la política, con las federaciones constituídas a base de sangre e idioma comunes, lo cual va de acuerdo con las necesidades del espíritu, cuyo predominio es cada día mayor en la vida humana, y a fin de que los mexicanos tengan presente la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria hispanoamericana que representará una nueva expresión de los destinos humanos; se resuelve que el Escudo de la Universidad Nacional consistirá en un mapa de la América Latina con la leyenda: POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU; que significa en este lema la convicción de que la raza nuestra elabora una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual libérrima. Sostendrán el escudo un águila y un cóndor apoyado todo en una alegoría de los volcanes y el nopal azteca".³²

Esta es la Universidad que concibieron para nuestra patria los maestros Justo Sierra, Ezequiel Chávez, Antonio Caso y José Vasconcelos. Ellos fueron elaborando en diversas circunstancias la doctrina que define a la Universidad Nacional de México que se acaba de esbozar y que todo rector, todo profesor y todo estudiante deberían tener siempre presente para normar su conducta. Por ignorar esta doctrina, nuestra Universidad ha tenido que padecer en los últimos años muchos equívocos y no menos confusiones. ¡Cuántas pugnas, de los sectarios de derecha y de izquierda, se hubieran evitado si esta doctrina universitaria hubiera estado presente en el pensamiento y en la acción de los universitarios! El espíritu auténticamente liberal, filosófico, humanista, científico, mexicano, hispanoamericano, democrático y revolucionario que encierra esta doctrina es el que deseamos ver trasplantado a la CIUDAD UNIVERSITARIA que hoy se construye en el Pedregal de San Ángel. Quien no reconozca en la Universidad ese espíritu, poco o casi nada entiende de su destino. Por eso los rectores clericales, que en pleno siglo XX quisieron imprimirle un alma colonial, jamás la comprendieron.

³² *Boletín de la Universidad. Órgano del Departamento Universitario y de Bellas Artes.* Época IV. Tomo I. Julio, 1921. p. 21.

EL CID CAMPEADOR.—RAMON MENENDEZ PIDAL

LA Colección Austral de Espasa-Calpe Argentina ha culminado por ahora su empresa editorial con mil volúmenes, publicando "El Cid Campeador", obra de don Ramón Menéndez Pidal.

No pretendemos hacer la presentación de este insigne maestro de la literatura castellana. Todos conocen sus grandes cualidades intelectuales y su incansable vocación de trabajo; de haber formado varias generaciones de investigadores, o de profesores, lo más selecto de la inteligencia española, consagrada a los estudios filológicos; así nombres como Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso, José F. Montesinos, etc.; de haber desvelado los tesoros del habla de Castilla, en aquellos siglos medievales, recios y cargados de intenciones poéticas y de significaciones históricas, en medio del "hierro y de la sangre"; de darnos a conocer el Romancero y el Poema de "Mío Cid", escritos ya en la lengua de Castilla, emancipada de la lengua latina, en la que escribían los monjes, los eruditos y los escribanos de los reyes. En el mismo idioma popular que Gonzalo de Berceo escribiera sus vidas de santos, o en loor de Santa María: "quiero hablar en roman paladino, en el cual suele hablar el ome a su vecino". Y en el que escribiera el picaresco Arcipreste de Hita su "Libro de Buen Amor", y Fernando de Rojas "La Celestina", los mejores hitos de literatura medieval española.

A Menéndez Pidal se le deben libros como "El Idioma español en sus primeros tiempos"; "Poesía juglaresca y juglares"; "Castilla, la tradición, el idioma"; "Flor nueva de romances viejos"; "La España del Cid"; "Poesía árabe y poesía europea"; "Los romances de América y otros estudios". Y tantas investigaciones, como "De Cervantes y Lope de Vega"; "Idea imperial de Carlos V"; "La lengua de Cristóbal Colón", etc.

Menéndez Pidal, nacido en Galicia, ha sido ganado por la historia, por la vida y el paisaje castellanos, lo mismo que aquel otro caballero, don Miguel de Unamuno, de vasca raigambre nativa, ubicado con patetismo en la ciudad de Salamanca y vinculado a su gloriosa universidad.

Don Ramón llena toda una época. Y desde la cima de sus ochenta y tantos años, sigue escribiendo y trabajando. Me recuerda a otro gran español, don Rafael de Altamira, investigador incansable, fallecido recientemente en México.

Aparte de estas cualidades, Menéndez Pidal nos ha dado a conocer especialmente las esencias más características de la personalidad del Cid Campeador y de la España cidiana. Con minucioso y honrado espíritu de investigador nos da a conocer las fuentes, a veces contradictorias, de los distintos historiadores, sacando propias y originales conclusiones; destaca el carácter real, histórico, del héroe castellano, gracias a que su acción no se desenvuelve en las épocas anteriores, primitivas, en que no hay un paralelo desarrollo de la Historia y de la Poesía, como sucede con los héroes o protagonistas de la epopeya griega, germánica o francesa. Y dice: "La ancha corriente de la creación artística relativa a Aquiles, Sigfrido o Roldán, se nos muestra como un misterioso Nilo de ignotas e inexploradas fuentes, mientras el río épico cidiano se deja reconocer hasta en sus más altos orígenes, en las mismas cumbres donde brotan apartadas la Poesía y la Historia, que después mezclan sus aguas...".

No se ha limitado el investigador a la mera erudición, buscando antecedentes y ordenándolos, bien sea en los autores árabes, desfavorables en sus juicios, como "el Cid Campeador que Dios confunda", "el infiel perro gallego", o "el caudillo maldito". Pero son bien significativos para la interpretación del mérito cidiano. El historiador árabe Ben Bassam, dice: "Rodrigo —maldígallo Dios— vió sus banderas favorecidas por la victoria y con un pequeño número de guerreros aniquiló ejércitos numerosos". O también buscando los datos en la "Historia Roderici", el "Carmen Campidoctoris", o en el propio "Mío Cid". Y en todos se recogen con espíritu crítico los aspectos genuinos del héroe, desde que aparece en la Corte de Castilla. Los reyes, los nobles in-videntes, o envidiosos, las muchas intrigas, sus reacciones ante los enemigos vencidos, como los condes de Cataluña o los reyes musulmanes, su genio de estrategia político y militar, la lealtad al rey, sin ser correspondido, como se dice en el Poema: "Oh, qué gran vasallo, si oviese buen sennor".

Salvador de Madariaga nos reproduce un pasaje del Poema, cuando el Cid y sus hombres se ven obligados a salir de Castilla, con sus propios medios, sin posible protección de las gentes, temerosas de incurrir en la venganza del rey. El Cid engaña a dos judíos de Burgos, Raquel y Vidas, con dos cofres de arena, en los que se dice contienen

alhajas de gran valor, como garantía o arras de un préstamo, y la promesa de no abrir los cofres hasta la vuelta del héroe. Vuelto el Cid a Castilla, manda devolver el dinero, con estas nobles palabras:

"Rogarles heis de mi parte
que me quieran perdonar,
que con acuita lo fice
de mi gran necesidad.
Y si cuidan que es arena
lo que en los cofres está,
quedó soterrado en ella
el oro de mi verdad".

Otro de los aspectos más interesantes, señalados por Menéndez Pidal, es que la acción del Cid, atrayendo hombres de los distintos reinos peninsulares, constituye el primer intento y realidad de la unidad hispánica; en sus huestes combaten castellanos, leoneses, portugueses y aragoneses. "Allegóse a él—dice Ben Alcama—muy grand gentío, porque aoían decir que quería entrar a tierra de moros". Y así lo expresa el Poema:

";Cuál lidia bien sobre el dorado arzón
mío Cid Rui Díaz, el buen lidiador;
Martín Antolínez, el burgalés de pro;
Muño Gustioz (asturiano), que so criado fo;
Galín Garciaz, el bueno de Aragón;
Martín Muñoz (portugués), que mandó a Mont Mayor!"

El Cid es "el héroe representativo de la magna lucha entre los dos orbes históricos, cristiandad e islam"; es el esfuerzo de España para "afianzar el curso de la propia vida dentro de la vida del Occidente europeo". Y el Cid no representa sólo a Castilla, sino a toda España: "Héroe español en el sentido más pleno, porque para sus empresas se asocian los castellanos de Alvar Salvadorez y Alvar Hañez; los asturianos de Muño Gustioz y los hermanos de Doña Jimena, condes de Oviedo; los gallego-portugueses del conde de Coimbra Martín Muñoz; los aragoneses de los reyes Sancho Ramírez y Pedro I; los catalanes de Ramón Berenguer el Grande, que hace condesa de Barcelona a la hija del Campeador. Así el Cid es el héroe epónimo de "cuán grande es España"; él da nombre al pueblo español y a las tierras españolas todas, que unidas en la obra cidiana, se volverán a unir bajo los reyes católicos, para lanzarse a la empresa del imperio hispánico-indiano".

Otro de los hechos históricos de gran interés lo constituye la pretensión del Papado romano a su imperialismo político y teocrático sobre España. Y se organizaron expediciones militares como la de Ebles de Roucy, para hacer efectivo este dominio. Se basaban en la donación del emperador Constantino al Papa San Silvestre. Algunos reyes, como Sancho Ramírez, pagaron tributo al Papado. Pero Alfonso VI, de Castilla, no podía reconocer el dominio de Roma sobre España. Se había proclamado emperador: *Ego Adefonsus Imperator totius Hispaniae*. O también se llamaba: "*constitutus imperator super omnes Hispaniae nationes*".

El Papa, y además los reyes de Francia y Alemania, piden tributos al emperador. El Cid aconseja la desobediencia y dice que la Reconquista es obra de los españoles. En las "*Mocedades de Rodrigo*", el Campeador reta al Papa y al emperador alemán:

"Devos Dios malas gracias, ay papa romano,
enviasteme a pedir tributo cada año!
traervoslo ha el buen rey Don Fernando:
cras (mañana) vos lo entregará en buena lid en el campo".

Otra significación de los hechos históricos de entonces es que el Cid por el solo genio de su esfuerzo personal, sin la ayuda del rey, antes al contrario, obstaculizado, se impone a su época y nubla la acción del emperador, que vencido por los almoravides, ha de reconocer al fin la ayuda de su súbdito y proclamar sus virtudes. No será la única falta de España. "Esta es Castilla que face los omes e los gasta". Igual sucederá después con Cristóbal Colón, con Gonzalo de Córdoba, o con Hernán Cortés. Las muchas intrigas y la mezquindad de los reyes, amargará la existencia de héroes auténticos, que tanto hicieron por la patria.

Recoge Menéndez Pidal el famoso combate del Pinar de Tevar, en que el conde Berenguer de Cataluña, con numeroso ejército, trata de vencer al Campeador. El ejército del Cid era pequeño en comparación con los catalanes. Llegaron muy cerca los hombres del conde a la albergada del Cid. Le pidieron que saliera al campo para guerrear. El Cid contestaba que allí les esperaba. Se repetía la anécdota de Mario con los teutones: "¿Por qué no sales?"; "¿Por qué no me hacéis salir?".

El conde Berenguer le mandó una carta, creyendo intimidarle: "Mañana al amanecer, con la merced de Dios, nos verás muy de cerca; si te apartas de tu monte y sales a nosotros al llano, serás

Rodrigo, el que llaman Campeador; pero, si no, serás lo que en su lengua romana llaman los castellanos 'alcavoso' y los francos 'bauzador'. Y no te aprovechará todo el valor de que te alabas; no nos partiremos de ti hasta cogerte muerto o encadenado".

El Cid dió a entender en una carta de querer evadirse. Los catalanes cayeron en la celada. Repartieron sus hombres en los tres puertos de aquel valle, por donde podían marcharse los castellanos. Los del conde iban subiendo pocos a pocos. Las tres divisiones fueron destruidas. Otros catalanes ocupaban el monte sobre la albergada del Cid, descendiendo calladamente para atacar de improviso y precipitar la huida del Campeador por los puertos que creían estar tomados, imposibilitando su marcha. El Campeador buscó la haz donde venía el conde y se arrojó sobre ella con arrollador empuje, desbaratándole. El Cid cayó del caballo, quedando herido y magullado. Su gente siguió peleando y lograron vencer a Berenguer y a 5,000 hombres, haciéndoles prisioneros.

Fué una táctica bélica que otras veces se ha repetido. La habilidad, o la astucia, unidas al valor, vencen a la fuerza. O aquella vieja divisa: divide y vencerás.

El Cid, instalado en Valencia, quiere ser un restaurador de la cristiandad y del europeísmo. Pretende sentar las bases firmes de la civilización occidental, en contra de la barbarie africana. Como los mozárabes estaban muy decaídos, llama a Bernardo de Sedirac, monje del Cluny, que había sido arzobispo de Toledo. Este monje trae consigo a clérigos doctos para ocupar sillas episcopales. Todos procedían de Francia. Del Perigord vino Jerónimo, que fué a Valencia, queriendo compartir los peligros de la Cruzada con el Campeador:

"por esso salí de mi tierra e vin vos a buscar,
por sabor que avía de algún moro matar:
mi orden e mis manos querrialas ondrar".

La Mezquita mayor de Valencia la convierte el Cid en Catedral y se la da a don Jerónimo. El Cid la dotó con ricas alhajas para el culto y muchas heredades, villas y almunias, dándolas exentas de tributos. Y lo confirma en un diploma, escribiendo al final de su puño y letra: *Ego Ruderico, simul cum conjugue mea, affirmo oc quod superius scriptum est*".

En el Cid se cumplió aquellos de *"Nemo propheta acceptus est in patria sua"*. El rey Alfonso VI es el primero en desconocer el valor del Campeador, envuelto en una red de intrigas y con un complejo

orgulloso de inferioridad ante el héroe. No sabe utilizarlo para la gran empresa de la Reconquista. Las energías gastadas en una acción solitaria, se hubiesen podido emplear en una acción conjunta al servicio del rey y la Reconquista se hubiera logrado muchos años antes. La muerte del rey Sancho, hermano de Alfonso, a las puertas de Zamora, trajo muchas desventuras a los castellanos, y por tanto, a España. El Poema atribuye todos los males del Cid a la envidia de los señores "maiores curiae", "Castellani invidentes", los "malos mestureros".

Toda la acción del Cid, como se repite en el "Poema de Almería", fué luchar contra los moros y contra los condes malevolentes:

"ipse Rodericus, mío Cid saepe vocatus,
de quo cantatur quod ab hostibus haud superatur,
qui domuit mauros, comites domuit quoque nostros. . .".

Podemos decir que como resultado de la acción cidiana, Castilla adquiere la supremacía sobre la nobleza hispano-visigótica del reino de León; se afirma el fuero de la costumbre en contra del Fuero Juzgo; el predominio de la nobleza de la acción sobre la nobleza de la sangre; la cooperación de los otros príncipes cristianos, en solidaridad hispánica, contra el enemigo común del Islam; crea una actitud y un estilo de carácter nacional, por sus ejemplos de virtudes humanas. El Cid es el símbolo primero de la hidalguía castellana, y en general, española. Es también una afirmación de la civilización europea.

"Estas son las nuevas de mío Cid el Campeador;
en este logar se acaba esta razón".

Ismael DIEGO PEREZ.

Dimensión Imaginaria

EL CANTICO DE EURIDICE

MISTERIO

A. E. R. P.

Por *Emilio ORIBE*

I

- **L**os límites del hombre son los dioses
que lo crearon.

De esto debéis estar bien seguros.
Ellos les trasmitieron las Ideas
y entre lo inverosímil, la grandeza y el sueño,
la fe más absoluta en el orden,
la armonía
y permanencia,
de este mundo de objetos reales, existentes,
que yo pude admirar y gozar hasta saciarme.

II

- **N**o sé si habéis pensado algún instante
en el desconcierto de los hombres,
en el fracaso de sus grandes pensamientos,

si vieran de pronto que la luna,
o algunas de las más firmes estrellas,
dejaran de brillar para ellos,
se desvanecieran igual que los rocíos,
mientras las estuviesen admirando,
para siempre expulsadas del abismo nocturno.
Sorpresa, desaliento, espanto.

¿Qué otra gran lógica habrían de fundar entonces
para explicarnos esa pérdida?
¿Con qué otras realidades vestirían el absurdo?

III

-**I** GUAL ocurriría
si la montaña,
 que sin cesar alterna con esmeraldas y nieve
su más tenebrosa piedra entre las nubes,
dejara de manifestarse de pronto,
mientras los hombres la estuviesen admirando,
para siempre abolida,
 llevándose sus rebaños de inciensos y abismos.
Sorpresa, desaliento, espanto!

—¿Qué astutos sofismas
 habrían de construirnos los filósofos
para explicar el absurdo?
¿Con qué otras realidades
 compensaríase tamaña pérdida?—

IV

...-**Y** si el tan hermoso océano
que ellos, confiados, han visto brillar
por días sin número,
con naves y crepúsculos,
con la carroza de las cuatro estaciones del año,
dejara de existir bruscamente,
y fuera excluido de las realidades
mientras lo estuviesen contemplando,
ah, qué sorpresa, desaliento, espanto!—

—¿Habría algo en la tierra
capaz de consolarlos de tal pérdida?
Muchos se arrojarían en la muerte.—

V

-**P**ERO sucede algunas veces
que la criatura
que más adoraron los hombres,
la esencial belleza corpórea
que sólo pudo ser realizada para ellos,
la carne toda en luz de espíritu,
el mito de mil cánticos inmortales de Orfeo,
la forma única lograda tras largos infortunios
y esbozos de las materias,
más digna de permanencia y alabanza
que la estrella, la cumbre y el océano,

desaparece bruscamente de entre los efímeros,
es expulsada de las perfecciones fingidas o reales,
sin piedad, como una vaga sombra,
para siempre, sí, para siempre excluída,
bajo los ojos y los llantos.—

—Y entonces, el absurdo,
la extrañeza, el sufrimiento,
que este hecho causa al principio
no les impedirán mañana a los hombres,
sean reyes o mendigos,
seguir viviendo,
seguir viviendo como si fueran errantes árboles,
agotar vinos y livianos pechos
respirar como sabias serpientes, olvido y costumbre,
cual si nada hubiese pasado.—

VI

-¿POR qué tal condición de los efímeros?
Si es muy brillante corona
que los límites del hombre estén en las divinidades,
éstas, al crearlos y ofrecerles en el tiempo,
con ley y número,
metamorfosis, batallas, imperios,
les exigían también crueles sacrificios y ofrendas
y les transmitieron, como el más sacro orgullo
del origen divino
monstruosa indiferencia por lo humano.—

—Tal vez por eso,
aún la más pura belleza carnal y espiritual,
que ellos hayan visto y usado,
al ser borrada de su presencia
carece de todo poder sobre ellos mismos.—

VII

-No se ufane el efímero de que sus límites
estén en los dioses.
Porque no es mucha la grandeza de ese
barro fortuito
que animan las deidades.
Ellas les impusieron
ser en la tierra los falsos reyes de los olvidos,
y el vivir para éstos,
es un constante misterio que los atormenta
en cuanto piensan,
y termina por ser tan sólo una anónima esperanza
de que más allá de los tálamos y los himnos tumbales,
las ideas eternas existen,
y están los dioses sin sus máscaras.—

—¡Ah, y yo bien sé que los mejores entre los mortales
seguirán viviendo en la más absoluta ignorancia
de que aquí, en los cielos
o en los horribles infiernos,
aquella criatura adorable que conocieron y amaron
y fué excluída sin piedad del mundo,

y con la cual casi nunca sueñan,
los aguarda siempre,
siempre, aunque en vano,
de pie, ,
en el acabamiento de los días y las noches!

DOÑA BEATRIZ. LA SIN VENTURA

(Drama íntimo de conquistadores)

Por

CARLOS SOLORZANO

*Pieza en tres actos,
con un prólogo y un epílogo innecesarios.*

PERSONAJES

(Por orden de entrada en escena)

EL GUÍA DE TURISTAS, EL TURISTA, LA TURISTA.

DOÑA BEATRIZ DE LA CUEVA, DOÑA BLANCA DE PADILLA,
DON PEDRO DE ALVARADO, DON JORGE DE ALVARADO, DOÑA
LEONOR DE ALVARADO, UN MONJE, SOMBRA 1º, SOMBRA 2º,
SOMBRA DEL CONFESOR, DAMA 1º, DAMA 2º.

La acción se desenvuelve en el Palacio de Don Pedro de Alvarado,
en la Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala - Año: 1541.
El prólogo y el epílogo en la época actual.

P R O L O G O

Decorado: La escena representa el patio interior
del Palacio de don Pedro. A la derecha, en primer tér-
mino, el extremo de uno de los pabellones. A la dere-
cho, al fondo, la capilla del Palacio.

Los edificios, presentan ese aspecto peculiar de las
cosas semiconstruídas, o a medio destruir.

A la izquierda, en primer término, una vegetación colorida, que se va esfumando hasta llegar a las faldas de un volcán que asciende en un cono azul perfecto. Hay en la escena luz de mediodía.

El guía de turistas, mestizo iberoamericano, viste de color oscuro. Los turistas, llevan trajes claros a cuadros, zapatos en dos colores. Sendas cámaras fotográficas cuelgan de sus hombros. Tienen ese aire de fingida atención, que adoptan los turistas ante los monumentos históricos.

Al alzarse el telón, entran; el guía, nervioso, y los dos turistas con paso indolente, le siguen a poca distancia.

GUÍA: Ahora llegamos, a lo que queda del palacio que fué de don Pedro de Alvarado y de su mujer doña Beatriz de la Cueva.

EL TURISTA (*Viendo su reloj*): Tenemos un poco más de una hora. ¿Cree usted que nos pueda explicar esta historia en ese tiempo.

GUÍA: Creo que sí, nuestra historia sigue siendo la misma: se puede resumir en una palabra, en un minuto.

LA TURISTA: ¿Cómo dice usted? ¿Sabe? No entiendo bien el español. Le ruego hablar más lento. (*A su marido*): No comprendo como hay un guía, que no hable más que su idioma.

EL TURISTA: Los demás estaban ya comprometidos. Creo que él habla otras lenguas, pero prefiere explicarnos en la suya.

LA TURISTA: ¿Sí? Qué raro.

EL TURISTA: Oh, yo entiendo español (*saca su libreta*) ¿Dónde íbamos.

LA TURISTA: ¡Ten cuidado! Cuida de tu libreta, no vaya a sucederte lo mismo que con la que llevaste a Italia (*al guía*): ¡Figúrese! después de apuntarlo todo, cuando llegamos a nuestra ciudad, la había perdido.

EL GUÍA: Mucho me temo que esta historia, les parezca sin interés, para tomar nota de ella.

EL TURISTA: Ah, pero no, es la de doña Beatriz de la Cueva ¿verdad? Es muy romántica.

LA TURISTA: Oh sí, muy romántica.

EL GUÍA: Quizás les parece eso a ustedes. Para mí es algo

más vital: es una tragedia que se libra dentro de mí todavía, después de cuatro siglos.

EL TURISTA: ¿Cómo dice? No he podido apuntar nada.

EL GUÍA: No vale la pena. Cuando estoy en este lugar, digo cosas extrañas. Sin embargo, siempre que mis estudios de historia me lo permiten, vengo aquí, a hacer de guía de turistas.

EL TURISTA: Es muy interesante. ¿En qué universidad estudia usted?

EL GUÍA: He estudiado en muchas: En México, en Guatemala, en Perú.

EL TURISTA: ¿De veras? Es raro.

EL GUÍA: ¿Qué es raro?

EL TURISTA: Habiendo viajado tanto. . .

EL GUÍA: ¿Le parece raro que yo sea guía de turistas?

EL TURISTA: Oh, mi esposo no quiso decir eso.

EL GUÍA: Comprendo. Lo hago accidentalmente. Es que así puedo venir a este lugar. A veces me parece que soy afortunado en poder hacerlo. La vecindad con las cosas llenas de historia, es un privilegio.

EL TURISTA: Ah, sí, sí. (*A su mujer*): ¡Qué hombre tan raro!

LA TURISTA: Fué muy interesante la historia que nos contó antes, del santo ese. ¡Tanto ayuno! ¡Qué difícil!

EL GUÍA: Sí, muy difícil, pero él lo hacía gustoso. Hay ayunos más difíciles; los que se tienen que aceptar sin quererlo.

LA TURISTA: Pero cada cosa tiene su época. ¿Imagínese usted a alguien ayunando en este siglo!

EL TURISTA: Perdone: antes de comenzar, ¿vendría usted al hotel a comer con nosotros?

EL GUÍA: No sé, no sé si pueda.

LA TURISTA: Pero debe venir. Ha sido un día muy cansado (*a su marido*): Pobre hombre.

EL GUÍA: (No oye lo último). Gracias, gracias.

EL TURISTA: ¿Don Pedro de Alvarado vivió mucho tiempo?

EL GUÍA: Poco más de cincuenta años.

LA TURISTA: He visto su retrato: era un hombre muy fuerte, muy hermoso, un atleta.

EL GUÍA: Su fuerza y su valor lo hicieron temible. Era un hombre que resumía su época por entero: capaz de hacer cosas increíbles; cruel, pero en cierto modo infantil.

LA TURISTA: ¿Cómo dice usted?

EL GUÍA (*monótono*): Decía que don Pedro de Alvarado, fué un conquistador muy cruel.

LA TURISTA: Ah, sí. ¿Me permite usted tomar una fotografía?

EL GUÍA: Bueno, sólo que es tiempo que le robamos a nuestra historia.

LA TURISTA: No tardo... unos pocos minutos.

EL TURISTA: ¿Era noble don Pedro?

EL GUÍA: No sé qué contestarle. Para un hombre civilizado no lo sería, para uno de esos que se llaman, "hombres de empresa", quizás lo fuese.

EL TURISTA: Quiero decir que si pertenecía a la nobleza.

EL GUÍA: No... Sus hazañas le dieron una posición muy alta en España.

EL TURISTA: ¡Bravo! Un hombre que se hizo a sí mismo.

EL GUÍA: Si quiere decirlo así... Yo diría que fué un hombre que supo aprovecharse de los demás.

LA TURISTA: ¿Doña Beatriz, sí era noble?

EL GUÍA: Sí, era sobrina del Duque de Alburquerque.

LOS DOS TURISTAS: ¡Aaaahhh!

EL GUÍA: Para la pobre, no fué nada provechoso ser sobrina del Duque de Alburquerque. Sufrió, más bien, por ello.

EL TURISTA: ¿Cuánto hace que sucedió esta historia?

EL GUÍA: Cuatro siglos... Cuatro siglos que sigue aconteciendo.

EL TURISTA: ¡Cuatro siglos! ¿Y estas ruinas?

EL GUÍA: Estas ruinas son lo que queda de la Capilla del Palacio. Esta fué la fachada del Palacio, sobre este patio interior.

LA TURISTA: ¡Qué vista maravillosa! Con el volcán al fondo...

EL TURISTA: ¡Ah, sí!, el volcán... Algo ha dicho usted de él. ¿Qué era?

EL GUÍA: Todo a su tiempo. Debo comenzar por el principio. Lo relataré con mis propias palabras: Doña Beatriz había llegado de España varios años antes. Su vida había cambiado mucho. Imaginémosla en una tarde de verano, como la de hoy, densa; el aire se posa sobre la frente como una mano caliente. Ella está conversando con su confidente, doña Blanca de Padilla. Es un diálogo comenzado hace muchos años, muchos años atrás.

(Se hace el oscuro: Cuando la luz vuelve, están doña Blanca y doña Beatriz en la escena. Los turistas y el guía han salido). Mismo decorado.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Doña Beatriz — Doña Blanca.

BEATRIZ: ¡Cómo se hace largo el tiempo en estas tierras! Los días son eternos.

BLANCA: Es la estación: es junio en su plenitud. A mí me gusta recordar el verano de Madrid, y este paisaje me lo recuerda. Es un verano constante.

BEATRIZ: A mí, en cambio, cada día que pasa me parece más ajeno todo, el paisaje y estas cosas.

BLANCA: Son cosas que tú has hecho construir.

BEATRIZ: Y sin embargo, tengo la impresión, de que todo resulta inútil.

BLANCA: ¿Inútil? ¿Para qué?

BEATRIZ: No sé, tengo una sensación de vaciedad: como si todo lo hecho no hubiese dejado en mí, ninguna huella.

BLANCA: Me parece lo contrario. Cuando llegamos, ¿recuerdas? ¡qué lejano está! me asustaban los indios como a una niña. Revivía en mí, todos los días, el estupor de Cristóbal Colón. Ahora, en cambio, todo es tan familiar. Estos edificios a medio construir, me parece que así se quedarán, y la idea no me disgusta, tienen un aspecto peculiar: como si el tiempo se hubiese detenido en ellos. Me sentiría siempre joven viéndolos así.

BEATRIZ: Qué cosas dices. ¡Qué importan la vejez o la juventud entre estas gentes! Todo eso se quedó en España, todos los sueños se quedaron en España.

BLANCA: ¡Vamos Beatriz! Aquí estoy yo para renovarlos. Cuando me dijiste que viniese contigo a las Indias, no sabías que te condenabas, para siempre, a resistir mi análisis de las cosas. En España, siempre me decían mis amigas, que yo administraba mi vida matemáticamente, un tanto de tristeza, por dos de alegría.

BEATRIZ: Aquí no se puede vivir así.

BLANCA: Ni aquí, ni en ninguna parte. Pero tampoco se puede vivir como tú.

BEATRIZ: ¿Qué quieres que haga?

BLANCA: ¿Hacer? Nada. Quizás tu problema es que quieres

siempre hacer y cuando empiezas, las cosas dejan de interesarte.

BEATRIZ: En mi soledad no puede ser de otro modo.

BLANCA: ¿Sabes que eres injusta?

BEATRIZ: Perdona, Blanca. No tengo derecho de hablar así, te tengo a ti.

BLANCA: No lo digo por eso. Estamos juntas desde niñas.

Casi no lo recuerdo. Pero no es por eso que eres injusta.

BEATRIZ: ¿Por qué entonces?

BLANCA: Porque don Pedro te quiere.

BEATRIZ: Me quiere y estoy siempre sola.

BLANCA: Es necesario para él, y tú lo sabes. Sabes que él no puede estar inmóvil, pero de tanto sentirte víctima, has terminado siéndolo.

BEATRIZ: ¿Víctima?

BLANCA: Sí. Tu problema es que vives las cosas anticipadamente, con la imaginación, y claro, cuando vienen, te parecen desteñidas.

BEATRIZ: Soy pues, una especie de loca o alucinada.

BLANCA: Todos somos un poco eso, pero ¿recuerdas cuando supiste que había muerto tu hermana Francisca y tu padre te dijo que don Pedro, viudo de ella, quería casarse contigo? ¿Cómo soñaste con estas tierras, con estas cosas que hoy te exasperan!

BEATRIZ: Me hacía entonces la ilusión de que don Pedro necesitaba de mí, y que Dios, me trazaba el camino para hacer algo en su nombre.

BLANCA: Y lo has hecho, pero, parece que eso no te satisface.

BEATRIZ: Dios me ha hecho más fuerte desde que estoy en las Indias, era ese quizás mi verdadero destino.

BLANCA: No pensabas así en España. Recuerdo que querías venir a hacer estas conquistas. Será, me dijiste, un modo de hacerse un dominio propio, casi un reino.

BEATRIZ: Loca de mí. Creía que podía ser reina y he sido esclava.

BLANCA: Esclava de ti misma, de tu propia quimera.

BEATRIZ: Hay algo oculto en todo esto, algo que viene de lo alto: cuando Francisca murió, no lo comprendí así, pero luego, caí en cuenta de que era demasiado frágil, demasiado bella para resistir todo esto. Era yo, la que debería venir, yo, la que era fuerte, pero que no tenía todas sus

cualidades. Dios se la llevó a ella, me puso a mí en su lugar. Y créeme, Blanca, no ha sido fácil.

BLANCA: Y sin embargo, gracias a todo eso, tan providencialmente resuelto, pudiste ser la mujer de don Pedro.

BEATRIZ: ¿Qué dices?

BLANCA: Que cumpliste así, un deseo oculto desde tus primeros años.

BEATRIZ: ¿Tú crees que yo?... .

BLANCA: Es la primera vez que te lo digo, pero tú sabes, que no pudiste ocultarme tu pasión. Ese fué tu primer conflicto: era el marido de tu hermana.

BEATRIZ: Blanca, te prohíbo. . .

BLANCA: No Beatriz. Sabes que callarme, es como callar tu propia conciencia. Cuando lo veías, lo recuerdo muy bien, la sangre te enrojecía, era como algo que te llenara por dentro de luz. Y no era difícil comprenderlo. ¡Ya ves!, los mismos indios le llamaron "Tonatiuh", también para ellos era, como para ti, un hijo del sol. Creo que hasta yo, me enamoré alguna vez de don Pedro.

BEATRIZ: ¡Qué lejano todo! ¡Tanta angustia contenida!

BLANCA: Callaste entonces y te sentiste culpable y víctima.

BEATRIZ: Siempre acaté los designios de Dios sin protestar.

BLANCA: Sí, sin protesta y sin entusiasmo, porque cuando murió Francisca y don Pedro te hizo su mujer, todo hacía creer que Dios te llamaba, que El te daba, así, tu opción a la dicha. Pero tú no reaccionaste.

BEATRIZ: Tuve vergüenza, entonces, ante Dios.

BLANCA: Sí, creíste, otra vez, que eras culpable de la muerte de Francisca y desde entonces, has sido víctima de lo que creíste, que podría ser tu felicidad.

BEATRIZ: Desde entonces me he acogido a mi fe, pero parece que mi destino es estar siempre sola.

BLANCA: Esta soledad que toda mujer sufre, tú la has convertido en un estremecimiento desesperado.

BEATRIZ: Esta es ya una espera sin fin. Don Pedro me tiene totalmente abandonada. Y yo, debo luchar sola: imponer la fe sin amor, imponer la disciplina sin respeto, imponer las virtudes cristianas sin agradecimiento. Es una lucha feroz y para eso, es necesario hacer a un lado muchas cosas.

BLANCA: Has tratado de fortalecer tu fe, pero como una penitencia; para pagar por algo que no has hecho.

BEATRIZ: Sólo mi fe me consuela. Cuando estoy ante don Pedro, después de haber deseado tanto verlo, siento un extraño rubor: siento que él me ve ya marchita, que no hay en mí, y quizás nunca la hubo, nada de esa juventud que él conserva intacta, y pienso en Francisca.

BLANCA: Debes calmarte, hoy lo necesitas más que nunca. Sabes que don Pedro se prepara para una nueva expedición.

BEATRIZ: Sí, quiere conquistar las Islas Molucas, ya esto le parece poco. Su egoísmo no tiene límites.

BLANCA: Pero no es sólo eso. El necesita salir constantemente. ¿Por qué no le buscas?

BEATRIZ: Yo no puedo ir a buscarle, sería indigno. Le he mandado llamar. No sé si vendrá, y si viene, vendrá rodeado de hombres, sólo veo hombres, hombres en mi alrededor, hombres codiciosos, sin freno, sin religión.

BLANCA: Trata de comprenderle. Una despedida puede cambiar muchas cosas.

BEATRIZ: ¿Una despedida?...

BLANCA: He oído que parten pronto, no sé cuando. Pero será pronto.

BEATRIZ: Ya ves, tú estás mejor enterada que yo. A veces, quisiera hacer lo que me dices, ir a buscarle. Pero cuando una mujer busca a un hombre...

BLANCA: Todo depende de como vayas a él.

BEATRIZ: No sabría hacerlo más que de una manera: Yo exijo respeto, y no podré nunca fingir esa engañosa sumisión que tienen otras mujeres.

ESCENA II

Entra don Pedro (va cayendo lenta la tarde)

BLANCA: Con vuestro permiso. Debo dejaros. Te veré luego Beatriz (*sale*).

BEATRIZ: Te esperaba Pedro, (*entra don Jorge*). ¡Pero no vienen solo!

PEDRO: No he podido venir solo, don Jorge me ha presentado nuevos problemas.

BEATRIZ: Ya lo veo: es nuestro deber no estar nunca a solas.

PEDRO (*pensativo*): ¿Qué dices?

BEATRIZ: Lamentaba que no podremos estar solos.

JORGE: De ser yo don Pedro, lo lamentaría también.

BEATRIZ: Nadie te ha preguntado lo que sentirías tú, en lugar de don Pedro.

PEDRO: No sabes Jorge lo que sentirías en mi lugar. Eres afortunado. Has podido hacer muchas cosas sin tener que ser responsable de ellas.

JORGE: ¿Es eso acaso una fortuna?

PEDRO: Ya lo creo. Yo en cambio (*ve a doña Beatriz*), soy responsable hasta de lo que no hago.

BEATRIZ: ¿Qué significa esa insidia?

PEDRO: No es insidia. Pensé venir a verte y ahora, al estar juntos, me reconviene por no haber venido antes. Siempre piensas en lo que debe haberse hecho, no en lo que se hace.

BEATRIZ: ¿Tengo yo la culpa de que tus gentes te rodeen, hasta en las horas que debieran ser las mías? ¿Tengo yo la culpa de que no me digas nunca lo que harás? Debo conformarme con pensar lo que yo hubiera hecho en tal asunto, en tal ocasión.

JORGE: Así tenemos que hacer todos, Señora. Somos subordinados. Don Pedro es quien manda aquí.

PEDRO (*con enfado*): No es eso precisamente, pero es que ni yo mismo tengo tiempo de consultarme, muchas veces, lo que hago. Hay que tomar decisiones rápidas, el tiempo cuenta mucho en estas tierras.

BEATRIZ: ¿Te lo parece? Así pensaba yo al venir. Le decía a Blanca, entonces, que la necesitaba mucho, porque en medio del estrépito que me rodeaba, necesitaba un constante diálogo con ella. Me parecía que en el curso de un solo día, debería someterme a examen de conciencia varias veces. Y he aquí, que el tiempo no pasa para mí, que hay días en que me parece que el sol no ha de declinar.

PEDRO: Me sentiría yo dichoso de tener esa impresión. El tiempo corre tan rápido, y con él las fuerzas, la juventud, el ansia de hacer cosas nuevas.

JORGE: No te aflijas por eso, tu fuerza parece que no se extinguirá jamás. Eres como Santiago: un luchador increíble.

BEATRIZ: No oiré yo nunca de ti, algo que no sea un falso cumplido.

JORGE: Pero no es falso. Y en todo caso, es preferible eso a una constante reconvención.

BEATRIZ: ¡Cómo te atreves tú!...

PEDRO: Calma, calma. No sé como tenéis tiempo de argumentar, cuando hay tantas cosas en que pensar aún.

BEATRIZ: Pedro, sé que partes pronto.

PEDRO: Sí, de eso quería hablarte.

JORGE: Será la más grande expedición que haya dirigido don Pedro, y eso es mucho decir.

PEDRO: Quería pedirte que induzcas a algunos religiosos a que nos acompañen.

BEATRIZ: ¿Se han negado a hacerlo?

PEDRO: Sí, y no me lo explico.

BEATRIZ: Te lo explicarías de haber hablado antes conmigo: Yo esperaba decirte...

PEDRO: De modo que tú has entorpecido todo esto con tus manejos.

JORGE (*Irónico*): Quería atraeros quizás.

BEATRIZ: Ahora sí, tienes razón. Sí Pedro, quería atraerte, hacer que vinieras tú a verme. Por primera vez vendrías a pedirme algo.

PEDRO: ¿Pero has pensado que yo tenía necesidad de pedir algo a estos monjes hipócritas?

BEATRIZ: Pensé que así me consultarías, mi única posesión es mi fe y todo lo que de ella deriva. Pensé que me consultarías esto al menos. Pensé, (*viendo a don Jorge*) que podríamos hablar a solas de este viaje que proyectas.

JORGE: Siento que al estar aquí os importuno, pero debo acompañar a don Pedro. Iremos luego a tratar un asunto importante.

PEDRO: Calla, tú...

BEATRIZ: Lo comprendo, un asunto más importante que éste. ¿No es así?

PEDRO: ¿Pero a dónde vas a dar?

BEATRIZ: No lo sé tampoco. Pero por lo visto, tendré que decirte delante de todos, que no puedo continuar así.

PEDRO: ¿Así? ¿Cómo?

BEATRIZ: Sola, siempre sola con mi tristeza, con mi preocupación.

PEDRO: Con tu fe. ¿No hablas de ella acaso todo el tiempo?

BEATRIZ: Tienes razón, tengo mi fe, pero por eso mismo no estoy dispuesta a seguir compartiéndola con todas estas cosas innobles que me rodean.

PEDRO: Cré que tú también experimentabas alguna satisfacción con estas cosas.

BEATRIZ: ¡Creíste! porque tienes más de tres meses de no verme. Y en tres meses, crecen y luchan, el amor y el odio, la conformidad y la desesperación, la soledad y la muerte.

PEDRO: ¿Pero qué quieres que haga?

BEATRIZ: Al menos que me escuches, que recuerdes el sonido de mi voz.

PEDRO: Puedes seguir hablando. . .

BEATRIZ: ¿Necesito decirte más claro que quiero hablarte a solas?

PEDRO: Don Jorge es mi hermano.

BEATRIZ: Sí, pero debes comprender que esto no es un combate, que en una casa, que en un lecho, no hay lugar más que para un hombre y una mujer.

PEDRO (*A don Jorge*): Puedes retirarte. Ve a ver si la Audiencia se reúne.

JORGE: ¿Pero no vienes tú?

PEDRO (*Severo*): Retírate. Vuelve cuando veas que se me espera con impaciencia.

BEATRIZ: ¡Qué considerado eres con los miembros de la Audiencia! Ellos no deben impacientarse. Yo, en cambio, me he pasado esperándote los días enteros, contemplando este volcán, imaginándolo que crecía unas veces hasta ocultarme el cielo, otras, que se hacía pequeño como una colina.

JORGE (*Intenta quedarse*): ¿Qué les diré entonces? . . . Ellos. . .

BEATRIZ (*Interrumpiendo*): Ve y diles que don Pedro de Alvarado, le ha concedido a su mujer unos minutos de audiencia. (*Sale don Jorge*).

ESCENA III

Doña Beatriz — Don Pedro.

BEATRIZ: ¡Hasta ahora puedo hablarte! Siempre hay algo que nos separa.

PEDRO: Yo diría lo contrario: Todo nos une. Hacemos cosas distintas, pero con el mismo destino. Eso nos une, aunque estemos separados.

BEATRIZ: Tú haces muchas cosas. Yo, como ves, me he conformado con edificar iglesias, todas marchan bien y sin embargo, no me siento satisfecha. Son como casas vacías, me parece que el espíritu religioso no las habitará nunca. La presencia de los indios parece que lo ahuyenta.

PEDRO: Comprendo que es difícil, es difícil borrar tantas cosas vigorosas que hay en ellos.

BEATRIZ: Si te refieres a sus ritos sangrientos, a mí no me parecen vigorosos. Cuando he visto correr la sangre, recuerdo que yo también la llevo dentro, así de turbia, de marchita, y me siento sola.

PEDRO: Si ocuparas tus días en hacer algo que te interesara.

BEATRIZ: Lo he intentado, pero vanamente. (*Mimosa*): Tú sabes que sólo me puedo apasionar por ti.

PEDRO (*Indiferente*): Es porque tienes esa idea, pero pienso que el amor en el sentido en que tú lo tomas, sólo lo siente una persona ociosa, que devana constantemente el hilo de una sola idea.

BEATRIZ (*Reacciona violenta*): ¿Pues qué quieres? ¿Que me dedique yo también a matar indios? Me parece que la sangre que a mí me deprime, te enardece a ti.

PEDRO (*Distraído*): Bah, la sangre derramada no es nada.

BEATRIZ: Creí que no te importaba derramar la sangre, pero no hasta ese extremo.

PEDRO: La sangre cuenta cuando está dentro del hombre. Cuando en un momento nos permite hacer cosas increíbles. ¿Recuerdas mi salto, cuando conquistábamos Tenochtitlán? Entonces mi sangre era fluída, se me volvía aire y me hacía volar. (*Seco*): Aquí en cambio es de plomo.

BEATRIZ: Sí, comprendo. El descanso prolongado (*irónica*) o la excesiva permanencia al lado de tu mujer, aunque no estés nunca con ella.

PEDRO: Es posible.

BEATRIZ: ¿Es posible dices?

PEDRO: No lo sé, quizá una larga estancia con una mujer nos ablanda, quizás eso haya ablandado al mundo. En los tiempos heroicos, la mujer era compañera de un instante, de

un vértigo. El hombre cobraba en ella nuevas fuerzas, en vez de dejarlas.

BEATRIZ: ¡Los tiempos heroicos! A veces pienso que te sientes atado, que la religión te estorba. Hasta te he oído hablar de Cristo como de un simple hombre.

PEDRO: Un hombre que rehuyó a las mujeres, porque sabía que si se entregaba a una de ellas por completo... perdería su fortaleza.

BEATRIZ: En fin, no quiero hablarte de eso ahora, eso no tiene que ver con que me abandones constantemente. Sé que tienes otras mujeres y cuando pasas las noches fuera, me hieren las sábanas como silicios.

PEDRO: Deberías consolarte, pensando que tener muchas mujeres, es como no tener ninguna.

BEATRIZ: Quizás para ti, pero para mí, te aseguro que no es lo mismo. ¡Si pudiese al menos tener un hijo! He recurrido a todo, hasta a los brujos indios. Yo, que tanto los desprecio... Yo, la sobrina del Duque de Alburquerque.

PEDRO (*Se levanta y se acerca fingiendo cariño*): Vamos, Beatriz, no te exasperes tú misma, no te dejes aprisionar por la debilidad.

BEATRIZ: Porque conoces mi debilidad es que abusas de ella.

PEDRO (*Se vuelve, irritado*): Nunca pienso en tu debilidad, ni en la de nadie, porque pensaría de inmediato, cómo convertir esa debilidad en fortaleza... Un hombre débil aguza su inteligencia, así como hay ciertas enfermedades que acrecientan la capacidad para el amor.

BEATRIZ: ¿Pero por qué no hablamos, una vez siquiera, de algo que a los dos nos interese? Si al menos quisieras construir sólidamente en los terrenos que conquistas, yo te ayudaría. Estabilizar una vida en estas tierras. Pero nunca lo harás, tan pronto sometes a alguien lo dejas. Estamos los dos haciendo cosas que me parecen inútiles.

PEDRO: No me pesa hacerlo así. ¿Has notado la diferencia entre Jorge mi hermano y yo? El cuando conquista, devuelve los bienes en préstamo. Somete así los actos, pero no las voluntades. Yo exijo una sumisión mayor: la del alma. Si no fuera por hombres como yo, la posición de España ante sus pueblos conquistados sería de inferioridad. Y no hay que olvidar que el peor destino para un pueblo

conquistador, es seguirse sintiendo, en el fondo, inferior a sus conquistados.

BEATRIZ: Poco estiman los españoles esa superioridad. Eso he pensado cuando veo correr a tus soldados detrás de las indias. Siento que un verdadero español, terminará sintiéndose solo en estas tierras.

PEDRO: Todos hemos dejado de ser, un poco, lo que tú llamas verdaderos españoles.

BEATRIZ: Sí, todos, hasta tú, habéis contribuido a formar esa informe raza bastarda de mestizos.

PEDRO: ¿Lo dices por Leonor mi hija?

BEATRIZ: Sí, por ella y por tus consideraciones hacia su madre, esa india que se dice princesa.

PEDRO: Lo es.

BEATRIZ: Princesa entre animales. Entre esa clase de gente el rango denigra, significa que es la clase que tiene en grado máximo, todos sus horrendos defectos.

PEDRO: Si todos los soldados pensasen como tú. . .

BEATRIZ: Claro, ellos están muy contentos al lado de sus indias. Cuando pienso que al llegar, creí que los aislarías a todos, que España se prolongaría realmente en sus colonias, con españoles, que los hijos de españoles lo serían también. Nunca pensé que nuestra raza se llegaría a mezclar con estos salvajes.

PEDRO: ¿Pero para decirme todo esto me has hecho venir?

BEATRIZ: Sí, Pedro, porque diciéndote lo que tus soldados han hecho con España, te hago ver lo que tú has hecho conmigo. Porque cuando vinimos juntos, creí que así seguiríamos; que continuarías queriéndome, que me necesitarías.

PEDRO: Hay cosas que no comprendes, que son cosas de hombres. Pero debes saber que te necesito. Que Pedro de Alvarado necesita a su mujer, como cualquier hombre.

BEATRIZ: Como cualquier soldado de éstos. ¡Qué más da que sea una india turbiamente oscura, o doña Beatriz de la Cueva!

PEDRO: No es lo mismo: la Iglesia nos ha unido.

BEATRIZ: ¡La Iglesia! Es para ti otra "cosa de hombres", no es la madre común. Por lo que veo, la lucha por nuestra fe, de que hablas a tus soldados, es también "cosa de hombres" y también las conquistas religiosas, y los bautizos en masa y la construcción de iglesias. Todo eso en lo que yo

creo, lo único que me sostiene en las Indias, es para ti un sucio negocio de hombres.

PEDRO: ¿No has pensado alguna vez, que hay en esto una inspiración divina, que Dios ve con buenos ojos mis acciones?

BEATRIZ: ¡Qué fácil es justificar así todos los delitos! Cuida de no comunicar eso a tus soldados: cada uno se sentiría un elegido de Dios. Te dejarían solo.

PEDRO: Ya nunca podría estarlo. Estas conquistas me acompañan siempre, son parte de mí mismo; tan mías como España.

BEATRIZ: España es para mí la fe.

PEDRO: Pero cómo no comprendes, que esto es también España dando cosas nuevas, adquiriéndolas también.

BEATRIZ: No veo cómo, todo lo hemos traído con nosotros.

PEDRO: Mucho también nos llevaremos.

BEATRIZ: ¿Nos llevaremos? Pienso que no saldré de aquí más, y sólo entonces, pierdo mi conformidad cristiana.

PEDRO: No es sólo el lugar lo que te desespera.

BEATRIZ: No, tú también contribuyes a desesperarme.

PEDRO: Si lo hago, es involuntario. Me preocupan tantas cosas.

BEATRIZ: Sí, todo, menos la salvación de tu alma, y yo, que podría ayudarte a salvarla.

PEDRO: Cómo podrías ayudarme, si diciendo que me quieres, lo único que hay en ti, es odio.

BEATRIZ: Pero tú sabes que no es odio, que es lo contrario: que es porque te quiero tanto que me desespera no tenerte siempre conmigo, no contar en tu vida.

PEDRO: Eres de esos seres que siempre buscan lo que no tienen con insistencia desesperante. Es, como una envidia que no se atreve a concretarse.

BEATRIZ: ¡Envidia!

PEDRO: Una envidia absurda de los hechos. Envidia, diría yo, hasta de la muerte, que es la única que podría marcarte la hora de juntarte con Dios. Serías capaz, aun siendo tan religiosa, de morir por tu misma mano, porque te sentirías en ese momento, dueña absoluta de tu destino.

BEATRIZ: Ahora veo lo que piensas de mí. Crees que tengo envidia de algo que yo no tengo y que debo suponer tienen esas horribles mujeres.

PEDRO: Si esta inconformidad te llevara a hacer cosas siempre más audaces. . .

BEATRIZ (*Suave*): Sólo piensas en tu audacia. ¿Por qué es necesario que partas de nuevo? ¿Por qué esta expedición a conquistar nuevas tierras que ya no necesitas, que no necesitamos?

PEDRO: La expedición está ya arreglada.

BEATRIZ: Y todo a espaldas mías.

PEDRO: No te lo hice saber, porque me fastidian tus argumentos. La violencia en la palabra, me ha parecido siempre inútil.

ESCENA IV

Entra don Jorge, después doña Blanca.

JORGE: He procurado alargar el tiempo, pero se os espera ya con impaciencia.

BLANCA: Hace frío, creo que será mejor entrar, Beatriz.

BEATRIZ: ¿Qué podré hacer, Pedro, para retenerte?

JORGE: Los preparativos están hechos: Esperaba saber si la partida es mañana.

BEATRIZ: ¿Mañana?...

PEDRO: Traté de decírtelo, pero estabas tan excitada.

BEATRIZ: Y me dejaste consumirme hasta el fin.

PEDRO: Después de ese desahogo, mi partida no te parecerá tan cruel.

BLANCA (*A Beatriz*): No es la primera vez que le vemos partir.

BEATRIZ: Pero siempre me desespera pensar, si no será la última.

PEDRO: Esta vez me siento más animado que nunca. Nunca estuve más lejos del miedo.

JORGE: Quiero saber cuáles son las últimas instrucciones.

PEDRO: Iremos a mis habitaciones, después de reunirnos con la Audiencia. Vamos.

BEATRIZ (*Deteniéndolo*): ¿Tan pronto quieres partir?

PEDRO: Me esperan, pero no debes temer nada. Yo sé cuidarme. En cuanto a ti... Don Jorge se quedará en mi lugar.

BEATRIZ: Tu lugar no lo puede ocupar nadie.

JORGE (*A don Pedro*): No me atrevería a ocuparlo. Yo gobernaré desde el mío.

BEATRIZ: A partir de mañana...;

PEDRO: Saldremos antes del amanecer. Debemos despedirnos.

BEATRIZ: ¿Ya? ¿En este lugar?

PEDRO: Así, bajo el cielo. Cuando me recuerdes pensarás que estamos cerca, estaré muchos días bajo el cielo.

BEATRIZ: ¿Me perdonarás lo que te he dicho?

PEDRO: No acostumbro perdonar, (*sonríe*) prefiero ignorar.

BEATRIZ: Cuando regreses todo será distinto.

PEDRO: Todo será distinto cuando tú cambies Beatriz. Pero no te aflijas: te tendré al corriente de mi viaje; no será largo.

BEATRIZ (*Triste*): Esa duración no la medirá el tiempo. . .

PEDRO (*A doña Blanca, indiferente*): Cuida de ella.

BLANCA: Es como cuidar de mí misma.

JORGE: La Audiencia estará impaciente, algunos miembros se habrán ido.

PEDRO (*Se acerca a doña Beatriz y la besa secamente en la frente*): Nos veremos pronto, Beatriz. (*Sale con don Jorge quien hace una reverencia, antes de salir, se vuelve don Pedro*): Ah, y a propósito de esos monjes, no pienses más en ellos. Yo sabré cómo hacerlos venir conmigo. (*Sale*). (*Doña Beatriz queda muda, de pie, con la cabeza baja*).

ESCENA V

Doña Blanca y doña Beatriz. (Ha caído la tarde).

BLANCA: Entremos. La noche ha enfriado mucho.

BEATRIZ: ¿La noche? . . .

BLANCA: Don Pedro se va, pero queda su presencia en todo esto.

BEATRIZ: ¡Y yo que creí que no podría estar más sola! Si tuviese, al menos un hijo.

BLANCA: No debería insistir ahora, pero te he hablado de un modo de tenerlo.

BEATRIZ: Adoptando esa mestiza.

BLANCA: Es hija de don Pedro.

BEATRIZ: Es hija de una india y de la debilidad de don Pedro.

BLANCA: Quizás por eso, ella es débil y te necesita.

BEATRIZ: ¿Qué edad tiene?

BLANCA: Diecisiete años. Es una niña.

BEATRIZ: A esa edad conocí a don Pedro.

BLANCA: Su misma debilidad le da cierto atractivo. Es además inteligente.

BEATRIZ (*Con asombro*): ¿La has tratado?

BLANCA: Muy pocas veces; hemos cambiado algunas palabras.

Parecía tratar de establecer muy pronto una relación, como si necesitase confiar en mí.

BEATRIZ: Y... ¿Estaría ella de acuerdo en vivir conmigo?

BLANCA: Creo que sí. Si quieres, puedo traerla, hablaréis y decidiréis las dos.

BEATRIZ: ¿Se parece a don Pedro?

BLANCA: En cierto modo: quizás un poco menos decidida. Medita mucho, el día entero lo pasa meditando.

BEATRIZ: ¿Medita en cosas distintas de las que hace?

BLANCA: Como todos a su edad.

BEATRIZ: Como todos los mestizos, a cualquier edad.

BLANCA: Tú la verías de cerca. Le hablarías. Creo que también buscaría tu confianza.

BEATRIZ: Quisiera adoptarla... Pero creo que no lo haré: me arrepentiría de hacerlo.

BLANCA: No pienses en eso ahora. Primero, si quieres, debes tratarla. Debes estar segura que en ella, por ser tan joven, podrías penetrar más que en don Pedro.

BEATRIZ: Creo que debemos entrar.

BLANCA: Sí, es tarde ya.

BEATRIZ: Tienes razón, es tarde ya para muchas cosas.

Al paso que salen va cayendo lento el

T e l ó n

ACTO SEGUNDO

DECORADO:

Antecámara de doña Beatriz —de gran sobriedad—. El interior acusa los muros de piedra desnuda, en los que hay pequeñas ventanas altas, por las cuales entra una luz muy tamizada. Al lado derecho, al fondo, un gran crucifijo, a cuyo pie hay un reclinatorio. Del otro lado, un cuadro que representa un retrato de don Pe-

dro, de pie y de tamaño natural. Pocos muebles, dos sillones y una mesa al estilo del Renacimiento español. La escena está vacía al alzarse el telón. Honda penumbra. La luz va subiendo, poco a poco, pero se mantiene siempre una atmósfera velada.

ESCENA I

Leonor — Blanca

(Entra doña Blanca guiando a doña Leonor que tiene un aire indeciso).

BLANCA: Pasa, Leonor. Aquí podremos hablar tranquilas. Has estado hoy tan nerviosa.

LEONOR: ¿No está doña Beatriz?

BLANCA: Aun no es hora. Suele hacer su rezo ya caída la tarde.

LEONOR: Afuera hay aún luz, pero aquí es tanta la oscuridad. . .

Llevo en este palacio tres meses y no logro acostumbrarme a ella.

BLANCA: Ya sabes que a doña Beatriz le atrae. El sol de estas tierras lo franquea todo; aquí, se puede orar, se puede estar a solas consigo misma.

LEONOR: Aun a la luz del día estamos siempre solos.

BLANCA: No tienes derecho de hablar así: doña Beatriz, a pesar de su austeridad, te quiere. ¡La pobre ha deseado tanto tener un hijo!

LEONOR: Yo ya he vivido mucho para ser una hija sumisa.

BLANCA: Pero eres aún muy joven.

LEONOR: Olvidáis que soy viuda.

BLANCA: Tú deberías olvidarlo. Tu padre te hizo un gran daño al casarte tan joven. Apenas ahora, a los diecisiete años, puedes decir que empiezas a vivir.

LEONOR: Si pudiera olvidar lo que pasó.

BLANCA: Debes hacerlo Leonor. Hay momentos en la vida en que es necesario olvidar el pasado. A ti, se te ha presentado quizás, demasiado temprano ese momento.

LEONOR: Estoy decidida a aceptar la propuesta de don Francisco: quiere casarse conmigo.

BLANCA (*Turbada*): ¿Sí? Lo presentía, pero. . .

LEONOR: Teméis que a doña Beatriz no le guste ver a un hermano suyo, casado conmigo.

BLANCA: No he dicho eso. Sólo quisiera estar segura de que sabes lo que haces.

LEONOR: ¿Es que no sentís tristeza por mí?

BLANCA: Quisiera ayudarte Leonor; ayudarte a olvidar.

LEONOR: El único modo de olvidar será casarme de nuevo.

BLANCA: ¿Estás segura de quererle?

LEONOR: No lo sé. Esto ha sido para mí siempre un poco vago. Igual me aconteció en mi matrimonio anterior.

BLANCA: Creí, que te atraía don Pedro de Portocarrero cuando te casaste con él.

LEONOR: Cuando mi padre me dijo que debía casarme con él, lo acepté sin entusiasmo, pero también sin desagrado.

BLANCA: No hablemos de eso ahora, no debemos repetir más esa historia.

LEONOR (*Sin oír*): Pero luego sin percatarme de ello, me sentí toda poseída por mi marido, pasivamente. Era una entrega deliciosa. Pero apenas tuve tiempo de sentirle cerca: en un combate de tantos, sin importancia, le mataron.

BLANCA: Todos sabemos la historia te he dicho. A qué repetirla.

LEONOR: Siento que al repetirla muchas veces, saldrá de mí esta tristeza.

BLANCA: Creo que el resultado es el contrario. Tú has aumentado ese recuerdo. Estoy segura que sufres más al repetirlo, que en el momento en que lo viviste.

LEONOR: Sólo lo olvido cuando estoy con don Francisco. Su propuesta me produjo un choque; era, de pronto, la vida haciéndome promesas.

BLANCA: Es muy noble don Francisco.

LEONOR: Sí, y tiene ese aire seguro de los españoles.

BLANCA: Hablas de nosotros como si fuéramos extraños para ti.

LEONOR: ¡Qué cosas digo! Yo también soy española; no tengo que ver con los indios. ¡Me dan asco!

BLANCA: No exageres. A mí me inspiran una vaga tristeza, pero asco. . .

LEONOR: Pero no hablemos de los indios. Os decía que ante don Francisco me vuelvo a sentir sumisa, cobijada por su sombra.

BLANCA: Tienes razón, eres joven y necesitas esa protección,

LEONOR: Sé que le atraigo. ¿De qué otro modo, si no, me habría propuesto matrimonio?

BLANCA: Seguramente, pero dime: ¿Has pensado decírselo ya a doña Beatriz? ¿no sería mejor esperar?

LEONOR: ¿Esperar, a qué? Bastante he esperado ya.

BLANCA: Si se lo dices, procura hacerlo con miramiento, ella se exalta fácilmente.

LEONOR: Ya sé: teméis que manifieste el desprecio que siente por mí.

BLANCA: Eres injusta, sabes que te quiere y tú deberías hacer lo mismo.

LEONOR (*Reacciona vehemente*): Pero sí la quiero; no sabéis como quisiera ser como ella, tener su porte, su dignidad, sus modales.

BLANCA: No es eso sólo lo que debes amar en ella.

LEONOR: A veces me he puesto, sin que nadie me viese, sus vestidos: los que tienen colores vivos y que ella casi nunca usa. ¡Pero se me veían tan distintos!

BLANCA: Tiene más años que tú y su austeridad es ejemplar.

LEONOR: Por otro lado, pienso que es mejor no ser como ella. Ya lo veis, no ha sabido mantener a mi padre a su lado.

BLANCA: Son cosas que no entiendes todavía.

LEONOR: Ah, sí. Yo sé que a don Francisco, le agrada más sentirme dominada, que saber que yo trato de manejarle a él.

BLANCA: Eres una criatura singular: en cierto modo eres una mujer, pero a pesar de eso, sigues siendo una niña.

LEONOR: Don Francisco vendrá dentro de pocos días, pero yo he preferido venir sola y hablar a doña Beatriz.

BLANCA: Quizás hubiese sido mejor esperar a don Francisco.

LEONOR: Si es cierto que doña Beatriz me quiere, sabrá oírme.

BLANCA: Confío en eso; creo que hay en el fondo suyo una gran bondad que siempre calla, para dejar paso a la voz de sus principios. Ojalá no me equivoque.

LEONOR: Sí, es cierto, doña Beatriz es buena. Recuerdo el temor que yo tenía cuando le pedí que me dejara usar su nombre; creí que no accedería, pero contra lo que esperaba, me dijo un poco secamente pero con cierta simpatía: Si quieres, puedes llamarte doña Leonor de Alvarado y de la Cueva.

BLANCA (*Sourie*): Ya lo ves.

LEONOR (*Se para*): Pero ahora, llevaré ese nombre por derecho propio, no como una limosna.

BLANCA: Si dejaras de darle a los hechos una apariencia maligna. . .

LEONOR: No es eso, es que muchas veces buscando cariño me he acercado a vosotras y no pocas he recibido desprecio.

BLANCA: Todos te respetan. Eres hija de don Pedro. ¿Lo has olvidado?

LEONOR: No lo he olvidado; pero tampoco puedo olvidar vuestros ojos la primera vez que me vieron. No se apartaban de mis manos, estas manos oscuras que a don Francisco tanto atraen y que al verlas vos, no podíais ocultar la repugnancia.

BLANCA: Además de maliciosa te gusta torturarte.

LEONOR: No ha sido por mi culpa que he adquirido ese hábito.

BLANCA: Si fueses realmente religiosa, dejarías de pensar en todas esas cosas desagradables.

LEONOR: Pero si no tiene que ver una cosa con la otra. Ya veis, doña Beatriz tan religiosa, desprecia a los indios.

BLANCA: Pero la religión te hará perdonar muchas cosas, siempre hay algo que se debe perdonar.

LEONOR: Quisiera que don Francisco me llevase a vivir a España y por otro lado me da miedo.

BLANCA: Pero él está ya establecido aquí.

LEONOR: Aquí lo retiene la influencia que doña Beatriz tiene sobre él. Le domina de tal modo, que cuando empezamos a vernos, me veía como si fuera un delito hacerlo.

BLANCA: Es por eso que has preferido venir sola.

LEONOR: Yo haré lo que tengo pensado hacer. Nos casaremos a pesar de su oposición.

BLANCA: ¿Y si no se opusiese?

LEONOR: ¿Si no se opusiese? Pero sí, se opondrá, estoy segura de que se opondrá. Y yo haré lo que quiero. Don Francisco se casará conmigo.

BLANCA: ¿Es una especie de desafío?

LEONOR: No es eso: es la fuerza de las cosas, que hace que todo acontezca, como debe acontecer. Don Francisco es mayor que doña Beatriz, es posible que herede a su tío, el Duque de Alburquerque. Yo seré más que ella. ¿Entendéis?

BLANCA: No sé qué cosa mala presiento en todo esto.

LEONOR: Mala, para doña Beatriz. Yo sólo quiero salir de

este recuerdo que me angustia; me parece que mi vida comienza con mi primer matrimonio, luego se detiene, hasta ahora, va a seguir de nuevo su curso.

BLANCA: Hay algo que no logro comprender, pero Dios sabe lo que hace. A doña Beatriz, que es tan creyente, le suceden tantas cosas adversas.

LEONOR: Admitís que no querrá que nos casemos.

BLANCA: Sí, Leonor, tengo que admitirlo y debes comprender que esto, será para ella una derrota.

LEONOR: ¿Derrota?

BLANCA: Sí, en su propia carne, en su sangre. Ella, que tanto orgullo tiene de su linaje, no ha podido ser madre. Ahora, tendrá que ver con el tiempo a tus hijos, en los que se mezclarán las sangres que ella ha querido más y las que más ha odiado.

LEONOR: ¡Es la vida!

BLANCA: Sí, es la vida. Pero creo que sería mejor para ella morir, que seguir viendo que su mundo se viene abajo poco a poco.

LEONOR: ¿No me decís nada a mí?

BLANCA: Sí Leonor. Me alegro por ti.

LEONOR: Si ella lo permite, me quedará en el palacio.

BLANCA: Debes hacerlo, un poco de tiempo nada más, mientras se acostumbra a la idea de que eres, totalmente, la mujer de don Francisco de la Cueva.

ESCENA II

Doña Blanca — Doña Leonor — Entra doña Beatriz.

BEATRIZ: ¿Por qué se menciona el nombre de mi hermano?

BLANCA: ¿El nombre?... Por nada; hablábamos de su generosidad, de su bondad.

LEONOR: De su benevolencia para todos los que tienen sangre india.

BEATRIZ: Ya entiendo, hablabais de su blandura, yo misma, que le he trazado muchas veces el camino, quisiera verle más fuerte. Mi padre siempre decía que en nosotros, se habían invertido las cualidades y los defectos.

LEONOR: También hablábamos, aunque doña Blanca parece que teme decíroslo, de su marcada inclinación hacia mí.

BEATRIZ (*áspera*): ¿Inclinación? No la he notado.

LEONOR: ¿Os disgustaría?

BLANCA: Leonor, ¿por qué preguntas eso?

LEONOR: Sólo dije lo que creí haber observado.

BEATRIZ: Creo que en este caso te equivocas: don Francisco ha dejado un compromiso antes de venir a las Indias.

LEONOR: Comprendo lo que queréis decir, pero olvidáis que mi padre, es el hombre con quien os habéis casado.

BEATRIZ: Me casé con él por su valor personal, no por su linaje.

LEONOR: Ya veo la diferencia: ese valor es sólo suyo. ¿No es así?

BLANCA: Doña Beatriz quería decir. . .

BEATRIZ: Quiero decir, que tú no puedes saber el sentido que estas cosas tienen en España.

LEONOR: Es posible, pero, ¿qué diríais al saber que don Francisco quiere casarse conmigo?

BEATRIZ: Que es absurdo también. Tú no tienes derecho a pretender tal cosa.

LEONOR: No pensé nunca que fuese asunto de derecho, sin embargo, él quiere casarse conmigo.

BEATRIZ: No sabes lo que dices. Tu posición, aunque alta en España, no te permite casarte con un sobrino del Prímado del Rey.

LEONOR: ¿Y quién puede impedirlo si él así lo quiere?

BLANCA: No se trata de eso Leonor.

LEONOR: ¿Pues de qué se trata? ¿De desmentir con palabras lo que los hechos confirman?

BEATRIZ: Los hechos no pueden confirmar más que una cosa: nuestra tradición. Y bien sabes que en ese sentido, vuestro matrimonio no es posible.

LEONOR: ¿Por qué no? Don Francisco me quiere. Son más las tierras de mi madre y las que mi padre me ha dado, ¿no es eso bastante?

BEATRIZ: Mi hermano puede aspirar a una mayor fortuna, además, debes entender, que no eres totalmente una española. Esa es la diferencia entre tu padre y tú.

BLANCA: ¡Beatriz!

BEATRIZ: Leonor me ha obligado a extremar mis explicaciones.

LEONOR: Ya lo veo: vuestra rectitud, o como queráis llamarlo,

os induce a enseñar siempre el aspecto más áspero de la vida.

BEATRIZ: Es necesario, me lo enseño constantemente a mí misma también.

LEONOR: Haciéndolo vos mismas, nunca llega a ser humillante.

BEATRIZ: Pero lo tuyo no es tampoco humillante: eres mestiza, es un hecho, en este caso un hecho desfavorable para ti.

LEONOR: Sabía que me recibiríais así, pero, sabía también que todo lo que hiciérais, sería inútil.

BEATRIZ: Más inútil será, aunque llegaras a casarte, pretender ser una cosa que no eres realmente.

LEONOR: Esta visita no es una consulta de lo que debemos hacer. Lo tenemos decidido.

BEATRIZ: No creo que Francisco se atreva.

LEONOR: Ya está dicho. El había pensado venir dentro de tres días. Pero ahora, iré yo a su encuentro. No habrá nadie que me pueda detener, ni vuestra tradición, ni vuestros deseos de humillarme.

BLANCA (*a Beatriz*): Creo que deberías oírla.

BEATRIZ: Ha sido bastante.

LEONOR: ¿Dais pues vuestro consentimiento?

BEATRIZ: No os hace falta.

LEONOR: Pero don Francisco vivirá atormentado si no lo hacéis.

BEATRIZ: Ya ves que tu propia vida, no puede escapar a todos estos principios que te parecen absurdos.

LEONOR: Ahora comprendo: tenéis envidia, eso es todo, tenéis celos que yo pueda tener todo lo que habéis deseado y no tendréis nunca.

BEATRIZ: ¡Cómo te atreves!

LEONOR: Celos de que yo sea madre, celos de que pueda hacer feliz a un hombre.

BLANCA: Leonor, cálmate.

BEATRIZ: Eres una loca.

LEONOR: No. La locura es la vuestra; que crece lentamente, desquiciando sin sentir vuestra razón. Queréis destruirlo todo, queréis oponeros a la marcha del tiempo. Pereceréis por vuestra propia mano.

BEATRIZ: Ya oí eso de tu padre.

LEONOR: El sabría lo que decía. El os conoce bien. ¿Sabéis

lo que es vivir dentro de casa con un fantasma que pretende dirigiros? ¿No comprendéis que deseando manejar nuestras vidas, nos habéis unido y nos habéis hecho independientes?

BEATRIZ: Nunca quise haceros daño.

LEONOR: Ni eso siquiera: el daño habría dejado lugar a la venganza. Ahora sé que haré lo que quiero, pero sé también, que en don Francisco, habrá siempre un callado remordimiento.

BEATRIZ: No apruebo este matrimonio, pero no lo impido.

LEONOR: Sí, porque no podéis. Haréis lo de siempre: os quedaréis cruzada de brazos, viéndonos de lejos con aire de reconvención.

BEATRIZ: ¿Quieres callar ya?

LEONOR: Sí, callaré. Lo único que me atormenta, es pensar que mi padre hará que yo vuelva a este palacio.

BEATRIZ: Debes vivir aquí, es tu lugar.

LEONOR: ¿Mi lugar? El que me habéis hecho creer que tenía. Ahora me voy, me soltáis al engaño de la libertad, pero sabéis que un hilo invisible, el de todas nuestras sangres mezcladas, me hará volver a vuestro lado, para sentir que me seguis protegiendo, aunque nunca haya sido eso verdad. ¿Hasta cuándo?... ¿Hasta cuándo viviremos así, todos juntos, odiándonos? (*Sale*).

ESCENA III

Doña Beatriz - Doña Blanca.

BEATRIZ: ¿Crees que se casarán?

BLANCA: Estoy segura. Y si debo decir la verdad, me parece muy bien lo que hacen.

BEATRIZ: ¿Cómo, tú también?

BLANCA: Es natural que don Francisco quiera hacerlo, se siente solo y Leonor es la única joven con atractivos por estas tierras.

BEATRIZ: Ya entiendo, quieres decir que no debo mezclarme en cosas de jóvenes.

BLANCA: ¿Por qué oponerse a ese matrimonio? No es el primero: aquí todo ha cambiado, el mismo don Pedro se casó con una india.

BEATRIZ: Esa era una farsa, al estilo de los indios. Este otro matrimonio durará. Me preocupa mi hermano, es tan creyente y Leonor no ha ahondado en la religión. Ya ves que es un matrimonio desigual.

BLANCA: Pero ellos lo harán de todos modos, ya has oído a Leonor.

BEATRIZ: Mi desaprobación, sin embargo, les mantendrá atentos a no cometer ligerezas. Conozco bien a Francisco.

BLANCA: A veces pienso que entre todos vosotros, vivo crucificada, sin ganar nada con ello.

BEATRIZ: Nunca ganarás nada, si no ves el verdadero valor de las cosas. Recuerda que el alma se pierde o se salva por entero, no hay concesiones en esto. No veo por qué la deba haber en asuntos menos importantes.

BLANCA (*enfática*): Pero este asunto es muy importante para Leonor. Me atrevo a decirte que es el más importante para ella, ella así lo cree al menos.

BEATRIZ: No veo que haya nada reproable en mi actitud.

BLANCA: No, reproable propiamente no lo hay, pero la vida confunde extrañamente lo bueno con lo malo. Antes de venir a las Indias, no distinguía estos matices y luego aquí, tan acostumbrada estaba a admirarte, que no pude ablandar tu obstinación.

BEATRIZ: ¿Mi obstinación?

BLANCA: Me costó trabajo comprender, que te obstinabas en ser inflexible... en todo.

BEATRIZ: Esto me ha enseñado: que sólo poniendo nuestras vidas, totalmente, en manos de Dios, podemos esperar lo que venga sin ninguna ansiedad.

BLANCA: Te obstinaste en querer cambiar, lo que ya no puede cambiarse.

BEATRIZ: ¿Tengo yo la culpa de querer vivir de acuerdo con mis principios? La vida debe ser una línea recta, firme.

BLANCA: Pero en este caso la vida extremó su firmeza y como tú estabas en esa dirección recta, te ha atravesado a ti misma.

BEATRIZ: No olvides que aquí, no es como en España. Aquí yo debo gobernar.

BLANCA: Eso ha sido para ti un refugio, no una solución.

BEATRIZ: He hecho de mi matrimonio con don Pedro un acto piadoso. Así me he acercado a Dios.

BLANCA: Pero tú no te has acercado a Dios. Tu fe te inmoviliza, en vez de empujarte hacia Él. Creo que no comprendes que es distinta la bondad del corazón, de la bondad de la mente: parten de un mismo punto pero en direcciones opuestas.

BEATRIZ: Otra vez dices cosas que no entiendo.

BLANCA: Seguiré diciéndolas mientras esté aquí. ¡Todo ha cambiado tanto! Cuando vine despreciaba a los indios, pero luego, vi que ellos nos despreciaban también, comprendí así, que lo que hoy nos parece absurdo, mañana puede llenar por completo nuestra vida.

BEATRIZ: Sin embargo, no has querido ayudarme en mis andanzas para favorecer a los indios.

BLANCA: Es que me inspiran un poco de remordimiento. Ahora sé que también son hombres y que detrás de esa máscara impassible, está el estupor del que no entiende nada de lo que lo está rodeando, del que asiste como espectador impotente, a la transformación absoluta de un mundo que se creía estable. Nosotras no entendemos tampoco lo que nos rodea, pero nuestra ventaja está, en ser la causa de esa transformación.

BEATRIZ: Eres pueril. Los hemos conquistado. Eso es lo cierto.

BLANCA: Sí, estoy convencida de que para conquistar, sólo hay que creer en algo apasionadamente, sin mucho pensar. Los pueblos y los hombres, dejan de ser conquistadores, en cuanto piensan demasiado. Y nosotros empezamos ya a pensar demasiado.

BEATRIZ: Yo he asistido a estas conquistas, porque se hacían en nombre de una fe superior a la acción de conquistar. He pensado que mi fe alcanzaría a don Pedro, hasta crearle una atmósfera que no pudiera evitar.

BLANCA: A pesar de eso, él ha respirado siempre en otra atmósfera.

BEATRIZ: Aún así, es mi deber seguir orando por él. Quisiera que volviese pronto, muy pronto. . .

BLANCA: ¿Has sabido algo de él?

BEATRIZ: No, ni una palabra, y me preocupa tanto don Jorge.

BLANCA: ¿Has tratado con él de las últimas insurrecciones?

BEATRIZ: Aún no. Le he citado para hoy, después del rezo.

Me dijo que vendría, lo dijo con alguna intención que no adivino.

BLANCA: Ten cuidado. Háblale con todo rigor, él si que lo merece. No hagas como otras veces, delante de los hombres pierdes a menudo tu temple.

BEATRIZ: Descuida, procuraré ser muy dura.

BLANCA: Te dejo sola Beatriz.

BEATRIZ: Gracias. Me has hecho pensar hoy demasiado. Sé que me será más difícil rezar.

(Sale doña Blanca). Beatriz va a postrarse ante el crucifijo, cuando entra por el otro lado don Jorge.

ESCENA IV

Don Jorge - Doña Beatriz

JORGE: ¿Os interrumpo?

BEATRIZ *(Levantándose)*: No, puedes pasar.

JORGE: He tenido tantas ocupaciones, que no he podido venir a veros.

BEATRIZ: Lo comprendo y comprendo también, que tenías recelo de hacerlo.

JORGE: Temía importunaros. Tuve además, que refrenar mis deseos, de hacer antes esta visita.

BEATRIZ: Lo que hemos de tratar concierne a nuestra conquista, no debes temer importunarme.

JORGE: No me decidía a plantearos problemas, ajenos a vuestras prácticas piadosas.

BEATRIZ: Pero di, nada es ajeno a nuestra fe.

JORGE: Bien sabéis que he tratado de hablaros a solas, pero me habéis eludido hasta el final. Me causó asombro hoy, cuando supe que consentisteis en que viniera a veros.

BEATRIZ: Y tú, bien sabes que ya no era posible este silencio. He callado hasta no poder más. Parece que quieres sitiarme a fuerza de disgustos.

JORGE: Si lo que he hecho, me permite veros a solas, lo doy por bien hecho *(se acerca)*. Esta soledad os perjudica. ¿Por qué no me decís cuál es el motivo de vuestra angustia? yo podría ayudarlos.

BEATRIZ: Mi angustia aumenta cuando me veo rodeada sólo de codicia, de rapacidad, de desenfreno.

JORGE *(retrocede)*: Lo que llamáis así es necesario y eficaz

mucho más eficaz que las blanduras de los monjes. Ya sabéis que esta última insurrección, no fué por cierto una victoria para la Iglesia.

BEATRIZ: El Obispo Marroquín me había dicho. . .

JORGE: Os habrá dicho que la conquista pacífica es un hecho.
¿No es así?

BEATRIZ: Sí, eso es, además, me dijo que por tu causa, por no dejar a los indios los terrenos prometidos, surgiría una rebelión.

JORGE: Esos terrenos iban a serles entregados a su tiempo.

BEATRIZ: Siempre me niego a pensar lo peor, de las gentes que tengo cerca, pero aquí, no he visto de ti un solo acto generoso.

JORGE: No os conocía ese lado benévolo, presiento que tratáis de inducirme, a hacer algo que no pienso hacer de ningún modo.

BEATRIZ: Crees que te anticipas a todo. Yo también te he observado: haciéndole creer a tu hermano en tu lealtad y por detrás te entregabas a no sé que siniestros planes.

JORGE: No tengo la culpa de desear todo lo que él tiene. El tiempo es el culpable. Don Pedro es mayor y logra antes que yo, lo que los dos deseamos al mismo tiempo. Somos idénticos.

BEATRIZ: No, Jorge, él tiene una cierta despreocupación por las cosas mezquinas que a ti te entusiasman.

JORGE: El tiene el poder, eso es todo. Si yo lo tuviera. . .

BEATRIZ: Nunca lo tendrás, porque no eres capaz de renunciar a nada, quieres conservar siempre, una a una, todas las cosas que obtienes.

JORGE: Sólo así puedo velar por nuestros intereses.

BEATRIZ: Por los tuyos querrás decir.

JORGE: Siempre he creído, que viendo por mis intereses, veía por los de España.

BEATRIZ: Creo que te concedes mucha importancia. ¿No ves que si don Pedro quisiera podría nulificarte?

JORGE: Sin embargo, ha hecho lo contrario, me ha dejado amplios poderes.

BEATRIZ: Pues yo no te dejaré ejercerlos, si no es, en medida de la prudencia.

JORGE: En este caso sois vos quien se abroga poderes que no tiene.

BEATRIZ: Tendré que hacerlo así. Las cosas me rodean siempre, hasta volverme inflexible: Es mi destino. No olvides que en este caso, la Iglesia me respalda.

JORGE: Dejará de apoyaros, si por vuestras medidas disminuyen los ingresos.

BEATRIZ: Todo es preferible, y así lo haré entender al Obispo Marroquín, a una rebelión que empieza, y que no se sabe adonde irá a parar.

JORGE: Cesará en cuanto yo quiera.

BEATRIZ: ¿Queréis dejarlos desangrarse y luego imponerles nuevos rigores?

JORGE: Creo que debemos hacerles entender a los indios, lo que vale el pueblo que los ha conquistado, sólo lo lograremos cuando tengamos una paz, dominada totalmente por nosotros.

BEATRIZ: Es un juego espantoso del que me asusta ser cómplice.

JORGE: Pero, ¿por qué no nos ponemos de acuerdo? ¿por qué no os unís a mí? Somos muy semejantes, creo que juntos podríamos hacer muchas cosas. Me entristece pensar, que por hoy, sois mi única enemiga.

BEATRIZ: Por hoy, tú lo has dicho.

JORGE: Si quisieseis escucharme, me oís solamente, pero nunca os habéis detenido a escucharme.

BEATRIZ: Nunca he oído de ti, nada que no me recuerde tu codicia.

JORGE: No me habéis dado oportunidad, si nos uniésemos, podríamos hacer una conquista completa, para los dos.

BEATRIZ: Pero, ¿has olvidado que don Pedro volverá muy pronto?

JORGE: Debo olvidarlo por el momento, sólo así puedo yo gobernar en su ausencia. No tengo tiempo para pensar en el futuro, ni en el más inmediato.

BEATRIZ: Sí, mientras tanto sigues atormentando a los indios.

JORGE: Deberías estar acostumbrada, don Pedro hace lo mismo.

BEATRIZ: El es cruel, es cierto, pero hay pasión en su crueldad, tú eres fría y siniestra.

JORGE: Esto os irrita, pero sé de muchos que lo ven con buenos ojos. Muchos de vuestros amigos, gentes de la iglesia.

BEATRIZ: No puedo creerlo.

JORGE: Lo creerías si no estuvieseis encerrada. Las ideas, las creencias, cuando salen a la calle, a la luz del sol, en los mercados, toman un color distinto.

BEATRIZ: Un color sangriento.

JORGE: Si es necesario.

BEATRIZ: Para ti siempre lo es.

JORGE: Don Pedro me autorizó a ello.

BEATRIZ: Siempre oigo lo mismo, las mismas disculpas. Todo lo malo se lo adjudicáis todos a don Pedro, y cuando voy a él, tengo la impresión de que él mismo no sabe lo que hace.

JORGE: Pues yo sí sé bien lo que hago: quiero que esta conquista no pase de largo por mí. No creo que sea ilegítimo, desear una recompensa por todos los riesgos que he corrido, por todos los servicios que he prestado a España.

BEATRIZ: Pero te olvidas de una cosa fundamental: que todo esto puede costarte después, mucho más de lo que has obtenido.

JORGE: ¿Mucho más? ¿Cómo?

BEATRIZ: Después de esta vida.

JORGE: Ah... quizás, pero si todos hubiésemos pensado sólo en nuestras almas, no se habría hecho la conquista, no se haría nada por el miedo de perdernos. Luego, procuraremos salvarnos. Dios es generoso.

BEATRIZ: No con los hombres como tú.

JORGE: Pero qué raras cosas decís: cuando entré en este aposento, presentía que salía del mundo, ahora estoy seguro. Vivís aquí asfixiada.

BEATRIZ: Un poco de esa asfixia te haría a ti falta, para ver lo que está más allá de ella. Un poco de soledad. Más monólogo Jorge, eso es lo que te hace falta.

JORGE: No lo creáis, por el contrario: en las noches, cuando me quedo solo, quisiera levantarme y hacer muchas cosas, quitarme de la mente la imagen que me inmoviliza.

BEATRIZ: ¿Qué imagen es esa? ¿Será acaso, la presencia de algo divino que te da miedo afrontar?

JORGE: Es tan terrestre que la tengo enfrente, que la tengo ahora mismo frente de mis ojos. ¿No adivináis lo que quiero decir?

BEATRIZ: ¿Adivinar? ¿Qué?

JORGE: Si al menos quisierais oírme.

BEATRIZ: Te estoy oyendo.

JORGE: Si al menos quisierais entender, lo que significaría estar juntos. Vos y yo (*se adelanta*). ¿Comprendéis lo que quiero decir? ¿Vos y yo?

BEATRIZ (*retrocede asustada*): Comprendo... comprendo... Jorge... hasta ahora, y quisiera no comprender, quisiera que mi mente, en este momento, no fuese capaz de comprender, todo lo malo que hay en ti y que antes no pude ver.

JORGE: ¿No habéis sentido desde el principio, que mis ojos os seguían?

BEATRIZ: No sé qué contestar. ¡Dios mío! ¡Ayúdame!

JORGE (*se acerca la toma de los hombros*): ¿No habéis sentido en vuestra soledad que yo me iba acercando? ¿Que este momento tenía que llegar?

BEATRIZ: Déjame... déjame... (*se aleja*).

JORGE (*se adelanta implacable*): Sabéis que os quiero, y no os atrevéis a mirarme. Tenéis miedo. Esa es vuestra desgracia: el miedo. Sois la mujer de don Pedro sin serlo realmente, y sin atreveros a dejarlo de ser (*se acerca más, ella está impotente*). Pero yo haré que perdáis ese miedo. Tienes que perderlo.

BEATRIZ (*inmóvil*): No te acerques más. Algo superior a mis fuerzas, a las tuyas, hará que te alejes.

JORGE (*abrazándola violento*): No es este un momento para milagros. Estas tierras encienden la sangre. Serás mía: Ya ves que puedo reemplazar a don Pedro con ventaja.

BEATRIZ (*desasiéndose con gran fuerza*): ¡Fuera!... ¡Fuera de aquí! ¿Por qué lo atropellas así todo?, mi dignidad, mi religión, la tuya...

JORGE (*insistiendo*): Ven, la noche callará nuestro secreto Beatriz.

BEATRIZ: ¡Qué secreto! Sal, o haré que te saquen. Sal de aquí. ¡Te lo mando!

JORGE: Ven cerca de mí. Hasta ahora te haré conocer el amor.

BEATRIZ: ¿No oyes que te estoy mandando que salgas? Te lo estoy ordenando... (*se quiebra su voz*). ¿No ves que te lo estoy suplicando?... (*se desploma*) (*retrocede asustado don Jorge y sale*).

ESCENA V

BEATRIZ: ¡Dios mío, más pruebas queréis mandarme! Yo bien sé, que el que es fiel a una idea, está siempre solo en este mundo.

Se postra de nuevo al pie del crucifijo mientras va cayendo el

T e l ó n

ACTO III

Torreón en el Palacio de doña Beatriz. La severidad es mayor que la de la antecámara. La luz de tarde se concentra sobre la mitad de la escena. El techo sumido en la más absoluta oscuridad, debe dar la sensación de un cono de sombra ascendente. Al fondo, a la izquierda, una ventana opaca, por la que entrando la luz, da a la escena un aspecto lívido.

Durante todo el acto se oirá, el sonido de la lluvia que cae; que se acentúa hasta hacerse estruendoso, en las dos últimas escenas. Se hace casi imperceptible en las escenas en las que aparece don Pedro.

ESCENA I

Entran, doña Blanca (acongojada) y un grueso monje franciscano, (que tiene una severidad un tanto grotesca)

BLANCA: Perdonad hermano, esto está tan húmedo; hemos soportado tres días y tres noches de lluvias. Os he hecho subir hasta aquí, porque temía que doña Beatriz nos oyera.

MONJE: Pronto tendrá que oírnos, una noticia tan fatal, no debemos esconderla por más tiempo.

BLANCA: Sólo trato de buscar un modo de hacerla menos aplastante. Para eso debo yo enterarme primero. De todo hermano, de todos los pormenores.

MONJE: La muerte no tiene pormenores y la de don Pedro como la de todos, fué sólo un suspiro.

BLANCA: Pero antes, hermano, antes de ese suspiro, hasta donde podemos llegar los humanos. Decidme: ¿sufrió mucho? ¿Fué herido muy dolorosamente?

MONJE: No más que otras veces.

BLANCA: ¿Por qué murió entonces? Le creíamos casi inmortal.

MONJE: Haber estado en peligro muchas veces con fortuna, no quiere decir haber estado ante la muerte. Sólo una vez se está ante ella, una vez definitiva.

BLANCA: ¡Cómo sufrirá doña Beatriz! Ahora no lo sabe, ¿por qué tendrá que saberlo?... Creo que deberíamos hacerla ignorar siempre esa muerte.

MONJE: El olvido hará las veces de ignorancia.

BLANCA: Nunca podrá olvidarlo: creo que se aferrará más a la idea de tenerlo, cuando lo sepa muerto.

MONJE: Doña Beatriz es piadosa, sabrá resignarse.

BLANCA: Será difícil. Es de esos seres, en quienes la capacidad vital es tanta, que necesita un conflicto constante: Sin don Pedro, la historia está resuelta.

MONJE: ¿Resuelta?

BLANCA: El conflicto habrá cesado. La angustia de renunciar y tener; que es para todos la vida, será para ella sólo una renunciación.

MONJE: Don Pedro murió queriéndola.

BLANCA: Supongo que sí, a su manera. Doña Beatriz nunca supo entenderlo: quería ser amada de otro modo, de un modo que quizás no es posible amar.

MONJE: Habéis equilibrado siempre esa unión tan desigual.

BLANCA: He tenido placer en hacerlo. Sólo ahora no podré: la muerte no admite equilibrios, sería necesario resucitar.

MONJE: Debe confortaros el hecho de que don Pedro, tuvo una muerte cristiana.

BLANCA: Pero decidme, ¿cómo ha sido? Es difícil creer que un hombre que ha hecho tantas cosas, muera como cualquiera: Se cierran los ojos y el mundo dejó de existir.

MONJE: ¿Sabéis que fué un accidente?

BLANCA: Sí, el caballo resbaló me dijisteis.

MONJE: Después de haberse retirado, estando a caballo sobre una pequeña planicie, el caballo perdió el pie y la armadura le aplastó.

BLANCA: Le aplastó el mismo peso, que le defendió otras veces.

MONJE: ¿Sabéis que antes de marchar a las Molucas, le habían llamado a someter a los indios de Nochistlán?

BLANCA: No lo sabía; creí que había sido en la expedición que él organizó.

MONJE: Iba de paso y sabiéndole cerca, Cristóbal de Oñate que se hallaba en peligro, le llamó, pidiéndole que sometiese a los indios.

BLANCA: ¡Pensar que ya estaría en alta mar de no haber acudido!

MONJE: Ya sabéis que don Pedro, tenía placer en estos combates. La idea de que su nombre se hiciese más famoso, le decidió a ir.

BLANCA: Qué importa la fama, si se está ya muerto.

MONJE: Lo intranquilizaba la idea de que don Jorge, ocupara su lugar, le tenía cierta desconfianza.

BLANCA: Hemos sufrido aquí con don Jorge. Su valor, es mucho menor que su codicia.

MONJE: Recuerdo que una noche, antes de entrar en combate...

(Aparece a través del muro el cuadro con don Pedro y dos sombras inmóviles, mientras el monje habla. Al hacer este silencio, se animan las figuras).

ESCENA II

MONJE *(continuando)*: Yo me había retirado a mi tienda, quería pedir a Dios que nos ayudase al día siguiente, que nos diese el triunfo. A nadie le gustaba la idea de quedarse, todos querían marchar a las Molucas, y los oía desde dentro discutir, la voz de don Pedro siempre rotunda, sin una leve inflexión. Hacía como que los convencía, pero en verdad les ordenaba.

(Doña Blanca y el monje se sumen en la oscuridad. La sombra de don Pedro de pie y dos sombras a sus lados. Una también de pie, más bajo que la de don Pedro. La otra, reclinada en el suelo).

PEDRO: No os entiendo, tenéis miedo de venir conmigo a pacificar a estos indios de Nochistlán, después de que me habéis acompañado, por la Nueva España y Guatemala en toda clase de peligros.

SOMBRA 1ª: No es miedo, es que ésta, no es nuestra lucha.

SOMBRA 2ª: Habéis prometido a los soldados la expedición a las Molucas; comprenderéis que ahora, antes de embarcarnos, no les parece bien correr un riesgo que no esperaban.

PEDRO: Hasta eso hay que darles por ración a estas gentes: hasta el peligro.

SOMBRA 1ª: Así son los soldados, y vos que también habéis sabido manejarlos, sabéis que ahora desean descansar.

SOMBRA 2ª: Es el último descanso en tierra firme. ¡Sólo a vos parece no haceros falta!

PEDRO: Para mí el descanso es sólo una preparación para la embestida, nunca es inactividad absoluta.

SOMBRA 1ª: Les he hablado hoy a los soldados. Me miraban entre dudosos y atemorizados, no sé si sea prudente forzarles a ir.

SOMBRA 2ª: Sin embargo, parece que han aceptado, pues les he dicho lo que me dijisteis: que el que no esté con nosotros ahora, no irá a las Molucas, y aquello, pues es muy tentador.

PEDRO: ¿Sabéis que Cristóbal de Oñate me ha llamado? Me dice que llegaré como San Jorge, a libertarlo de esos indios, cuya fuerza crece como una especie de monstruo amenazador. No creo que sea tanto, este Oñate es aprensivo.

SOMBRA 1ª: Y si no creéis que sea tanto el peligro, ¿por qué acudís?

PEDRO: Pedro de Alvarado, no rehusa nunca una oportunidad, en la que vuelva a relucir su fama de valiente.

SOMBRA 1ª: ¿Estáis pues decidido?

PEDRO: Naturalmente, y para eso os he llamado. Entraremos en combate a primera hora del día. No tenemos tiempo que perder.

SOMBRA 1ª: Debemos preparar a los soldados.

PEDRO: Por el contrario, no les prevengáis sino hasta poco antes del combate. Dejad que el temor, el verdadero temor, les mueva y les haga crecer las fuerzas, así es mejor

que si se pasasen toda la noche, pensando en lo que harán al día siguiente.

SOMBRA 1ª: ¿Nos dividiremos en tres líneas para avanzar?

PEDRO: Sí, dejad que la mía sea la primera en llegar: cuando los soldados ven a su capitán triunfante, les parece que cada uno de ellos es el que triunfa, y así se acelera el ritmo de la victoria.

SOMBRA 2ª: Estos indios son de peligro.

PEDRO: Atacan como ríos sin cauce, en desbandada, nuestros soldados los atacarán desde los flancos.

SOMBRA 1ª—Es la primera vez que combatimos sin provecho, y esto me parece un mal presagio.

PEDRO: Es la primera vez que lucho por la lucha misma, es lo que siempre he querido. Os prometo que después de conquistar las Molucas, no se hablará de mí como de un codicioso. Vosotros que me conocéis, sabéis que no es ese mi mayor interés.

SOMBRA 2ª: Bien lo veo ahora.

PEDRO: Id a dormir, pero no dejéis que el alba os sorprenda dormidos.

SOMBRA 1ª: Yo no podré dormir.

SOMBRA 2ª: Yo procuraré hacerlo. Así el verdadero temor, me agrandará a mí también las fuerzas (*se levanta*).

PEDRO: Os estoy desconociendo, cualquiera diría que vamos a tomar de nuevo Tenochtitlán. Nunca os he visto así de timoratos. Esto me deja ver, que os está haciendo falta entrar de nuevo en combate.

Las sombras van saliendo. Sólo la figura de don Pedro permanece de pie, mientras se va haciendo la luz que vuelve a iluminar, las figuras del monje y doña Blanca.

ESCENA III

Doña Blanca - Monje

BLANCA: Don Pedro contaba con la pasión de sus soldados.

MONJE: Más bien que contar con ella, sabía aprovecharla oportunamente. Era un ser extraño este don Pedro; porque sabéis, no era un descreído.

BLANCA: No, no lo era, yo le vi en momentos de angustia acogerse a su fe, pero aún así vivía atormentado.

MONJE: He visto muchos hombres así, desesperadamente insatisfechos, y estoy seguro que eso, lo ha traído la conquista de las Indias. Antes, no había hombres así en España: teníamos un sentido más firme de la religión.

BLANCA: ¿Creéis pues que estas conquistas nos traerán más infortunios?

MONJE: Es difícil decirlo, pero desde el momento en que algo se conquista, hay que empezar a defenderlo, hay que preocuparse por no perderlo, y esto, no es en verdad, lo que nos enseña nuestra religión.

BLANCA: Yo por mí puedo deciros, que he visto lo peor que podía esperar.

MONJE: A veces doy gracias a Dios que me moriré pronto, porque el mundo cambiará mucho y no le quiero ver de otro modo que como le he visto.

BLANCA: Lo peor es vivir en estos momentos de cambio. Mis padres tuvieron una gran serenidad en su vida y Leonor de Alvarado, puede aspirar a tenerla, sólo nosotros, somos como esos juguetes infantiles, tirados por dos cuerdas, en opuestos sentidos.

MONJE: Pobre don Pedro, nadie esperaba que moriría en esta ocasión.

BLANCA: Siento que con don Pedro, se va mucho del espíritu que se ha necesitado, para engrandecer a España. Hombres así se dan sólo en una generación: los que le precedieron, le prepararon con sus esfuerzos, los que le sigan disfrutarán de ellos.

MONJE: Qué bueno, que así sea. Yo aquí en confidencia, creo que los hombres como él, no deben estar mucho tiempo en la tierra.

BLANCA: ¡Cómo! ¿Vos hermano?

MONJE: Hombres como don Pedro han hecho la Conquista, otros como él, nos quitarán estas tierras.

BLANCA: Pero eso es absurdo.

MONJE: Sólo el que ve la banalidad del tiempo, puede comprenderlo. Tarde o temprano, lo que se adquiere en este mundo debe dejarse, es una ley, que se cumple por igual en los hombres y en los pueblos.

BLANCA: Pero mientras hermano, hay que vivir: entre el nacimiento y la muerte, entre la adquisición y la pérdida, está lo importante.

MONJE: Vanidad de vanidades. ¡Ya lo veis! Todo su empuje está apagado. Menos mal, me digo yo, que alcanzó la confesión. Al verse herido, cayó en cuenta que su muerte se acercaba.

BLANCA: ¿Creéis que lo comprendió así?

MONJE: Estoy seguro: cuando le recogieron herido, parecía, que su prolongada juventud se había marchitado en un instante.

BLANCA: ¿Fué después de terminado el combate?

MONJE: Sí, le llevaban sufriendo grandes dolores al Mixtón, en Guadalajara.

BLANCA: Nunca había pensado que moriría a mitad de un camino. Tan lejos de sus posesiones.

MONJE: De pronto, hizo detener a quienes le llevaban en una hangarilla, y mandó que viniera el hermano don Bartolomé de Estrada, cuando le vió, sus facciones se volvieron otra vez regulares. Aquella alma que tanto había pecado, estaba dispuesta a la contrición.

BLANCA: Feliz del que puede ser así, fuerte en esta vida y humilde ante la otra.

MONJE: Su voz, más bien revelaba un poco de temor, su confesión aunque en voz baja, alcanzaba a oírse, era una confesión ante sus hombres. El padre Estrada se acercó. . .

ESCENA IV

Reaparece la sombra de don Pedro reclinada en el suelo. Varias sombras se agrupan en torno suyo. Se distingue la de un monje que le da la confesión.

Doña Blanca y el monje vuelven a quedar en la sombra.

PEDRO: Acercáos hermano. ¡Me duele el alma! curarla es lo que ahora conviene.

CONFESOR: Ten calma, te escucho.

PEDRO: Alcanzo confesión. ¡Mi alma no se perderá!

CONFESOR: La misericordia divina te ha socorrido.

PEDRO: Bien sabéis que mi pecado fué la violencia. Pero, no sé si fué en verdad un pecado. Todo mi cuerpo y mi alma, vibraban de un modo especial en la lucha: fui hecho así. ¿Es esto un pecado?

CONFESOR: El Señor nos manda ser humildes, debes serlo ahora.

PEDRO: Procuraré serlo. Aunque en el fondo de mi pecho, existe la duda entre lo que hice por mí mismo, y lo que me venía como un mandato, de algo que no sabría definir. ¿Era del cielo? ¿Era del infierno? No lo sé.

CONFESOR: El Señor te ha dado la luz del entendimiento, no te ofusques ahora.

PEDRO: Lo bueno y lo malo que hice, fué quizás sin proponérmelo. De esto bueno, resultaría algo malo, y de lo malo, vendría algo bueno. Padre, ¿de qué debo arrepentirme? ¿Qué es de lo que debo estar satisfecho?

CONFESOR: Poco importa la satisfacción ahora hijo mío. Arrepiéntete de tus faltas.

PEDRO: Si yo pudiese verme a la distancia, sabría juzgarme mejor. La muerte, debería venir después de estar a solas un tiempo. ¿Creéis padre, que arrepentirse de algo, es lo que nos salva? Y si me equivoco en el motivo de mi arrepentimiento? ¿No decidiría eso la salvación, o la pérdida de mi alma?

CONFESOR: Serénate hijo. Dios te escucha más allá de las palabras.

PEDRO: ¡Ayúdame Dios mío! Tú que me diste la fuerza del cuerpo, dame la del entendimiento.

CONFESOR: Dios te escucha. Yo te absuelvo (*le rocía con agua bendita*).

PEDRO: Decid a doña Beatriz, que rece por mí, la luz de su entendimiento hará más claras mis faltas ante Dios. Sólo así podré pagar por ellas.

CONFESOR: Así lo haré hijo mío.

PEDRO: Decidla que ahora, al borde del sepulcro, la quiero como nunca pensé ¡Pobre Beatriz! Su destino será tenerlo todo, cuando todo ha terminado.

CONFESOR: ¿Alguna otra disposición hijo?

PEDRO: Me arrepiento padre, de haber pensado sólo en mí. Me arrepiento ahora al morir... pero mientras vivía, eso hizo posibles muchas cosas.

CONFESOR: No retournes a la vanidad.

PEDRO: ¿Qué fui yo? ¿Un hombre que piensa sólo en sí mismo, o alguien a quienes los demás, hacen pensar por ellos? ¿Fui dueño de mi voluntad o hechura de mis semejantes?

CONFESOR: Todos estamos hechos a imagen de Dios Nuestro Señor.

PEDRO: Después de todo, morir es fácil. Es más duro vivir.

CONFESOR: Así como se vive se muere.

PEDRO: No padre, mi muerte es blanda comparada con mi vida. Ahora comprendo que morir no es ningún castigo. Debe haber, algo terrible, después de mi muerte. ¡Ayudadme padre, ayudadme!

CONFESOR: Paz y quietud al pecador.

PEDRO: En este más allá, cualquiera que sea, me consumiré por los siglos de los siglos. ¿Por qué no evitáis Dios mío, que nazcan hombres como yo? (*su cabeza languidece y su cuerpo se extiende exangüe*). El confesor se arrodilla.

CONFESOR: Dios te perdone. Detrás de este momento están: el olvido o el recuerdo eternos (*se levanta*). Sigamos, debemos marchar un largo camino aún, con este muerto.

ESCENA V

(Aparecen de nuevo el monje y doña Blanca)

VOZ DE DOÑA LEONOR: ¿Por qué me dejas padre?, sin tu sombra protectora, estaré siempre sola.

BLANCA: ¿Leonor, has oído?

LEONOR: He contenido los alientos: quería saberlo todo. Es extraño, al oírlo hermano, me parecía que era una historia ajena a mí.

MONJE: Es una triste historia.

LEONOR: Para vos es eso sólo: un alma más que se pierde o se salva. Para mí, es todo lo estable; la vida, la seguridad que se pierde.

MONJE: Nuestros padres se adelantan a nosotros en la muerte.

LEONOR: Estaban en mi padre concentrados, como en un islote a mitad del mar, toda la firmeza, la solidez, ahora me parecerá que he naufragado.

BLANCA: ¿Cómo puedes hablar así? Tú que apenas hace pocos días, te casaste. Piensa en doña Beatriz, trata de ayudarla ahora.

LEONOR: ¿Cómo podré hacerlo? Ella no me dejaría, para ella el sentido de toda ayuda es desconocida. Nuestras vidas son opuestas.

BLANCA: Y sin embargo, a ella le pasará lo que a ti. Faltando don Pedro, lo demás es secundario; os habéis habituado a querer y a odiar siempre en referencia con don Pedro.

LEONOR: ¡Yo lo esperaba con tanta ansiedad! él habría estado contento, de verme casada con don Francisco de la Cueva.

BLANCA: ¿Te has casado sólo por eso?

LEONOR: Quería ver la expresión de satisfacción en su rostro, yo, una pobre niña endeble, a quien él había llevado a un primer matrimonio infeliz, había sido ahora capaz de hacer algo, por sí misma. Pero ahora él ya no lo verá, no lo verá...

BLANCA: Vendrá un día en que harás las cosas por ti misma, para ti misma: esa será la madurez, Leonor. Vendrá un día... un día quizás no lejano.

LEONOR: Venía yo a preveniros, que un peligro nos acecha y me encuentro con que lo peor ha sucedido ya.

MONJE: ¿Un peligro decís?

BLANCA: ¿Más calamidades?

LEONOR: Pregunté por vos allá abajo y alguien me dijo haberos visto venir al torreón con un monje.

BLANCA: ¿Pero de qué se trata?

MONJE: Hablad señora.

LEONOR: Ya habéis visto como ha llovido en estos días: en el cráter del volcán se formó un lago que empieza a desbordarse, el agua se ha depositado en las calles y su nivel sube por instantes. ¡Nos estamos inundando!

MONJE: ¡Dios nos socorra! Yo debo ver al obispo Marroquín. ¡Esta inundación, unida a la muerte de don Pedro!

LEONOR: No os vayáis hermano, necesito saber más de mi padre. ¿No os dijo nada para mí?

MONJE: Pronto os verá señora. Ya os contaré, pero... ahora debo irme. ¿Decíais que el agua ha subido mucho ya en las calles?

LEONOR: Más de un metro, el torrente continúa.

MONJE: Yo debo despedirme, ya nos veremos, hasta la vista.
Este cuerpo mío tan grueso... me impedirá ir de prisa
(*sale grotesco*).

ESCENA VI

Doña Blanca - Doña Leonor

BLANCA: ¿Leonor, qué haremos?

LEONOR: ¡Lo sé yo acaso?

BLANCA: ¡Esta nueva catástrofe!... Porque lo será... ¿No crees?

LEONOR: Qué importa ya. Doña Beatriz decía que debemos esperar lo peor.

BLANCA: Quizás abandonando el palacio. ¿Qué podremos hacer?

LEONOR: Esperar me imagino, yo en este momento no sabría decidir nada.

BLANCA: ¿Y don Jorge qué ha hecho? Dios mío, unos minutos pasé aquí con este monje y me parece que han sido siglos.

LEONOR: Y han sido en efecto. Siglos que se destruyen en un solo hombre.

BLANCA: ¿Y don Jorge?...

LEONOR: Ha instado a doña Beatriz para que salga, pero ella ni siquiera le respondió, con un orgullo inexplicable que cada vez es mayor, le volteó la espalda sin contestarle. Es el orgullo de los De la Cueva, ya empiezo yo también, a sufrirlo en carne viva.

BLANCA: ¿Qué ha dicho doña Beatriz?

LEONOR: Vendrá aquí con sus damas. A lo más alto, ha dicho, no llegarán las aguas sucias. Y lo dijo, con ese tono solemne tan peculiar, que adopta en momentos de angustia.

BLANCA: ¿Ya han reunido a los servidores del Palacio?

LEONOR: Sí, aunque doña Beatriz no ha dejado siquiera que entren en sus habitaciones; la vista de los indios la irrita más.

BLANCA: Creo que debemos ir con ella.

LEONOR: No tardará en venir, sólo la detiene el obispo Marroquín que ha venido a verla.

BLANCA: Esta agua puede lavar muchos pecados.

LEONOR: Lo peor es que la mayor parte del agua, se ha depositado aquí en el palacio. Ya las cuadras y habitaciones del primer piso están inundadas.

BLANCA: ¡Dios mío, Dios mío!

LEONOR: Aún tenemos tiempo. Varias horas. Don Jorge, ha hecho que los indios se organicen en grupos de salvamento, yo creo que debemos ir con ellos, por lo pronto hay que salvarse, después se verá.

BLANCA: Yo debo estar con doña Beatriz, debo hablarle. ¿Cómo decirle lo de don Pedro sin que pierda la cabeza? ¿Qué haré? ¡Señor ayúdame!

(Se oscurece la escena unos minutos).

ESCENA VII

Doña Beatriz sentada, abatida. Sus dos damas en derredor. Doña Blanca y doña Leonor. Todas enlutadas, con golas blancas. Doña Beatriz con un velo negro en la cabeza.

BEATRIZ: Todo ha terminado. Todo. . . todo.

DAMA 1ª (*A doña Blanca*): Lleva ya un día entero diciendo lo mismo.

DAMA 2ª: Mientras tanto podríamos hacer algo. El agua sube por momentos, y ella no hace más que repetir lo mismo.

BEATRIZ: ¡Si al menos hubieras muerto, Pedro, en mis brazos! tu último aliento. . .

BLANCA: ¿Qué hacer Leonor? Me da tanto miedo, no ha rezado siquiera.

LEONOR: Sólo recobró la serenidad para ordenar que se pintara todo el palacio de negro; quiso que hasta el exterior se pintara así.

BLANCA: Pronto se llevarán las aguas ese luto.

LEONOR: Le han traído unos oficios para firmarlos y mirad, ha puesto al pie: Doña Beatriz "La Sin Ventura".

BLANCA: Hasta ahora la pobre ha visto de frente su destino. Fué la Sin Ventura, desde que conoció a don Pedro.

LEONOR: Yo creo que lo fué desde que nació.

BLANCA: Nos oye, pero no nos escucha.

LEONOR: Es lo que ha hecho siempre. Su camino era lo único visible para ella.

DAMA 1ª: Debemos hacer algo. Pronto.

DAMA 2ª: No vamos a dejar que el agua nos alcance aquí, inmóviles.

LEONOR: Debemos llevar a doña Beatriz, ella no está en condiciones de decidir.

BLANCA: Id vosotras, yo me quedaré con ella.

LEONOR: ¡Qué decís! Os sabía buena, pero eso. . .

BLANCA: Al menos podrá decir, que hubo alguien que compartió su desventura.

DAMA 1ª: Salvémonos todas.

DAMA 2ª: Si queréis haré llamar a los indios, a que nos hagan bajar.

LEONOR: Cualquier cosa, menos esta pasividad, cuando la muerte puede alcanzarnos si perdemos el tiempo.

BEATRIZ (*Recobrándose*): ¡Id vosotras! ¡Salváos! ¡Volved a vuestro mundo de envidias y de ambiciones!

DAMA 1ª: ¡Señora! ¡Hablarnos así ahora!

BEATRIZ: Volved entre los hombres. Haced que esos indios os salven, que pongan sobre vuestros cuerpos sus sucias manos.

BLANCA: Ven Beatriz. Debes salvarte, tu vida es amparo de muchos.

BEATRIZ: ¿Mi vida? Así quieres llamarla todavía. Lo único que podré aprisionar cuando quiera, será la muerte. ¡Eso sí!

BLANCA: Beatriz: ¿Has perdido tu fe?; tú que tan bien has pasado tantas duras pruebas.

BEATRIZ: Esto no es una prueba, es el final de todo. . . de todo.

BLANCA: No de tu fe que te acompañará. Rezaremos.

DAMA 1ª: El tiempo pasa. ¡Hay que hacer algo!

DAMA 2ª (*A doña Blanca*): Haced algo para convencerla que debemos salvarnos.

BEATRIZ: Yo te he alejado, ¡Pedro! ¿pero cómo evitarlo? yo misma no lo sabía.

BLANCA: No te tortures más. Ven. Dios te ha dado la fe, te dará resignación.

BEATRIZ: ¡Qué bien decías tú, Blanca: la bondad de la mente, no es la bondad del corazón.

BLANCA: Tú has tenido las dos. •

BEATRIZ: Sabes que no es cierto, pero no podría culparme, por no haber ejercido algo con que no fuí dotada.

BLANCA: ¿Culparte? Si algo puede quedar de estas conquistas, es tu fe, tu firmeza.

BEATRIZ: No quedará nada de eso. Nada. . . He luchado por asir el tiempo entre mis manos, pero cada momento, lo que aprisionaba era un minuto diferente, hasta ahora lo he visto.

BLANCA: Muchos te envidiarían: Has vivido por algo, en que has creído con todas tus fuerzas.

BEATRIZ: Si yo hubiese sabido, que se puede conservar algo con fuerzas; pero este mundo no admite la fuerza, todo se deshace en nuestras manos, a la menor presión.

BLANCA: Beatriz, ¡ahora debemos salvarnos! (*Intenta alzarla*).

BEATRIZ: Ve tú con ellas.

DAMA 1ª: Llamaré a los indios, creo que podemos bajar por esa ventana.

DAMA 2ª: Yo llamaré (*grita*): ¡Socorro! ¡Venid! . . . ¡Salvados! . . .

LEONOR (*Va a la ventana*): Ya se acercan. ¡Por fin!

DAMA 1ª: ¿Podremos confiar en los indios?

DAMA 2ª: Procuraré no verles a la cara.

LEONOR: Doña Beatriz: venid con nosotras.

DAMA 1ª: No sé si podré asirme a uno de estos indios, me atemorizan tanto.

DAMA 2ª: Sacaré fuerzas de flaqueza. ¡Qué cosas tiene la vida! tener que ser salvada por un indio.

LEONOR: Yo les veré a la cara. Sólo viendo la expresión de sus ojos tendré confianza en que puedo salvarme. (*A doña Blanca*): Venid, no os perdáis; habéis sido mi guía. . . la de todos, en este palacio de rencores.

BLANCA: Ve tú Leonor y no olvides: pronto vendrá el día en que harás las cosas por ti misma, para ti misma. (*Las damas salen por la ventana atropellándose*).

LEONOR: De todas estas partes que forman mi vida, vos sois la más querida.

BLANCA: Soy la más ajena. Debes descubrir lo que llevas dentro, muy escondido, y aprender a quererlo. (*Se abrazan*).

LEONOR: ¿Por qué os quedáis? Ella quiere morir, pero vos no.

BLANCA: Dudo que quiera morir; pero ve tú, sálvate viendo a los ojos a tus salvadores; quizás tú eres la única que puedes hacerlo. Adiós Leonor. . . (*Sale*). (*A doña Beatriz*): Vamos Beatriz, vamos a rezar. (*Oscuro*).

ESCENA VIII

Doña Blanca - Doña Beatriz.

BLANCA: El agua sigue subiendo, debe estar ya muy cerca de la ventana. (*Va a la ventana*).

BEATRIZ: Me has ayudado Blanca, siempre lo has hecho, hoy más que nunca.

BLANCA: Aún sería tiempo de llamar a los indios.

BEATRIZ: ¡Sálvate tú Blanca! yo no debo hacerlo.

BLANCA: ¿No debes? No quieres quizás.

BEATRIZ: No es que quiera morir. Pero creo que no tengo derecho a cludir la salida de este mundo que Dios pone ante mis ojos. Ha llegado mi hora.

BLANCA: ¡Sálvate Beatriz! ¡Muchos te necesitan!

BEATRIZ: Ahora, rezando contigo, tuve la seguridad de que este es el fin. Desde antes quizás, antes de saber la muerte de Pedro, no quería abandonar el palacio.

BLANCA: Si tú te quedas yo estaré contigo.

BEATRIZ: Nadie ha sido como tú conmigo; a veces siento que no fuí para ti lo mismo.

BLANCA: Yo viví siempre de tu vida: tú hacías las cosas, yo las juzgaba. Tú eras la fe, yo la razón de una misma vida; debemos morir juntas.

BEATRIZ: Algo me dice que Pedro murió odiándome. Pero el odio es atributo de los fuertes; si él no me hubiese odiado, yo no le habría quizás querido.

BLANCA: Nuestras vidas han estado encadenadas. Fuimos como olas que un mar siniestro empujó a su cima y cuando vino la calma, nosotras tuvimos que permanecer en esa cima. Ahora dormiremos en estas quietas aguas, que suben sin tormenta, buscando su nivel.

BEATRIZ: ¿Verdad Blanca, que tú también sientes que ha llegado el momento? Estoy preparada. ¡Puedes venir muerte! Para esto he vivido, para verte de cerca sin temor.

BLANCA (*Se levanta a la ventana*): El agua está llegando.

Ahora es ya imposible salvarse; unos palmos más que suba. . .

BEATRIZ: Ven Blanca: ahora te lo digo yo, rezaremos.

BLANCA: Es tarde ya para salvarse. ¿Por qué no has querido?

BEATRIZ: Es ahora cuando debemos salvarnos, para Dios, por toda la eternidad.

BLANCA: Leonor se ha salvado. De todo lo que me rodeó, fué ella lo único que pudo sobrevivir.

BEATRIZ: Leonor es descreída; casi puedo asegurar que no sufrió dolor alguno por la muerte de su padre.

BLANCA: Sí, lo ha sentido. Pero a ella en su juventud, el dolor la enseñará a vivir; a nosotras, nos ha enseñado a morir.

BEATRIZ: Toda esta ciudad, estos palacios, estas iglesias, construidas con crueldad; toda esta conquista la está lavando el agua, tanta sangre derramada el agua la lavará.

BLANCA: No quedará nada: ni don Pedro, ni de tu fe, ni el oro de don Jorge, ni el esplendor de España. ¡Sólo Leonor! . . . ¡Leonor!

BEATRIZ: Dios ha querido que yo viese su justicia. Pero ha sido también misericordioso con don Pedro, no le dejó ver la destrucción de su obra, era quizás que había un aliento divino en su valor. Todo esto era para demostrarnos, que Dios puede destruir en un solo instante, lo que edificó la codicia y el desenfreno.

BLANCA: ¡Leonor! Salvándote me salvas. Tú eres la única que quedó de estas conquistas. Que este momento de nuestra muerte, sea para ti como otro nacimiento, es como una maternidad espiritual que me sublima.

BEATRIZ: ¡Sodoma y Gomorra!

BLANCA: El agua está subiendo, (*su voz tiembla*) debemos prepararnos.

BEATRIZ: ¿Por qué te has quedado, Blanca? ¡Si me hubieses dejado sola, mi muerte sería sólo mía!

BLANCA: ¿Por qué me he quedado? . . . Porque he comprendido que mi vida es tan estéril como la tuya.

BEATRIZ: Sólo mía, ¡muerte! ya que tú, ¡vida! nunca fuiste mía.

BLANCA: Nunca fué tuya, de tanto pensar en ti misma; nunca fué mía, de tanto pensar en los demás.

BEATRIZ: Señor ¡Sé justo! Tú sabes que te he consagrado mi vida.

BLANCA: Señor, sé generoso. Tú sabes que he consagrado mi vida, a mis semejantes.

BEATRIZ: El agua está llegando a la ventana; oigo ya, que está lamiendo el repisón.

BLANCA: Suena de un modo extraño. Parece que viene otra corriente más fuerte. ¡Una nueva corriente! (*Va a la ventana*). Es eso Beatriz: ¡Una nueva corriente!...

BEATRIZ: Dadme la felicidad del otro mundo ¡Señor! Haz que muera para siempre Beatriz La Sin Ventura, y que vuelva a nacer en tu seno, la dichosa, la beatífica, doña Beatriz de la Cueva. (*Oscuro*).

Se oye el ruido del torrente de agua entrando en la escena, mientras cae violento el

T c l ó n

EPILOGO

Mismo escenario que el tercer acto, pero con luz crepuscular. El cielo antes en sombra, deja ver fragmentos de una cúpula a medio destruir. Entra el guía, seguido perezosamente por los dos turistas.

EL TURISTA: ¡Qué historia tan triste!

LA TURISTA: Pero es terrible esta historia. No hay nada bueno en ella.

EL GUÍA: Lo bueno, no lo ven nuestros ojos. Lo bueno es la esperanza.

LA TURISTA: ¡Qué horrible cosa! Pobre doña Beatriz. Pero no acabo de comprender por qué no se salvó.

EL GUÍA: Para comprenderlo haría falta vivir como ella, en la sombra de una fe.

EL TURISTA: Y de doña Leonor, ¿se supo algo después? ¿Tuvo hijos? ¿cómo fueron?

EL GUÍA: Tuvo hijos, sí, imagino que fueron muchos; unos fueron como doña Beatriz, otros como don Pedro.

EL GUÍA: Ved el volcán cómo está tranquilo ahora.

LA TURISTA: Estas historias me ponen siempre, muy nerviosa.

EL TURISTA: Cálmate, cálmate (*riendo*): Hace ya cuatro siglos de ella.

LA TURISTA: Qué horrible muerte la de don Pedro.

EL GUÍA: No han reparado en que estamos ya, en el torreón de doña Beatriz. Miren, por el techo destruído, se ven ya las estrellas.

LA TURISTA: ¡Ah sí! qué fotografía podría obtener, pero se me ha roto el medidor de la luz.

EL GUÍA: En cierto modo, a mí me ha pasado lo mismo. Me siento como en una terrible oscuridad.

EL TURISTA: Pero exagera usted, las estrellas dan luz. ¡Qué belleza del trópico!

EL GUÍA: Me siento, después de repetir la historia, como si un vago impulso que no puedo precisar, me moviera a hacer algo, es una especie de vaga responsabilidad.

EL TURISTA: Ah, amigo, eso es hambre y nada más. Sin sentir se ha ido la tarde; debo confesar que es usted el mejor guía de turistas que he encontrado en el mundo.

LA TURISTA: Ustedes son tan llenos de imaginación.

EL GUÍA: Así se empieza: imaginando; luego un día vendrá en que haremos lo que tanto hemos imaginado.

EL TURISTA: Estas jornadas tan largas resultan un poco inútiles.

EL GUÍA: ¿Cree eso? ¿Hemos pues perdido el tiempo?

EL TURISTA: Creo que cuando me canso tanto, me cuesta trabo recordar lo que sucedió hace pocos días, ¡imáginese lo de otros siglos!

EL GUÍA: Algo queda sin embargo.

EL TURISTA: Sí, claro, queda la satisfacción de vivir en este siglo, de disfrutar de la vida. La vida, mi amigo, es una cosa fácil, sencilla.

LA TURISTA: ¿Cree usted que para mañana nos contará usted otra historia?

EL GUÍA: Pensé que se iban temprano.

EL TURISTA: No, nos quedaremos un día más. En un día se puede ver todo. . . todo, lo que nos falta.

EL GUÍA: Temo que mañana no podré acompañarles; creo que todo. . . todo lo que podría decirles, se los he dicho ya.

EL TURISTA: A ustedes parece que les sobra el tiempo, y me lo explico, aquí se vive en el pasado.

EL GUÍA: Eso que usted llama vivir en el pasado, es para mí

vivir en el presente, en el presente de nuestros recuerdos,
de nuestras faltas, de nuestras responsabilidades.

EL TURISTA: Otra vez esa imaginación.

EL GUÍA: ¡Pero no es tal!

EL TURISTA: Eso es ser niño: Hay que vivir en este tiempo
como hombres maduros.

EL GUÍA: Pero no olvide, que de esa madurez a la muerte, no
hay más que un paso.

EL TURISTA: Bah, frases. . . frases.

EL GUÍA: Así vivimos nosotros, de frases, ellas le dan realidad
a los hechos; sin frases, los hechos están vacíos.

LA TURISTA: Viene usted con nosotros al hotel, ¿verdad? ¿A
comer?

EL GUÍA: No, gracias. Ahora estoy seguro que no puedo, y les
agradezco haber permitido contarme a mí mismo, otra vez,
esta historia (*sale*).

EL TURISTA: Señor, venga usted ¡se va sin el dinero!

LA TURISTA: ¡Qué tonto!

EL TURISTA: Pero, ¿qué le pasa?

*Los turistas se detienen a media escena, observan distraí-
damente las ruinas, y al emprender la marcha va cayendo el*

T e l ó n

LEOPOLDO ALAS "CLARIN"

CINCUENTA AÑOS DESPUES

Por *Luis SANTULLANO*

COMO Unamuno en Salamanca, así "Clarín" en su Vetusta. A don Miguel se le veía mucho más, y él mismo, entre bromas y veras, se calificaba de "monumento nacional". La simpática corpulencia de Unamuno destacaba en las calles salmanticenses, en la misma Plaza magnífica. Don Leopoldo, menudo, nervioso, se deslizaba con paso ágil por la Cimadevilla ovetense, camino del Casino, para leer las revistas francesas... o jugarse algunos duros, esto una breve temporada, o iba hacia su clase en la Universidad, a la una de la tarde, muy de prisa para no llegar con retraso. Acababa de levantarse, después de escribir hasta la madrugada, cuando en el jardincillo trasero de su casa saludaba ya algún pájaro a la Aurora y la luz comenzaba a sacar el color verde al prado vecino de la Señorina, al lejano monte de la Grandota. En la primavera de 1900, aunque enfermo, don Leopoldo siguió frecuentando puntualmente su cátedra. Le veo, en el mensaje del recuerdo, bajar por la calle de la Puerta Nueva —la que un día abriera la entrada a las diligencias y los arrieros de la tierra leonesa — engabanado, con el cuello subido, sin ver a los que le cruzaban porque miraba hacia dentro, pensando acaso en lo que les llevaba a sus alumnos en la lección del día, lección siempre cuajada de doctrina, de referencias a lo universal, de pensamiento.

Mas yo prefiero recordar a don Leopoldo en el parque urbano o Campo de San Francisco, paseando en el Bombé alguna mañana, en la que madrugaba... a las doce, con su amigo el malogrado novelista Juan Ochoa y conversando, según don Leopoldo dejó escrito, sobre el más allá, que a uno y a otro inquietaba, quizás porque ya pronto los dos, Juanín Ochoa antes, iban a penetrar en el misterioso dominio. En

una de esas ocasiones varios estudiantes rodeábamos uno de los faroles públicos que pintaba un artesano de la ciudad, optimista y popular él, encaramado en una escalera de mano. "¿Qué haces ahí Tamargo?, le preguntó alguien. A lo que él contestó, dejando de silbar la copla de moda y dándole a la brocha: "Nada: cantando cantares". Nuestras risas, al oírlo, interrumpieron el paseo de *Clarín* y Ochoa en el parque solitario. Tamargo, a lo que se advertía, había hecho realidad la aspiración máxima del hombre: convertir el trabajo en juego. Don Leopoldo, intrigado por nuestra fiesta, no tardó en acercarse al grupo estudiantil y, cuando le dijimos la respuesta del pintor, la celebró sonriendo y con este comentario: "Tamargo es todo un filósofo. ¡Quién pudiera seguirle!"...

A don Leopoldo se le tenía por un ovetense más, el más notable de todos, en aquellos finales décimononos. ¡Hasta llegó a ser concejal! No era solamente el escritor famoso, el profesor eminente y cumplidor de su deber. Tenía el sentido del servicio ciudadano y social. Por eso fué uno de los colaboradores entusiastas en la famosa Extensión Universitaria, que hizo de Oviedo como una Atenas en tono menor... y temporera. Cuando murió *Clarín* y se disolvió el grupo de sabios maestros, aquello se acabó. Posada, Buylla, Altamira, Sela fueron llamados a Madrid y al extranjero para otras empresas que la de hacer licenciados en Derecho a unos pocos escolares asturianos cada año. Pero don Leopoldo dejaba su obra, la literaria y la docente, también la de arrimar el hombro a las cosas que pedían su cooperación: aquellas notables conferencias a la juventud, su intervención como árbitro en una grave huelga, asimismo su polémica desde un diario local, disimulado —inútil disfraz— en "Diana Cazadora", con don Angelón, el talentoso periodista y canónigo de la Catedral, discusión que apasionó a la ciudad y, lo que es más importante, movía y removía ideas, las polvorientas y las luminosas, en beneficio del ambiente local y regional, que así aclaraba algo los prejuicios y las preocupaciones. Pero no bastaban unas afirmaciones hacia adelante y unas palabras ingeniosas para aventar el denso aire de oscuras centurias. Esas polémicas atraían hacia *Clarín* el rencor de los que temían la independencia de su pluma y no alcanzaban a comprender la noble posición moral y religiosa o al margen del culto, que había practicado de muchacho.

La profunda religiosidad de don Leopoldo ha sido señalada por cuantos han estudiado su personalidad. La cosa venía de muy atrás, del ejemplo familiar sin beatería: "me acordaría de mi infancia, de mi madre, de mi Dios, a quien adoré de niño, a quien olvidé de joven y a quien busqué de viejo". (*Doctor Sutilis*). Mas la duda, alimentada por la reflexión y las lecturas filosóficas, acompañaba a esa vacilación inquietísima y penosa: "La duda provisional no es una duda. Se conoce en que no duele" (*Cavilaciones*). Y a don Leopoldo le dolía la duda, le dolió hasta sus días últimos. Podría hacerse un rico espiguelo de frases suyas confirmatorias: "¡Oh, sí; hablemos de religión, cada cual como la entienda"... (*Ensayos y Revistas*). En otro lugar: "Como entiendo y siento yo a Dios es muy largo y algo difícil de explicar" (Prólogo de *Cuentos Morales*). Y en las mismas páginas: "Cuando llegue a la verdadera vejez, si llego, acaso dejándome ya de cuentos, hable directamente de mis pensamientos acerca de lo Divino". Entretanto se atenía a una declaración donosa: "Menéndez y Pelayo es tradicionalista, católico a machamartillo (son sus palabras); yo soy casi un demagogo, y en punto a religión... la natural, como dijo el especiero de Espronceda". (*Solos de Clarín*).

No creo hubiese frecuentado el culto después de los días juveniles en Madrid: "De mí sé decir que por aquel tiempo de la *primera salida* en busca de aventuras literarias y filosóficas, en aquel Madrid que me parecía tan grande y tan enemigo en su indiferencia para mis sueños y mis ternuras y mis creencias, encontraba algo parecido al calor del hogar... en el teatro y en el templo. Me consolaba dulcemente entrar en la iglesia, oír misa, ni más ni menos que en mi tierra y ver una multitud que rezaba lo mismo que mis paisanos, igual que mi madre. Otro refugio era el teatro, pero no cualquier teatro; no aquéllos en que había cualquier cosa menos poesía". Posición sentimental en lo que se refiere al templo, que no fué continuada. Los ovetenses — nos llamamos "carbayones", de un hermoso "carbayo" o roble abatido en una calle nueva por la estúpida alineación municipal, no veíamos a don Leopoldo en la iglesia sino en ocasiones raras, llevado entonces de la curiosidad. Por ejemplo, don Leopoldo fué una tarde, que yo recuerde, a oír el sermón de un padre dominico, el Padre Ciarán, mozo gallardo de voz agradable, abaritonada, cuyo estilo oratorio se caracterizaba por unas carrerillas

del discurso en tono creciente y sin tropezar, aunque de breve aliento... por fortuna. Una vez —los estudiantes éramos aficionados a estas disertaciones sagradas, a falta de otra diversión a esa hora de la queda; no había llegado aún el cinematógrafo— el airoso Padre Ciarán, en una solemnidad oficial para celebrar alguna aventura marroquí, terminó su alocución enardeciéndose hasta alzar el amplio vuelo de su manto y ondearlo patrióticamente desde el púlpito, como si fuera el paño de la enseña nacional. ¡Aquello fué el acabóse del entusiasmo contenido, por hallarse los fieles en el templo! Durante muchos días el buen fraile no pudo salir a la calle, pues se lo devoraban con hábito y todo las miradas femeninas, y hasta hubo de alejarse del confesonario porque la fila de penitentes—en mayoría penitentas—hubiera desbordado del templo.

También recuerdo haber visto a don Leopoldo, en la madrugada de un Sábado Santo, asistir a los oficios de la Catedral. ¿Qué ocurría para que don Leopoldo se diera tal madrugón? Probablemente no hizo tal esfuerzo, pues vendría del Casino o de su mesa de trabajo. No se proponía asistir *Clarín* a la procesión de la Soledad, horas antes de la simbólica Resurrección de Cristo, sino escuchar como nosotros, un grupo de estudiantes, el sermón anual de don Hermógenes de la Campa, excelente persona y excelente canónigo, si ustedes quieren; pero la Divinidad no había decidido hacer de don Hermógenes un competidor del Padre Ciarán. Más, aún con su deficiencia oratoria, el prebendado había de ajustarse a la obligación de predicar siquiera una vez al año. Y como ese aprieto era grande para el canónigo, el Deán le reservaba cada doce meses ese sermón de la Soledad, en el que podía explayarse a satisfacción ante la otra soledad, la del templo a la hora de las seis de la mañana. Pero en aquella ocasión, infausta para don Hermógenes, se hallaba entre el escaso público de mujeres madrugadoras don Leopoldo, que disimulaba su presencia amparándose en la sombra de una columna. Ignoro si el orador sagrado llegó a descubrirle; lo que recuerdo es que el predicador, bien avenido con el destrozado bable que frecuentábamos en la ciudad, nos regaló algunas frases como ésta, palabra más o menos: "Así como el ladrón se *escuende* tras de una sebe para dar el alto al pacífico caminante, así también la gracia de Dios sorprende al confiado peca-

dor..."; etcétera. Don Leopoldo, dominado por el regocijo, no pudo aguantar hasta el final la divertida peroración, y don Hermógenes debió quedar muy satisfecho de su sermón, pues al domingo siguiente se ufanaba luciendo sobre la sotana de merino la banda no sé si de Carlos III o de Isabel la Católica que, para satisfacción de su inocente vanidad, había alcanzado para él uno de los caciques del tiempo. Otra banda, tan lucida de colores, sólo la exhibía, ciñendo el pecho y la panza, el tocólogo y alcalde don José Longoria Carvajal, Pepe X para los "carbayones", que le estábamos reconocidos, pues en unas fiestas mateínas trajo de Andalucía el espectáculo novedoso de las Niñas toreras, cuyos talles ceñidos y traseros prominentes, bajo el pantalón campero, no dejaron de alborotar un poco a la ciudad.

La Vetusta de *Clarín* no era tan morigerada y levítica como pudiera deducir el lector de *La Regenta*, bien que el autor de la novela recoja maravillosamente el aire general, cargándolo un poco a los efectos literarios. Toda la región asturiana se hallaba —¿se halla?— saturada de humorismo, obra allí del clima brumoso, del paisaje acogedor, de la dorada y abundante sidra, que burbujea y alegra los corazones como el vino homérico... y el de Valdepeñas también, de la necesidad en que se vieron los asturianos, aislados por barreras de montañas, de bastarse a sí mismos durante siglos y estar de vuelta de muchas cosas... antes de ir a ellas, en fin de la herencia de la vieja raza autóctona, donde lo ibérico se halla amasado con levadura celta.

Por este humorismo asturiano, algo escéptico, y la íntima comprensión inherente, como en todos los humorismos, sucedió que, al lanzar al mundo Alas *La Regenta*, a los treinta y tres años del autor, la *Vetusta* escandalizable hizo más bien que se escandalizaba. Y el Obispo Martínez Vigil, culto dominico, al tomar por la mano el asunto, escandalizó a su vez paradójicamente, haciéndose eco de alguna falsedad, que don Leopoldo rebatió donosamente en carta de 11 de mayo de 1885: "Es la primera vez que escribo a un señor obispo y temo no mostrarme de hecho tan cortés y comedido como en la intención me tengo propuesto. Y esto a pesar de que en la pastoral de V.S.I. me llama "salteador de honras" a mí o si no a mi libro; porque la verdad es que la gramática del párrafo que he de copiar no está muy clara... Asegura V.S.I. que "no hace muchos días recibieron los alumnos de mi cáte-

dra de Derecho un libro *saturado* de erotismo, de escarnio a las prácticas religiosas (*escarnio*) no es castellano, Ilustrísimo señor; pero sigo copiando) y alusiones injuriosas"... Señor obispo, por desgracia no hay una sola palabra de verdad en todo eso. Y digo por desgracia, porque fuera preferible, para la causa de la moralidad y de la religión, que yo, un lego pecador, cometiese la tontería imprudente de repartir en cátedra libros de amena literatura... a lo que ha sucedido, a saber: que un señor obispo afirme en una pastoral hechos absolutamente falsos... Por lo demás yo creo que mi novela es moral, porque es sátira de malas costumbres, sin necesidad de aludir a nadie. Así por ejemplo, entre mi obispo don Fortunato Camoirán y el actual obispo de Oviedo nadie podrá ver ni el más remoto parecido. V.S.I. usa coche; mi don Fortunato no lo tiene; mi Camoirán gastaba zapatos remendados, y V.S.I. calza bien... Lo que sí espero es que, dejando la pastoral como está, por lo que respecta a los insultos que V.S.I. me prodiga y que por venir de quien vienen ni pinchan ni cortan,... se digne, con el espíritu y la letra del Evangelio, rectificar la afirmación falsa de que dejo hecho mérito... Por lo demás, no debe V.S.I. tener pena por lo sucedido, porque de hombres es el errar, aunque sean obispos". Esta larga y deliciosa cita parcial viene a mostrar que la intolerancia en la *Vetusta de Clarín* se hallaba compensada por una suma análoga de tolerancia ciudadana, pues no ocurrió absolutamente nada: don Leopoldo continuó escribiendo a su antojo y moviéndose tranquilo por la ciudad, sin que nadie pensara en molestarle, y el buen prelado — que más tarde llegó a ser amigo de *Clarín*, a pesar de "La Regenta" — siguió aplicado a su ministerio y dando gratos paseos por las afueras en su coche episcopal, tirado por lucidas mulas de negro pelaje, más modosas que muchas congéneres espantadizas, quizás porque las del caso sabían que estaban al servicio de un dignísimo reverendo.

Había además otra razón, aparte de la fundamental del ambiente, y es que "La Regenta", contra lo que algunos creen, era una novela perfectamente imaginativa, pues nunca en Oviedo habían ocurrido tales cosas, ni otras semejantes. Vida morigerada allí como en todas las provincias españolas. Si algún enredillo amoroso de menor cuantía animaba de tarde en tarde las tertulias caseras, ello no alteraba la distracción

de la lotería de cartones, con aquellas ingeniosidades de "los dos patitos", "la edad de Cristo", etcétera.

Sin embargo, esta novela hizo que la crítica general decidiera recluir a *Clarín* dentro de los cerrados límites del Naturalismo. ¡Habría tanto que decir de esto! Desde luego, los lugares que el autor describe son los de la ciudad de ayer y de hoy, y el Casino y la Catedral con su esbelta torre —el calificativo había sido decidido por los "carbayones"— eran así, y la Catedral sigue siéndolo; pero otros escenarios, de interés en la obra, aparecen alterados de sitio o reciben nombres caprichosos. En cuanto a los personajes Alas ha reconocido que su bondadoso y austero obispo tuvo su modelo en el prelado Sanz y Forés, iniciador de la construcción, en la abrupta Covadonga, de una catedral que de lejos parece de pastaflora; lo que nadie habrá de tomárselo en cuenta al bondadosísimo y humilde prebendado. Se ha dicho por muchos que el Magistral don Fermín de Pas recuerda en lo apuesto al más tarde arzobispo Gayón y Cos: "le conozco —dice un personaje secundario— en el menear de los manteos. ¿No ves cómo al andar le salen pa atrás y pa lante? Es por la fachenda que se me gasta". De esta semejanza externa no sería lícito pasar. El arqueólogo don Saturnino Bermúdez junta algunas notas tomadas acaso por el novelista de sus compañeros universitarios don Víctor Ordóñez, don Armandín Rúa, tan discreto y encogido él, y el popular don Fermín Canella; pero la figura lograda resulta perfectamente original. ¿Son los marqueses de Vegallana los reales y contemporáneos de Canillejas, y su finca la descrita? No hay inconveniente alguno en aceptarlo, *mutatis mutandis*.

Y Ana Ozores ¿de dónde procede? La interesante y hermosa Regenta, cuya supuesta casona podía ser visitada hace años —no el palacio oficial del Regente, que sigue en pie— tiene su arranque literario en las personales y hondas preocupaciones de Alas. En Ana se dan lecturas como las "Confesiones" de San Agustín, la presencia de lo sobrenatural, de la ternura, de la religión por la belleza, de espantos místicos, de agudos accesos de religiosidad que, en una u otra forma, se dieron también antes y después en don Leopoldo; mas, para probarlo convencedoramente, habría que relacionar pasajes de "La Regenta" con pasajes de otras novelas y algunos cuentos de *Clarín*, con alusiones de sus Ensayos, Revistas y Pali-

ques. Hasta habríamos de recoger y comentar esta dedicatoria del volumen *Doña Berta, Cuervo y Superchería*: "A Tomás Tuero.—Tomás: Después de leído este libro, el que más quiero de los míos, no sé porqué, a no ser vagamente, sentí la co-mezón de dedicártelo a ti. *Clarín*". Acaso un análisis ideológico y sentimental de la obra toda de Leopoldo Alas ayudara a ver con menos vaguedad lo que él dejó en ese punto de suspensión, a descubrir ese porqué de su afición particular a este tríptico de cuentos fantaseados, en los que aletea el misterio de lo incognoscible, misterio que Alas pretendió abordar aquí y allá con una resolución pronto laxa.

Alas fué, desde la adolescencia, un idealista... de corazón blando. Algún lector quizá proteste de eso de la blandura cordial, pensando en el *Clarín* polemista. No hay contradicción radical, y ya llegaremos a ello, sea para aludirlo, a falta de más vagar. Pedro Sainz —¡gran lástima que el cinismo de Sainz haya puesto su talento al servicio de causas nada nobles atribuye la posición de don Leopoldo —yo no la llamaría "reacción", a pesar de los altibajos, como Sainz lo hace— a su preocupación ante lo fatal de la muerte. Pienso que la explicación no está bien ajustada. Sin duda Alas temía morir, pero como todo el mundo pensaría dejarlo para la última hora y, cuando le llegó ésta implacablemente, aún se agarraba el pobre a una falsa esperanza de la vida, según declara el breve y angustioso diálogo con el médico que le asistía y éste nos contaba horas después a los amigos: "¿Cómo me encuentras, Alfredín? ¿No estoy mejor? — Sí, Leopoldo hoy le encuentro a usted algo mejor. — Lo creo porque me lo dices tú; pero yo creería que iba a morirme... "Y se murió aquella misma madrugada. Pero si le preocupaba la muerte tanto como a Unamuno —y a cada hijo de vecino— *Clarín* no pensaba en la inmortalidad suya, personal, como don Miguel, sino fundamentalmente en el misterio. Y se acogía a su religión, al margen de los cultos, a la profunda religiosidad suya, como a propicio asidero para no inquietarse tanto y hallar un posible —imposible— sosiego en la penosa búsqueda. De ahí frases como ésta: "¿qué fe la de San Pablo, qué idealidad amorosa la suya!". Ideal y amor. A don Leopoldo no le bastaba el ideal, porque era y se sentía "hombre", criatura humana... y débil, como algunos místicos. No creo, sin embargo que sus lecturas fueran por este lado de la Religión. "Alas era, ante todo, no un crítico literario, sino un fi-

lósofo y un moralista", dice bien *Azorín*, y cuando se olvida de esto, se ignora lo característico del gran escritor.

De una en otra se ha quedado atrás lo del naturalismo de Alas. Desde luego fué sensible al ambiente literario del tiempo y mostró su devoción a Flaubert y, no sin reparos, a Zola, de quien llegó a traducir "El Trabajo"... ¡qué buen trabajo le dió a don Leopoldo, ya en baja su salud!. Pero de esto a no ver en Alas más que "naturalismo", como se ha venido definiendo, hay un ancho mar. Basta traer a cuento algunas de sus mismas declaraciones: "En aquel tiempo... comenzaba yo a pasar el sa-rampión naturalista". (*Rafael Calvo y el teatro español*, 1890). Y esto que pone las cosas en su punto: "Combatir en España el naturalismo, darle por gastado y vencido, no sólo sería prematuro, inoportuno, sino injusto, falso; pero otra cosa es decir de él... lo que, después de todo, este humilde revistero siempre ha dicho, que era una fórmula legítima, a la que había que hacer sitio en el arte; pero que no era única ni acertada en sus exclusivismos, así técnicos como filosóficos, ni otra cosa que la manifestación literaria *más oportuna* en su tiempo". (*Revista literaria*, marzo 1890). Sin duda alguna Alas fué sensible al naturalismo, más su "doña Berta", por ejemplo, recuerda a Proust en la gustosa morosidad y, por otra parte, ninguna novela, ningún cuento de *Clarín*—bien que se apoyen en alguna realidad física o individual— puede sufrir la prueba que cabe hacer, por ejemplo, —yo la hice— con *Le ventre de Paris*, comprobando fácilmente que Zolá debió pasar algunas noches en las Halles Centrales, tomando minuciosas notas antes de escribir una sola línea. Lo fotográfico no le iba al temperamento de *Clarín*, demasiado reflexivo y volador. Y además le repugnaban—¿por la educación familiar, por cierto provincialismo que le frenaba, por su buen gusto?— las crudezas a que la pluma naturalista suele llegar para ser consecuente. Lejos de ello y a pesar de algún pasaje de *La Regenta*, pasajes contenidos, no podemos menos de sonreír ante esta escena del *Doctor Angelicus*: "Pánfilo oyó el chasquido de... El lector podrá imaginarse qué clase de chasquido se usan en tales casos". El cine no había llegado a Vetusta en los días de don Leopoldo. No creo deba argüirse, para el naturalismo de Alas, con los casos que él mismo dice inspirados en modelos vivos: *Pipá*—¿sería aquel golfillo "Coleo" que vendía periódicos?— y *Zurita*. También al ovetense del tiempo se le ocurre pensar que *El Rana*

pudo ser el borrachete y blasfemo Manolón de Lluces de Llovera; pero ¡cuánta distancia de los modelos a las realizaciones literarias! ¡Y cuánto enriquecimiento! Pérez de Ayala gusta de ser más adicto a los personajes de carne y hueso que también trasladó de allí a sus obras.

Si Alas dijo lo suyo acerca del naturalismo, antes, mucho antes, en su tesis doctoral, escrita a los veintiséis años, había pretendido liberarse del idealismo. . . que llevaba dentro y había de acompañarle siempre: "como reacción fué el idealismo más lejos de lo que debiera, siendo fruto de esta exageración el presente estado de la filosofía, estado de decadencia para el que atienda sin ilusiones a la opinión común, momento de desacierto, de innegable debilidad y bien pudiera decirse anarquía" (*El Derecho y la Moralidad*, 1878). El idealismo de los libros había ido un poco lejos; pero don Leopoldo se había quedado por dentro donde estaba, aun cuando él no se diera cuenta de ello en sus vacilaciones íntimas, en la noble ansia de captar lo inasible. Vacilaciones bien declaradas en esta otra posición: "Este artículo, escrito hace muchos años, es uno de los primeros del autor, inocente idealista de cátedra entonces. Hoy considera novelistas de primer orden a Flaubert y Zola, honra de la novela francesa" (*Solos de Clarín*: "El libre examen y nuestra literatura presente"). En ese mismo tiempo le enamoraba —es su palabra— el "prudente criticismo" del filósofo González Serrano, padre del filólogo don Pedro González de la Calle, ahora en México.

Prudente criticismo, decía. Que al crítico *Clarín* no le sujetaba la prudencia, sería hablar ligeramente y dar toda la importancia a lo de afuera. A don Leopoldo le molestaban los tontos presumidos. Lo declaró más de una vez y en el centenario del descubrimiento de América, que tanta oratoria hueca prodigó en España: "¡Padre nuestro que estás en los cielos! Si has de consentir que, a la sombra de los grandes hombres, medren y se den tono tantos majaderos. . . no críes en adelante más que honradas medianías, sin centenario posible". Puesto a polemizar, y el temperamento le llevaba a ello, *Clarín* se las tuvo tiesas a Revilla, a Balart, a Navarro Ledesma, a Manuel del Palacio, a la Pardo Bazán, al Padre Blanco. El aislamiento provinciano, lejos de encoger, estimula la agresividad, por aquello de que soy tanto como tú o más. *Clarín* tenía natural conciencia de su

valer, bien que reconociese las calidades de otros; así cuando replica a Manuel del Palacio, el "o,50 Poeta":

*¡Y tú me vienes en cantar la idea!
Tus versos son mejores que los míos;
mas tu pecho es difícil que lo sea.*

Admite la superioridad versificadora de Palacio; ¡pero la idea, el sentimiento! . . . Nunca debemos olvidar que el corazón y la cabeza de Alas se hallaban en constante diálogo.

No parecía esto cuando, pluma en ristre, acometía a quien se le presentara delante, y aun sin presentársele, pues con frecuencia iba él a buscarlo. Es que le divertía; era su "lobby", sobre todo en los *Paliques*. Recuérdese la introducción al volumen en que recoge unos cuantos de esos artículos: "yo me entiendo, y unas veces salto atrás y otras adelante como un bombero en el tejado, que unas veces salta adelante para apagar el fuego y otras veces salta atrás para no quemarse. Ni el bombero ni yo miramos nuestro oficio como los juegos del circo. Ni el mundo es una pista, ni el fin de la vida ganar un premio. (Prólogo a *Palique*, 1893). Don Leopoldo creía hacer, burla burlando, una labor "higiénica" necesaria en las letras españolas y en la sociedad de sus días. En esto su independencia fué grande, tan grande que nadie le superó entonces, pues no guardó consideración ni a quien hubiera podido hacerle daño, el amo de aquella España: "Cánovas ripia la vida como los versos. . . Ripiar la vida es llenarse el alma de cascajo para hacerse hombre de peso; es llegar a cierta estatura añadiéndose un suplemento de cal y canto". (*Cánovas y su tiempo*).

Se ha hecho un lugar común decir que *Clarín* respetaba excesivamente a los grandes colegas. *Azorín*, entre otros, incide en ello: "Alas tiene una irreprimible bondad para los más insignes coetáneos". Bondad y algo más con ella. El mismo lo revela: "Aquí no sólo hay que atacar a los malos escritores, sino que también es necesario defender, no sólo juzgar, a los buenos". (*Palique*). Y uno de ellos, el más alto, Pérez Galdós, es de los que le animan: "Si no echara usted de tiempo en tiempo estas saetas, no sé lo que pasaría". (Prólogo a *Nueva España*, 1887). Don Benito no pensaba en las que también le había dirigido a él con certera puntería; así al hablar de "Realidad": "va contra el drama, y contra el fondo artístico que con él se expresa, el arrebatarlos la ilusión de realidad mediante el *absur-*

do plástico de presentarnos al anverso y al reverso de la realidad en un solo plano: el de la escena. . . De la negación de todo esto, aunque sea intencionada, maliciosa, resulta una falsedad, que, si hay tal intención, da a lo producido aspecto de arabesco humorístico, y si no la hay, indica falta de habilidad en el artista. Aquí, en *Realidad* hay esa intención, y bien acentuada, y por eso el lector no acaba de tomar en serio el libro por lo que respecta a la forma, y por eso hay peligro de que tampoco el fondo se tome con toda la seriedad que merece" (*Revista literaria*, 1890). ¿No es esto decir con toda claridad lo que se piensa, aunque duela? Tampoco se calló *Clarín* refiriéndose a Pereda, a quien le unía excelente amistad —también con Galdós—, pues le hace estas observaciones acerca de *Sotileza*, estimada como la mejor novela del escritor montañés, al lado de *Peñas Arriba*: "¡Y pensar que con ser "Sotileza" cosa tan buena todavía es el autor capaz de darnos algo mejor! Sí, porque es capaz de darnos un libro en que lo humano se mire como lo principal y lo santanderino como lo secundario" (*Ensayos y Revistas*, 1888-1892). Y de *Nubes de Estío* dice: "El principal defecto del libro está en la composición, la cual suele ser muy descuidada en Pereda. Muchos de los errores técnicos que afean La Montalvez consisten también en la desproporción de las partes y en el olvido de la simetría literaria, que no deben tener menos en cuenta los realistas que los demás poetas" (*Idem*). En fin, después de alabar a Menéndez y Pelayo, se despide de él así: "Y cuenta que con nada de lo dicho quiero yo dar a entender que para mí tengan todo el valor que él les atribuye los argumentos que Menéndez emplea en pro de la decantada filosofía española. Esto es otra cosa". (*Ensayos y Revistas*: "Otro académico"). Como estos cabría aducir otros ejemplos probatorios de que *Clarín* sabía hablar alto a los dioses mayores, sin perderles la consideración. Leopoldo Alas dejó dicho el porqué, y a ellos debemos atenernos, si hemos de proceder con razones y conocimiento: "Se nos mueren los padres de la sangre, que lo son, por consiguiente del corazón; y se nos mueren los padres del espíritu. Cuando se ama bastante las ideas para tenerlas por un tesoro, el alma agradecida recuerda la paternidad de cada uno. . . Mi gran respeto a ciertos hombres, tiene sus hondas raíces en esta paternidad espiritual. . .".

Pero debo ir terminando. Apenas he hecho más que enhebrar retazos, dejando muchos en el tintero, esto es, en las pá-

ginas del escritor. Bien desearía continuar y añadir algún comentario, sobre todo a cuentos como "El sombrero del señor cura" y "Cambio de luz", que tanto iluminan la personalidad de Alas. Habría que decir algo también de su alma gemela, Juan Ochoa, novelista que hubiera llegado a las primeras filas de nuestra literatura, según las buenas muestras que tenemos suyas. Juan Ochoa no fué la "poquita cosa" que escribió Unamuno, pues dejó a los treinta y cinco años una obra bella que, de continuarla, habría superado a la de Palacio Valdés y Pereda, por ejemplo. Su temperamento, exageradamente tímido, frenó en él alguna expresión mayor, que hubiera podido darnos.

No cabe establecer una comparación entre uno y otro creador de las letras, pues Ochoa, talentoso y humorista también, no le asistían la cultura de *Clarín*, ni la afición filosófica y moralizante. La diferencia entre ambos y entre dos tipos de relato novelístico, máximo en *Clarín*, nos la podría dar el examen comparativo que, sin ponerse de acuerdo, sirvió a los dos amigos para un cuento distinto, en tiempos diferentes: "La mosca sabia" en Leopoldo Alas, "La última mosca", en Juanín Ochoa. El calificativo de la sabiduría viene a declarar la distancia entre la una y otra obra. Juan Ochoa, una noche de invierno, bien abrigado y cómodo en su cama, advierte que una pobre mosca se defiende del frío, que ha de abatirla, haciendo la cucaña en la vela que alumbra al novelista, un gustoso libro en la mano: "Sí, la muerte estaba en mi cuarto. La víctima iba a ser una mosca; ¡pero era la muerte! . . . La llama y la mosca seguían bajando. . . Con gran arranque fuí a soplar la luz y me detuve. No. Que la mate el frío o que la mate el Tato". Pero no mata a la pobre mosca el famoso torero, sino que acaba por chamuscarla la vela. El insecto prefirió morir así, caliente, a que la dejara tiesa el hielo de la madrugada. No pasa más, no dice más, deliciosamente, Juan Ochoa. *Clarín* toma el mismo tema y supone que el escritor se encuentra en la abundante biblioteca de don Eufasio Macrocéfalo para evacuar algunas citas. Bien arrellanado en una mecedora —así Ochoa en la cama— cerca del brasero, le invade una feliz somnolencia: "¿Cómo atravesar con holgura aquellos tomos que sabían todo lo que Platón dijo y que gritaban aquí ¡Leibnitz!, más allá ¡Descartes! ¡San Agustín! ¡Enciclopedia! ¡Sistema del mundo! ¡Crítica de la razón pura! ¡Novum Organum! Todo el mundo de la inteligencia se interponía entre mi pobre imaginación y el

libre ambiente. No podía volar". La que vuela es una mosca pertinaz que se mueve ansiosa en la pantalla del próximo quinqué. Nada tenía esto de particular. Lo extraño del caso viene en segunda, pues aquella mosca desmirriada y todo, habla "mejor que algunos literatos", es poliglota y filósofa: "pasé mi juventud buscando la verdad, y ahora que lo mejor de la vida se acaba, busco afanosa cualquier mentira agradable que me sirva de Leteo y olvidar las verdades que sé". Las declaraciones de la mosca sabia son de un jugo y una gracia discursivos que encantan y descubren más de una faceta del pensamiento de Alas y su preocupación constante, ahora en boca —digámoslo así— de una mosca amenazada por la muerte: "¿Hay un más allá para las moscas que sufrieron en la vida resignadas el tormento del amor? Ni yo sufro resignada, ni sé nada del más allá. La ciencia ya sólo me da la duda anhelante, porque en ella ya no busco la verdad, sino el consuelo. . .".

Muy poco más de un año antes de morir, *Clarín* recuerda sus paseos con Juan Ochoa —que se le había adelantado para el viaje postrero— en el Campo de San Francisco ovetense: "Alma con alma hablábamos de Dios, de la otra vida, los dos espiritualistas; pero sin hipotecas". Este es el Leopoldo Alas que debemos considerar, al lado —¿por encima?— del *Clarín* desenfadado y polemizante, su distracción en la obsesión suya por descifrar lo indescifable. Por eso, porque llevaba dentro la angustia trascendente, no dió importancia a su fracaso teatral —en el que Galdós y María Guerrero tuvieron la culpa inicial—, y debió sonreír un poco ante la caricatura que le hizo "Gedeón", el semanario que presumía ser "el periódico de menor circulación" de España:

*Clarín, tu trágico fin
ni conmueve, ni interesa.
Vuélvete a Asturias, "Clarín";
pero llévate a "Teresa".*

El *Clarín* que interesaba, adoctrinaba y preocupaba era el otro.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

- 1.—Ganarás la Luz. . . , por LEÓN FELIPE (agotado).
 - 2.—Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra, por ANTONIO CASTRO LEAL.
 - 3 y 4.—Rendición de Espíritu, por JUAN LARREA, dos volúmenes.
 - 5.—Orígenes del hombre americano, por PAUL RIVET (agotado).
 - 6.—Viaje por Suramérica, por WALDO FRANK (agotado).
 - 7.—El hombre del buho, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ (agotado).
 - 8.—Ensayos Interamericanos, por EDUARDO VILLASEÑOR.
 - 9.—Martí escritor, por ANDRÉS IDUARTE (agotado).
 - 10.—Jardín Cerrado, por EMILIO PRADOS. \$ 7.00
 - 11.—Juventud de América, por GREGORIO BERGMANN 7.00
 - 12.—Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw, por RODOLFO USIGLI. 8.00
 - 13.—Europa-América, por MARIANO PICÓN-SALAS.
 - 14.—Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas, por JESÚS SILVA HERZOG.
 - 15.—De Bolívar a Roosevelt, por PEDRO DE ALVA. 7.00
 - 16.—El Laberinto de la Soledad, por OCTAVIO PAZ. 7.00
 - 17.—La Apacible Locura, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ 10.00
- Precio por cada volumen (excepto los números 10, 11, 12, 15 y 16)

MEXICO \$ 6.00
OTROS PAISES 1.00 dólar

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG (agotado).
El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo, por JUAN LARREA (agotado).
Sugestiones para la Tercera República Española, por MANUEL MÁRQUEZ (un peso)
Un ensayo sobre la Revolución Mexicana, por JESÚS SILVA HERZOG (agotado).
Pastoral, por SARA IBÁÑEZ (tres pesos).
Un Método para Resolver los Problemas de Nuestro Tiempo, por JOSÉ GAOS (tres pesos).

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1951:

(6 números)

MEXICO. \$ 50.00
OTROS PAISES DE AMERICA 6.50 dólares
EUROPA Y OTROS CONTINENTES. 8.00 "

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO \$ 10.00
OTROS PAISES DE AMERICA 1.25 dólares
EUROPA Y OTROS CONTINENTES. 1.50 "

Ejemplares atrasados, precio convencional.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Jesús Reyes Heróles

Bajo el Signo de la Inflación.

Silvio Zavala

El Americanismo de Altamira.

Francisco Arellano

Del Paraíso Terrenal a la Cárcel
de El Obispo.

Bello

Discursos, por Juan Marinello y Enrique González Martínez

Nota, por Max Aub

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Maxime Leroy

Un Gran Aniversario.

Roberto Agramonte

José Agustín Caballero, Filósofo
del Criollismo.

*Felipe Cossío del
Pomar*

Técnica y Drama en el Arte Con-
temporáneo.

Notas, por Jesús Silva Herzog y Rafael Heliodoro Valle

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

*Pablo Martínez del
Río*

La Real y Pontificia Universidad
de México.

Juan Hernández Luna

La Universidad Nacional de Mé-
xico.

Nota, por Ismael Diego Pérez

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Emilio Oribe

El Cántico de Eurídice.

Carlos Solórzano

Doña Beatriz. La sin Ventura.

Luis Santullano

Leopoldo Alas "Clarín".